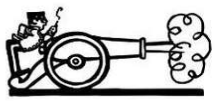

AUTORA GALARDONADA
TIANA WARNER
LA
CAUTIVA
DE LA
BRUJA

LA CAUTIVA DE LA BRUJA

TIANA WARNER



ROGUE CANNON PUBLISHING

Esta novela de romance oscuro contiene contenido sexual (exclusivamente mujer/mujer), coerción mágica, un desequilibrio de poder en una relación y muerte.

Publicado por primera vez en inglés bajo el título *The Witch's Pet* © 2026 por Tiana Warner

Todos los derechos reservados.

También de Tiana Warner

Cómo conquistar a una bruja
Caza de sirenas
Bosque de pumas



Recibe un correo cuando Tiana Warner publique un nuevo libro suscribiéndote en:
tianawarner.com/newsletter



I

Hannah



LA HOGUERA ARDE CON más fuerza a medida que lanzo otro trozo de Riley a las llamas. No me refiero a *ella* en persona, lógicamente, sino a sus recuerdos. No tengo ni idea de dónde está *ella* y me importa un bledo.

El fuego me calienta de frente mientras el frío de finales de octubre me recorre la espalda con sus dedos gélidos; la temperatura cae en picado a medida que el sol se oculta tras el horizonte. He reducido a cenizas tres cajas de pertenencias de Riley, desde ropa hasta notas de amor, pasando por el cepillo de dientes que guardaba en mi baño, y sigo sin entender por qué me dejó.

Siento que todo mi cuerpo quiere hundirse en la tierra mientras su camiseta de fútbol se prende. El recuerdo de ella llevándola puesta, manchada de hierba y sudada mientras me levantaba y me hacía dar vueltas después de su último partido, irrumpe en mi mente. Entonces, el olor de su detergente de lilas se disuelve en el aroma acre del tejido quemado. Se me saltan las lágrimas —por el humo, obviamente— y parpadeo para despejar la vista.

—No te lo tomes a mal, Han, pero esta no es la forma más convencional de procesar tus sentimientos —dice Dean desde su sitio en los escalones de atrás de mi casa. Tiene las piernas largas

dobladas de forma torpe y su rostro pálido está ruborizado por el frío. Da un sorbo al latte de calabaza que me ha traído, que probablemente ya esté helado tras llevar una hora a la intemperie.

Me encojo de hombros. —Esto es más barato que ir a terapia.

Y más efectivo. Una noche catártica quemándolo todo y después pasaré página.

De todos modos, entre mi sueldo de miseria en Book Nook y lo que estoy ahorrando para la universidad, no tengo presupuesto para psicólogos. Créeme, ya lo miré hace tiempo.

Las llamas crecen y proyectan sombras que se retuercen por mi jardín llano y cuadrado. El mundo parece especialmente lúgubre y descolorido esta noche, con el cielo gris pesando sobre nosotros como una manta mojada y el bosque tras la valla, donde he pasado incontables horas a solas desde que aprendí a caminar, sepultado bajo hojas de arce marrones y en descomposición. Los vecinos se han retirado a su hibernación invernal, dejando el callejón sin salida tan silencioso que solo se oye a los cuervos.

La noche perfecta para quemar los últimos lazos que me unen a la chica que me hizo el corazón trizas, supongo.

—Y no estoy quemando cosas al azar. —Remuevo los troncos deshechos con el palo metálico de una escoba—. Estoy llevando a cabo una investigación.

—¿Sobre… qué materiales arden más rápido? —pregunta Dean.

—Sobre por qué Riley empezó a actuar como si yo tuviera la peste antes de dejarme por mensaje de texto. —Me subo las mangas de mi sudadera negra de talla grande y cojo el libro que se dejó olvidado, *La enciclopedia de las hierbas*—. Algo le pasaba en las últimas dos semanas.

Los pasos de Dean chapotean sobre el césped mojado al acercarse. —¿A qué te refieres?

—Cambió. Para empezar, de repente se interesó por cosas que antes le daban igual. Me pidió que buscara libros en el trabajo sobre folclore, historia local y… —Le enseño la enciclopedia—. Empezó a coleccionar hierbas y cristales. Hacía que su habitación oliera a bosque. Una noche apareció con cicatrices en las manos y los brazos. Dijo que eran del trabajo, pero…

Dean frunce el ceño. Sus numerosos piercings brillan a la luz del fuego. —Pero si trabaja en una cafetería.

—Exacto. Lo más peligroso que hay allí es la máquina de espresso.

—¿Quemaduras de vapor?

Me encojo de hombros, sin saber qué decir.

Aún puedo sentir la textura de esas cicatrices oscuras bajo las yemas de mis dedos, abultadas y ásperas contra la suave piel canela que me conocía de memoria. Cuando las palpé, preguntándole qué había pasado, se apartó tan rápido que me quedé acariciando el aire. Y cuando me ofrecí a ayudarla, puso los ojos en blanco y me espetó: —Estás exagerando por unos cuantos rasguños. Deja de darle importancia a todo.

Su frío desprecio todavía escuece. Se portó como si mi preocupación fuese una molestia.

—La cuestión es que las cicatrices parecían viejas —le digo a Dean —, como si llevaran ahí años. Pero… —Pero yo la conocía íntimamente. La había recorrido a besos y caricias de pies a cabeza cada noche—. Esas cicatrices no estaban ahí antes —concluyo simplemente.

—Vale, eso es bastante raro. —El aliento de Dean forma vaho y se envuelve el cuello una vez más con la bufanda, ocultando la mitad inferior de su cara de modo que solo puedo ver sus ojos castaños entornados.

Hojeo el libro, buscando una última vez cualquier cosa extraña. Ni notas manuscritas, ni texto subrayado, ni esquinas dobladas. Así que lo lanzo a las llamas, donde aterriza con un golpe seco y empieza a arder sin llama.

Es una pena. Me gustaba ese libro. Pero quiero pasar página de verdad, lo que significa que no puedo quedarme con nada que me la recuerde.

Mientras las páginas se curvan y ennegrecen, mi corazón palpita con nerviosismo. ¿Qué me ocultaba Riley? ¿Conoció a alguien más a quien le interesaran las hierbas y el folclore? ¿O simplemente está cambiando a medida que crecemos, aburriéndose de la chica que no fue más que un lío de después del instituto?

Se me encoge el estómago ante la posibilidad de que eso fuese todo lo que significaba para ella.

Le doy un toque a la última caja con el pie, haciendo que su escaso contenido tintinee. —Me doy de plazo hasta que esto esté vacío y entonces dejaré de analizar lo que pasó. Se acabó el preocuparme por ella e intentar entenderla. Dejaré de torturarme por alguien que no pensó que yo mereciera una explicación de verdad.

Por el rabillo del ojo, veo que Dean escudriña mi rostro. —Está bien sentirse dolida…

—Estoy más confundida que nada —lo corto—. Y frustrada, y furiosa… —Nada de esta ruptura tiene sentido. El no saber me carcome, un dolor tan profundo que no recuerdo haber sentido nunca otra cosa.

Cuando vuelvo a mirar al fuego, el cielo que hay detrás está más oscuro que hace un momento. Cruzo los brazos para reprimir un escalofrío. Mis mallas no abrigan nada con este tiempo y mis calcetines están absorbiendo la humedad del césped a través de mis Birkenstock. Tengo el pelo hecho un desastre, con mechones rubios escapándose del moño y pegándose a mi cara surcada por las lágrimas. Debo de parecer tan destrozada como me siento.

—Parece que estaba pasando por algo —dice Dean—. La gente se mete en aficiones raras cuando está estresada. ¿Te acuerdas de cuando te dio por tallar jabón en los exámenes finales?

Resoplo. —Sea lo que sea esto, no es tan simple como ponerse a tallar jabón para aguantar el estrés de los exámenes. ¿Y por qué no confió en mí si…? —Se me cierra la garganta dolorosamente, así que guardo silencio y niego con la cabeza.

El fuego chisporrotea, lanzando chispas al cielo oscurecido.

—O le estamos dando demasiadas vueltas —dice Dean con suavidad.

Cojo una caja de los bombones favoritos de Riley que se dejó en mi despensa: chocolate negro con relleno de crema de limón. Los que quedan tintinean dentro. —¿Cuál es la respuesta sencilla, entonces?

—Solo tenemos veinte años. Quizá no estaba preparada para algo serio.

Me contengo para no lanzarle los bombones a la cabeza. —Estuvimos juntas dos años. Su cepillo de dientes estuvo en mi baño el tiempo suficiente como para tener que cambiarlo un par de veces.

—La gente cambia. Especialmente a nuestra edad.

Vuelven a escocerme los ojos. Puede que seamos jóvenes de forma relativa, pero cuando estaba con ella no me sentía así. Me sentía una mujer enamorada, lista para un compromiso, y nunca pensé en nuestra relación como algo temporal y desechable.

Pero quizá Dean tenga razón y yo esté buscando pistas de algo muy simple: cambió y simplemente ya no me quiere.

Lanzo los bombones al fuego, intentando no pensar en la vez que le di uno a Riley en el sofá y ella me chupó los dedos con esa mirada juguetona. *—Saben mejor cuando me los das tú.*

Dios, la voy a echar de menos. Ya echo de menos el dulce sabor de sus labios, la melodía de su voz, su capacidad para alegrarme el día entero con una sonrisa… Echaré de menos la forma en que me rodeaba con sus brazos fuertes y me hacía sentir a salvo. Por no hablar de cómo me hacía sentir *deseada*: despertándome al deslizar la mano entre mis piernas, sujetándome las muñecas por encima de la cabeza cuando se subía encima de mí…

Aparto los recuerdos y saco el último objeto de la caja, el que he estado evitando.

—Creo que deberías quedarte con ese —dice Dean en voz baja.

Suelto un bufido. —¿Por qué?

—Porque algún día querrás recordar las cosas buenas, aunque ahora duela.

Le miro frunciendo el ceño. ¿Tendrá razón? ¿Debería conservar alguna prueba de que lo que tuvimos importó, aunque terminara de una forma que me dan ganas de lanzar el planeta entero a esta hoguera?

—Tal vez —digo con voz hueca.

Me quedo mirándolo: el diario encuadernado en cuero con poemas escritos a mano que Riley me regaló por nuestro primer aniversario. Mis ojos traidores escuecen.

Todos esos poemas que volcó en las páginas para mí, y un breve mensaje de texto acabó con todo: *No puedo seguir contigo. Lo siento.* Sin explicaciones. Sin conversación. Me bloqueó de todas partes.

Aprieto el libro con más fuerza, como si esperara poder reducirlo a polvo con mis puños. ¿Cómo puede alguien que significaba tanto para mí, que cambió todo mi mundo, desaparecer tan rápido? Entró en mi vida cuando más amor necesitaba, apareciendo para llenar el vacío que dejaron mis padres. Me hizo sentir que no me pasaba nada malo y consiguió que esta casa vacía fuera menos solitaria.

Los troncos desmoronados se vuelven borrosos cuando el recuerdo no deseado me invade: la noche en que pasó de ser mi mejor amiga a mi novia. Vivirá para siempre en mi cerebro, un recuerdo que ninguna hoguera puede reducir a cenizas. El aire cambió mientras nos mirábamos a los ojos en mi sofá, ambas sabiendo lo que queríamos, pero temiendo decirlo. Lo siguiente que supe fue que sus piernas atléticas estaban a horcajadas sobre mi regazo y sus manos cálidas me empujaban contra los cojines. El aire fresco me puso la piel de gallina en mis brazos pecosos y bronceados mientras ella desataba la parte de arriba de mi biquini. Se detuvo, dándome la oportunidad de cambiar de opinión. Pero yo estaba lista. Recuerdo sus pechos cuando se quitó la camiseta, las curvas de su cintura bajo mis manos y mi corazón martilleando mientras, con timidez, me inclinaba hacia delante para lamer un rastro a lo largo de su cuello.

Luego se deslizó hacia abajo y, de repente, sus labios y su lengua estaban entre mis piernas, lamiendo y succionando y haciendo los sonidos más sugerentes. En ese momento, todos nuestros encuentros juguetones y casuales se convirtieron en algo más. Agarré el sofá con los nudillos blancos, reducida a una sarta apenas coherente de «Dios mío» mientras su lengua dibujaba círculos y sus manos separaban mis muslos. Ella había gemido fuerte. Me dijo que sabía bien. Dijo cosas sucias que nunca antes había oído excepto en las películas.

Fijando la vista en el fuego, casi puedo sentir su lengua de nuevo y sus labios moviéndose con hambre contra mí. El calor se acumula

en mi vientre y odio que mi cuerpo todavía responda a los recuerdos de ella.

Pero nada en mi vida se había sentido tan increíble. Desde ese día, cada momento que pasamos juntas fue un sueño.

Hasta que…

Hasta que dejó de sonreírme de la misma forma hace dos semanas. Hasta que empezó a fruncir el ceño cada vez que creía que no la miraba, flexionando los dedos y apretando los puños como si estuviera inquieta, estremeciéndose cuando la tocaba. Hasta que dejó de venir y se convirtió en alguien a quien no reconocía, que terminó abruptamente años de amor con un mensaje.

Niego con la cabeza y abro el diario, pasando las páginas cubiertas por la letra de Riley. Durante el último año, añadió un poema nuevo cada pocas semanas; el más reciente es de hace un mes.

La contraportada siempre me dejó desconcertada: unos versos escritos en otro idioma, tal vez latín, y ni siquiera con su caligrafía.

Hic anima tenetur vincta
Donec victima libens
Se tradat toto corde
Vinculo quod infernum facit
Sic somnus frangetur.

Los poemas de amor lo eclipsaban todo, así que nunca le pregunté qué significaba. Probablemente un texto decorativo sin sentido y, de todos modos, ya no importa.

Cruzo los brazos sobre el libro, apretándolo contra mi pecho. —Debería irme a la cama. Estoy agotada.

Dean asiente. —Llámame si no puedes dormir. Podemos ver una peli de terror o lo que quieras.

—Gracias.

Se acerca y me da un abrazo, y yo me quedo rígida, sin estar preparada para el contacto.

Cuando se separa, tiene esa expresión de preocupación que he estado viendo mucho últimamente. —¿Seguro que estás bien? Me puedo quedar.

—Estoy bien. Solo cansada.

Él duda y luego vuelve a asentir.

Debería estar agradecida de que haya venido a apoyarme tras una ruptura, pero solo quiero estar sola. Abrir mi corazón a los demás nunca parece terminar bien y no tengo especial interés en volver a hacerlo, ni siquiera con mi mejor amigo.

En el momento en que se marcha por la puerta lateral, una lágrima resbala por mi mejilla como si hubiera estado esperando allí toda la tarde. Me la limpio con rabia.

Tengo que dejar de permitir que me abandonen. Si sigo dejando que la gente me importe tanto, si sigo dándoles el poder de destruirme, al final no quedará nada de mí. Debería haber aprendido la lección hace dos años, cuando mis padres prefirieron viajar antes que estar con su hija, pero aquí estamos.

Nunca más. No permitiré que nadie vuelva a hacerme sentir así de débil y vulnerable.

Sostengo el diario sobre las llamas; estos poemas que significaban el mundo para mí. *—Prométeme que lo tendrás siempre cerca, pase lo que pase* —había dicho Riley—. *Incluso si nos peleamos. Incluso si estás enfadada conmigo. Sé que solo son poemas, pero… son* nuestros *poemas.*

A la mierda con eso. Puede que Dean tenga razón y este libro pueda volver a significar algo algún día, pero ahora mismo todo lo que representa es un vínculo emocional que no necesito. En cuanto me deshaga de él, seré libre de ella. Podré pasar página y convertirme en una persona nueva, y no voy a volver a cometer el mismo error.

Suéltalo. Hazlo de una vez.

Cada recuerdo de ella tiene que desaparecer. Cada foto, cada vídeo, el olor de su ropa, el sabor de sus bombones, los entresijos de su mente que volcó en estas páginas.

—Hasta nunca —murmuro, como si las palabras fueran un encantamiento que fuera a cortar lo que sea que aún nos conecte.

Me tiemblan las manos mientras sostengo el diario sobre las llamas. El cuero está tibio por el calor del fuego, igual que solía estar el cuerpo de Riley cuando se acurrucaba contra mí.

—Te quiero tanto que me asusta —dijo una noche no hace tanto tiempo—. *No sabía que podía sentirme así.*

Un sollozo estalla en mi garganta antes de que pueda detenerlo, crudo y feo en la noche tranquila.

Me lo trago, aguantando la respiración como si estuviera a punto de saltar por un acantilado…, y suelto mi último y más significativo recuerdo de Riley en el fuego.

Cae sobre un tronco deshecho con un chasquido. El ruido resuena y llena el cielo. A través de una neblina de ceniza y llamas, juraría ver jirones oscuros de humo enroscarse a su alrededor como dedos fantasmales que surgen de la tierra.

Y el hecho de que ahora esté alucinando es definitivamente la señal de que es hora de dar por terminada la noche.

Me froto los ojos cansados y lanzo la caja vacía tras el diario, esperando que el alivio y la libertad me inunden.

El sol se ha puesto, el crepúsculo lo vuelve todo gris y mi aliento forma vaho. Las luces de los Walsh están encendidas en la casa de al lado. Su televisión parpadea a través de las cortinas echadas. El débil sonido de su bebé llorando llega a través de las ventanas cerradas. El recordatorio de que hay gente conocida cerca debería ser reconfortante, pero solo hace que me sienta más sola.

Mientras el diario se desintegra en brasas agonizantes, agarro la escoba que usaba como atizador y me doy la vuelta, lista para entrar y calentarme junto a la vieja chimenea de leña que ha estado a mi lado desde que nací. Al menos mi casa no puede abandonarme, aunque todos los que vivían en ella lo hayan hecho.

Doy un paso cuando una llamarada brilla en mi periferia. Una ráfaga de calor me envuelve.

Se me corta la respiración y me vuelvo hacia la hoguera.

Ha cobrado vida de nuevo, brillante y ardiendo con intensidad. Sisea y cruje. Ahoga el graznido lejano de los cuervos.

Me da un vuelco el corazón y retrocedo. ¿He echado algo peligroso por accidente? ¿Debería ir a por el extintor?

Con otro destello de luz, las llamas se vuelven verdes. El aire brilla a su alrededor. Forma una neblina entre los árboles y yo.

Me tapo la boca y retrocedo a trompicones. Mierda, ¿está el fuego reaccionando a algo tóxico? Quizá sea la tinta del libro de poemas

o… ¿podría haber restos de gasolina en el fondo de la caja de cartón?

Las llamas suben más y bañan el jardín con un resplandor verde. La neblina se extiende y un olor espeso y terroso llega a mi nariz. Mechones de mi pelo se elevan con una ráfaga de viento.

Dios mío. Algo me dice que ningún extintor doméstico ni manguera de jardín va a sofocar esto. Tengo que llamar a los bomberos.

Pero antes de que pueda correr a casa para coger mi teléfono, el fuego se apaga como si alguien hubiera accionado un interruptor.

Me quedo petrificada y sostengo la escoba como si pudiera protegerme.

El humo sale a borbotones.

El silencio me envuelve, tan absoluto que me zumban los oídos.

Entonces, un estruendo. Se vuelve más fuerte y me envía un escalofrío por la columna vertebral.

El suelo tiembla. La vibración se extiende hacia fuera, hace vibrar la valla metálica y provoca que las hojas muertas bailen por el césped.

Aparece una grieta en la tierra bajo el pozo de fuego, que se ensancha en una línea quebrada que divide el jardín desde la hoguera hasta la valla trasera. El humo inunda el cielo; el olor me seca la garganta y me hace toser.

Corre. Corre. Corre.

Pero mis pies no se mueven. Siento el pecho apretado y respiro con premura.

Olvida a los bomberos. Está pasando algo raro, y esta no es una llama tóxica ordinaria.

El humo se espesa y se arremolina hacia arriba en una columna que poco a poco va tomando forma. Es el contorno de una mujer.

En mi siguiente e inquieto aliento, ella se solidifica y sale del pozo de fuego. Su presencia parece llenarlo todo. Debe de tener unos cuarenta años, la piel clara y el cabello castaño ondulado que capta la luz de la luna al caerle por debajo de los pechos. Lleva un abrigo largo que ondea abierto, cuya tela oscura es como un agujero negro en el crepúsculo.

Cuando abre los ojos, están llenos de una intensidad que me acelera el pulso. Me siento desnuda, de pie a solas en el césped con nada más que una escoba. No puedo moverme. Ni siquiera puedo apartar la mirada de ella. Estoy atrapada en una pesadilla, mis piernas tiemblan tanto que temo que me fallen.

De toda la confusión que me estalla en el cerebro y de todas las preguntas frenéticas que tengo, dos hechos están claros:

Primero, aquello que quemé no era un diario ordinario.

Segundo… acabo de desatar algo sobrenatural en mi jardín.

2

JULIA



MI MAGIA ES UN animal rabioso dentro de mi pecho, arañando y desesperado por alimentarse. El hambre lo consume todo, un dolor peor que cualquier cosa que haya conocido.

Jadeo, inhalando un aire que no es el que debería: espeso, pesado y amargo. Mi visión se nubla mientras intento centrarme en lo que me rodea. Como si acabara de despertar de un sueño profundo, todo se me escapa. ¿Qué día es hoy? ¿Dónde estoy? ¿*Quién* soy?

Doy dos pasos inestables antes de tener que detenerme para recuperar el equilibrio.

Bajo la bruma y la ceniza que se arremolina, mi cuerpo siente un hormigueo. Me paso los dedos por el pelo, que está inusualmente enmarañado, y luego por la garganta, donde el pulso me late con rapidez. Continúo hacia abajo, recorriendo con las palmas de las manos mi blusa blanca, sintiendo cómo sube y baja mi pecho, para seguir luego por el corpiño y las caderas.

Estoy entera.

Un viento invernal hace que mi capa ondee sobre mis pantorrillas y que el pelo me golpee la cara. Encogo los dedos de los pies. Bajo el dobladillo de mis pantalones marrones, mis pies descalzos están

sobre ceniza caliente y seca, y se ven pálidos en la oscuridad que se cierne. La hierba húmeda rodea la ceniza.

¿Acaso…, acaso alguien ha intentado quemarme en la hoguera?

Mis manos vuelan de nuevo a mi cintura, buscando quemaduras, marcas de cuerdas, cualquier prueba de lo que me han hecho.

Pero no. No hay ninguna hoguera. Solo estoy yo, de pie entre escombros que se desmoronan.

La indignación me oprime el pecho. ¿*Dónde* están mis botas? ¿Y *por qué* tengo el pelo así de desbocado en lugar de mi moño habitual? Mientras una brisa fría me recorre, tiro de mi capa para cerrarla y abrocho el botón para recuperar algo de control.

Me percato de una respiración pesada, y no es la mía.

Siento un escalofrío en la nuca.

Giro la mirada hacia la fuente del sonido y levanto las manos, lista para defenderme.

Una joven está de pie a unos pasos de distancia sobre la hierba; y si yo pensaba que iba vestida de forma inadecuada, ella me deja en evidencia. Su pelo, del color dorado cálido de las hojas de otoño, está tan revuelto que me sorprende que los pájaros no hayan anidado en él. ¡Y sus ropas! La tela no se parece a nada que haya visto antes, un material que se ciñe a sus piernas con la fuerza de una segunda piel. Es bonita de una forma delicada y frágil, con rasgos suaves y una tez pálida y pecosa. Sus labios rosados están entreabiertos mientras me mira fijamente, con sus ojos azules dilatados por el terror.

Flexiono los dedos, lista para alimentarme. Pero mi magia puede esperar un momento. Obtener respuestas es más importante.

—¿Quién es usted? —exijo, con una voz sorprendentemente fuerte.

—¡Yo… yo iba a preguntar lo mismo! —Sus palabras salen agudas y trémulas. Resopla y aprieta los puños—. ¿Qué hace en mi jardín?

Retrocede pulgada a pulgada como si pensara que puede escabullirse.

Levanto la mano, invocando mi magia para poder detenerla y obligarla a hablar—. ¿Ya se va?

Le pido al suelo detrás de ella que se eleve y la acerque, pero mi poder es lento, y el esfuerzo de mover siquiera un poco de tierra hace que me aparezcan manchas negras en la visión. No creo más que un bulto en la hierba, con el que ella tropieza.

Recupera el equilibrio y mira hacia abajo—. ¿Qué cojones ha sido eso?

Una ardiente frustración brota en mi interior, y cierro los puños, gruñendo—. ¿Qué hechizo me ha lanzado?

Su rostro está pálido de miedo y continúa retrocediendo hacia la casa—. ¡Nada! Solo estaba quemando unas cosas y…

Hago una pausa y escudriño su rostro. El temblor de su voz y su confusión genuina me indican que está siendo sincera. Ciertamente no es una bruja, y es frágil incluso para ser una humana corriente. Podría romperla como a una rama seca.

Pero mi poder es tan débil que apenas puedo sentirlo. Es como si mis venas estuvieran llenas de cristales rotos, y cada latido enviara fragmentos por todo mi cuerpo. Mis entrañas han sido reemplazadas por un dolor hueco mientras mi esencia clama por sustento. Cada aliento se siente tenue, como si me ahogara en el aire.

Necesito una fuerza vital de la que alimentarme, y pronto.

—Esto no es el Fuerte. —Observo las casas grises y sencillas, todas alineadas. Son extrañamente uniformes, con luces excesivamente brillantes que lastiman los ojos.

¿Dónde está la orilla del río? ¿La muralla?

Un zumbido distante que no logro identificar me martillea los oídos, como un viento fuerte o un mar rugiente. Incluso el aire me resulta desconocido, maloliente y agrio. Me quema la garganta y me revuelve el estómago.

Hago un gesto hacia todo y hacia nada—. ¿Dónde estoy?

—¿En mi casa? —dice la chica con inseguridad.

—Sí, ¿pero dónde? —ladro, pues el hambre me vuelve irritable.

—Eh, Belvedere Court, número 3866. —Se mueve inquieta, como si no estuviera segura de si esa es la respuesta que busco. Cuando sigo mirándola fijamente, añade—: En Burnaby, Columbia Británica, Canadá. ¿Por qué?

Mi corazón late más rápido. ¿Cómo he llegado tan lejos de Fort Langley y por qué no recuerdo cómo he terminado aquí? —¿Y su nombre?

—Hannah Schmidt. ¿Me va a decir qué está pasando?

Schmidt. Germánico. No conozco a nadie con ese apellido. Ninguna relación con mi aquelarre.

Otra pregunta asoma a mis labios, una que temo formular—. Y… ¿cuál es la fecha?

Hannah vacila, mirándome con cautela—. Es 28 de octubre de 2009.

La tierra parece dar una sacudida bajo mis pies. Me tambaleo, mareada por la imposibilidad de sus palabras. ¿El año empieza por un *dos*?

Me presiono la garganta con una mano, donde el pulso me late con rapidez.

—Eso es… no. —Intento calcular cuánto tiempo ha pasado, pero mi cerebro se niega a cooperar—. Es que… 1891 fue…

—¿1891? —repite Hannah, como si nunca hubiera oído hablar de semejante cifra.

—Sí —le espeto, impaciente—. ¿Cuántos años hace de eso?

Saca algo rectangular del bolsillo y lo golpea con los pulgares—. Ciento dieciocho.

—¿He estado fuera durante *ciento dieciocho años*? —rujo.

—Vale, eh… un poco más bajo, por favor. —Hannah extiende las manos—. Mis vecinos probablemente estén acostando a su bebé y… Mire, voy a conseguir que alguien venga a buscarla y la lleve de vuelta con su tutor, ¿de acuerdo?

El corazón me golpea las costillas. *Más de un siglo.* ¡Dios mío, esto no puede ser! El número parece imposible, pero el extraño mundo que me rodea lo confirma. ¿Queda alguna de mis hermanas del aquelarre o todos los que conocí se han convertido en huesos? ¿Alguien lloró mi pérdida cuando desaparecí? ¿Se preguntaron por mi destino o lanzaron un hechizo de rastreo para encontrarme? ¿O simplemente siguieron adelante y asumieron que decidí desaparecer?

El pecho se me oprime de forma insoportable con una soledad que no sentía desde que mi madre falleció. El terror absoluto de no tener a nadie a quien le importe dónde estoy o qué me sucede. De no tener a nadie que conozca mi rostro, mi nombre, mi alma.

Mis respiraciones se vuelven rápidas y trémulas, y aprieto la mandíbula antes de que la chica se dé cuenta. Soy Julia Moreau, y yo no me quiebro.

Instintivamente, levanto las manos para lanzar un hechizo de parentesco. Debo saber si hay alguien cerca en quien pueda confiar.

—*Sorores, voces vestras nunc exquiro…* —murmuro, pero desde la primera palabra queda claro que no sirve de nada. Unas tenues volutas oscuras de magia brotan débilmente entre mis dedos, demasiado débiles para un hechizo complejo. Me tiemblan las manos y las cierro en puños. El vacío en mi interior late; mi poder está desesperado por reponerse.

—¿Hay algún número de teléfono al que pueda llamar? —pregunta Hannah—. ¿A su familia o a su tutor?

Inspirando profundamente, observo las casas con las luces de colores parpadeando en las ventanas, el aire putrefacto, la hierba uniforme bajo mis pies descalzos… No es de extrañar que todo parezca extraño. El mundo ha pasado por generaciones de cambios desde…

Un escalofrío me recorre. ¿Desde *qué*? ¿Qué me pasó?

Mis recuerdos son borrosos, como si intentara ver a través de la niebla. ¿Qué es lo último que recuerdo?

Calor. El aroma a salvia, jazmín y sudor. Los labios de Rebecca rozando mi garganta mientras su cabello rubio se escurría entre mis dedos.

Estábamos en el suelo de su santuario, con el pentagrama debajo de nosotras y las velas proyectando sombras movedizas en las paredes de piedra. Había ido allí para ayudarla con un hechizo, pero nunca terminamos el cántico. Mientras nos arrodillábamos y entrelazábamos las manos, compartiendo nuestro aliento para fortalecer el encantamiento…, ella se acercó.

Al siguiente latido de mi corazón, nos estábamos besando con fuerza, ambas rindiéndonos finalmente tras semanas de deseo. La

empujé sobre su espalda, desparramando nuestras hierbas cuidadosamente colocadas. Las velas se apagaron, dejándonos a oscuras mientras el viento aullaba fuera.

—Quiero sentir su poder, Julia —había susurrado ella.

Las palabras encendieron un fuego en mí. Por supuesto que de eso se trataba: de su deseo de sentir lo que era ser el alimento de una bruja de sangre.

Así que apreté mi cuerpo contra el suyo, y ella gimió bajo mi peso, abriendo las piernas. Provoqué sus labios con los míos y hundí mi lengua en su boca. Le levanté las faldas. Deslicé mis dedos entre sus muslos. Sus dientes me mordieron el labio inferior. Mi pelo se soltó bajo sus dedos frenéticos, cayendo en cascada y acariciándole la cara. Ella se deshizo ante mi contacto, arqueando la espalda bajo mi cuerpo.

Apenas había empezado a recitar el encantamiento de alimentación cuando…

Oscuridad. Sueño. Nada.

Pongo una mano sobre mi corazón agitado mientras la verdad me golpea de lleno.

Rebecca me hizo esto.

El pentagrama, el hechizo… Fue una trampa. Me atrajo allí para poder condenarme a un sueño encantado. Debería haberme dado cuenta cuando parecía nerviosa y no me sostenía la mirada.

No puedo creer que confiara en ella. Dejé que me besara, que me lamiera, hundí mis dedos en su interior. Y ella usó mi deseo en mi contra. Convirtió mi momento de debilidad en una trampa.

Una ira ardiente burbujea en mi interior, haciéndome temblar, antes de que la voz insegura de Hannah me arranque del recuerdo —. ¿Perdone? ¿Puede oírme?

Giro la mirada hacia ella, con una furia que late con tanta fuerza que mi visión se nubla—. ¿Dónde están las hermanas de mi aquelarre? ¿Siguen vivas?

—No conozco a ningún… aquelarre… pero si me dice su nombre y de dónde viene, yo…

Me acerco acechante, señalándola con los dedos encorvados como garras—. ¿Entonces cómo me ha despertado?

—Ha sido… —Ella mira la ceniza bajo mis pies, abriendo mucho los ojos.

Allí, entre la madera y la tela carbonizadas, hay un bulto de algo que podría haber sido un libro.

—¿Estaba usted… *en* el diario? —pregunta, y luego hace una mueca, como si sus propias palabras la confundieran.

Lo recojo, y se desmorona aún más entre mis dedos.

¿Un *libro*? ¿Mi prisión era un *libro*? La indignación me hace hervir la sangre. Estar atrapada en algo tan mundano y tan fácil de destruir es el tipo de ironía cruel que a Rebecca le parecería gracioso.

Si esa zorra sigue viva —y es posible, ya que he conocido a brujas que han vivido más de doscientos años—, se va a arrepentir de esto. Me ha maldecido durante 118 malditos años y voy a hacer que se arrepienta por cada uno de los días que he perdido.

Hannah se rodea con los brazos, temblando mientras retrocede hacia la casa—. Bueno, si no hay nadie a quien pueda llamar, ¿le importaría salir por la puerta lateral?

Entorno los ojos y levanto ambas manos—. No hasta que haya terminado con usted.

Si no puede darme respuestas, al menos puede darme lo que anhelo. Mi magia se debilita con cada segundo que paso aquí, y la fuerza vital de esta joven es poderosa, atrayéndome como un aura dulce como la miel. Consumirla debería darme tiempo suficiente para encontrar a Rebecca.

A mi orden, las cenizas y los restos del fuego se elevan y se arremolinan a su alrededor, empujándola hacia mí.

—Espere, ¿qué está pasando? —grita ella, agachándose.

Un pánico que he escuchado mil veces. Nunca me ha detenido.

Manipular los elementos es la forma más simple de magia y, sin embargo, el sudor asoma en el nacimiento de mi pelo mientras invoco las últimas gotas de poder que me quedan.

El aire chisporrotea, cargado de una energía que me eriza el vello. Mientras los escombros la empujan hacia delante, doy un paso para encontrarme con ella; el pulso se me acelera por la anticipación.

Mis labios se entreabren. Mi pecho se agita. Puede que mi mente no haya percibido el tiempo perdido, pero mi cuerpo sí, y mi magia

está *famélica*.

Cuando la chica está justo frente a mí, alargo la mano hacia ella, enredando mis dedos en su pelo.

—¡Suélteme! —grita ella, forcejeando. Pero en el momento en que entro en contacto con su cuero cabelludo, se detiene, jadeando como un nadador que se ahoga y sale a la superficie.

Recito el encantamiento.

—*Tua essentia mea fit.*

Per contactum animam bibo

Quod tuum est, meum erit

Usque ad finem huius ritus.

Su fuerza vital comienza a fluir hacia mí, espesa, cálida y dulce.

Ella deja escapar un suave «*ah*» y se estremece mientras la lucha la abandona.

Puedo saborear su energía, sentir cómo fluye hacia mi núcleo. Llena mis sentidos, mi alma, cada espacio hueco que un siglo de letargo ha labrado.

Un gemido se escapa de mi garganta. *Dios*, qué bien sabe. ¿Alimentarse siempre ha sido así de placentero o es que mi hambre la hace especialmente dulce?

Sigo murmurando el encantamiento, bebiendo su esencia, decidida a consumir todo lo que tiene hasta que mi poder esté completo y satisfecho.

Y entonces…

Algo cambia.

Antes de que pueda drenarla, choco con una resistencia, como si tirara de una atadura. Un dolor agudo me atraviesa el pecho y jadeo, apretándome las costillas.

Me quedo paralizada, con las manos presionadas contra mis costados. Alimentarse debería fortalecerme. Siempre lo ha hecho. Pero el dolor late con cada pulsación, extraño e imposible, y por primera vez en mi vida, mi cuerpo —mi *magia*— me traiciona.

Hannah tose y cae de rodillas sobre la hierba—. ¿Qué… está pasando…?

Me miro las manos. Mis dedos se han ennegrecido por la alimentación, lo cual es normal… Entonces, ¿a qué ha venido eso?

Quizá mi cuerpo esté desajustado tras un siglo de sueño.

Sacudo los brazos y coloco una mano a cada lado de su cabeza para seguir drenándola.

—¡Suélteme! —dice ella entre jadeos, intentando apartarme.

El dolor regresa con más fuerza, haciéndome jadear y tropezar hacia atrás.

La conexión entre nosotras muere y quedo boqueando. La interrupción me deja dolorida e insatisfecha. El pozo profundo en mi interior sigue seco, conteniendo apenas magia suficiente para un par de hechizos.

Le doy la espalda y cierro las manos en puños, dejándola de rodillas.

Esto no está bien. Alimentarme nunca me había dolido. He drenado a personas para llenar mi poder en cada ciclo lunar desde que tenía trece años. ¿Qué es diferente esta vez?

Un escalofrío me recorre. ¿Es esto obra de Rebecca? O bien ya no puedo beber mi cuota de magia o no puedo hacerlo de esta chica que rompió el hechizo.

¿Cuál de las dos es? ¿Y por qué?

La idea de estar condenada a vivir el resto de mi vida hambrienta, sin poder alimentarme nunca hasta quedar satisfecha, me produce una sensación gélida. Nunca he sido tan vulnerable.

Yergo los hombros. Tengo que encontrar a mi aquelarre. Necesito respuestas y necesito hacer que Rebecca pague.

Me alejo de Hannah y de la hoguera, buscando esa supuesta puerta que me permitirá salir de aquí. *Cómo* encontraré a mi aquelarre en este mundo desconocido es un misterio, pero quizá, con suerte, Fort Langley aún exista. Puedo empezar por ahí.

Mientras mis pies entumecidos chapotean sobre la hierba, arrugo la nariz. Quizá también pueda encontrar zapatos por el camino.

Pero al cruzar la puerta y dejar atrás a Hannah, me invade una sensación extraña, como una opresión en el pecho y un peso insoportable que me aplasta. Mis muslos flaquean mientras lucho por mantenerme en pie.

Fuerzo un pie delante del otro, con mi capa atrapando el viento mientras combato esta barrera invisible. Cada paso se siente como

caminar a través de lodo espeso y mis músculos gritan en señal de protesta.

Llego al frente de la casa y marcho por la carretera, con el dolor punzándome el pecho cada vez con más insistencia. Me lo sujeto, jadeando en busca de aire.

Mis rodillas ceden. Lanzo un grito al caer al suelo y mis rótulas chocan contra la carretera, que es tan dura como la piedra.

Algo debe de estar reteniéndome aquí, atándome al jardín, o al libro, o…

Aprieto la mandíbula.

A *ella.*

Reúno hasta la última gota de fuerza y regreso cojeando hacia la casa. El peso desaparece y, para cuando cruzo la puerta por la que salí, la opresión en mi pecho se alivia. —¿Qué me ha hecho? —gruño.

—¿Yo? ¡Usted acaba de atacarme! —Hannah también suena sin aliento. Agita los brazos, con un aspecto tan pálido y exhausto como cabría esperar de alguien a quien casi le han drenado la fuerza vital.

Tarareo. No, por supuesto que esto no es obra suya. Es demasiado débil y carece de poder para realizar magia oscura.

Lo que significa que…

Hannah se tambalea, con los dientes apretados—. Mire, no sé qué demonios acaba de hacer, pero…

Le extiendo la mano—. ¡Silencio! Necesito pensar.

Me acerco más y la sensación de tirantez cesa; mi fuerza regresa como el agua que vuelve a surcar el cauce de un río azotado por la sequía.

—No me diga que…

Retrocedo. Una punzada amenazadora regresa a mi pecho.

No. Rebecca no lo habría hecho… No podría haberlo hecho.

Para estar segura, doy dos pasos más hacia atrás. El dolor se aprieta como una soga.

La verdad me golpea como una ola gélida.

Maldita seas, Rebecca.

Con los puños apretados, vuelvo a avanzar, rodeando a Hannah. El dolor refluye de inmediato. Respiro con más facilidad. Y mientras mi

pulso se estabiliza al estar cerca de ella, se le corta la respiración. Ella también siente esa atadura invisible y tiene miedo de pronunciarla.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me laten las sienes. Rebecca, esa zorra, me ha lanzado un hechizo de vinculación. No solo me veo obligada a permanecer cerca de una humana frágil y anodina, sino que también debo mantenerla con vida…, porque si ella muere, yo también.

No puedo drenarla para llenar mi magia, pero tampoco puedo dejarla. Estoy atrapada con ella.

Casi puedo oír a Rebecca burlándose de mí. *La bruja más poderosa de la región, perpetuamente dependiente de una humana común…*

Pero esa vieja bruja cometió un error crucial: me dejó con vida. Y si ella también sigue viva, tendré tiempo de planear mi venganza hasta que la encuentre.

Los labios de Hannah se entreabren mientras recupera el aliento. No huye, simplemente me mira con fuego en los ojos.

—Parece ser —digo con voz cargada de desdén— que, al romper la maldición que me mantenía dormida, se ha vinculado a mí sin saberlo.

3

Hannah



ASÍ QUE QUEMÉ EL libro de poemas de Riley para cortar los lazos emocionales para siempre, pero, al parecer, el «para siempre» duró unos treinta segundos antes de que me uniera a alguien infinitamente más peligroso que mi exnovia.

Atada. La palabra se asienta como un bloque de hielo en mis entrañas.

Eso *no puede* ser verdad.

Doy media vuelta y salgo corriendo lejos de esta mujer aterradora, y esta vez, me deja marchar. Entro de golpe en el calor de mi casa y doy un portazo en la puerta trasera; me tiemblan las manos mientras intento cerrarla a tientas. Como si huir de alguien que ha hecho levitar trozos de tierra con un puto gesto de la mano fuera a servir de algo.

—Despierta… Esto tiene que ser una pesadilla —murmuro.

Mi cerebro busca explicaciones racionales. Una fuga de gas. Alucinaciones. Alguna broma pesada que hayan montado mis compañeros de trabajo, aunque ellos nunca llegarían tan lejos. ¿Un derrame cerebral? ¿Es así como se siente un derrame cerebral? Quizá estoy teniendo un colapso nervioso. Dios sabe que ya me toca uno.

Pero ella es tan real y sólida, y cuando me tocó…

Me paso los dedos por el pelo, sintiendo aún la sensación fantasma de sus manos sobre mí.

El salón y la cocina contiguos están a mi espalda, iluminados por la suave luz de las lámparas y la chimenea de leña. Todo brilla demasiado, como focos que permitirán a esa mujer vigilarme a través de los grandes ventanales.

Respirando deprisa, me quito los zapatos y me despojo de los calcetines mojados. La cuerda invisible alrededor de mis costillas se tensa con cada paso que me aleja de ella. Me estremezco como un perro que se sacude el agua, intentando forzar que esa sensación desaparezca.

Mis pies fríos y húmedos se pegan al parqué mientras corro a cerrar todas las persianas. Puedo verla de pie junto a la puerta trasera, con los brazos cruzados y los dedos tamborileando sobre sus bíceps mientras mira hacia la oscuridad. ¿Esperando? ¿Tramando algo?

El calor de la chimenea me recorre con un hormigueo, combatiendo el frío que se me ha calado hasta los huesos. Me late la cabeza y tengo la visión distorsionada, como si amenazara con aparecer una migraña.

Cojo el móvil de la mesa de centro, mordiéndome el labio. Debería llamar a la policía y decirles que hay una mujer desquiciada merodeando por mi propiedad y que ha intentado matarme.

Excepto que…

—Maldita sea —susurro, frotándome el pecho.

Por mucho que quiera que se vaya, no puedo negar la dolorosa opresión en mi interior cuando estamos separadas y el alivio cuando estamos cerca. Cuando me agarró, no fue… exactamente una mala sensación.

Vale, de acuerdo, fue una sensación *agradable*, y eso es lo que da miedo. La sensación terminó pronto, enmarcada por el terror cuando capté aquel destello peligroso en sus ojos. Pero en el medio…

Dios, esos pocos segundos en el medio fueron increíbles.

Me arde la cara. No debería estar dándole vueltas a esto. Pero cuando sus dedos se enredaron en mi pelo y rozaron mi cuero

cabelludo, fue como un trago de vino bajando por mi garganta y llegando a mi torrente sanguíneo, enturbiando mi cerebro y relajando todo mi cuerpo. Fue íntimo de una manera que nunca había experimentado, como la conexión pura en el momento del clímax. Como si estuviera tocando mi alma. Acariciándola. Y cuando la conexión se rompió, un vacío me invadió, dejándome tan desierta que era como si me hubieran arrancado una parte de mí. Casi le pido que siguiera haciendo lo que fuera que estaba haciendo.

Un calor se agita en mi vientre y el rostro me arde con más fuerza. Odio que mi cuerpo responda de esta manera a algo que, claramente, casi me mata.

Hay un poder en juego que no entiendo, y creo que dice la verdad cuando afirma que una fuerza sobrenatural nos mantiene unidas.

¿Qué fue lo que dijo? ¿Su *aquelarre*?

El corazón se me acelera a medida que las piezas encajan. El verso en latín. La forma en que hizo levitar la ceniza. Las sensaciones embriagadoras que fluyeron por mi cuerpo.

Una palabra surge en mi mente, contra la que no puedo discutir: *bruja.*

Me flaquean las rodillas. Me tambaleo y me agarro al sofá para apoyarme.

Ni de coña. Las brujas no son reales. Esto debe de ser una alucinación por inhalar humo tóxico. O una pesadilla.

Sí, una pesadilla. Cierro los ojos con fuerza. En cualquier momento voy a despertarme en la trastienda de Book Nook con nuestro último cargamento esparcido a mi alrededor.

Pero el fuego sigue crepitando, y mis pies siguen en el suelo de mi salón, y no me despierto.

El móvil me vibra en la mano y doy un salto, abriendo los ojos de golpe.

Es un mensaje de Dean: *—¿Cómo lo llevas? ¿Quieres que vuelva?*

Me quedo mirando el mensaje, tardando un momento en asimilar las palabras. ¿Cómo explico que he liberado accidentalmente a una bruja de un libro encantado y ahora estamos ligadas sobrenaturalmente? ¿Que intentó matarme pero no pudo? ¿Que una

parte de mí *disfrutó* de la sensación de sus dedos absorbiéndome la vida, o lo que demonios fuera aquello?

No puedo. Así que respondo: —*Estoy bien. Gracias, rico.*

Otra mentira más para la colección que llevo años acumulando. Estaba bien cuando mis padres me abandonaron el día que cumplí dieciocho años. Estaba bien cuando Riley desapareció sin explicación.

La cerradura hace clic y la puerta trasera se abre de par en par. La mujer entra con la confianza de alguien que ha sido…, ya sabéis, *invitada* a pasar. Mueve la mano para cerrar la puerta a su paso sin tocarla.

Joder, supongo que las cerraduras no significan nada para una mujer que puede controlarlo todo con telequinesis.

A medida que retrocedo, ella se desabotona la capa y revela una blusa blanca y un corpiño que realza sus curvas. Su densa melena castaña le cae por debajo del pecho, y se la echa hacia atrás sobre los hombros. Se le dilatan las aletas de la nariz mientras recorre con la mirada cada rincón de la casa: la televisión, el microondas, el portátil, el suelo de vinilo de la cocina.

—Nunca me he presentado —vuelve sus ojos azules gélidos hacia mí; su voz es sedosa, nada que ver con lo cortante que era hace un momento—. Soy Julia Moreau, bruja Sanguina.

Cojo el atizador de la chimenea y la apunto con él. —Me imaginaba que eras una bruja cuando intentaste matarme con magia.

Las palabras *bruja* y *magia* suenan extrañas saliendo de mis labios. Esto no puede estar pasando.

—*Intenté* —dice ella, como si eso hiciera que todo estuviera bien —. Me detuve, ¿no? Un poco de perdón nos vendría muy bien, amor.

—No creo que esté preparada para eso. —Doy un paso adelante y mantengo la punta a la altura de su pecho—. Nueva regla. No usas la magia conmigo ni con mis propiedades. Puede que esté atrapada contigo, pero no soy tu marioneta.

Julia enarca una ceja, divertida. —¿Y qué piensas hacer con ese palito?

—Es de hierro —digo, recordando el folclore que leí en uno de los libros de Riley—. ¿Quieres comprobar si las historias sobre el hierro y la magia son ciertas?

Hay un destello de sorpresa en sus ojos. Luego curva el labio y da un paso adelante hasta que su corpiño presiona la punta del hierro. —Adelante.

Mierda.

Agarra el extremo del atizador con la mano desnuda —adiós a esa teoría— y me lo arrebata de un tirón. Golpeó el sofá y luego cayó al suelo con un estrépito, y yo retrocedí atropelladamente.

El corazón me da un vuelco. *Sí, Hannah, pincha con un palo a la tía. Qué instintos de supervivencia tan brillantes.* Ahora he cabreado a alguien que puede matarme con un movimiento de sus dedos.

Me coloco detrás de la mesa redonda de la cocina, manteniéndola entre nosotras, y aprieto los dedos sobre el respaldo de una silla de madera. Tengo que averiguar cómo revertir esto, sea lo que sea, y rápido. —¿Cómo nos desvinculamos?

—No blandiéndoos instrumentos afilados la una a la otra, te lo aseguro.

Me rodea por la mesa hacia mí. Doy un paso lateral para mantener el mueble de por medio. Aunque solo es unos centímetros más alta que yo, parece que ocupa todo el espacio de la cocina.

—¿Pero *se puede* arreglar? —pregunto—. ¿No estoy atrapada contigo para siempre?

—Toda cerradura tiene su llave. Solo tenemos que encontrar a la bruja que lanzó el hechizo.

Me quedo paralizada, con la bilis subiéndome por la garganta.

He aquí la cuestión: ¿qué demonios hacía Riley con un diario que contenía a una antigua bruja atrapada en su interior? ¿Y por qué me lo dio con el pretexto de que era un libro de poemas de amor?

«*Prométeme que siempre lo guardarás cerca, pase lo que pase…*».

El hielo me recorre las venas. Puta madre, ¿se metió Riley en algo más oscuro de lo que yo creía? Los libros misteriosos, las cicatrices, la forma en que se había estado comportando…

¿Es ella una bruja?

Solo la conozco desde hace un par de años. Quizá me dejó antes de que me diera cuenta de que tiene secretamente quinientos años y…

No. Eso no encaja con la Riley que conozco. Ella no es malvada ni peligrosa. Además, su extraño comportamiento solo empezó hace dos semanas. ¿No habría sabido esto sobre sí misma hace mucho tiempo?

—¿Sabes quién lo lanzó? —pregunto con la boca seca.

—Lo sé —dice Julia—, y será mejor que la encontremos rápido.

El parqué cruje bajo nuestros pies mientras nos movemos en esta danza alrededor de la mesa, el depredador acechando a la presa. La casa parece demasiado pequeña, el aire demasiado denso.

Soy hiperconsciente de sus movimientos, de la forma en que se contonean sus caderas mientras me acecha, de la gracia de sus pasos. Se me eriza la piel como si me estuvieran cazando y lo peor es que, cada vez que sus pasos la acercan, el dolor en mis sienes remite y respiro un poco mejor. Hay una atracción en mi interior, como si mi cuerpo quisiera dejar de huir y acercarse a pesar de mi terror.

Ignoro lo que mi cuerpo quiere y doy un paso lateral para mantenerme en el lado opuesto.

—¿Cómo se llama? —pregunto, intentando no parecer aterrorizada por la respuesta.

—Rebecca, y es una formidable bruja celestial, lo que significa que el hechizo se volverá permanente cuando se ponga la luna. —Julia mira por la ventana, con las aletas de la nariz dilatadas—. ¿En qué fase está la luna esta noche?

El alivio de que no haya dicho «Riley» se ve inmediatamente asfixiado por un torrente de pavor. Se me cae el alma a los pies. *¿Permanente?*

—Es… es llena —digo con voz chillona.

—Así que tenemos hasta el amanecer, más o menos —dice Julia con tensión.

El amanecer. Eso es todo. Luego estaremos unidas para siempre.

¡Dios, se supone que empiezo la universidad el año que viene! Facultad de Artes. Mi carta de aceptación está en la nevera. He

estado trabajando como una loca, ahorrando cada dólar, para poder tener un título de verdad y una carrera real que pague las facturas, muy reales, con las que me dejaron mamá y papá.

Me imagino intentando ir a clase, hacer amigos y vivir una vida normal mientras estoy encadenada a esta bruja. Siempre débil e indefensa, siguiéndola como su mascota obediente.

No. No es una opción.

—Vamos, entonces —digo entre dientes, mirando la hora en el horno: 18:33 h—. Si tengo algo que decir en este asunto, vamos a romper este hechizo antes de la hora de dormir.

—Lo primero es lo primero. —Julia acaricia el aire con los dedos como si llamara a alguna fuerza invisible hacia ella—. Necesito poder. Estoy exhausta.

—Bien. ¿Cómo consigues más poder?

—Una bruja sanguina debe alimentarse. —Ladea la cabeza. Su mirada se detiene en mi garganta antes de recorrer el resto de mi cuerpo.

Un temblor me recorre. —¿A qué te refieres con *alimentarse*?

Ella suspira, como si yo estuviera haciendo demasiadas preguntas. —La fuerza vital de una persona suele sostenerme durante un ciclo lunar.

Se me hiela la sangre. ¿Es eso lo que intentó hacerme fuera? ¿Alimentarse de mi fuerza vital para reponer su magia?

Agarro la silla que tengo delante, intentando que no me tiemblen las manos.

—Oh, deja de actuar como un conejito asustado —arrulla ella—. El hechizo de vinculación te protege. No puedo consumirte sin sacrificar mi propia vida también y no estoy de humor para morir.

—Qué consuelo —digo con sarcasmo.

—Debería serlo. Te necesito viva, lo que te convierte en la persona más segura del mundo cuando estás conmigo.

Me mofo. ¿Segura? Nunca me he sentido en mayor peligro que ahora mismo. Pero me niego a darle la satisfacción de admitirlo. Probablemente sea el tipo de persona enferma a la que se le infla el ego cuando la temen.

Ella tararea, entornando los ojos para mirar por la ventana sobre el fregadero de la cocina. —Si no puedo alimentarme de *ti*, necesitaré otra fuente.

Sigo su mirada, con la piel de gallina. La televisión de los Walsh sigue parpadeando tras sus cortinas echadas. —¿Qué le pasa a una persona de la que te alimentas?

Julia camina hacia la puerta trasera, mirándome por encima del hombro con una ceja enarcada. —Es mucho más limpio si no los dejo vivos para que hagan preguntas y envíen turbas con horcas en mi busca.

Jesucristo. Me he atado a una asesina en serie.

El corazón me golpea contra las costillas al ritmo de sus pasos mientras se acerca a la puerta. *Pum. Pum.*

No puedo permitir que esto ocurra. Por mucho miedo que tenga, y aunque no sé nada de magia, una cosa es segura: preferiría morir antes que dejar que asesine a gente inocente. Yo soy quien ha soltado al monstruo y ahora ella es mi responsabilidad.

4

Hannah



HACIENDO ACOPIO DE HASTA la última gota de valor que poseo, paso corriendo por el lado de Julia y me lanzo entre ella y la puerta, bloqueándole el paso con los brazos cruzados. —No vas a asesinar a nadie esta noche.

Un destello de sorpresa cruza su rostro, pero recupera la compostura rápidamente y abre los brazos. —Entonces, ¿de qué manera propones que recupere mi magia?

—No lo harás. Mientras estemos *vinculadas* o lo que sea, no voy a dejar que mates a nadie. Puedes buscar alguna otra forma de recargar tu magia… o perder tu poder. Me da igual.

Ella se ríe, a carcajadas y sin reservas, inclinando la cabeza hacia atrás para exponer su elegante mandíbula y su garganta. El sonido me produce un escalofrío por la columna vertebral. —¿No importa el hecho de que *necesitaremos* la magia para localizar a mi aquelarre y romper el hechizo de vinculación? La magia nos mantendrá vivas a las dos. ¿No lo sientes? ¿Esta energía que se debilita?

Frunzo el ceño. Cuando me concentro en algo que no sea intentar poner distancia entre nosotras, ahí está: el dolor en la sien y una punzada creciente tras las costillas. Cada latido de mi corazón envía

una sacudida por mi brazo izquierdo, como si le costara seguir latiendo.

Se me corta la respiración. Este hechizo realmente me va a hundir con ella.

Julia tiene incluso peor aspecto del que yo siento tener. Tiene un brillo de sudor en la frente y el pecho. Su piel está más pálida que antes y le cuesta respirar. Sus manos tienen un ligero temblor, y no deja de apretar y abrir los puños como si estuviera luchando contra el dolor. Me recuerda a alguien presa de la fiebre… o del síndrome de abstinencia. Y entre la desesperación de sus ojos y su pelo alborotado, que le cae sobre los hombros, parece casi rabiosa.

Aun así. Esta bruja *no* va a asesinar a nadie bajo mi vigilancia.

—¿Todos los meses? ¿Y no sientes remordimientos? —le espeto.

—Los leones no sienten remordimientos por las gacelas.

—¡Las personas no son gacelas!

Ella levanta una ceja. —¿Vamos a debatir el valor de la vida mientras ambas nos consumimos?

Pongo los ojos en blanco. —Te estás luciendo para caerme bien.

La forma en que sonríe, con esa curva en los labios y el brillo en los ojos, hace que se me dé un vuelco el estómago.

Sí, vale, es atractiva. Lo que sea. Eso no significa que me guste.

—Eres demasiado inocente para entender que el poder requiere sacrificio —dice Julia.

—Y tú estás demasiado desconectada de la realidad para entender lo equivocada que estás.

Ella se mofa. —En mis tiempos, las jóvenes mostraban el debido respeto a sus mayores.

—En mis tiempos, no dejamos que los asesinos nos den lecciones de modales.

Se frota la frente como si esta conversación la estuviera agotando.

Finalmente, baja la mano. —Señorita Schmidt —dice despacio, como si saboreara mi nombre—, si no me dejas alimentarme, vamos a estar vinculadas para siempre.

Ambas opciones son terribles, pero me quedo donde estoy.

Ella agita la mano y una corriente de aire frío me golpea la espalda mientras la puerta se abre de par en par.

Cierro los dedos sobre su muñeca para impedirle el paso. —Julia, no lo hagas.

Una sensación placentera me recorre el brazo cuando la toco, tan intensa que se me entrecorta la respiración. Es una sombra de lo que ocurrió cuando sus dedos estaban en mi cuero cabelludo, pero es suficiente para que el calor se agite en mi vientre. Por un momento, olvido por qué intento detenerla. Simplemente dejo que este sentimiento se filtre en cada resquicio de mi alma.

Se le hinchan las fosas nasales mientras me mira con fijeza. Está tan cerca que percibo su aroma: algo cálido y embriagador, como humo de leña y té de manzana y canela.

La suelto, ignorando el hormigueo en mi mano.

Inclina la cabeza, escudriñando mi rostro como si buscara algo.

—Si ya has terminado de ir de noble —dice al fin—, dejemos de perder el tiempo.

Me aparta de un empujón fuerte.

Tropiezo y choco contra la pared; un dolor punzante estalla en mi hombro. —¡Ay! ¡Oye! ¡Julia, espera!

Camina a zancadas hacia la oscuridad como si no me hubiera oído. Salgo corriendo tras ella descalza, y el frío me golpea de lleno.

Rodea el lateral de la casa y, cuando llegamos al jardín delantero, me cruzo para impedir que vaya a la casa de los Walsh, pero su atención está en otra parte. Unos faros iluminan la calle mientras se acerca un coche.

Julia retrocede bruscamente, protegiéndose los ojos de las luces. —¿Qué clase de bestia…?

—¡Es un coche! —grito—. Como… ¿un carruaje sin caballos? Ahora, por favor, vuelve dentro y…

—Justo lo que necesito. —Levanta ambas manos, y el sedán se detiene en seco con un chirrido, como si hubiera chocado contra un muro invisible; los neumáticos echan humo contra el asfalto. El motor ruge en señal de protesta.

—¡No! —Cambio de rumbo hacia ella, resbalando en la hierba mojada.

Maldita sea, ¿por qué no le he dicho que el coche era un sabueso infernal en llamas que nos mataría a menos que diéramos la vuelta y

entráramos de nuevo?

Julia jadea; su respiración es ronca mientras obliga al coche a quedarse quieto. Se acerca con pasos fatigosos, como si usar la magia le estuviera arrebatando la vida.

Con otro movimiento de su brazo, la ventanilla del conductor estalla en una lluvia de cristales. El hombre que está dentro grita de miedo.

No, no, no…

Julia introduce el brazo por la ventanilla rota y lo saca a rastras con un gruñido de esfuerzo. El cuerpo del hombre golpea el pavimento con fuerza.

¡Dios mío, es Nick, el de tres casas más allá! De repente parece más joven, un graduado universitario de veintitantos que tuvo una hija el año pasado.

Un sudor frío me brota bajo la sudadera. ¿Qué he desatado?

—¿Qué demonios…? —Las palabras de Nick se cortan cuando la mano de Julia se cierra alrededor de su garganta.

—¡Julia, para! —Me abalanzo sobre ella y la agarro de la capa, temerosa de tocar su piel por si el contacto desata cualquier efecto que ella parece tener sobre mí.

Ella sigue apretando y, ante mis ojos, sus dedos se ennegrecen como si fueran consumidos por las sombras. Sus ojos también se oscurecen por los bordes como si fueran moratones.

Se me cierra la garganta. Trago aire, mareada.

Aunque tiro con fuerza, intentando apartarla, no se mueve. A Nick se le salen los ojos y se le ponen rojos; su cuerpo convulsiona.

Dejando a un lado la precaución, araño el brazo de Julia. —¡Suéltalo!

Me empuja hacia atrás sin mirar. Tropiezo, pierdo el equilibrio y caigo, golpeando el asfalto con fuerza. Un dolor agudo estalla en mi cadera y el suelo me raspa las palmas de las manos.

Me incorporo jadeando; me escuecen las palmas. No puedo moverme, el terror me bloquea los músculos. ¿Qué demonios se supone que debo hacer?

Mientras ella murmura el encantamiento y sus dedos y ojos se oscurecen, una energía que no comprendo llena el aire. Se le levanta

el pelo y su capa abierta ondea al viento. Nick lucha, pero ella lo sujeta fácilmente por la garganta.

Una fascinación enfermiza me deja paralizada. La forma en que detuvo un coche, rompió el cristal y sacó a un hombre adulto por la ventanilla… La visión de ella de pie ante mí, con el poder irradiando de todo su cuerpo… Es tan magnífica como terrible. ¿Cuánto poder tiene realmente?

Entonces Nick emite un horrible sonido de asfixia, devolviéndome a la realidad. Su cuerpo se está quedando laxo y sus ojos se salen grotescamente.

Tengo que detener esto.

Me pongo de pie como puedo y me lanzo de nuevo contra Julia, agarrándole el brazo con ambas manos. —¡Aliméntate de mí en su lugar!

Julia suelta a Nick, que cae al suelo con un golpe sordo y nauseabundo, jadeando y tosiendo.

Se gira para enfrentarme y apenas la reconozco tras la mirada feroz de sus ojos.

Mi corazón da un vuelco mientras el ofrecimiento queda suspendido entre nosotras. Por un momento, quiero retirarlo. Pero no. Lo que he dicho va en serio. Tengo el poder de evitar que esta mujer mate a gente, y así es como lo ejerzo.

Ella frunce el ceño. —Hemos establecido que no puedo hacer eso.

—Hemos establecido que no puedes *matarme*. Pero mientras no me agotes por completo, puedo sostenerte.

A medida que asimilo las consecuencias, una sensación de frío me recorre. Esta es mi peor pesadilla. Como si estar vinculada a una bruja no fuera lo bastante peligroso, ahora me ofrezco a dejar que se alimente de mi esencia una y otra vez, volviéndome tan vulnerable que podría matarme si llega demasiado lejos.

Julia levanta una ceja. —¿Dejarías que me alimentara de ti para impedirme matar a otra persona?

Cuando lo plantea así, la elección es obvia. No dejaré que otros mueran porque yo tenga demasiado miedo.

Asiento con firmeza.

Sus ojos recorren mi cuerpo y aprieto los puños para que no vea que me tiemblan las manos.

Nick aprovecha la oportunidad para meterse de nuevo en su coche, jadeando и tosiendo. Julia mueve una mano hacia él; sus dedos se mueven como si grabaran símbolos en el aire. Murmura palabras que no entiendo.

Abro la boca para decirle que pare lo que sea que esté haciendo, pero ella susurra: —Encantamiento de memoria.

Me muerdo el labio.

Los ojos de Nick se nublan mientras permanece sentado en el asiento del conductor; su expresión se queda en blanco.

Julia baja la mano, sin dejar de estudiarme con el ceño fruncido. Estando tan cerca de ella, apenas puedo respirar.

Entonces me agarra de la muñeca con tanta fuerza que me hace jadear y me arrastra de vuelta hacia la casa. La sigo con paso torpe, con el miedo oprimiéndome la garganta con tanta fuerza que no puedo emitir ni un sonido.

De vuelta en el interior, hay un silencio asfixiante, salvo por el crepitar de la chimenea. Julia me suelta y retrocede para estudiarme. Las sombras que manchaban sus dedos se han desvanecido y sus ojos han vuelto a la normalidad, penetrantes e invernales.

—Una alimentación parcial no será suficiente para llenar mi magia —dice—. Tendré que alimentarme de ti con frecuencia.

Vacilo. Dejar que sorba repetidamente mi fuerza vital suena a muerte lenta. —¿No hay otra opción? ¿Algún hechizo, meditación o… ritual con cristales que puedas hacer?

La risa de Julia es aguda y fría. —No soy ninguna practicante aficionada que vende piedras a plebeyos supersticiosos, señorita Schmidt.

—Vale. —Me muevo inquieta, exprimiéndome el cerebro en busca de otras posibilidades—. ¿Y no puedes alimentarte de algo que no sea un humano? ¿Un bicho o lo que sea?

Arruga la nariz. —No.

—¿Y no podemos, no sé, ir a un banco de sangre?

—¿*Sangre*? ¿Qué te crees que soy, un vampiro? —gruñe.

Extiendo las manos para calmarla. —Vale, vale. De acuerdo. Entonces, ¿las alimentaciones repetidas no me matarán?

—A corto plazo, no.

Suficiente, supongo, si vamos a romper este hechizo para mañana por la mañana.

Asiento. —Entonces haz conmigo lo que quieras.

Su mirada me recorre de arriba abajo y, si estuviéramos en *cualquier* otro escenario, juraría que me estuviera repasando. Lo cual es probablemente la razón por la que mi cuerpo reacciona como lo hace, con un revuelo recorriéndome y el calor estallando en mi cara. Es algo totalmente contradictorio con el terror que bombea por mis venas, lo que me desorienta aún más.

Ella se mueve y yo me tenso. Un temblor me recorre. No puedo creer que esta mujer esté en mi cocina. Otra vez.

Retrocede, manteniendo mi mirada con una intensidad abrasadora hasta que llega a la chimenea de leña. Allí se deja caer de rodillas y me tiende las manos, con las palmas hacia arriba.

—¿Ahora mismo? —Mi voz sale como un chillido.

Ella suspira. —¿Preferirías echarte una siesta primero? Sí, empezar poco a poco a buscar a mi aquelarre es una idea encantadora. Después de todo, tenemos tiempo hasta el amanecer.

Aprieto los puños, con el corazón a mil. ¿Estoy lista para volver a pasar por esto?

—Está bien. Pero si voy a ser tu batería personal, será bajo mis condiciones. Pedirás permiso cuando quieras alimentarte de mí. Solo tomarás lo que necesites. Pararás si yo te digo que pares.

Una pausa.

—Muy bien —dice ella.

La mirada de complicidad en sus ojos hace que me ardan las mejillas. ¿Es consciente de lo bien que se siente cuando se alimenta? ¿Percibe mi vergonzosa fascinación por ello?

Está sentada con elegancia sobre las rodillas, con los muslos entreabiertos. El fuego crepita en el silencio. Su luz cálida parpadea sobre su rostro, iluminando el sudor y la ceniza, proyectando sombras móviles bajo sus ojos.

Retiro la mirada, no dispuesta a dejar que vea los sentimientos contradictorios que tengo en mi interior.

Sus manos extendidas permanecen suspendidas, esperando que las tome.

Puedo hacerlo. Es el primer paso para dejar atrás este lío y seguir con mi vida.

Me acerco con piernas inestables.

—Chica valiente —dice ella.

—Eres insufrible —refunfuño.

—Y tú estás atrapada conmigo, cariño.

Me arrodillo frente a ella, intentando no pensar en que estoy ofreciendo mi fuerza vital a una bruja asesina.

Es hora de alimentar al monstruo que he desatado.

5

Julia



HANNAH CAE DE RODILLAS ante mí, ofreciéndome su esencia a pesar de saber con qué facilidad podría destruirla.

Qué chica tan extraña y temeraria. A pesar de su evidente terror, no flaquea. Hay acero bajo esa apariencia suave, algo inesperado e intrigante. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me sorprendió?

En todos mis años de alimentación, a través de cientos de víctimas durante décadas de caza, todas reaccionaron de la misma manera: suplicando, regateando, intentando escapar. Me han ofrecido dinero, posesiones, ganado, seres queridos… cualquier cosa menos a sí mismas.

¿Pero Hannah? Ella ha elegido el sacrificio personal para proteger a unos desconocidos.

Desde Charlotte, nadie se me había entregado voluntariamente. Pero a diferencia de Charlotte, Hannah tendrá que seguir viva. Al menos hasta que estemos desvinculadas.

El recuerdo de los últimos momentos de Charlotte intenta aflorar —su cuerpo tembloroso, la adoración en sus ojos y luego aquella quietud absoluta y final—, pero lo reprimo. No es momento de pensar en ella.

Con nuestras rodillas casi tocándose, sacudo los hombros para relajarme, lista para empezar.

El chasquido de los troncos al asentarse llena el silencio, y el aroma a humo y a algo dulce flota entre nosotras. La luz del fuego danza sobre el ceño fruncido de Hannah, la determinación de su mandíbula y sus ojos azules entrecerrados.

No puedo evitarlo: mis labios se curvan en una sonrisa de satisfacción.

Oh, Rebecca. Me lanzó un hechizo de vinculación para debilitarme y forzarme a depender de usted, y, en su lugar, me ha puesto en bandeja a una chica que se me ofrece voluntariamente.

La ironía es deliciosa. Estoy deseando ver cómo se da cuenta de lo mucho que ha fallado su plan. Cómo me ha regalado una fuente de poder que no tengo que cazar. Cierto es que tendré que alimentarme de su energía con frecuencia, ya que no puedo drenarla por completo, pero eso no será un problema dado que estamos vinculadas.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta Hannah.

Flexiono los dedos; mi hambre voraz me hace desear agarrarla con desesperación. —Para alimentarme es necesario el contacto físico con la víctima.

—Eso ya lo imagino —dice ella con frialdad. Se alisa el pelo, que está desordenado y enredado de cuando hundí mis dedos en él.

Muevo los dedos, esperando aún a que ponga sus manos sobre las mías. —Bastará con un simple ritual de contacto cutáneo.

La arruga de su frente me indica que se pregunta qué otros tipos de rituales existen. Pero no tiene sentido asustarla ahora.

Vacilante, alarga las manos y posa sus palmas sobre las mías. Su esencia late con impaciencia, rica y vibrante. Pero no es solo su esencia lo que inunda mi conciencia: es el aleteo de su pulso, el frescor de su piel, el pequeño hipo en su respiración. Sus manos son tan delicadas que podría romperle los dedos si apretara demasiado. A medida que su piel se calienta bajo mi tacto, es como acariciar seda.

Concéntrate. Me he alimentado de cientos de personas sin distraerme con la mecánica de sus cuerpos.

Cierro los ojos y comienzo el encantamiento, absorbiendo su energía como si fuera un largo trago de cerveza.

—Tua essentia mea fit…

La sensación es inmediata y embriagadora, como miel templada fluyendo por mi alma. Y, oh, el *tacto* de su ser. A diferencia de la fuerza vital robada a una víctima reacia, la suya es ofrecida libremente y sabe más dulce que cualquier cosa que haya probado jamás. Su sabor, su textura, la forma en que se asienta en mis huesos…

Hannah contiene el aliento bruscamente y abro los ojos para encontrar su mirada clavada en mí. Bajo la luz del fuego, sus ojos parecen de metal fundido. Sus mejillas están encendidas, sus labios carnosos entreabiertos. La forma en que me mira hace que el calor se enrosque en mis entrañas, mientras el placer recorre todo mi ser.

A medida que continúo recitando, su respiración se vuelve rápida y superficial, y sus dedos se aprietan sobre los míos. Lo está disfrutando, como debe ser.

Pero su fuerza vital se… resiste. Quizá sea más fuerte de lo que pensaba.

Le subo las mangas, dejando al descubierto sus muñecas y antebrazos para poder acceder mejor a ella. Cuando presiono mis palmas contra su piel desnuda, emite un pequeño sonido en la garganta, como si la sensación la hubiera sorprendido.

Recito el encantamiento de nuevo, esta vez más alto.

Mis dedos se oscurecen. Su fuerza vital fluye hacia mí en oleadas; cada pulso me provoca un subidón embriagador. Echo la cabeza hacia atrás y mi respiración se acelera a medida que el poder me inunda.

Dios, ¿alimentarse siempre ha sido así de bueno? ¿Lo habré olvidado tras pasar tantos años aletargada? Su sabor es mejor que cualquier cosa que recuerde, y la sensación de tenerla en mis venas es mejor que lo que cualquier boca o dedos podrían hacerme.

Las manos de Hannah se agitan entre las mías, pero no se aparta. Al contrario, se inclina más hacia mí.

Mi magia quiere seguir. Quiere que la empuje sobre su espalda y le sujete las manos por encima de la cabeza, que la drene a fondo, que

tome hasta la última gota de energía que posee hasta que…

Sus párpados tiemblan y el color rosado desaparece de sus mejillas. Empieza a temblar, debilitándose.

No. Si no me detengo, el hechizo de vinculación hará que yo muera junto con ella.

Puede que Hannah sea mía para alimentarme, pero también es mía para protegerla, me guste o no.

Es como si mis manos se hubieran convertido en piedra, dada la dificultad que me supone soltarla. Pero aprieto los dientes y obligo a que mi agarre se afloje. En cuanto mis dedos oscurecidos se apartan de sus antebrazos, la conexión se rompe y me quedo sin aliento.

Mis entrañas arden, insatisfechas y hambrientas. Es como beber una sola gota de agua tras estar muerta de sed. O como detenerse justo en el momento del clímax, negándome la liberación total. Punzadas de dolor recorren mis venas y tengo que apretar los puños para no volver a abalanzarme sobre ella.

«Ya basta», me digo con firmeza.

Me paso el brazo por la frente sudorosa. Mi magia se retuerce con más fuerza, anhelando tomar un poco más.

Así que aquí es donde Rebecca me tiene atrapada: dejándome perpetuamente insatisfecha e incapaz de beber hasta saciarme.

Hannah retira las manos y las acuna contra el pecho. Parpadea y mira a su alrededor. El color ha vuelto a su rostro, que se está poniendo rojo mientras un rubor le sube por el cuello. Sus dedos tiemblan al tocarse los antebrazos, siguiendo el rastro que dejaron mis manos como si intentara comprender qué le ha pasado. Tiene un aspecto completamente arrollador: los labios partidos, las pupilas dilatadas, el sudor brillando en la base de su garganta. Cuando su mirada se cruza con la mía, rápida e incierta, lo que veo en sus ojos no es miedo ni asco, sino algo parecido a la curiosidad por una sensación que no sabe cómo gestionar.

Interesante.

No tiene ni idea de lo que ha invitado a su vida.

Aparto la mirada y flexiono los dedos; mi poder restablecido hormiguea bajo mi piel.

Ante mi gesto, la tetera retumba y el vapor sale a chorros por el pico. La guío hasta la mesa de centro y vierto agua hirviendo en la taza de Hannah.

—Mucho mejor —digo, y vuelvo a colocar la tetera en el fuego, suspirando con la satisfacción de ver que mi magia responde como es debido—. Es suficiente para mantenerme por ahora. Podré realizar magia básica y quizá un hechizo complejo o dos antes de que necesite alimentarme de nuevo.

—¿Ahora podemos buscar a la bruja que nos maldijo? —pregunta Hannah con voz ronca.

Me levanto y me sacudo las mangas, satisfecha de lo estable que me siento a pesar de que la alimentación ha sido incompleta. —Sí. Empezaremos buscando lo que quede de mi aquelarre.

—Y… ¿dónde están?

—Antes de mi *sueño* —bufo—, vivíamos en unas casas a las afueras de Fort Langley. ¿Sigue en pie ese lugar?

La confusión arruga la frente de Hannah. —Sí. Pero creo que la gente que vive allí se habría dado cuenta de que había un aquelarre de brujas en el pueblo.

—Te sorprendería lo fácil que nos resulta escondernos. —La idea de encontrar a Rebecca hace que mi sangre cante de anticipación.

Hannah se pone de pie, tambaleándose. —De acuerdo. Vamos.

Miro por la ventana, pero está demasiado oscuro para ver el exterior. —¿En qué medio de transporte viajaremos? ¿Tenéis caballos?

Ella me mira fijamente y luego suelta una risa corta e incrédula. —Esto… no. Pero hay un autobús que va a Fort Langley.

Entorno los ojos. —¿Un ómnibus? ¿Como una diligencia?

—No, tiene motor, como… el coche que has visto… antes… —se remueve, abrazándose a sí misma.

Ah, el hombre al que intenté matar. Qué eficiente. —Maravilloso. Llévame a ese *autobús*. Y necesitaré zapatos.

Minutos después, mis pies están encerrados en algo que ella llama *Birkenstocks*, y me pregunto en qué momento decidió la humanidad prescindir de los caballos. El autobús es una bestia metálica descomunal que resuella y gime mientras avanza a sacudidas por las

calles oscuras, moviéndose más rápido que cualquier caballo que haya visto jamás. Eructa humo hacia un aire ya de por sí viciado, y el interior huele vagamente a podrido. Unas luces espantosas parpadean sobre nuestras cabezas, arrojando un resplandor amarillento sobre el resto de los pasajeros. A través de las ventanillas sucias, pasan más luces a toda velocidad. Todas las superficies están pegajosas, pero no me queda más remedio que agarrarme al asiento para mantener el equilibrio mientras tomamos una curva.

—¿Dejan que cualquiera monte en esto? —pregunto, observando al puñado de personas que hay a bordo.

Una mujer habla por un pequeño objeto negro, riéndose de alguien que no está allí. ¿Estará loca? ¿Poseída? Pero a nadie más parece preocuparle.

Cerca de la parte delantera, un hombre mayor no deja de girarse para mirar a Hannah. Incluso cuando mira hacia otro lado, su reflejo en el cristal oscuro muestra que sigue observándonos. Me dan ganas de arrancarle los ojos con una maldición.

—Cualquiera que pague el billete —dice Hannah hundiéndose más en su asiento, o bien ajena a las miradas del hombre o ignorándolo a propósito—. Me necesitarás para moverte, ya que no tienes dinero.

Qué inconveniente. Pero supongo que no es que pudiera separarme de ella aunque quisiera.

Busco mi magia, tanteando sus límites. Normalmente, podría persuadir, maldecir, protegerme, hechizar y abrirme paso a golpes ante cualquier problema. Podría agrietar la tierra bajo nuestros pies o reducir toda esta estructura a polvo. Pero la alimentación incompleta me ha otorgado un poder limitado, que tendré que conservar con cuidado. La idea me produce una extraña sensación en el estómago.

Por la ventana, el mundo ha cambiado hasta volverse irreconocible. Todo es enorme y extenso. Los edificios se elevan hacia el cielo como montañas de cristal y metal. Donde antes había caminos de tierra y pasarelas de madera, ahora hay senderos de piedra lisa marcados con líneas pintadas. En lugar de farolas de gas, hay postes altísimos rematados con luces tan intensas que

convierten la noche en día. Las imágenes hunden un sentimiento frío y vacío en mi alma. ¿Sabía Rebecca lo cruel que sería dejarme sin poder en un mundo que no reconozco?

—¿Estás bien? —pregunta Hannah.

Su tono es sorprendentemente preocupado. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me preguntó cómo me encontraba?

—Estoy perfectamente —miento, viendo cómo otra bestia de metal ruge al pasar a pocos centímetros—. El mundo es simplemente… diferente a como lo recordaba.

—Ya me lo imagino. Ciento dieciocho años es mucho tiempo.

Su recordatorio del número de años transcurridos me revuelve el estómago. He intentado no pensar en ello, pero pronto tendré que enfrentarme a la realidad: ¿cuántas de mis hermanas del aquelarre seguirán vivas? La vejez no les habría llegado todavía, pero eso no significa que otras fuerzas no lo hicieran.

A medida que la noche se oscurece y serpenteamos por las calles, estudio el perfil de Hannah bajo el resplandor de las farolas que pasan. Se ha recuperado de nuestra sesión de alimentación, demostrando más resistencia de la que esperaba de una criatura tan delicada. Pero hay una tensión en sus hombros y rigidez alrededor de sus ojos que sugiere que no está tan impasible como intenta aparentar.

Bien. Necesito que siga motivada para romper este hechizo exasperante… y que sea lo bastante fuerte para resistir lo que vendrá después. Tendré que realizar un ritual de alimentación más potente con ella pronto, pueda soportarlo o no.

Pero hay tantas incógnitas sobre ella… ¿Cómo acabó ese diario en su poder? ¿Qué papel desempeña en el plan mayor de Rebecca?

Puede que la maldición me haya debilitado, pero no puedo permitir que Hannah vea lo desesperada que estoy por obtener respuestas, por recuperar mi poder y por cualquier vínculo con el mundo que conocía. Aunque el hechizo de vinculación nos haya obligado a estar juntas, eso no significa que deba confiar en ella. No cuando el diario que me aprisionó llegó a sus manos.

6

Hannah



MIENTRAS EL AUTOBÚS NOS lleva por la autopista hacia lo que espero, por el amor de Dios, que sea el antiguo aquelarre de Julia, ella se agarra al asiento como si el conductor estuviera a punto de pulsar un botón de eyección. Cuando un camión pasa rugiendo a nuestro lado, ella se sobresalta.

Debo de estar sonriendo, porque dice entre dientes:

—¿Te hace gracia algo?

Me encojo de hombros.

—Resulta interesante ver a una bruja todopoderosa asustada por el transporte público.

—No tengo miedo —espeta.

—Claro. Debe de haber alguna otra razón por la que estás dejando la marca de tus dedos en el asiento.

Probablemente no debería bromear con alguien que intentó matar a mi vecino hace una hora, pero verla con los nudillos blancos apretando el asiento del autobús la hace parecer menos una amenaza y más una humana corriente que se siente superada por las circunstancias; lo cual es casi peor, porque hace que sea más difícil odiarla. De todos modos, prefiero bromear que pensar en

cómo mi vida se ha descarrilado por completo. El sarcasmo lo puedo manejar. El terror existencial, no tanto.

Suelta su agarre mortal y se alisa la capa con dignidad.

—En mi época, si algo se movía a esta velocidad, era porque intentaba matarte.

—Bienvenida al futuro. Todo se mueve rápido y nada tiene sentido.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo.

Apenas se me curva el labio.

—Puedes relajarte, de verdad. He ido en autobús desde que era niña y es seguro. Quiero decir, nunca hemos tenido un accidente.

Seguro quizá sea una palabra generosa, especialmente de noche, pero ella no tiene por qué saberlo.

Julia emite un sonido a medio camino entre el asco y la resignación, observando el oscuro paisaje desdibujarse al pasar.

—Esta velocidad simplemente parece excesiva.

—Lo que es *excesivo* es que asesines a gente para desayunar.

—Desayuno, cena… El momento es irrelevante. —Agita una mano con desdén—. Pero yo no me los *como*. Me alimento de la esencia, no de la carne.

—Qué civilizado por tu parte.

Me estudia, con una mirada que me quema el lateral de la cara. El silencio que sigue no es del todo cómodo, pero tampoco hostil.

Tamborileo con los dedos en el asiento vacío de delante, mirando de reojo la luna llena. Estamos en una fila de tres asientos al final del autobús, lejos de los oídos de los demás pasajeros, pero aun así mantengo la voz baja.

—¿Y por qué nos vinculó esa tal Rebecca?

Julia mira hacia otro lado, pero su reflejo en la ventanilla muestra un destello de sorpresa.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué *no* iba a preguntarlo?

Se gira para mirarme, aunque sus manos siguen ancladas al asiento.

—¿Cómo?

—Necesito saber a qué me enfrento. Cómo funciona la magia. —Cualquier cosa que Julia pueda compartir sobre qué demonios está

pasando y cómo planeamos salir de este lío sería de gran ayuda.

Frunce el ceño.

—Sospecho que quería asegurarse de que nadie quisiera liberarme. ¿Quién me despertaría sabiendo que estaría sujeto a un hechizo de vinculación, verdad?

—Habría estado bien saberlo antes —murmuro.

Su risa es grave y melodiosa, lo que me provoca un escalofrío por la espalda. Siento un repentino impulso de decir algo ingenioso solo para volver a oírla. Lo cual es ridículo. No me importa lo que piense de mí.

—Pero ¿*por qué* te hizo esto?

Julia se queda callada, observando el paisaje oscuro y el tráfico fluido. Finalmente, dice:

—Mi turno de preguntar. ¿De dónde sacaste ese diario?

La pregunta me golpea como una puñalada en el corazón.

—Me lo dio alguien.

—¿Quién?

—Una chica.

—¿Qué chica?

Me muerdo el labio. No puedo contarle mi teoría de que Riley sea una bruja. Si piensa que Riley tuvo algo que ver con su maldición, querrá darle caza. Y por mucho que odie a Riley ahora mismo…

Bueno, una no deja de amar a alguien en un abrir y cerrar de ojos. Me niego a poner a Riley en el punto de mira de esta mujer.

Pero supongo que no hay nada malo en mencionar que lo obtuve de ella.

—Mi ex —digo a regañadientes.

Julia traza con su dedo índice el vaho que se forma en la ventanilla.

—Perdóname por estar un siglo desconectada, pero ¿qué quieres decir con *ex*?

El calor me inunda las mejillas.

—Antigua… amante. —La palabra me suena extraña, demasiado íntima para una conversación con esta mujer a la que acabo de conocer.

Sus manos se quedan perfectamente quietas.

Espera, ¿por qué le estoy mirando las manos?

Bajo la mirada.

Finalmente, dice:

—Ya veo. ¿Y por qué es tu *ex-amante* y no la actual?

La puñalada en mi corazón se hunde más, reabriendo la herida que he estado intentando cauterizar. El silencio se prolonga, y algo en la oscuridad exterior, o tal vez simplemente el agotamiento tras este día turbulento, me deja demasiado cansada para mantener mis defensas.

—Se cansó de mí, supongo.

—¿Te dio el diario y desapareció? —pregunta Julia con un tono más agudo—. Cuéntame más sobre esa chica.

—Me lo dio hace mucho tiempo —digo rápidamente—. Sabe que me encantan los libros antiguos, así que probablemente pensó… —Me encojo de hombros—. ¿Quién demonios sabe lo que pensaba Riley? Al parecer, no la conocía tan bien como creía.

—¿Y cuando te rompió el corazón, lo quemaste? —pregunta Julia.

—Sí. —Me escuecen los ojos al oír esas palabras en voz alta—. La forma en que rompió conmigo fue tan inmadura que me pregunto si alguna vez se dio cuenta de lo mucho que me enamoré de ella. Como si pensara que éramos niñas cogidas de la mano en el cine en lugar de mujeres en una relación real.

Hay una pausa. Vale, estoy discutiendo mi vida amorosa con alguien que me puso las manos encima hace un rato. Alguien que, mediante una magia que no comprendo, me hace sentir más a gusto de lo que me he sentido con Riley en los últimos días. Pero estos sentimientos son por el hechizo, ¿verdad? No es real. No como lo que tuve con Riley.

—¿Dónde os conocisteis? —pregunta Julia.

Las mejillas me arden mientras obligo a mi cerebro a volver a la conversación. Su tono es clínico y carente de emoción; intenta resolver un misterio mientras yo vomito mis sentimientos más profundos como si esto fuera una terapia.

—En un parque —respondo—. El verano después del instituto, yo estaba en el césped leyendo y Riley estaba haciendo lo mismo a unos metros de distancia. Empezamos a hablar.

—Hm.

Prácticamente puedo ver los engranajes girando en la cabeza de Julia, catalogando cada detalle sobre Riley. Quizá no debería haberla mencionado.

—¿Y por qué importa todo esto? —pregunto.

—Porque la gente no se topa con objetos malditos por accidente. Y resulta que las brujas maduran en su arte alrededor de la época en que llegan a la edad adulta.

Se me hiela la sangre. Si Riley es realmente una bruja, eso explicaría muchísimas cosas. Pero también hace que la ruptura duela de una forma totalmente nueva. Si estaba luchando por descubrir algo sobre sí misma, ¿por qué no me lo dijo? Yo la habría apoyado y amado a pesar de todo.

—Me toca hacer otra pregunta —digo antes de que esta conversación se acerque más a que Julia sugiera que vayamos a cazar a Riley—. ¿Por qué el hechizo se vuelve permanente cuando se pone la luna?

Ella suspira. Me preparo para desviarme de nuevo, para insistir en que Riley es solo una chica normal con un lado cursi, pero entonces Julia dice:

—Porque los hechizos están ligados a los ciclos naturales. La luna, las estaciones, el cuerpo, la flora y la fauna. La magia requiere tiempo para planificarse, para lanzarse y para echar raíces.

—Qué poético.

Agita una mano con desdén.

—Simples hechos.

—¿Entonces este hechizo de vinculación está ligado a la luna?

—Rebecca es particularmente hábil con los hechizos y maldiciones basados en el tiempo.

—Dijiste que es una bruja celestial, ¿verdad? ¿Igual que tú eres una bruja sanguínea?

Inclina la barbilla.

—Recibimos el nombre según de dónde extraemos nuestro poder.

Así que Rebecca lo extrae de los cuerpos celestes, Julia lo extrae de la fuerza vital de otros…

—¿Hay algún otro tipo de bruja de la que deba preocuparme?

—Mi aquelarre tenía de todo tipo. Brujas verdes, brujas del mar… y seguramente hay más que no he conocido. —Hace una pausa, observándome—. Una bruja sanguínea es la más poderosa, y solo hay —*había*— unas pocas de nosotras en el mundo, por si te lo estabas preguntando.

La idea de que exista siquiera otra bruja como Julia es suficiente para hacerme temblar.

Si Riley es realmente una bruja, me pregunto de qué tipo será. No es que deba importarme ya.

—¿Cuántas había en tu aquelarre antes de tu…, esto, siesta? —pregunto.

Me lanza una mirada fulminante por mi elección de palabras.

—Nueve, pero fluctuaba a medida que los miembros iban y venían.

El estado desconocido de su aquelarre queda suspendido entre nosotras. Más de cien años de idas y venidas. Incluso para una bruja asesina, eso tiene que doler.

—¿Cuánto viven las brujas?

El autobús se detiene y las puertas se abren con un siseo. Una anciana que viste muchas capas de ropa y carga con dos bolsas de la compra sube con dificultad.

—Cientos de años, si somos prudentes —responde Julia—. La mayoría no lo son. La violencia nos encuentra más a menudo que la vejez.

Otro silencio. En otras palabras, casi todos los que conoció probablemente se han ido, de una forma u otra.

Por mucho que esto sea literalmente lo peor que me ha pasado nunca, está claro que es aún peor para Julia. Al menos yo no me he despertado en una época diferente, sin saber si todos los que conozco están vivos o muertos.

—Lo siento —digo en voz baja.

Ella resopla.

—¿Por qué?

—Siento lo que estás pasando, simplemente.

No responde.

Otro camión pasa rugiendo y esta vez ella no se sobresalta. Progresamos.

—Gracias por contarme todo esto —digo, extrañamente conmovida por su honestidad.

Suelta una risa baja, observándome con esos ojos inquietantes.

—Una advertencia, Hannah: en asuntos de brujas y magia, ten cuidado con lo que indagas. Cuanto más aprendes sobre nuestro mundo, más difícil resulta fingir que sigues siendo inocente.

Resoplo.

—Nunca he sido inocente.

No estoy segura de por qué lo he dicho. Supongo que no quiero que piense que soy una florecilla protegida que no puede manejar lo que sea que tengamos por delante.

—¿No? —Su tono es divertido—. Esta noche te has interpuesto entre un extraño y yo. Eso es ser inocente o increíblemente tonta.

—Se llama tener conciencia.

—Hum, un lujo que no puedo permitirme. Ni tú tampoco, si quieres sobrevivir a lo que viene.

Giramos en una esquina y la inercia me empuja contra Julia. Mantengo la mirada al frente, ignorando el hormigueo bajo mi piel.

—Me arriesgaré con mi brújula moral, gracias.

—Qué noble. Dime, ¿tu brújula moral tiene en cuenta el hecho de que disfrutaste?

Mis manos se aprietan en el respaldo del asiento de delante.

—¿Disfruté de qué?

—Sabes de qué estoy hablando.

—Eso fue… —De repente hace demasiado calor aquí dentro. Me muevo, manteniendo unos centímetros de espacio entre nosotras—. Es el hechizo de vinculación.

—Claro —dice ella secamente.

Maldita sea, ¿debería preocuparme por lo increíble que se sintió tener sus manos sobre mí? ¿De que en cierto modo me gustara estar a su merced?

—Te contuviste durante la última toma —dice ella, examinándose las uñas—. No pude consumir lo suficiente para mantenerme.

Suelto un jadeo indignado.

—¡No lo hice! ¿De verdad crees que sabría siquiera *cómo* contenerme? ¡No tengo ni idea de cómo funciona nada de esto!

Me escudriña. Tras un minuto incómodamente largo, dice:

—Entonces déjame profundizar en el ritual de alimentación cuando lleguemos a Fort Langley. Necesito más poder.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Ya? Ahora estás siendo codiciosa.

—Aceptaste alimentarme, y esto es lo que conlleva —baja la mano y su tono cambia a algo más serio—. *Necesito… más*.

—*Todavía… no* —digo, devolviéndole ese mismo tono.

Algo al pensar en Riley y luego imaginar las manos de Julia sobre mí otra vez, incluso *profundizando* en el ritual, hace que se me revuelvan las entrañas. Apenas me he recuperado del último ritual y… no sé. Todo esto es confuso.

Aún amo a Riley. No puedo simplemente apagar eso. Pero cuando miro a Julia, tan hermosa y segura de sí misma y más interesante que nadie que haya conocido jamás… No sé si estoy lista para volver a sentir sus manos sobre mí.

Un movimiento en mi periferia me devuelve a la realidad.

El hombre mayor que me estaba mirando se ha levantado, aunque el autobús sigue en marcha. Se tambalea y tropieza mientras se dirige hacia la parte trasera. Mi corazón se salta un latido cuando su destino queda claro: viene hacia *nosotras*.

Tiene los ojos inyectados en sangre y me llega su olor a alcohol mientras señala el asiento vacío a mi lado.

—¿Está ocupado este sitio, muñeca?

Miro deliberadamente todos los demás asientos vacíos del autobús. ¿Cómo se supone que debo responder a esto? Si digo que sí, ¿se pondrá violento? Si digo que no, ¿se sentará a molestarnos?

Antes de que pueda decidir cómo responder, Julia se levanta y su capa me roza las piernas.

Las pupilas del hombre se dilatan cuando ella le sostiene la mirada.

—Debería volver al asiento del que viene —dice tranquilamente. Su voz es calmada, pero por debajo corre una corriente que me eriza el vello de la nuca.

El repentino silencio se vuelve pesado, como si el aire fuera demasiado espeso para respirar. Mi piel hormiguea como si nos

hubiéramos adentrado en una nube de tormenta. Las luces amarillas parpadean.

El hombre abre la boca, pero no sale ningún sonido. Sus ojos se vuelven grandes y vacíos, como si estuviera viendo algo que nadie más puede ver. Se queda pálido como un muerto. Entonces, retrocede tan rápido que tropieza con sus propios pies.

—Si-siento las molestias. Yo… —Sus palabras se disuelven en balbuceos mientras se aleja apresuradamente.

Julia espera hasta que él vuelve a la parte delantera del autobús antes de sentarse de nuevo.

El aire vuelve a la normalidad. El hormigueo de mi piel desaparece.

La miro fijamente.

—¿Qué has hecho?

—Nada dañino —se alisa la capa, compuesta a excepción de un brillo de sudor en su pecho—. Tendrá pesadillas durante unos días, pero vivirá.

—Ah. —El sonido apenas sale.

Ella vuelve a dirigir su mirada hacia la sucia ventanilla.

—Te dije que estabas a salvo conmigo.

Se me dibuja una sonrisa reacia en las mejillas.

Algo se afloja en mi pecho. Tiene razón. Acaba de *defenderme*. La constatación se asienta sobre mí como una manta cálida.

Es una locura, considerando quién es ella. ¿*Debería* sentirme a salvo con ella? ¿O debería tener miedo de estar ligada mágicamente a la persona más peligrosa del autobús y, probablemente, de toda la ciudad?

Me muevo en el asiento, intentando deshacerme de este extraño aleteo. No se va.

La parte más aterradora es que no sé qué sentimientos son reales. La comodidad cuando ella está cerca, la atracción hacia ella, este calor en mi interior… ¿Cuánto de esto soy yo y cuánto es el hechizo respondiendo a su proximidad?

Debe de ser el hechizo. Es la razón por la que ella también me protegió: tiene que mantenerme a salvo para seguir con vida. No es más que eso.

7

Julia



EL FORT LANGLEY QUE recuerdo era de madera tosca y barro, con muros de empalizada desgastados por la lluvia hasta adquirir un tono plateado. Las ruedas de los carromatos tallaban profundas roderas en las calles de tierra y el aire estaba cargado con el olor del serrín, los caballos y la ceniza. Jirones de humo de chimenea se elevaban antaño entre los árboles al anochecer, la única señal de que había brujas viviendo en el bosque. Ahora entramos en un pueblo de escaparates pintados, carteles relucientes y calles de una suavidad antinatural. En lugar de hombres con abrigos de lana y botas rebozadas en barro haciendo trueques frente al almacén general, un puñado de personas deambulan con sus extraños atuendos modernos, mirando hacia abajo, a pequeños rectángulos brillantes como si estuvieran adivinando el futuro. El pueblo y la naturaleza que conocí están enterrados bajo un siglo de progreso, junto con cualquier rastro de la vida que tuve una vez.

Se me cierra la garganta ante la posibilidad de que el lugar que conocí haya desaparecido para siempre. De que sea una reliquia en un mundo que ya no me conoce ni me respeta.

Cuando por fin bajamos del autobús, suelto un suspiro de alivio. ¡Qué medio de transporte tan desagradable! Entre los bandazos en

las curvas y el hedor, mi estómago estaba a punto de rebelarse.

Hannah se gira hacia mí, abrazándose a sí misma bajo la ráfaga de aire gélido de la noche. —¿Por dónde empezamos a buscar?

Miro con desprecio al pueblo que una vez llamé hogar. —Si mi aquelarre sigue con vida, habrá rastros. Señales ocultas, residuos mágicos, incluso pistas intencionadas para indicar a otras brujas que están aquí.

Mientras guío el camino hacia el corazón de Fort Langley, Hannah se mantiene pegada a mi lado. No estoy segura de si es el hechizo de vinculación lo que la empuja hacia mí o el miedo a cualquier peligro que podamos encontrar.

Deslizo la mano por una pared de ladrillo rugoso, buscando. Bajo mis dedos no tiene nada de especial; no hay ninguna oleada familiar de energía, nada excepto el zumbido mundano y superficial de la vida ordinaria. Me aparto al llegar a un gran ventanal que exhibe baratijas supuestamente útiles para la cocina.

—¿Algo? —pregunta Hannah, revoloteando a mi lado con los brazos cruzados. El aire nocturno se ha vuelto gélido y su aliento forma neblina.

La ignoro y sigo caminando.

¿Y si Rebecca y todo mi aquelarre han muerto? ¿Y si no puedo romper este hechizo antes de que se ponga la luna y acabo atrapada con esta chica para siempre?

No. Rebecca *no* ganará, aunque esté muerta.

Continuamos por la calle y rozo con los dedos cada pared y ventana, buscando el más mínimo indicio de magia.

—*Vestigia magica revela* —digo, y el encantamiento de rastreo fluye de mi lengua.

El hechizo envía un pulso de energía hacia el exterior. Pero, antes de cobrar fuerza, chisporrotea y muere como una vela apagada de un soplido.

Maldita sea. La frustración me retuerce las entrañas. He usado los restos de magia que tenía para alejar a aquel hombre de Hannah. ¿Habrá sido una estupidez?

Lo intento de nuevo, poniendo más intención en ello. Un dolor agudo me recorre las venas mientras mi poder lucha por mantenerse

vivo. Una vez más, el hechizo muere antes de cobrar fuerza.

—¿Qué es…? —comienza Hannah.

—¡Calla!

La humillación escuece más que el hambre. Hubo un tiempo en que fui lo bastante poderosa como para arrasar casas y hacer que los hombres lloraran de miedo. Podía mandar sobre la tierra como si fuera una extensión de mi propio cuerpo. Ahora apenas puedo lanzar un simple hechizo de rastreo. Me veo reducida a esta patética media fuerza, dependiendo de una chica corriente para sobrevivir.

¿Y si estoy rota? ¿Y si un siglo de sueño ha dañado permanentemente mi conexión con la magia? Si ya no soy capaz de realizar un hechizo básico… La idea me da ganas de gritar, pero me las trago. La chica no puede verme tan débil.

Un movimiento me llama la atención: un hombre al otro lado de la calle que camina en dirección contraria. Está solo.

Mi hambre se ha vuelto insoportable, haciendo que me tiemblen las manos y que la visión se me nuble por los bordes. Esa débil chispa de poder que obtuve al alimentarme de Hannah no es suficiente para mantenerme.

Al diablo con su terquedad. Si no piensa cumplir su parte del trato y dejar que me alimente de nuevo, entonces me obliga a hacer esto.

—Espera aquí —le digo. Ya me he puesto en marcha.

—¿Adónde vas…? ¡Julia!

Camino más rápido, con el cuerpo vibrando ante la expectación de la caza. Después de cientos de muertes a lo largo de décadas, la rutina está grabada en mis huesos: seguir a distancia, dejar que se confíen, crear aislamiento lentamente hasta que sea demasiado tarde para correr. Es quizás lo único desde que desperté que todavía me resulta fácil.

El hombre está mirando su dispositivo brillante, con los hombros relajados y el paso pausado. Ajeno a todo. Su fuerza vital me llama, rica y saludable. Mis músculos se tensan mientras gano terreno.

Con un gesto sutil, incito a un barril que hay frente a un pub a rodar por el camino del hombre. El golpe de madera desgarra el aire silencioso. Él levanta la vista, sobresaltado, y baja su dispositivo.

Hago un movimiento con los dedos y, con un *pop*, las farolas se apagan. Nos sumergimos en las sombras, con la única luz de la luna llena sobre nuestras cabezas.

La silueta del hombre se yergue, rígida. Gira la cabeza.

—Julia —sisea Hannah a mi espalda, apresurando el paso para alcanzarme.

Cuando la mirada del hombre aterriza en mí, ya estoy acortando la distancia.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Su voz intenta sonar segura, pero hay un temblor debajo, ese primer atisbo de que algo no va bien. Aprieta el puño con la mano que tiene libre.

Demasiado tarde. Mi poder se acumula como una tormenta bajo mi piel, listo para alimentarse. Alargo la mano para ordenar al barril que lo acerque más y…

—¡No! —El cuerpo de Hannah choca contra el mío por detrás y sus brazos rodean mi cintura con una fuerza sorprendente. Siento su calor contra mi espalda mientras clava los talones en el suelo, usando todo su peso para arrastrarme hacia atrás—. ¡Dijiste que no lo harías!

—No hice tal promesa —gruño y me retuerzo, intentando zafarme, pero su agarre es feroz. El instinto de supervivencia del hombre por fin despierta: retrocede tambaleándose y tropieza con el barril antes de recuperar el equilibrio.

Sus ojos se abren de par en par, reflejando la luz de la luna. —¿Qué pasa…?

—Lo siento —dice Hannah entre dientes, esforzándose—. Esta mujer… cree que estamos en 1891. Se ha escapado de la residencia.

—Ah, esto… —balbucea el hombre, debatiéndose entre el desconcierto y el miedo.

—¡Váyase! —le ordena Hannah.

Él duda medio segundo, luego se da la vuelta y se aleja a paso rápido; sus pasos se desvanecen en la calle vacía.

La furia me hierve en las venas mientras él desaparece en la noche.

Empujo a Hannah hacia atrás, y esta vez me suelta.

—Pequeña peste astuta —gruño.

—Antigüedad asesina —me espeta ella.

—Necesito más poder. Ese hechizo de rastreo…

Ella se señala a sí misma con ademanes exagerados. —¡Pues aliméntate de mí! ¡Ese era el trato!

El hambre me araña las entrañas, dándome ganas de estamparla contra la pared de ladrillo y dejarla seca, al diablo con el hechizo de vinculación. Mis dedos tiemblan por el impulso. —Te negaste. No me dejaste otra opción.

Hannah resopla. —Se nota tu enfoque medieval para resolver problemas.

—Mi *enfoque* me mantuvo con vida cuando otras brujas eran perseguidas y asesinadas.

Me estudia de arriba abajo, apretando la mandíbula. En la oscuridad, las facciones de su rostro se suavizan, dándole un aspecto tan inocente… Tan ingenua.

Me acerco más, bajando la voz. —Has dicho antes que no tienes ni idea de cómo funciona nada de esto. Y tienes razón. Así que te sugiero que te calles y me dejes hacer lo que hay que hacer.

Un gruñido curva los labios de Hannah y sus ojos brillan con furia. —No. Y si vuelves a intentar hacer daño a alguien, te vas a arrepentir.

Suelto una carcajada. —¿Y qué vas a hacer, exactamente?

Ella abre los brazos. —Me necesitas más de lo que te gustaría admitir. No sabes conducir, ni usar un teléfono, ni siquiera comprar comida. No tienes ni idea de cómo funciona nada en 2009.

Eso me duele más de lo que debería. Me yergo para parecer más alta. —He sobrevivido a plagas, incendios y cazas de brujas. Puedo apañármelas con un par de inconvenientes modernos.

—¿Ah, sí? —Ladea la cabeza—. Porque, desde donde yo estoy, a duras penas puedes lanzar un hechizo.

Gruño. Cómo se atreve a…

—Y lo que es más importante… —se acerca un paso más, apretando los puños—. Si intentas matar a alguien de nuevo, saltaré de un puente y dejaré que el hechizo de vinculación te arrastre conmigo.

¿Está loca o va de farol? Esta chica es tan exasperante como intrigante.

La observo desde mi altura. —No lo harías.

—Yo te liberé, así que sus muertes pesan sobre mi conciencia. Así que o aceptas alimentarte de mí y dejas en paz a todos los demás, o morimos las dos.

Hm. He conseguido que se encienda. ¿Realmente tiene poder sobre mí? ¿Nos mataría a las dos para salvar a un extraño? La luz feroz de sus ojos me dice que habla en serio.

—¿Por qué estás tan decidida a proteger a gente que no conoces? —le pregunto.

—Se llama empatía. Deberías probarla alguna vez.

—Prefiero la eficiencia. —Me acerco aún más y, para mi deleite, ella titubea y retrocede. Así que continúo avanzando, acorralándola contra la pared para mostrarle quién tiene el control. Cuando choca contra ella con un leve jadeo, planto las palmas de las manos en el ladrillo rugoso a ambos lados de su cabeza, encerrándola—. Más vale que no dejes que tu terca nobleza se interponga en lo que hay que hacer esta noche, Hannah.

—Si intentas asustarme, no te está funcionando —susurra ella.

Me inclino más, clavando la mirada en sus ojos abiertos, que delatan lo asustada que está. —Mentirosa. Podría acabar contigo con solo pensarlo, y lo sabes.

—Pero no lo harás.

El hechizo de vinculación se relaja en mi pecho al estar tan cerca, y respiro mejor. Una sensación cálida comienza en mi interior y se extiende hasta que me hormiguean los labios.

La forma en que Hannah se muerde el labio me distrae, haciendo que olvide lo que se supone que estoy haciendo.

Entonces mis sentidos captan algo y me giro bruscamente.

Ahí. Un aleteo, tan leve como el ala de una polilla, me roza la piel desde el sur. El hechizo de rastreo, por lamentable que fuera, en realidad ha atrapado algo.

Mi furia se disipa como el humo.

—Por aquí. —Echo a andar por donde vinimos, siguiendo el rastro invisible.

—¿Qué? ¿Sientes a alguien? —pregunta Hannah, corriendo para seguirme el ritmo.

No respondo, manteniéndome concentrada. El corazón me late con fuerza. Después de ciento dieciocho años, mi aquelarre sigue dejando huellas. ¿Podría significar que están vivos y bien, justo donde los dejé? Sería inusual que un aquelarre permaneciera en el mismo sitio durante tantas décadas, pero no es imposible.

Hannah se apresura para no quedarse atrás, con sus pasos crujiendo sobre las hojas caídas.

—¿Adónde vas?

No lo sé, así que no respondo.

Tras un largo momento, llegamos ante una verja de hierro.

Al otro lado, visibles entre la niebla blanca que se arremolina, hay lápidas.

Se me entrecorta la respiración.

El olor a tierra mojada y hojas en descomposición inunda mis fosas nasales, el mismo olor que se pegaba a las faldas de Elizabeth después de enterrar a Eloise en este mismo cementerio en 1885. Aquella noche formamos un círculo, cogidas de la mano mientras cantábamos las viejas canciones de muerte.

Y si el hechizo me guía hasta aquí…

Mis entrañas se desploman y dejan un vacío frío. *¿Están todas muertas?*

Dios, si Rebecca murió y se llevó el secreto de su hechizo de vinculación a la tumba… Si soy la última persona viva que sabe que alguna de nosotras importó…

No. No puedo perder la esperanza. El hechizo de rastreo podría estar guiándome hacia cualquiera.

Empujo la verja de hierro, que gime sobre sus goznes, con el sonido resonando en la noche. Los árboles, mucho más altos y frondosos tras un siglo de crecimiento, proyectan sombras retorcidas sobre la hierba.

Atravieso la entrada y sigo caminando, siguiendo el leve roce de la magia contra mi piel.

Mis botas crujen sobre una piedra que no estaba aquí antes. Los senderos eran de barro y hierba cuando conocí este lugar, pero

ahora todo es demasiado ordenado. El revoltijo silvestre de arbustos de moras donde Celeste y yo recogíamos frutos durante los funerales ha desaparecido, sustituido por árboles plantados con una simetría antinatural. Aún puedo saborear aquellas moras. Aún puedo oír la risa de Celeste.

Pero si ella ha muerto —si han muerto *todas*—, ¿soy la única que recuerda el sonido de su risa, y que siempre encontraba los mejores arbustos de moras y hacía las mejores mermeladas? ¿Soy la única persona que sabe que existió más allá de ser un nombre en una piedra?

—*Ducite me ad eas* —murmuro, instando al hechizo de rastreo a mantenerse vivo. Continúa acariciándome como un tacto gentil, llevándome más adentro del camposanto.

Mi corazón late más rápido y nos guío hacia adelante, adentrándonos en la niebla que flota entre las tumbas como los fantasmas de todos los que una vez conocí.

8

Hannah



CUANDO ACEPTÉ LOCALIZAR EL aquelarre de Julia, *no* pensé que eso implicaría pisotear un cementerio en mitad de la noche. Pero tampoco es que me hubiera apuntado a nada de esto en primer lugar, así que lo único que puedo hacer es no separarme de ella y esperar que lo que sea que hayamos venido a buscar termine pronto.

La niebla me envuelve como dedos fríos, calándome hasta los huesos mientras avanzamos por la hierba húmeda. Se me eriza el vello de la nuca, como si me advirtiera de que algo se oculta en los pozos de oscuridad bajo los árboles.

Cada instinto de supervivencia me dice que espere hasta la mañana y haga esto cuando haya luz, pero no hay tiempo. La luna llena se burla de nosotras mientras asciende, y me niego a permitir que el hechizo de vinculación se vuelva permanente y quedarme atrapada como la sombra de Julia para siempre, por mucho que a mi traidor cuerpo parezca gustarle estar cerca de ella.

Resulta exasperante, pero me siento mucho más cómoda cuanto más cerca estoy de ella por culpa del maldito hechizo. Y teniendo en cuenta que estamos en un cementerio en una fría noche de octubre, su presencia es lo único que me impide entrar en pánico ahora

mismo. Camino tan desvergonzadamente cerca que su capa me roza las piernas. Casi se siente como una caricia, y me invade el extraño impulso de cogerle la mano para tranquilizarme. Lo cual es absurdo, porque otra parte de mi cerebro me grita que mantenga las distancias.

—¿Qué estamos buscando? —pregunto. Mi voz resuena en el inquietante silencio.

Julia se desliza con elegancia entre las lápidas, siguiendo el rastro invisible que le muestra su magia. —Lápidas de finales del siglo XIX, si mi corazonada es correcta.

Saco el móvil y enciendo la linterna. Las partículas de polvo bailan en el haz de luz, que choca contra un muro de niebla a pocos pasos de distancia.

Julia mira la luz, sorprendida.

—Yo también tengo mi magia —digo, agitando los dedos frente al teléfono.

Ella suspira y sigue caminando.

Para ser alguien que se ha despertado cien años en el futuro, no se está volviendo tan loca como me pasaría a mí. Pero, considerando que es una bruja que parece matar gente sin pensárselo dos veces, probablemente no haya mucho que la perturbe.

Al pasar, algunas tumbas parecen limpias y nuevas, con adornos como flores y objetos personales frente a ellas, mientras que otras están desmoronadas y mugrientas. Ilumino las antiguas, manteniéndome tan cerca de Julia como puedo.

Intento ignorar cómo me da un vuelco el corazón cada vez que su capa me toca. Dejando a un lado el hechizo de vinculación, es imposible no darse cuenta de que es atractiva y fue imposible no reaccionar cuando me empujó contra aquella pared. Y sí, su edad le otorga una confianza natural y una comodidad con su propio cuerpo que nunca he encontrado en mujeres de mi edad…, pero eso *sigue* sin significar que me guste.

—¿Estás segura de que podrás soportar otro ritual de alimentación? —pregunta Julia. Se detiene ante una lápida y se inclina para acariciar con los dedos la inscripción desgastada.

Se me calienta la cara. —Sí.

—Si insistes. Solo recuerda que esto no ha sido idea mía —responde ella y sigue caminando, con la capa ondeando a su espalda.

Un tren retumba a lo lejos, invisible tras el velo de niebla y oscuridad. Su silbato rasga el aire y doy un respingo, acercándome de nuevo a Julia.

¿Acaso ve a través de mi respuesta confiada el torbellino que llevo dentro? ¿Sabe que la forma en que me toca me deja confundida y ardiendo de culpa? ¿Que estos sentimientos causados por el hechizo de vinculación o la alimentación o… lo que sea que esté pasando… están luchando por el mismo espacio que mis sentimientos por Riley?

Reprimo esos pensamientos.

—Ojalá te hubiera dejado en aquel libro —refunfuño.

—¿Y privarte de todo este encanto? —dice Julia a la ligera.

Le lanzo una mirada fulminante que ella no ve.

De repente, se detiene, mirando fijamente una lápida. El tren continúa retumbando a lo lejos y el ruido perfora la noche.

Uso el móvil para iluminar el mármol, que se ha vuelto gris con el tiempo y está surcado por vetas oscuras. La inscripción parece moverse y bailar bajo la luz.

Florence Kwan

1847-1952

Querida madre, hermana, amiga

«Su sabiduría aún nos guía»

—¿Alguien a quien conocías? —pregunto con suavidad.

Ella se acuclilla para pasar los dedos sobre el mármol, siguiendo el nombre. Su cabello cae hacia adelante, por lo que no puedo verle la cara. Cuando finalmente responde, su voz es tenue. —La suma sacerdotisa de mi aquelarre. Una bruja elemental. Esto es a lo que nos guiaba el hechizo de localización.

Un escalofrío me recorre la espalda, y no solo porque estemos en un cementerio. Si esta bruja está muerta, entonces… —¿qué significa esto?

Julia se pone en pie y se aclara la garganta, señalando la lápida. —Si Florence llegó a ser madre, entonces tiene descendientes.

Podemos encontrarlos.

Asiento, agradecida de que tengamos opciones. —¿Deberíamos buscar registros genealógicos o algo así?

Ella vacila. —Hay un hechizo que puedo hacer.

—Vale —digo haciendo un gesto con el brazo, ansiosa por salir del cementerio—. Adelante.

Sus dedos acarician el aire y luego cierra los puños con una frustración evidente en el rostro. —Necesito más poder.

Me muerdo el labio. —Entonces, necesitas…

El brillo hambriento de sus ojos hace que se me revuelva el estómago. —Si puedes soportarlo.

Ignoro su provocación y me yergo. No dejaré que tenga razón sobre mí. Mejor yo que cualquier inocente que pase por aquí.

Inspirando profundamente para serenarme, me acerco, con las piernas como si fueran de gelatina. No tengo tanto miedo de lo que me hará como de cómo me hace sentir.

El estruendo del tren se desvanece y volvemos a estar en el silencio absoluto, solo nosotras dos y el crujido de las ramas de los árboles bajo la luz de la luna.

—Buena chica —murmura.

—No me llames «buena chica». No soy tu mascota.

Me lanza esa sonrisa maliciosa suya. —Mmm, eres algo mucho más interesante.

Antes de que pueda interpretar qué significa eso, se acerca a mi encuentro, moviéndose con tal elegancia que trae a la mente a un depredador listo para saltar, hasta en la forma en que controla sus caderas y hombros.

Se me corta la respiración. Me llega su aroma cálido a manzana y canela, y mi cuerpo se derrite bajo su presencia a pesar de que cada pensamiento racional me advierte que sea cautelosa.

Hay una ligera curva en sus labios mientras me mira, como si supiera exactamente el efecto que tiene en mí. —Estás temblando.

—Hace frío.

—Por supuesto —dice como si no me creyera—. Ahora, no te muevas hasta que haya terminado.

Bajo la barbilla, con el corazón martilleando.

Dios, está muy cerca.

Sus manos suben hasta mi pelo y noto un hormigueo en el cuero cabelludo mientras lo recoge y lo echa hacia atrás, sobre mis hombros. El gesto es tan sorprendentemente íntimo que casi me inclino hacia su toque.

Sus dedos rozan mi nuca y…

Oh, no. Oh, *Dios*.

El contacto de los dedos de esta mujer en mi cuello me provoca una vergonzosa oleada de calor que me hace querer retroceder antes de que se haga evidente cómo me está afectando.

Entonces sus dedos se enredan en mi pelo y su toque se vuelve exigente. Me echa la cabeza hacia atrás, obligándome a inclinar el rostro hacia el suyo.

—Bien —alienta mientras su otra mano se cierra alrededor de mi garganta con la firmeza suficiente para que sienta mi pulso golpeando contra su palma—. Tienes que aprender a abrirte para mí si queremos que esto funcione.

Algo en su tono hace que me fallen las rodillas. Intento asentir, pero su agarre no me deja.

Sus dedos se tensan en mi cabello. —Mía hasta que rompamos este hechizo. Justo así. ¿Entendido?

—Sí —susurro.

Debería estar aterrorizada por lo bien que se siente esto. Por lo mucho que me gusta la forma en que me reclama.

Comienza el encantamiento, sin aflojar el agarre en ningún momento. Una extraña fuerza crece en mi interior mientras las palabras en latín fluyen de sus labios. Siento un escalofrío por toda la piel que rompe como una ola contra una roca: frío y repentino. El placer pulsa a través de mí allí donde sus manos tocan mi cuero cabelludo y mi garganta. Entonces la ola se convierte en una resaca abrumadora, peligrosa e imposible de combatir. Mis entrañas se revuelven. Mi pecho se agita. Está mal lo bien que se siente esto, cómo me arqueo hacia su toque como si estuviera hambrienta de él.

Me atrae más hacia ella. Nuestros cuerpos están presionados el uno contra el otro, su calor se filtra a través de mi sudadera y ahuyenta el frío que me ha estado royendo los huesos. Cada punto

de contacto arde. Puedo sentir la suavidad de sus pechos contra los míos, la curva de su corpiño ajustado, la línea firme de sus caderas. Es demasiado y no es suficiente. Por lo visto, mi cuerpo ha olvidado quién es ella. Solo sabe lo perfectamente que encajamos.

Ella continúa el encantamiento, soltándome el pelo y deslizando sus manos por mi cuello, sobre mis hombros y bajando por mis brazos. Me agarra de las muñecas, rozando con sus pulgares los tendones, las venas, la piel sensible del antebrazo. Su aliento fresco roza mi mejilla, mi mandíbula, mi garganta.

Es como si me estuviera tocando en todas partes a la vez, haciendo que mi vientre se contraiga por la anticipación y dándome ganas de rogarle que siga adelante a pesar de que empiezan a estallar puntos negros en los bordes de mi visión. Se me escapa un sonidito, mitad jadeo, mitad gemido. Me muerdo el labio, pero debe de haberlo oído porque sus ojos buscan los míos.

Nuestras miradas se entrelazan. Está tan cerca que su aliento me roza los labios. Tiene las pupilas dilatadas. Su respiración es inestable.

Dios, es embriagadora. Sus ojos redondos y gélidos me atraviesan. Sus labios se ven carnosos mientras recita el encantamiento. Su cabello oscuro y grueso cae en ondas alrededor de su rostro. Por un momento absurdo, me entran ganas de pedirle que me toque de otra manera. En cualquier otra situación, juraría que estábamos a punto de…

No. Esto no es eso.

La parte sensata de mi cerebro lucha por el control: esa parte de mí que todavía ama a Riley y odia a esta mujer asesina con la que estoy atrapada.

Trago saliva con dificultad y bajo la mirada, pero acabo fijándome en la provocativa línea de su clavícula.

Maldita sea. Mi cuerpo está confundido por la intimidad de este ritual, por todo el contacto y la cercanía.

—Tan dispuesta a sacrificarte por unos desconocidos… —Julia vuelve a pasarme los dedos por el cabello, con una suavidad que me hace estremecer—. ¿Estás segura de que no estás disfrutando de esto?

Siento que me arden las mejillas. —Odio todo de ti.

Sus labios se curvan. —Curioso. Tu cuerpo parece no estar de acuerdo.

Antes de que pueda formular una réplica, me suelta y retrocede con un suspiro de satisfacción. La magia chisporrotea alrededor de sus dedos como un rayo negro, y puedo ver el poder renovado en su postura. De algún modo, se ha vuelto aún más hermosa.

—Mejor —ronronea, examinándose los dedos ennegrecidos. Incluso en medio de la noche, se aprecia la misma oscuridad escalofriante alrededor de sus ojos. Su pecho sube y baja, con una respiración profunda y estremecedora, como si se estuviera conteniendo de algo.

Mientras ella se vuelve de nuevo hacia la tumba, yo me quedo clavada en el sitio, tocándome la garganta donde su agarre me ha dejado marca. Siento una punzada en la sien y tengo la boca seca. Es como una resaca, pero en lugar de abstinencia de alcohol, es… abstinencia de Julia.

Joder. No puedo pensar en ella así. Como una adicción que mi cuerpo ansía.

Pero el haber tenido sus manos sobre mí, el haber estado presionada contra ella y haber visto esa hambre en sus ojos… No hay duda de lo que quiere la parte primitiva de mi cerebro.

¿En esto me he convertido ahora? ¿Siempre he deseado esto y nunca lo supe, o es esta magia la que está reprogramando mi cerebro?

—Ahora, averigüemos dónde se esconden los descendientes de la querida Florence —dice Julia, inclinándose sobre la tumba de Florence Kwan mientras yo recupero el aliento. Me duele el cuerpo donde me ha agarrado y donde probablemente me haya dejado moratones.

Me paso una mano temblorosa por el pelo enredado y parpadeo para volver a la realidad.

Odio desear que el ritual no tuviera que haber terminado.

Odio aún más querer que vuelva a marcarme.

9

Julia



¿SERÁ QUE EL HECHIZO de vinculación está haciendo a Hannah más deliciosa y adictiva? ¿O simplemente me estoy dando cuenta ahora de lo difícil que es tener autocontrol?

Está en silencio mientras tiembla a mi espalda, ajena a lo que estoy a punto de hacer. La niebla se aferra a los árboles circundantes, cuyas ramas nudosas son manchas oscuras contra el cielo nublado.

Se mostraba tan dócil bajo mis manos, respondiendo como lo hizo Charlotte al principio. Esta joven dulce e inocente no tiene ni idea de lo que está invitando a entrar. Quizá debería sentir remordimientos por el placer que me produce verla descubrir estos deseos. Pero una bruja sanguina no debería sentirse culpable por arruinar lo que toca, igual que la hiedra no llora por el árbol al que estrangula.

El nuevo poder se asienta en mis huesos, cálido y satisfactorio. Sigue siendo una miseria comparada con un festín completo, pero es suficiente para algo de magia de la tierra básica y un hechizo complejo o dos.

Me agacho ante la lápida de Florence, rozando con la palma de la mano el césped frío y húmedo. Los débiles restos de su magia emanan de la tierra, aún presentes después de todos estos años.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Hannah con voz aguda, arrastrando los pies. Soy demasiado consciente de su presencia tras ese festín: su cuerpo tembloroso, sus manos metidas en las mangas, el aliento formando neblina al salir de sus labios.

Extiendo una mano hacia la lápida y, con un chasquido seco, un trozo dentado se desprende. —Nigromancia.

Hannah jadea. —Ni hablar.

La miro, exasperada. —Tu brújula moral resulta agotadora.

—¡Tu falta de ella es aterradora!

Suspiro y recojo el trozo de mármol roto. —¿Cómo quieres que pregunte a los muertos por mi aquelarre, entonces? ¿Quizá enviando una invitación formal para entrar en comunión? Esta es nuestra única pista y tenemos que seguirla.

—¡Tiene que haber otra forma que no sea levantar un cadáver!

Me río y el sonido se propaga entre los árboles. —No voy a levantar un cadáver. Esto es una simple lectura de huesos.

—Ah —Hannah se cruza de brazos—, pero eso no es mucho mejor. Sigues profanando una tumba como una especie de…

—¿Monstruo? —termino yo, clavándole una mirada que la silencia —. Ya hemos establecido lo que soy, cautiva mía. O lo aceptas o te marchas. —Hago una pausa, dejando que las palabras calen—. Ah, pero no puedes, ¿verdad?

Hannah se pone rígida. —No me llames tu cautiva.

—¿Preferirías *mi mascota*? ¿*Mi compinche*?

Ella aparta la mirada, e incluso la oscuridad no puede ocultar su rubor. —¿Qué tal *Hannah*?

—¿Dónde estaría la diversión en ello?

Ella gruñe. —Te odio.

—No, no me odias. Pero quieres hacerlo.

Antes de que pueda protestar de nuevo, levanto el mármol y lo paso con fuerza por mi palma. El carmesí brota en el corte superficial.

El escozor del filo es extrañamente reconfortante; una sensación que puedo controlar, a diferencia de todo lo demás que gira en espiral a mi alrededor.

Hannah está petrificada detrás de mí. —¿Y si alguien nos ve?

—Me daré prisa —le digo, tajante—. Ahora, cállate.

Se tapa la boca, con las manos aún dentro de las mangas. Sus respiraciones rápidas se vuelven sordas.

Satisfecha, vuelvo mi atención a la tumba y dejo que mi sangre gotee sobre el suelo, viendo cómo las gotas oscuras se hunden en la tierra.

El aire cambia, volviéndose más espeso, cargado de una energía que me pone los pelos de punta.

—*Ossa surgant, spiritus loquatur* —presiono ambas manos sobre la hierba fría—. *Kwan, surge et responde*.

El encantamiento me desgarra, consumiendo la magia que acabo de obtener. La nigromancia es un arte voraz.

La tumba tiembla. Hannah debe de estar retrocediendo porque el hechizo de vinculación me oprime las costillas, distrayéndome. Qué irritante que su cercanía me reconforte. Normalmente, estar cerca de alguien es cualquier cosa menos reconfortante.

La tierra se abre con un estruendo profundo, liberando el olor pútrido de la descomposición.

Hannah deja escapar un chillido y la hierba cruje mientras ella retrocede aún más.

Partículas pálidas surgen de la grieta dentada: polvo de hueso. Remolinea a nuestro alrededor, captando la luz de la luna, y yo lo inhalo, dejando que la esencia de Florence llene mis pulmones.

—Oh, Dios mío —dice Hannah contra sus manos—. ¿Eso es…? De verdad estás… Este es el peor día de mi vida.

—*Memorias revela* —ordeno, y mi voz cobra fuerza a medida que aumenta la energía nigromántica—. Muéstrame su linaje.

El polvo de hueso se asienta sobre mi piel como si fuera nieve y el mundo a mi alrededor se disuelve.

Estoy de pie en un espacio tenuemente iluminado, lleno de música sensual. El humo del tabaco se enrosca a través de una luz ámbar y el aire viciado sabe a whisky y perfume. Los tablones del suelo bajo mis pies están pegajosos por las bebidas derramadas. Detrás de una barra de caoba, una mujer se mueve con gracia; tiene el pelo negro, largo y brillante, y lleva un vestido rojo que se ciñe a sus curvas. Cuando se gira, son los ojos de Florence los que me devuelven la

mirada, el mismo marrón cálido que observé en los círculos del aquelarre durante décadas.

La visión brilla y cambia, y el interior se transforma. El humo se disipa y los instrumentos de metal se apagan. En su lugar, la música de un piano llena la habitación y, tras la barra, una mujer diferente sirve copas. Tiene la misma sonrisa, los mismos ojos. Cambia de nuevo, avanzando en el tiempo a través de los descendientes de Florence. Sobre la barra, pintadas con letras rojas, están las palabras *The Crimson Moon*.

Por fin, un lugar. Un hilo del que tirar.

Pero la imagen ya se está desmoronando por los bordes, convirtiéndose en ceniza antes de que pueda mostrarme qué aspecto tiene el lugar en la actualidad.

—Muéstrame más —susurro. Presiono con más fuerza, recurriendo al poco poder que me queda, intentando anclar la visión. Necesito una calle, un rostro, un nombre. ¿Dónde está este establecimiento? ¿Cómo se llama la persona que busco?

Pero la visión continúa fragmentándose, dejándome intentando alcanzar el débil contorno de las letras rojas.

—Maldita sea.

La oscuridad se impone y, en mi siguiente aliento, los pedazos rotos se disipan como la niebla. Estoy de vuelta en el cementerio oscuro, y el aire frío me muerde la piel. La humedad cala mis pantalones allí donde estoy arrodillada sobre la hierba mojada. El polvo de hueso cae a la tierra, dejando un residuo arenoso en mi lengua. Giro la cabeza y escupo lejos de la tumba, y luego me limpio la frente, donde el sudor perla el nacimiento del pelo.

—Date prisa y arréglalo antes de que alguien nos vea —susurra Hannah.

Estoy vibrando, con el corazón latiéndome con fuerza. La nigromancia siempre pasa factura, pero esto me ha parecido más agotador de lo habitual. Sobrevivo con un poder insuficiente y mi cuerpo lo nota.

Presionando mi palma cortada contra mi capa para restañar la sangre, paso la otra mano sobre la tierra, devolviéndola a su estado original.

Hannah deja escapar un suspiro, mirando a su alrededor. —¿Qué has visto?

Me pongo en pie con esfuerzo, agotada. —A los descendientes de Florence. No sé cuántos tienen ni a quién buscamos, pero tenemos que encontrar un salón llamado The Crimson Moon.

—¿Un salón? ¿Te refieres a un bar?

Hago un gesto con la mano. ¿Cómo voy a saber yo cómo los llama la gente hoy en día?

—Déjame ver… —Hannah saca de su bolsillo ese dispositivo rectangular, el mismo que usó antes para alumbrar. Sus pulgares se mueven por su superficie y este cobra vida con un brillo.

Me acerco para mirar por encima de su hombro. —¿Qué es esto?

—Un móvil. —Mientras lo toca, aparecen símbolos e imágenes en la superficie brillante como por arte de magia—. The Crimson Moon… Sí, aquí está. Está a un corto trayecto en autobús.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Ella me lanza una pequeña sonrisa. —Se llama internet. Es como… una red de información.

Entorno los ojos con sospecha hacia el aparato, lo que hace que Hannah se ría. Es un sonido agradable, especialmente en la penumbra del camposanto.

Mientras caminamos de vuelta a la carretera, me dice: —Los teléfonos han avanzado mucho desde tu época. Pueden enseñarme mapas de cualquier parte del mundo, hacer fotos, poner música y puedes compartir actualizaciones de lo que haces con todos tus amigos…

—Más poderoso que la mayoría de los grimorios —sentencio.

Vuelve a sonreír y noto un tirón en mis propias mejillas como respuesta.

De vuelta en el autobús, le robo miradas de perfil bajo las luces que pasan, fijándome en cómo se muerde el labio, en cómo le brilla el pelo bajo las farolas, en la delicadeza de su nariz y su mandíbula, en su piel uniforme. Hay algo sencillo y encantador en ella.

Me remuevo en mi asiento, intentando ignorar el calor que me invade al recordar la presión de su cuerpo contra el mío y el rápido latido de su pulso bajo mis dedos. Los pequeños sonidos que hacía,

entrecortados y desesperados… Es como si estuviera descubriendo algo sobre sí misma que nunca antes había conocido.

Y dado lo que Charlotte siempre me decía, probablemente sea exactamente eso lo que está pasando. Le he enseñado a Hannah lo bien que sienta ser servida.

Charlotte nunca fue tímida a la hora de decirme cuánto le gustaba. Los juegos que hacíamos con los rituales de alimentación eran mejores que cualquier otra cosa en el mundo. Solía forzar sus límites, probando qué sonidos podía arrancarle y cuánto podía hacer que perdiera el control. Puedo verla claramente en mi mente, desnuda bajo mi cuerpo, con la piel pálida sonrosada, sus rizos rubios desparramados sobre mi almohada, esa boca hermosa suplicándome más. Recuerdo deslizar mis dedos bajo sus faldas y sus piernas rodeando mi cintura, atrayéndome más hacia ella mientras yo tomaba lo que necesitaba y le daba a ella todo lo que ansiaba.

Pero ahora es a Hannah a quien veo: esos ojos azules oscureciéndose por el deseo, su cabello de oro cálido enredándose sobre la almohada, su piel pálida teñida de rosa. Se aferra a mí mientras le muestro un placer que nunca imaginó posible, con los labios entreabiertos mientras suplica más en lugar de luchar por no emitir ningún sonido. Casi puedo sentir su piel suave contra la mía, casi saborear su esencia. La estoy bebiendo, drenándola, probando si su piel es tan dulce como su fuerza vital, hasta que…

Me clavo las uñas en la palma, usando el dolor agudo para alejar esos pensamientos. No puedo dejar que la alimentación de Hannah termine como la de Charlotte. Mi propia vida depende de mi capacidad para contenerme con ella.

Esta chica es un inconveniente temporal. He vivido toda mi vida sin necesitar a nadie y no voy a empezar a preocuparme por una frágil no-bruja que se habrá ido de mi vida al amanecer.

Además, Hannah no se parece en nada a Charlotte. Probablemente se desmayaría si la tocara de esa manera. Y no tengo por qué imaginarlo, para empezar. Dejó muy clara su opinión sobre mi naturaleza en su cocina, mirándome con puro asco cuando quise alimentarme de sus vecinos.

Puede que se sienta atraída por el ritual, pero eso no significa que quiera tener nada que ver con la bruja que lo realiza. Solo me permite alimentarme porque no le queda otra.

¿Y por qué alguien como ella —joven, brillante, virtuosa— querría enredarse con una bruja sanguina? He matado a más personas de las que puedo contar. He hecho cosas que horrorizarían su dulce sensibilidad moral. Incluso si ella quisiera que nuestros festines llegaran a algo más, la forma en que yo querría inmovilizarla bajo mi cuerpo y hacerla mía aterrorizaría su corazón inocente. Por lo que puedo deducir, ella no es así.

No, habremos terminado la una con la otra en cuanto se rompa este hechizo de vinculación, y entonces ella podrá ir a buscar a alguien que pueda darle placer sin la amenaza constante de arrebatarle la vida.

Obligo a mi mirada a apartarse de ella y a bajar hacia mi palma, que me hormiguea donde me hice el corte. Se está cerrando lentamente con hilos de magia que parecen seda de araña.

Sí, es mejor apreciar su belleza desde la distancia y mantener mis deseos más oscuros encerrados donde pertenecen.



Hannah y yo nos detenemos ante una puerta estrecha encajada entre dos tiendas, alzando la vista hacia las palabras brillantes: *The Crimson Moon*. Una luna llena se eleva tras las letras, más escarlata que carmesí.

Arrugo la nariz ante la basura y la mugre que rodea la puerta. —Encantador.

De todo lo que ha cambiado en el último siglo, la inmundicia de la ciudad permanece constante. Por eso prefiero el bosque.

Un grupo de mujeres jóvenes pasa caminando con ropas que habrían escandalizado a un burdel en mi época: faldas que revelan todas sus piernas, zapatos que desafían la gravedad, hombros completamente al aire y pechos que casi cuelgan libres. Es… bueno,

no soy mejor que un hombre, porque me cuesta apartar la vista de ellas.

Hannah se aclara la garganta. —¿Entramos?

Seguimos a las mujeres hacia el interior, alejándonos del fétido mundo exterior para entrar en un establecimiento cargado con una tenue iluminación roja. Hay tanto ruido que apenas puedo pensar, con un ritmo profundo reverberando en mi pecho. ¿Se supone que esto es *música*? El aire transporta el aroma del whisky y de algo más: hierbas, quizá salvia, quemada recientemente como para ahuyentar el mal.

Lástima que la salvia no funcione con las brujas sanguinas.

Mientras parpadeo para enfocar la sala, me detengo en seco, preguntándome dónde nos hemos metido. Los cuerpos se presionan unos contra otros, retorciéndose, sudorosos, con las manos tanteando. Los dedos recorren piernas desnudas y bajan por escotes pronunciados. Las caderas se menean, los labios devoran, las lenguas se hunden en las bocas. Es como observar a animales en un juego de apareamiento. Sin vals, sin patrón, sin decoro; solo deseo a la vista de todos.

¿Cuándo se volvió aceptable tal intimidad fuera de las puertas cerradas? No sé si escandalizarme o envidiar su libertad.

El calor sube por mi cuerpo, pero cuando siento la mirada de Hannah sobre mí, aparto la vista de la multitud, recordando a qué hemos venido.

En el perímetro, todos los asientos y mesas están ocupados, pero ninguna de las caras me resulta familiar.

Detrás de la barra, un hombre muy alto y robusto, de piel pálida y pelo rojo, sirve copas. Y a su lado…

Mi corazón da un vuelco.

Florence.

O más bien, la descendiente de Florence.

Tiene los mismos ojos penetrantes, el mismo cabello negro y lacio y la piel clara; incluso se mueve con la misma elegancia. Rondará los cuarenta, quizá, y viste ropas negras sencillas.

Me acerco a Hannah y señalo. —Allí.

Nuestros hombros se rozan y, quizá sea la atmósfera la que me pone nerviosa, pero el contacto envía una oleada de calor a mi vientre.

A medida que avanzamos hacia la barra, distingo la placa dorada con el nombre «Maya» prendida en la camisa de la mujer.

Cuando levanta la vista tras servir una copa, esos ojos familiares se encuentran con los míos.

Su mirada recorre mi rostro, mi pelo, mi capa.

Se queda petrificada. Se le desencaja la mandíbula. El color desaparece de su rostro.

El vaso resbala de sus dedos, haciéndose añicos contra el suelo. Mientras varias personas se giran ante el estrépito, ella simplemente retrocede con las manos en alto, como si yo fuera a fulminarla allí mismo.

—Interesante —digo.

—Esto… —dice Hannah.

Maya sale huyendo.

Hannah y yo salimos tras ella, esquivando a clientes sobresaltados que se aferran a sus bebidas.

Desaparece tras una puerta con el cartel de «Solo personal» y la seguimos por un pasillo estrecho. Otra puerta en el extremo opuesto conduce al exterior, balanceándose ya sobre sus bisagras.

Salimos disparadas tras ella.

El callejón es un laberinto de trastos y pozos de oscuridad lo bastante profundos como para esconderse. Apesta a comida podrida y alcohol, y el cristal roto cruje bajo nuestros pies. Puedo oír sus pasos rápidos y sus respiraciones, presas del pánico, dirigiéndose hacia la calle, donde cree que podrá desaparecer entre la multitud.

La caza despierta algo primario en mí. La poca magia que tengo responde con entusiasmo, prácticamente ronroneando mientras sigo sus movimientos a través de las sombras. He nacido para esto: la persecución, el acorralamiento, el momento en que la presa se da cuenta de que no le queda ningún lugar adonde huir.

Levanto la mano y dudo, debatiéndome sobre si usar mi pequeña reserva de poder de esta manera. Pero necesito detenerla. Así que

lanzo un contenedor que hay en su camino hacia un lado y este choca contra ella.

Lanza un grito. El sonido de su cuerpo golpeando el suelo rugoso resuena en las paredes del callejón.

—Por favor —jadea ella, retrocediendo a rastras hasta que su espalda choca contra una pared de ladrillo—. No sé nada. No soy…, no soy una de las suyas.

—No estamos aquí para hacerle daño —dice Hannah.

Me río. —Bueno, *ella* no.

Hannah me da un golpe en el hombro. —¡Sé amable!

Maya nos mira a ambas, con los ojos como platos y respirando con dificultad. La sangre brota de sus palmas raspadas.

—¿Por qué ha huido de mí? —le pregunto.

Ella no responde, con la mandíbula apretada.

La cojo del brazo y la pongo en pie. —¿Es descendiente de Florence Kwan, verdad?

—No sé quién es esa persona. —La negativa llega demasiado rápido. Su mirada se desvía más allá de mí, como calculando una ruta de escape.

—Su antepasada era una bruja poderosa.

—Mis antepasados han sido dueños de este bar durante generaciones. Ninguno de ellos era una… lo que sea que usted crea que eran.

Suelto el brazo de Maya y la agarro por el cuello, estampándola contra la pared de ladrillo. —Mentirme es un error.

—¡Julia! —Hannah se apresura hacia delante con voz aguda— No lo hagas.

La ignoro, apretando los dedos lo suficiente como para dificultarle la respiración. —Conocí a Florence antes de que tuviera hijos. Trabajamos juntas durante décadas. Hacía los amuletos de protección más exquisitos: pequeños colgantes de plata con forma de luna creciente.

—No… sé de… qué está hablando. —Las manos de Maya vuelan hacia mi muñeca, intentando zafarse.

Bajo mi brazo, en su cuello, capto un destello de plata.

La ira late en mi interior ante el descaro de esta mujer por pensar que puede mantenerme a raya como si fuera un fantasma o un demonio. Aprieto más fuerte. —Todo este esfuerzo por protegerse del mal, pero ninguna de estas protecciones funciona contra una hermana del aquelarre, Maya Kwan.

—No soy… quien usted cree —logra decir con voz ahogada.

Patético. Si fuera bruja, ya habría usado su magia para defenderse.

—Incluso si el don la saltó, eso no le concede escapar de quien es.

Me sostiene la mirada por un breve instante. La vacilación es toda la confirmación que necesito. Esconde algo. Y yo estoy demasiado desesperada como para ser amable.

Presiono mi palma contra su clavícula. *Un maleficio. Puedo permitírmelo.*

Murmuro un encantamiento, no para extraer su fuerza vital, sino para obligarla a hablar. —Dime lo que sabes.

El grito de Maya rasga el callejón. Se convulsiona contra la pared, con los ojos en blanco. Las venas de su rostro se oscurecen y su piel adquiere un tono grisáceo.

—¡Julia, para! —Hannah intenta apartar mi mano a la fuerza, pero la aparto de un empujón con el brazo libre.

—No hasta que nos diga algo útil —digo antes de continuar con el encantamiento.

La sangre gotea de la nariz de Maya, manchando su cuello. Se estremece de dolor, pero sus ojos permanecen fijos. Mantiene la mandíbula apretada, sin dar señales de que vaya a ceder.

Aprieto los dientes, respirando con dificultad. El sudor me pica en la espalda. Estoy agotando el poco poder que me queda, pero me niego a demostrarlo. Por lo que a Maya respecta, podría seguir así durante horas.

—Qué terca —refunfuño, presionándola más.

—Maya. —Hannah da un paso al frente con tono urgente— Julia y yo hemos sido vinculadas por un hechizo, y si no encontramos a su antiguo aquelarre, nos quedaremos así para siempre. Por favor, ayúdanos.

Maya nos mira alternativamente, con la respiración entrecortada y el sudor perlado en sus sienes a pesar del frío. —¿Por qué debería importarme? Quizá el mundo esté más a salvo si Julia Moreau está atada a alguien con conciencia.

El hecho de que use mi nombre completo me hace dudar. Así que sabe quién soy. Por eso huyó. Aunque no sea bruja, ¿acaso su sangre sigue cantando de reconocimiento cuando detecta a una? ¿Debería sentirme halagada por el hecho de que alguien de su linaje me temiera lo suficiente como para advertirle sobre mí?

—Estoy buscando a Rebecca —digo, aflojando un poco—. Y a las demás. Solo necesitamos saber dónde están.

Maya se burla, con mirada venenosa. —¿Por qué iba a ayudar a una bruja sanguina? Mi madre me contó lo que eso significa. Lo que le hacen a las personas. Se ha transmitido una advertencia sobre usted desde los tiempos de Florence.

—¿Una advertencia? ¿Sobre mí? —sonrío— Parece que no fui olvidada, después de todo.

—Déjenme en paz, ¿vale? No tengo ninguna conexión con esa vida. No me obliguen a llamar a mi portero.

No sé qué es un «portero», pero estoy dispuesta a apostar que no servirá de nada contra una bruja sanguina. La magia chisporrotea entre mis dedos.

Pero Hannah me agarra del brazo. —Julia, podemos conseguir lo que necesitamos de otra manera —susurra.

Cierro los puños, con ganas de seguir empleando la fuerza. Pero si Maya es remotamente tan terca como lo era Florence, no estoy segura de mis posibilidades de sacarle información.

Hannah aprieta más el agarre e intenta tirar de mí hacia atrás. —Siento las molestias. Nos marchamos.

Le lanzo una mirada que dice: *Ni hablar.*

Su mirada de respuesta dice: *Tenemos que hablar de esto.*

Más le vale tener un plan.

A regañadientes, suelto a Maya y dejo que retroceda.

Cuando la puerta se cierra de un portazo tras ella, me giro hacia Hannah. Ha dado un paso atrás, poniendo espacio entre nosotras.

Estamos solas en las sombras con solo el murmullo distante de la gente y el olor pútrido del callejón.

—Está mintiendo —gruño.

—Claro que sí. —La voz de Hannah suena temblorosa. Se limpia el sudor del nacimiento del pelo con una mano trémula—. Sabe perfectamente dónde está el aquelarre. Pero eso no significa que tengamos que torturarla.

—¿Ah, no?

Hannah agita las manos exasperada. —¡No puedes ir lanzando a la gente por ahí con magia!

—¿Por qué no? Es eficiente.

—¡Es una agresión!

Me río entre dientes. —Qué sensibilidad moderna tan pintoresca. En mi época, lo llamábamos justicia.

—En tu época, llamabais justicia a muchas cosas horribles.

Me aliso la capa, ignorando esto último. —Tendremos que esperar a que cierren el establecimiento y seguir a Maya hasta su casa. La retendremos mientras ponemos su casa patas arriba. Debe tener algo en su poder que pueda conducirnos hasta ellas.

Maya Kwan cree que puede esconderse de su herencia, pero no puede cambiar el hecho de que desciende de una de las mejores brujas que han existido jamás.

Le guste o no, está a punto de ayudarme a encontrar el camino a casa. Aunque Hannah no apruebe mis métodos cuando llegue el momento.

—¿Julia?

Mi corazón hace algo extraño al oír mi nombre en labios de Hannah.

Levanto la barbilla y me vuelvo hacia ella.

Se cruza de brazos con una mirada fiera en los ojos. —Si queremos llegar a su casa, tengo una idea mejor.

10

Hannah



—SE LLAMA CARNÉ DE conducir —explico mientras nos acurrucamos en la esquina de The Crimson Moon—. En él vendrá su dirección. Solo tenemos que hacernos con su bolso.

Es una solución más rápida que esperar horas hasta que el club cierre y seguirla hasta su casa, y también más segura. No estoy segura de cómo me sentiría atándola y saqueando su hogar.

La culpa me retuerce el estómago mientras expongo mi plan. Lo que sugiero no es exactamente legal, pero, por otro lado, cualquier cosa que se le ocurra a Julia será mucho peor. De todos modos, no vamos a *robar* la cartera de Maya, solo la tomaremos prestada. Una vez que hayamos registrado su casa, la dejaremos sobre la mesa de la cocina.

Julia me mira de una forma que podría ser tanto de asco como de admiración. —¿Y cómo conseguimos su bolso?

—Una de nosotras tiene que entretenerla a ella y al camarero mientras la otra busca. —El aire frío me muerde las mejillas y mi aliento forma neblina bajo las farolas. Arrastro los pies para entrar en calor, envidiosa de la capa larga de Julia—. Estará en una sala para el personal. O quizá detrás de la barra.

Los ojos de Julia se entrecierran con determinación y flexiona los dedos. —Yo los distraeré mientras tú lo localizas.

Dudo. Por supuesto que quiere ese papel. Probablemente disfruta de la atención, del caos, de la oportunidad de usar su encanto como un arma. Pero una distracción mágica no es la mejor manera de ser sutiles con lo que estamos haciendo. Además, se me ocurren mejores usos para su magia. —No, si su bolso está en una taquilla, necesitaremos que fuerces la cerradura. Y si está detrás de la barra, será más fácil si lo atraes con magia en lugar de intentar colarme yo allí atrás. ¿Puedes hacer eso? ¿Atraer el bolso de alguien?

Ella resopla. —No me insultes. Está bien, si crees que puedes crear una distracción suficiente…

Los nervios revolotean en mi interior, pero asiento. —Puedo encargarme. —Saco mi cartera y se la muestro—. Esto es lo que tienes que buscar, ¿vale? Está llena de tarjetitas rectangulares.

La estudia desde todos los ángulos, sacando una tarjeta para examinarla. —¿Fascinante. Para qué sirven?

—Esa… me da puntos en la tienda de yogur helado… —Se la quito de un tirón—. Dame solo un minuto para empezar la distracción antes de seguirme.

Me pongo la capucha, observando su ropa pasada de moda. Sí, es mejor que entre yo primero. Ella destaca como… bueno, como una bruja antigua en un bar.

Julia alarga la mano para detenerme, rozándome la muñeca con los dedos. Su tacto envía un agradable escalofrío por mi brazo y una ráfaga de calor que me distrae por el vientre. —¿Cómo sabré cuándo estás lista?

Esbozo una sonrisa nerviosa. —Lo sabrás.

Entro y el aire viciado me golpea la cara, denso con el olor a cerveza y cócteles azucarados. La gente sigue restregándose en la pista de baile y hay grupos de personas charlando ante sus copas, algunos ya ruidosos y achispados. Me agacho detrás del grupo más cercano antes de que Maya y el corpulento camarero puedan levantar la vista y verme. Las costillas se me comprimen dolorosamente al alejarme de Julia y hago lo posible por respirar a pesar de ello. La separación solo durará un minuto.

Con el corazón a mil, recorro la sala buscando opciones: bebidas que derramar, mesas que volcar, gente con la que buscar pelea, la pista de baile…

Ahí. Hay una máquina de karaoke detrás de la pista de baile, con la pantalla pasando anuncios de ofertas de bebidas.

Un cosquilleo nervioso me recorre, pero no es momento para el pánico escénico. Es el momento de dar un espectáculo absoluto para salvar mi propia vida.

La interfaz de la máquina de karaoke es benditamente sencilla. Me desplazo por los grandes éxitos del año: «Single Ladies» de Beyoncé (demasiado dolorosa dadas mis circunstancias), «I Gotta Feeling» de los Black Eyed Peas (esta noche no va a ser una buena noche en absoluto), «Poker Face», «Womanizer»…

Me detengo en «Gives You Hell» de The All-American Rejects. Perfecta. Furiosa, ruidosa, y hace solo dos meses que Dean y yo la cantamos a gritos en su vigésimo cumpleaños mientras Riley se reía y nos grababa. Cuando aún creía que estaríamos todos juntos para siempre.

Cojo el micrófono antes de que el recuerdo pueda paralizarme.

Puedes hacerlo. Imagina que Dean está en los coros.

«Low» de Flo Rida se detiene abruptamente y las notas iniciales de mi canción llenan el bar. El baile se interrumpe en seco y las conversaciones mueren mientras la gente se gira hacia mí.

Ya no hay vuelta atrás.

La letra aparece en la pantalla y subo el volumen al máximo, entregándome a la canción con todo lo que tengo.

La gente me mira con una mezcla de horror y fascinación. El camarero y Maya me observan boquiabiertos y el reconocimiento asoma a sus rostros.

Sonrío y saludo mientras canto, subiéndome a una silla para ganar altura.

Vamos. Morded el anzuelo.

Sus expresiones se ensombrecen. Se inclinan, intercambiando unas palabras.

El hombre asiente y ambos empiezan a caminar hacia mí, separándose para venir a por mí desde dos ángulos.

Sí.

Mi corazón late más rápido mientras canto más fuerte, desgañitándome con la letra como una chica borracha en una despedida de soltera. La voz se me quiebra en las notas altas, pero da igual. Cuanto peor sea esto, mejor será la distracción.

La incómoda opresión en mi pecho se alivia de repente, lo que me indica que Julia debe de estar dentro. Pasando por detrás de Maya y el camarero, se lanza hacia la puerta tras la barra como una sombra.

Levanto el puño y me entrego al estribillo, con la voz cada vez más ronca.

—Muy bien, cielo —dice el camarero, apenas audible bajo la música—. Creo que por hoy ya ha sido suficiente.

Mierda, él y Maya están lo bastante cerca como para atraparme.

Me subo a la mesa, tropezando con los platos sucios. La gente se aparta mientras los vasos vacíos se estrellan contra el suelo.

—¡Oiga! ¡Bájese de ahí! —grita el camarero.

Bailo fuera de su alcance, con la voz saltando mientras sigo cantando.

Los clientes están demasiado ocupados riéndose como para ayudar a atraparme, y lo esquivo mientras salto a la siguiente mesa. Mi canto se deteriora mientras me concentro en no caerme.

Maya intenta agarrarme del brazo y doy un salto, aterrizando en un reservado entre dos chicas universitarias. Ellas ríen y se apartan de mí.

Me estoy quedando sin tiempo. Le paso el micro a la morena de mi izquierda. —¡Continúa tú!

Ella lo acepta con una mirada nerviosa a su amiga, y yo me deslizo bajo la mesa hasta el suelo. Gateo entre las piernas de todo el mundo y salgo por el otro lado, con la adrenalina acelerándome. Me pongo de pie de un salto… y me topo de bruces con el camarero, cuya cara es del color del logo del bar.

Corre.

Salgo disparada en la otra dirección.

Sus dedos me rozan el brazo, pero me zafo y esprinto hacia la salida. Más vale que Julia haya terminado, porque el tiempo se ha acabado.

Estoy casi en la puerta cuando Maya aparece en mi campo de visión. Saca la pierna y soy demasiado lenta para esquivarla. Mi pie choca con el suyo y el resto de mi cuerpo sigue la trayectoria hacia adelante.

Arrugo la cara mientras el suelo se abalanza hacia mí.

Aterrizo con fuerza y el impacto me recorre los brazos al frenarme con la base de las manos. Me deslizo por el suelo pegajoso, el dolor estalla en mis manos y rodillas, y mi sudadera se moja con bebidas derramadas. Qué asco.

Se me escapa un gruñido de dolor y me arrastro hacia adelante, intentando llegar a la salida.

Una mano ruda me agarra por la parte trasera de la sudadera y me pone de pie, prácticamente levantándome hasta el umbral. —Yo la sacaré fuera, Maya.

—¡Ya me voy! —grito—. No tiene que acompañarme. Me estoy yendo.

El camarero me ignora, continuando el arrastre hacia el exterior con una mano.

El corazón me late con fuerza. ¿Va a darme una paliza? ¿Pasa eso de verdad en la vida real?

Fuera, me sujeta por el cuello con las dos manos. —¿Quién coño es usted y qué quiere de Maya?

—N-nadie. Nada —tartamudeo, con la respiración rápida y presa del pánico—. Fue… una broma…

Me sacude. —Me ha dicho que usted y esa otra mujer la han amenazado.

El dolor me recorre el cuello. —Esto no tiene nada que ver con usted.

Su cara está aún más roja y las venas de sus brazos se hinchan mientras me levanta hasta ponerme de puntillas. Mis piernas tiemblan mientras intento mantener los pies en el suelo.

Abruptamente, sale volando hacia atrás como si lo hubiera golpeado una bala de cañón, soltando un profundo gruñido. Al desaparecer el agarre de mi cuello, pierdo el equilibrio y caigo de rodillas. Me zumban los oídos con el sonido de él chocando contra la pared de ladrillo y desplomándose en el suelo.

Apoyo las manos contra el pavimento rugoso y levanto la vista, recuperando el aliento.

Julia está en el umbral, con su silueta recortada contra la cálida luz del interior. La puerta se cierra tras ella con un golpe. Su rostro se ve absolutamente feroz, sus ojos arden de furia y sus labios se curvan en un gruñido. La magia negra chisporrotea entre sus dedos y le trepa por los brazos, lo que hace que el aire alrededor de sus manos brille por el calor.

Por un segundo, solo puedo mirar, paralizada por el miedo.

Pero entonces ella gruñe, con una voz tan baja y letal que me eriza la piel. —*No—la—toques*.

Un alivio cálido y dulce me inunda.

El camarero retrocede a gatas, inestable mientras intenta ponerse en pie. —Os haré arrestar a las dos.

Julia arquea una ceja, acechándolo. El viento gélido le levanta el cabello y le aparta la capa de la cintura, revelando su cuerpo tenso y fuerte, listo para la lucha. —¿Eso es todo?

Él finalmente logra levantarse, y cualquier réplica que tuviera planeada muere en su lengua cuando ella levanta las manos, dejando que vea la magia chisporroteando. Sus ojos se agrandan y da un paso atrás, con la boca abierta por el horror.

—*Nadie* toca lo que es mío sin pagarlo —gruñe ella—. ¿Entendido?

—Julia —susurro, aunque no estoy segura de si le pido que pare o que siga.

Su atención está fija en el camarero mientras sigue acercándose. —Vuelva dentro antes de que lo haga suplicar la muerte.

Él le mantiene la mirada, negándose aparentemente a ser intimidado. —Os quiero a las dos fuera de aquí. No volváis a asomar vuestras caras por aquí nunca más.

Julia se lleva un dedo al pecho. —Palabra de honor.

Él duda, luego sacude la cabeza y retrocede hacia la puerta sin quitar los ojos de Julia.

Solo cuando se ha ido se gira hacia mí, y la furia de su expresión se disuelve. Respira con dificultad y su rostro está pálido, como si la magia que ha realizado hubiera tenido un coste.

Sus ojos me recorren y se detienen en mi cuello, donde él me había agarrado. Tensa la mandíbula. —¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien —consigo decir, aunque mi voz suena entrecortada.

Mis entrañas están fuera de control. Nadie me ha defendido nunca de la manera en que ella lo ha hecho esta noche.

Una parte retorcida de mí en realidad quería que el tipo se resistiera para ver qué hacía Julia. Es un poco embriagador verla usar la magia. Ver cómo se le oscurecen los dedos y su expresión se intensifica.

Respiro hondo y me estiro la sudadera, reprimiendo ese pensamiento temerario y vergonzoso. Tal como es Julia, no habría tenido problemas en hacerle daño o incluso matarlo. De hecho, probablemente se ha contenido por mi bien. —Gracias por… —Mi sudadera está pegajosa y huele a cerveza, y hago una mueca cuando me mancha las palmas. Más vale que esto haya valido la pena—. ¿Lo has conseguido?

Me coge del codo y camina rápido, alejándonos del bar. —Sí. Rápido.

Mi corazón da un vuelco por la victoria, y quizá un poco por su firme contacto.

Nos guío hasta la parada de autobús más cercana, rezando para que pase uno en el próximo medio segundo. Allí, nos agachamos tras el pequeño grupo de gente que espera y Julia me pasa la cartera de cuero. Saco el carné de conducir y tecleo la dirección en mi teléfono.

—Ha sido rápido —digo—. Siento no haber podido distraerlos por más tiempo.

—Ha sido suficiente. Y lo has hecho bien.

La miro, comprobando que el cumplido realmente ha salido de su boca.

Ella observa el tráfico que pasa y a las otras personas que esperan el autobús como si todo conspirara contra nosotras, con los puños apretados.

Sonrío para mis adentros. —Parece que tardaremos veinte minutos en llegar a su casa.

Ella asiente con firmeza.

El autobús llega y todo el mundo se acerca al bordillo mientras las puertas sisean al abrirse.

Saco mi cartera, haciendo una mueca mientras me sacudo las mangas húmedas. —Mi pobre sudadera. Y mis rodillas.

La mirada de Julia recorre mi cuerpo de arriba abajo.

Ojalá supiera qué piensa cuando me mira de esa manera. ¿Me está juzgando o… algo más? ¿Es malo que quiera que siga mirando?

—¿Son todas las mujeres modernas tan desinhibidas? —pregunta finalmente.

No puedo evitar que una sonrisilla me tire de las mejillas. —¿A qué te refieres?

El aire cálido y rancio del autobús sale hacia fuera mientras la gente que nos precede sube en fila.

—Ese canto y ese baile fueron… —Julia agita una mano—. Y tus pantalones. Son escandalosamente ajustados.

Abro la boca, intentando decidir cómo me siento al respecto. ¿Debo sentirme halagada? ¿Ofendida?

Entonces añade en un murmullo tan bajo que casi no lo oigo: —Creo que habrías sido una buena bruja. Hubo un tiempo en que los hombres habrían querido quemarte en la hoguera.

Sonrío. —Gracias.

Esta vez nos sentamos cerca de la parte delantera, ya que un grupo de adolescentes ruidosos ocupa la parte trasera del autobús y pone música en un pequeño altavoz.

Julia suspira. —La música de hoy es extraña. Pero supongo que combina con tu actuación en la taberna.

Giro la cabeza hacia ella bruscamente. —¿Perdona?

—El canto. —Agita una mano con desdén—. Entusiasta, desde luego. ¿Melódico? Eso es ser generosa.

Me quedo boquiabierta. —Estaba creando una distracción, no haciendo una audición para un musical.

—Y menuda distracción fue. Me sorprende que no te pagaran para que pararas.

—¿Sabes qué? De nada. Ya que mi *actuación* te dio el tiempo que necesitabas.

—Podría habérmelas arreglado sin ese teatro aficionado.

—Claro, porque te estás arreglando de maravilla esta noche. Ni siquiera sabes usar un teléfono.

Ella sonríe con sorna. —He pasado toda mi vida libre de vuestras baratijas modernas.

—Sí, bueno, no habrías sobrevivido las últimas horas tú sola.

Su sonrisa flaquea. Diez puntos para mí.

Julia se gira para mirar por la ventana.

—¿Qué tipo de música escuchabas en el siglo XIX? —pregunto.

—No este asalto a los sentidos, te lo aseguro. —Arruga la nariz y lanza una mirada a los adolescentes.

—Esnob de la música clásica.

—Prefiero la música que no me hace desear que me devuelvan a un sueño maldito.

No debería sonreír ante eso, pero mis labios se curvan de todos modos. La adrenalina y la pequeña victoria me hacen sentir más ligera de lo que me he sentido en todo el día. Casi parece que somos normales. Como si no tuviera motivos para tenerle miedo.

II

Hannah



EN CUANTO BAJAMOS DEL autobús, caminamos a paso ligero al doblar la esquina hacia el edificio de apartamentos de Maya; la capa de Julia ondea al viento y mi sudadera solo… aletea empapada. Uf, es muchísimo más elegante que yo.

Llegamos a las puertas de cristal y, antes de que termine de decir: —Estará cerrado—, la cerradura chasquea y se abre de par en par ante nosotras.

—Vale —digo—. Genial.

Subimos por las escaleras hasta el cuarto piso, donde Julia abre la puerta de Maya de golpe y entra sin vacilar. Por suerte, no hay nadie más aquí.

Hago una mueca mientras entro trotando tras ella y echo la llave. —¡Los vecinos, Julia! ¡Tienes que ser al menos un *poco* sutil!

—No hay tiempo para eso. —Hizo una pausa, inhaló profundamente y flexionó los dedos como si estuviera captando la energía de la habitación o algo así—. Dime si encuentras algo.

Enciendo la luz y examino el pequeño apartamento. Un dormitorio, un baño, patio al fondo, plantas en el alféizar de la ventana. Parece bastante normal a primera vista…, pero unas cortinas tupidas bloquean cada ventana, el lugar huele intensamente a salvia

quemada y la puerta tiene *tres* cerrojos de seguridad: arriba, en medio y abajo.

La decoración también es un poco inusual. Una escultura roja acolchada y de forma extraña en la esquina podría ser un sillón. Del techo cuelgan lámparas hechas de metal retorcido y hueso. Hay cuadros cubriendo las paredes, demasiado abstractos para distinguir qué representan, pero, cuando estudio las formas extrañas y los colores oscuros, una sensación de pesadez se apodera de mí. Es como si retrataran algo prohibido que el artista intentaba vaciar de su cerebro. El caballete y los pinceles salpicados de pintura me indican que podrían haber sido pintados por la propia Maya.

Julia ya está rebuscando en un montón de correo sobre la encimera de la cocina, donde un grupo de velas de color rojo oscuro se asienta medio derretido, con la cera endurecida acumulada sobre la superficie. Me dirijo al portátil que hay en el escritorio y me inclino sobre él.

—¿Qué es eso? —pregunta Julia.

—Un ordenador portátil. Te da acceso a internet, al correo electrónico y a esas cosas.

—Ninguna de esas palabras tiene sentido.

—Te lo explicaré luego.

Se inicia directamente en el escritorio, sin necesidad de contraseña. Supongo que su paranoia no se extiende a la ciberseguridad. Lanzo un suspiro de alivio y empiezo a abrir archivos.

Siento un hormigueo en la espalda ante la quietud del apartamento y el sonido frenético de las dos trabajando. El olor a cerveza rancia de mi sudadera y la humedad gélida se están volviendo insoportables, así que me la quito y la tiro al suelo. Hace un poco de frío para estar en camiseta de tirantes, pero prefiero esto a llevar un jersey empapado de alcohol.

Siento la mirada de Julia sobre mí como una llama contra mis hombros desnudos, pero no me giro. Una parte secreta y confusa de mí disfruta de que me esté mirando.

—¿Quién más estaba en tu aquelarre? —pregunto mientras escudriño el portátil, necesitando alguna pista sobre qué nombres

debería buscar.

—La única que nos concierne es Rebecca. —Julia se dirige a la estantería, y el suave roce de los libros me acaricia los oídos.

Reviso los correos de Maya y analizo los asuntos en busca de cualquier cosa relacionada con la brujería. —¿Eras amiga de todas las de tu aquelarre, aparte de Rebecca?

No es una pregunta pertinente, pero tengo curiosidad por la vida de Julia Moreau.

—Unas me caían mejor que otras —dice vagamente.

No hay nada raro en sus correos, así que pruebo con su historial de navegación. *Recetas… Arte… Compras online…* —¿Y tu familia?

Hace una pausa. —Un aquelarre es la familia de una bruja.

No quiero hacerla enfadar curioseando, pero quiero entender más sobre esta mujer que de repente se ha vuelto el centro de mi mundo. —¿Y tus padres? —pregunto con vacilación.

Ella sigue revisando cada libro. Por fin, dice con frialdad: —La identidad de mi madre fue descubierta por un grupo de hombres débiles y asustados. La quemaron en la hoguera cuando yo era una niña. No tuve padre.

Sus palabras me dan un vuelco en el estómago. Dejo de desplazarme por el historial de navegación de Maya.

—Lo siento. —Las palabras me parecen insuficientes, pero es todo lo que tengo.

—No lo sientas. Los hombres que la mataron ya recibieron su merecido.

Un escalofrío me recorre ante la fría satisfacción de su voz. No le pido que entre en detalles.

Me obligo a seguir buscando pistas. Tenemos que salir de aquí lo más rápido posible.

—¿Te quería? —la pregunta se me escapa sin permiso. Siempre me han interesado las relaciones que otras personas tienen con sus padres. Me encantaba ir a casa de Riley a almorzar los fines de semana y ver cómo interactuaban ella y su madre. Abrazándose, riendo, haciendo referencias que solo ellas dos entendían.

Pero mi pregunta va más allá de eso. Quiero saber quién era Julia antes de que el mundo la convirtiera en esto… o quizás nació así.

Julia clava la vista en una novela que tiene entre las manos y tamborilea con los dedos sobre el lomo. Un músculo de su mandíbula se tensa.

—Sí. Me quería. —Vuelve a colocar el libro en el estante sin mirarme—. Mi madre también era una bruja de sangre. Ella me comprendía mejor que nadie.

Trago saliva y vuelvo a centrar mi atención en el portátil.

Tal vez Julia no nació como un monstruo. Tal vez el mundo la hizo así al obligarla a presenciar una crueldad que ningún niño debería tener que soportar.

—¿Por qué lo preguntas? —dice Julia.

Me encojo de hombros. Las palabras me suben por la garganta, amenazando con salir. Se supone que estamos buscando al aquelarre, no intercambiando historias traumáticas.

Pero Julia me está observando, esperando.

Mis dedos se detienen sobre el teclado. —Mis padres no me querían. No de verdad. Se mudaron en cuanto cumplí los dieciocho. Me dejaron atrás para irse a viajar. Yo siempre fui un inconveniente para ellos, como un lastre que les impedía vivir la vida que querían. —Abro el calendario de Maya para evitar la mirada de Julia—. Creo que los pocos años que tuviste con una madre que te quería son mejores que dieciocho años con unos padres que no lo hacían. Siento que tuvieras que perderla. No es justo.

Cuando vuelvo a mirarla, Julia me observa con una expresión que no logro descifrar. Tiene el ceño fruncido, no por lástima, gracias a Dios, sino más bien como si estuviera reevaluándome.

Vuelvo a la pantalla, sintiendo el calor subiéndome por el cuello. Sí, he vuelto a hablar demasiado.

Céntrate. Encuentra el aquelarre.

En el portátil, el calendario de Maya está abierto, con citas y nombres de personas esparcidos por todo el mes. —Oye, dime si alguno de estos nombres te suena. Quizá todavía esté en contacto con otras brujas.

Julia deja la estantería para acercarse. —Claro.

Enumero algunas entradas del calendario, esperando a que me detenga. Se asoma por encima de mi hombro y se me seca la boca

cuando su capa me roza. El suave tejido contra mi piel desnuda me provoca un hormigueo que se instala en lo más profundo de mi vientre. El calor de su cuerpo se irradia hacia mí y su aroma cálido me marea.

—Eh… —de repente la lengua no me funciona bien—. *Yoga con Addy*… Eso es todos los jueves, así que no creo que haya nada sospechoso ahí… ¿*Reunión con Elizabeth*? ¿Conoces a alguna Elizabeth?

—Conocí a una —murmura—. ¿Cuál es el apellido?

Hago clic en la entrada, pero no hay más información. —Un segundo…

Vuelvo a su bandeja de entrada y escribo «Elizabeth» en la búsqueda. Aparecen unos cuantos correos. —¿Elizabeth Barnwell?

Los dedos de Julia se cierran sobre mi hombro, cálidos contra mi piel fría. —Es ella. Una bruja verde. Sabrá dónde están Rebecca y mis otras hermanas.

El contacto piel con piel despierta esa deliciosa conexión entre nosotras; el placer fluye hacia mi interior como un gotero intravenoso.

Entonces asimilo sus palabras y mi corazón da un salto. La miro incrédula. ¿En serio acabo de encontrar algo útil?

—¿Qué más dice? ¿Hay alguna ubicación? —pregunta ella, con un tono cada vez más urgente.

—V-veamos… —escaneo los asuntos de los correos buscando contexto, aunque me cuesta mucho concentrarme. Está demasiado cerca y su aroma cálido a manzana y canela me embriaga. El hecho de estar a la altura de su escote no ayuda. Su piel parece tan suave y tersa, y el corpiño realza sus pechos. Me pican los dedos por seguir esa curva expuesta.

Como si de repente se diera cuenta de lo que está pasando, Julia me suelta, dejando una corriente de aire frío donde estaba su mano.

—No pasa nada —digo—. Puedes… Quiero decir, no me importa si tú… —me interrumpo, sin saber a dónde quiero llegar. *Tócame*, termina mi molesta voz interior.

Me mira y se me acelera el pulso. Cuando se lame los labios, mi mirada se clava en su lengua el tiempo suficiente para que sea obvio

que le estoy mirando la boca.

Maldita sea. No puedo sentirme atraída por ella bajo ningún concepto. Ni siquiera estoy convencida de que esto sea solo por el hechizo de vinculación; es objetivamente impresionante. Es segura de sí misma, preciosa y tiene los ojos más penetrantes del mundo. Pero, dejando a un lado el hecho de que es una bruja de sangre y una asesina literal, también debe de ser veinte años mayor que yo. O un siglo mayor, dependiendo de si se cuenta el sueño maldito.

Y de todos modos, ya decidí que he terminado de permitirme tener sentimientos por nadie, así que este cosquilleo se puede ir a la mierda.

Vuelvo al portátil, con la respiración entrecortada y la cara ardiendo. —Veré si puedo encontrar una dirección.

—Bien —murmura.

La forma en que pronuncia esa única palabra de elogio hace que se me contraiga algo entre las piernas.

Basta ya. Céntrate en buscar información sobre Elizabeth.

Antes de que pueda moverme, el cuero cabelludo me hormiguea agradablemente, como si…

Oh, Dios mío. Me está acariciando el pelo. Peinando suavemente los mechones con los dedos.

Mis párpados tiemblan y me quedo perfectamente quieta. Cada caricia me provoca oleadas de placer.

Pero ¿*por qué* me acaricia el pelo? ¿Lo hace de forma distraída porque resulta que estoy delante? O quizá así es como trata a todos de los que se alimenta, endulzándolos antes de consumirlos. O…

O podría estar coqueteando conmigo. Seduciéndome.

Mi corazón late más rápido. La sangre me sube a la cara, entumeciéndome los labios.

Tengo que recordar con quién estoy tratando. No puedo sentirme atraída por ella. No puedo confiar en ella.

Y no puedo confiar en lo que siento cuando me toca.

Parpadeo para enfocar la pantalla y reviso los correos de Elizabeth. Hay seis, y el primero se recibió el 7 de enero de 2004. Lo abro con dedos torpes.

Una descarga de victoria me recorre el pecho. —Elizabeth le pidió a Maya que fuera a recoger reliquias familiares.

Julia se queda inmóvil y sus dedos dejan de juguetear con mi pelo.

Bajo por el texto, buscando una dirección. —Mierda… Maya dijo que no le interesa unirse a ningún aquelarre, dado lo que les pasó a las otras brujas de su linaje… sea lo que sea que eso signifique… — Llego a la última respuesta de Elizabeth y se me corta la respiración —. Espera: *«Si cambias de opinión, aquí es donde puedes encontrarme».* ¡Julia, es su dirección!

—Perfecto —dice Julia con una inusual nota de euforia en su voz.

Cojo un bloc de notas y un bolígrafo y garabateo la dirección con mano temblorosa. —¿Necesitamos algo más?

Antes de que pueda responder, la cerradura de la puerta del apartamento chasquea.

Ambas nos quedamos heladas, con los ojos como platos.

Maya ha vuelto a casa.

12

Julia



LA PUERTA DEL APARTAMENTO traquetea mientras Maya intenta entrar, pero se lo impiden los tres cerrojos.

Se nos ha acabado el tiempo, pero la dirección de Elizabeth podría ser suficiente para que lleguemos hasta Rebecca.

—¿Qué deberíamos…? —empieza Hannah.

Clac. El cerrojo superior se desliza solo.

Nos miramos, con los ojos como platos.

Clac. El del medio se desliza.

¿Conque no eres una bruja, Maya?, pienso, mientras me hormiguea la piel cuando su magia me golpea como una niebla que se echa encima.

Maldita sea. Debería haber sabido que mentía. Debería haber olido la forma en que la suprimía con tanta pericia. Lleva el poder de la familia Kwan en la sangre y apuesto lo que sea a que esa magia nunca se ha saltado una generación.

Levanto las palmas de las manos para pelear, pero el gesto es ridículo. Incluso abrir la puerta a la fuerza me ha supuesto un esfuerzo, y dudo que ahora mismo pudiese enfrentarme ni a una rata.

Hannah recorre la habitación con la mirada. Me agarra del brazo y me arrastra hacia una puerta. —Al balcón.

Hm, sí, huir es más sabio.

Clac. El tercer cerrojo se abre y salgo disparada tras Hannah hacia el aire fresco de la noche.

Hannah cierra la puerta en silencio tras nosotras justo cuando las bisagras de la puerta principal rechinan y llenan el pequeño espacio con su sonido.

—¿Quién hay ahí? —grita Maya desde el otro lado de la puerta cerrada, con una voz ronca y amenazante que no se parece en nada a la de la víctima asustada a la que acorralamos en el callejón.

—Mierda —susurra Hannah, asomándose a la barandilla—. ¿Cómo bajamos?

Damos a un patio situado muy abajo, donde senderos de piedra dura serpentean entre el césped y los jardines. No hay nadie, aunque brillan luces en las ventanas cuadradas de los cuatro flancos. Al otro lado, un camino conduce de vuelta a la carretera. Si tan solo pudiéramos llegar allí.

La temperatura baja de repente y la escarcha se extiende por el cristal con un crujido ominoso. Los cristales forman un patrón hasta que el significado queda claro: Maya está lanzando runas de protección. Me alejo, sintiendo su aguijonazo sin llegar a tocarlo.

—Oh, joder, oh, joder —susurra Hannah. Tiembla y se cruza de brazos. De pronto da un respingo y se pone pálida bajo la luz de la luna—. ¡Mi jersey! Me lo he dejado al lado del ordenador.

Me muerdo el interior de la mejilla para contener mi fastidio por su imprudencia. Pero probablemente Maya ya sepa quiénes son las intrusas de todos modos.

Vuelvo a centrar mi atención en la caída. Es demasiado alto para saltar sin usar magia que amortigüe el golpe.

—¡Dad la cara, cobardes! —ladra Maya. Una ráfaga de magia nos levanta los mechones de pelo y la puerta de cristal se agrieta, llenándose de telarañas por el impacto.

Un zumbido cargado de electricidad llena el aire y se filtra a través de las paredes; es esa energía crepitante que se acumula con la ira

de una bruja. Algo se estrella en el interior a medida que su furia aumenta.

Diga lo que diga sobre no querer formar parte del aquelarre, sigue siendo una bruja, y el poder de Florence pulsa por sus venas. Y si ha heredado aunque sea la mitad de las habilidades de Florence, nos incinerará a las dos cuando nos encuentre aquí acorraladas.

Me giro hacia Hannah y la agarro con fuerza por los hombros. —Necesito magia para sacarnos de aquí. Ahora.

Hannah asiente y se acerca sin vacilar. —Cógela.

Su respiración es superficial y tiene los labios entreabiertos como si estuviera dispuesta a insuflarme su propia vida.

Dios, es preciosa.

La empujo contra la barandilla y pego mi cuerpo al suyo, acunando su rostro. Su piel está sedosa y fresca bajo mis palmas. Murmuro el encantamiento mientras deslizo mis manos por su cuello, sus hombros desnudos y sus brazos. Me hormiguea todo el cuerpo a medida que mi magia empieza a alimentarse, absorbiendo su dulce esencia.

Poso mis manos en la franja de piel desnuda de sus caderas para mantenerla pegada a mí. Ayuda que se haya despojado de esa prenda voluminosa que llamaba sudadera, con lo que hay menos barreras entre nosotras y más piel a mi alcance. La prenda de encaje que lleva es poco menos que escandalosa, todo tirantes delicados y material vaporoso que no oculta nada de las curvas que tiene debajo. Incluso puedo ver sus pezones marcándose en la tela.

Tengo que concentrarme, extraer solo lo suficiente para ponernos a salvo. Pero, *oh*, qué bien sabe. El subidón es embriagador mientras el poder inunda mi interior, y ella tiembla bajo mi tacto.

Los pasos de Maya se oyen más cerca.

El pulso me late con fuerza. Tengo que darme prisa.

—Abre la boca —le susurro.

Hannah contiene el aliento. —¿Qué?

—Necesito tu esencia. Tu aliento.

Sus labios se mueven sin emitir palabra, como si intentara procesar lo que le pido. Pero no tenemos tiempo para eso.

Le introduzco dos dedos en la boca y le separo sus carnosos labios. En el momento en que su lengua caliente toca mis dedos, mis entrañas arden de deseo. Intento concentrarme en extraer poder, pero hay un instante en que su lengua roza las yemas de mis dedos y tengo que reprimir un gemido.

Saco los dedos y deslizo las manos hacia la parte posterior de su cabeza para enredarlas en su suave cabello, que huele a melocotón. Me acerco tanto que nuestros labios casi se tocan e inhalo profundamente, bebiendo su fuerza vital.

No nos estamos besando, pero, por Dios, sus labios están tan cerca. Están a un suspiro de distancia, carnosos y abiertos. El impulso de acortar esa pequeña distancia y tomar sus labios con los míos es abrumador, pero me contengo. *Así no.*

Aprieto los dedos en su pelo, inclinando su cabeza hacia atrás para poder beber más de ella. Se muestra tan dócil bajo mi tacto, cediendo a cada uno de mis movimientos. ¡Qué no daría por tener más tiempo!

Concéntrate. Extrae más. Estoy desperdiciando segundos que no tenemos, distraída por desearla.

Hannah levanta las manos para agarrar mi capa, pero no me aparta. Simplemente se aferra a mí mientras sigo tomando. El poder me inunda y ella tiembla en mis brazos.

El picaporte de la puerta traquetea cuando Maya lo agarra desde el otro lado.

Lanzo la mano hacia atrás para detenerla, cerrando la puerta de golpe antes de que pueda abrirla del todo. La madera gime bajo la presión.

Ella ruge de frustración y la sacude con tanta fuerza que se levanta una nube de polvo. Se me eriza el vello mientras lucha contra mi magia.

El poder surge por mis venas al mezclarse la energía de Hannah con la mía. Es más que suficiente para sacarnos de aquí.

—Agárrate a mí —le digo, rodeándole la cintura con los brazos.

Sus ojos se agrandan al darse cuenta de lo que planeo. —Julia, no…

Pero ya la estoy arrastrando conmigo por encima de la barandilla, y su protesta se pierde en el viento. ¿Cuándo aprenderá que está a salvo bajo mi protección?

Grita mientras caemos en picado por el aire hacia el patio cubierto de hierba.

Concentro todo mi nuevo poder hacia abajo, llamando a la tierra. Trozos de tierra se desprenden del césped y de los parterres, elevándose para recibirnos en una espiral. Los golpeamos por etapas: un cojín de tierra, un montículo de hierba, un arbusto entero, hasta que aterrizamos en el camino de piedra con un golpe que me saca el aire de los pulmones.

Hannah jadea y, mientras intento desenredar mis extremidades, queda claro que ha aterrizado encima de mí.

—¿Estás… herida? —le pregunto entre jadeos.

—C-creo que no —tartamudea, y su aliento me hace cosquillas en los labios.

Se mueve y uno de sus muslos se desliza entre los míos, presionando contra mi centro.

Me está mirando, paralizada, con el rostro a un palmo del mío. Su aroma me envuelve, dulce e incitante.

Durante un instante nos quedamos así, con la intimidad de la alimentación aún flotando entre nosotras.

Más allá de ella, en lo alto, aparece la silueta de Maya en la barandilla. El poder chisporrotea alrededor de sus manos como un rayo blanco. —¡Deberíais haberme dejado en paz, Julia Moreau!

Normalmente, unas palabras como esas me harían detenerme para demostrarle el error que ha cometido al amenazarme. Pero dado mi mermado poder y mi necesidad de mantener a Hannah viva…

Aparto a Hannah de encima de mí. —Corre.

Se pone en pie a toda prisa y apenas hemos dado dos pasos cuando la tierra estalla a nuestro lado. Caemos de rodillas, tosiendo y levantando los brazos ante la oleada de tierra y piedras.

Otra ráfaga impacta aún más cerca y, sin pensarlo, agarro a Hannah y la tiro al suelo, cubriendo su cuerpo con el mío mientras los escombros llueven a nuestro alrededor. Ella jadea de dolor bajo

mi cuerpo, pero es mejor estar magullada que muerta. Está bajo mi protección y no permitiré que la rabieta de Maya acabe con lo que es mío.

—Espera —le gruño al oído, usando mi magia para protegernos.

Me giro y lanzo el arbusto arrancado hacia Maya. Ella lo desvía, y la pausa es lo bastante larga como para que nos levantemos y sigamos corriendo.

—¡Si vuelvo a veros, os mataré a las dos! —grita Maya.

Reúno mi poder a partir de la dulce energía de Hannah que aún fluye por mi cuerpo. Con un gruñido, lanzo otra oleada de tierra y rocas hacia Maya. Mientras ella levanta las manos para cubrirse, tomo la mano de Hannah y la ayudo a ponerse de pie.

Huimos a toda prisa a través de la oscuridad, siguiendo el sendero de piedra para salir del patio y volver a la calle concurrida. Hannah tose y se limpia la cara; unos regueros oscuros de sangre salpican su piel pálida.

Una punzada de preocupación me atraviesa antes de que pueda suprimirla. *Ridículo.* He visto a cientos de personas sufrir cosas mucho peores sin pestañear. ¿Por qué deberían ser diferentes estos pequeños cortes en Hannah?

Pero, de algún modo, ver que Maya ha herido a Hannah me infunde ganas de dar media vuelta y quemar toda la casa de Maya. El *pueblo* entero.

Una explosión de tierra estalla detrás de nosotras, pero nada nos alcanza, y pronto los gritos furiosos de Maya se desvanecen en la distancia.

El corazón me late con fuerza, y no es solo por el escape.

Aún puedo sentir el aliento de Hannah en mis labios, saborearla mientras llena mi alma y oír sus respiraciones suaves y entrecortadas mientras me alimentaba. Me hormiguean los dedos con los que he rozado su pelo sedoso cuando no he podido evitar tocarla.

No puedo negarlo: mi atracción por ella se ha vuelto imposible de ignorar. Quiero alimentarme de ella una y otra vez, pero es algo más que eso. No me sentía así desde Charlotte.

Y ese es exactamente el problema. Charlotte me miró una vez con asombro y falta de aliento, y mira cómo acabó la cosa.

Cada moratón, rasguño y marca en el cuerpo de Hannah es por mi culpa. Ha mentido y robado en las horas que llevamos juntas. Ya estoy siendo testigo de su corrupción; esos pequeños compromisos, hora tras hora, demuestran que la mujer inocente del principio de la noche pronto habrá desaparecido, y será culpa mía.

¿Pero qué se supone que debo hacer? Estamos atrapadas la una con la otra. No puedo simplemente enviarla a casa.

E incluso si quisiera…

Bueno, aun sabiendo lo que le estoy haciendo, no deseo parar. Quiero seguir alimentándome de ella, tocándola, saboreándola, arruinándola.

Y si estoy interpretando correctamente la forma en que me mira, ella desea ser arruinada.

13

Hannah



ME AGARRO AL ASIENTO del autobús con los nudillos blancos mientras avanzamos por las carreteras oscuras hacia la casa de Elizabeth. Son las once y la luna está alcanzando su cenit, lo que significa que nuestro tiempo ya se ha agotado casi a la mitad. Me sudan las palmas de las manos por nuestra huida, por haber estado a punto de saltar por los aires a manos de Maya, por la caída de cuatro pisos que debería habernos matado a las dos… y por Julia presionándose contra mí en aquel balcón, con sus dedos en mi pelo y en mi boca.

Cuando me echó la cabeza hacia atrás, una adrenalina fría me inundó las venas y, sin embargo, mi traicionero cuerpo se inclinó hacia ella. Incluso ahora, la piel me hormiguea allí donde me tocó, y no sé si estoy temblando de miedo o por la anticipación de adónde podría llegar esto si lo permito.

Se mueve a mi lado y se me corta la respiración, como si esperara que volviera a agarrarme y a rodearme el cuello con la mano.

—¿Me tienes miedo? —pregunta en voz baja.

Debe de notar mi tensión. —¿Debería tenerlo?

—Eso no es una respuesta.

Trago saliva con dificultad. —Es que nunca había conocido a una bruja sanguina. Ni siquiera sabía que existieran.

La verdad es que no he olvidado ni por un segundo que cientos de personas han muerto a sus manos y que varias más habrían muerto esta noche si yo no la hubiera detenido. Y ahora estoy a solas con ella en un autobús desierto, adentrándome en la oscuridad.

Así que sí, me asusta. Pero es un tipo de miedo diferente a cualquier otro que haya sentido. No es el miedo que te hace correr, sino el que te deja clavada en el sitio y te hace preguntarte qué se sentiría al dejar que el peligro te consuma.

Además, se ha desvivido por protegerme más de una vez, y esa contradicción hace que todo sea mucho más confuso.

—Creo que me preocupa más a quién estamos a punto de conocer —digo—. Quiero decir, si Maya era una *descendiente* de tu aquelarre y casi nos mata… ¿debería tener miedo?

—Mi aquelarre estaba lleno de brujas poderosas. Elizabeth escribió algunos de los hechizos más oscuros del grimorio en su juventud. Pero mientras no las enfurezcamos como enfurecimos a Maya, deberíamos estar a salvo.

Esto no augura nada bueno. Pero ¿qué otra opción tenemos que no sea seguir adelante? Este es nuestro único vínculo con Rebecca.

Por fin, bajamos del autobús en una carretera estrecha flanqueada por robles milenarios, cuyas ramas forman un túnel sombrío. El mundo está en silencio, tan lejos de la ciudad; solo el chirrido de los insectos y el crujido de las hojas llenan el aire. Caminamos durante diez minutos, con nuestro aliento formando vaho y nuestros pies crujiendo sobre el arcén de grava, antes de llegar a las puertas de hierro que custodian la casa de Elizabeth… no, su *mansión*. Una mansión victoriana se alza apartada entre los árboles, con sus ventanas góticas brillando en ámbar contra el cielo nocturno. Unas formas oscuras que deben de ser gárgolas se posan a lo largo de la línea del tejado. Todo el lugar emana dinero antiguo y una magia aún más antigua.

—Acogedor —murmuro, tiritando de frío.

Julia observa la mansión a través de la verja. —A Elizabeth siempre le gustó el dramatismo.

Me quedo mirando el interfono, una caja negra que sobresale del suelo en un elegante poste de hierro. Pero todavía no pulso el botón.

—¿Sientes que tienes suficiente poder para enfrentarte a ellas? —pregunto, con el estómago encogido.

Julia flexiona los dedos, estudiándose las manos. La magia parpadea entre sus nudillos como un relámpago, pero ambas sabemos que no es suficiente. —Más que antes, supongo.

Una idea toma forma, tentativa y tentadora. Si el contacto piel con piel le da poder a Julia…, si mi aliento le da poder…, ¿y si…?

Recuerdo cómo aumentó su magia cuando tenía los dedos en mi boca en comparación con cuando solo me agarraba las manos, y cómo parecía casi ebria de poder cuando estábamos apretadas una contra otra en el balcón de Maya. Más contacto, más intimidad, ¿más poder? Si no puede drenar a alguien hasta la muerte, ¿llena la intimidad ese vacío?

El corazón me late con más fuerza ante la anticipación de lo que quiero decir. De lo que quiero hacer.

Estudio la línea afilada de su mandíbula y sus pómulos altos bajo la luz de la luna. Es hermosa, amenazante y totalmente ilegible. Por lo que yo sé, puede que esté planeando cómo deshacerse de mí en el momento en que rompamos el hechizo de vinculación.

Pero a mi cuerpo no parece importarle eso, ni el abismo de diferencias que nos separa. De hecho, en cierto modo quiero dejar que mi cerebro deje de preocuparse también. Realmente, ¿no son su edad y su experiencia un consuelo? ¿No decía Dean antes que la gente de nuestra edad cambia demasiado? Está claro que Julia ya sabe quién es. Ha visto más y ha hecho más cosas que nadie que yo conozca.

—¿Ayudaría si te besara? —suelto de repente.

Se queda completamente inmóvil.

Lentamente, se gira para mirarme y una expresión extraña cruza su rostro. —¿A qué te refieres con *ayudar*?

Podría meterme en un agujero ahora mismo, pero me obligo a continuar. —Al alimentarte. ¿Serías capaz de absorber más poder si

nosotras…? Ya sabes, ¿si nuestros labios y nuestras lenguas también se tocaran?

Tengo la cara ardiendo.

Se me queda mirando. Sus manos se cierran y se abren a sus costados.

En el silencio, intento desesperadamente leer lo que está pensando. ¿Por qué no responde? ¿Le da asco la sugerencia? ¿Le divierte?

Finalmente, dice: —Esa es una pregunta peligrosa.

Me erizo. —Intento ayudarnos a lidiar con lo que sea que estemos a punto de enfrentar.

—¿Ah, sí? —Julia se acerca, con los ojos brillando a la luz de la luna—. ¿O estás buscando una excusa?

El calor me inunda las mejillas. —¡Cómo te atreves!

Ella ladea la cabeza. —¿Cómo me atrevo a sugerir que te lo has estado preguntando desde la primera vez que te toqué?

Me cruzo de brazos y frunzo el ceño. —Eres insufrible. Siento haberlo sugerido.

Ella suelta una risita y da un paso lento hacia mí. —Es probable que resulte útil, sí.

El corazón me da un vuelco. —Entonces, ¿por qué no lo has dicho sin más?

—Me gusta verte inquieta.

Me doy cuenta de que, efectivamente, estoy inquieta y me obligo a quedarme quieta. —¿Así que dices que deberíamos probarlo, entonces?

Me escudriña el rostro con esos ojos penetrantes y me siento desnuda bajo su mirada, como si pudiera ver cada sentimiento confuso que se retuerce en mi interior.

—Solo creo que necesitamos toda la ventaja que podamos conseguir —digo con firmeza—. Si esto te da más poder y nos mantiene a las dos con vida, merece la pena, y así sabremos para el futuro que… —Estoy balbuceando. Intentando justificar por qué lo sugerí. Intentando convencerme de que se trata de supervivencia y no de que *quiera* besarla. Sentir sus labios sobre los míos. Pasar mi lengua por algo más que las yemas de sus dedos.

Finalmente, da otro paso hacia mí, mirándome con tanta seguridad que me cabrea. —Deberías saber que cuanto más íntima sea la alimentación, más te afectará.

Levanto las cejas. —¿Significa eso que ya te has alimentado de alguien sin matarlo antes?

—No veo en qué es relevante eso.

Suspiro. —¿A qué te refieres con que me «afectará»?

Está lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor de su cuerpo, y reprimo el impulso de inclinarme y hacer que me rodee con sus brazos y su capa para mantenerme caliente.

—La magia sanguínea se alimenta de la fuerza vital, sí, pero no toda la fuerza vital es igual. Las víctimas involuntarias apenas me sostienen, por eso tengo que drenarlas hasta dejarlas secas. Pero el deseo… —Sus penetrantes ojos azules se encuentran con los míos—. Una participante voluntaria me da más poder del que podría robar a una docena de extraños. Pero debes saber que acabarás ansiando la sensación. Se volverá difícil distinguir si estás sintiendo los efectos del encantamiento u… otros deseos. ¿Es eso lo que quieres?

Se me corta la respiración. ¿Me está advirtiendo o me está tentando? ¿Se da cuenta de que la línea entre la alimentación y otros deseos ya ha sido barrida como el viento sobre una franja de arena?

—Bueno, ya tengo el hechizo de vinculación enturbiando mis sentimientos —digo, intentando sonar indiferente—. Creo que puedo manejarlo.

Julia ladea la cabeza con una mirada curiosa en los ojos. —El hechizo de vinculación obliga a la proximidad, no al deseo. He conocido a brujas vinculadas que se despreciaron mutuamente hasta la muerte.

Me la quedo mirando, y todo lo que creía haber comprendido se detiene en seco. —¿Q-qué? Pero tú dijiste…

—Ni una sola vez te he dicho que el hechizo de vinculación cree sentimientos, Hannah.

Dios mío. Tiene razón.

¿O sea que todo este aleteo en mi pecho y el placer que me recorre cada vez que me toca…? —¿Pero el hechizo *quiere* que

estemos cerca, verdad?

—Las sensaciones físicas agradables no son lo mismo que el deseo. El hechizo de vinculación no controla tus emociones.

Sigo mirándola, con el corazón latiéndome deprisa. Dios, ¿qué *estoy* sintiendo? ¿De verdad la deseo?

¿Sigues pensando que puedes con una alimentación íntima? —Me observa de cerca, tal vez viendo mi pánico mientras mi mundo se reconfigura frenéticamente.

Trago saliva, sin saber qué responder. Si ya estoy así de confundida con lo que siento, añadir un ritual de alimentación íntima no va a ayudar.

Pero cada centímetro de mi cuerpo me está traicionando, inclinándose más cerca. Deseo desesperadamente sus manos sobre mí de nuevo, aunque sepa lo que esas manos han hecho. Aunque ya no pueda culpar al hechizo de vinculación por hacerme desear esto.

—Lo que haga falta para sobrevivir —susurro.

—Mentirosa. —La palabra es tan suave que casi no la oigo—. Quieres más que la supervivencia.

Antes de que pueda invocar cualquier apariencia de autocontrol, sus dedos se deslizan por mi pelo como lo han hecho varias veces esta noche, agarrándolo con fuerza.

Dejo que mis párpados se cierren mientras sus labios planean sobre los míos, dolorosamente cerca pero sin tocarse.

Durante unos instantes, nos quedamos así, con nuestro aliento formando vaho entre nosotras en el silencio cargado de electricidad. Puedo saborear su exhalación, sentir el calor que emana de su piel.

—Última oportunidad para que lo reconsideres —murmura.

Debería reconsiderarlo. ¿A cuántas personas ha matado esta mujer? Pero mientras la alimentación late entre nosotras, al alcance de la mano, el miedo es lo último que tengo en la cabeza.

Inclino la barbilla hacia delante, apenas un centímetro, y nuestros labios se tocan. El fuego me recorre de arriba abajo, ardiente y devorador.

Julia sisea. Se inclina más, sus labios capturan los míos, y yo me abro para ella con un gemido que no puedo reprimir.

Sus caderas y sus pechos se presionan contra mí. Su lengua recorre mis labios. Se sumerge en mi boca. Emite un sonido que es mitad gemido, mitad gruñido.

Murmura el encantamiento dentro de mi boca, con el aliento caliente y los labios tentadoramente suaves.

El poder chisporrotea entre sus dedos mientras me agarra el brazo, el hombro, la garganta, y pasa sus manos por cada parte accesible de mi piel. Sombras salvajes danzan en el aire a nuestro alrededor mientras se alimenta. Y esta vez no es solo de mi aliento, sino de algo mucho más profundo. Está llegando hasta mi alma, arrancándome jadeos y gemidos involuntarios.

Me besa como si quisiera devorarme. Sus dientes atrapan mi labio inferior y gimo dentro de su boca, con las manos agarrando su capa. La sensación es una mezcla abrumadora de placer y la aterradora conciencia de que podría drenarme por completo si quisiera.

Y, de algún modo, el peligro solo hace que la desee más.

A medida que mi fuerza vital asciende por mi torso y sale por mi boca para alimentar su magia, un placer insoportable sube más alto a su paso. Es como si mi cuerpo se precipitara hacia un clímax, listo para una liberación como nada que hubiera experimentado jamás.

Sí. Sí.

Necesito esto, y no solo porque un hechizo lo exija. Lo deseo desesperadamente. Necesito sus dedos dentro de mí y su boca en mis pechos. Quiero que me desnude, que me haga retorcerme, suplicar y gritar.

Una extraña oscuridad planea en el borde de mi visión y amenaza con abrumarme.

Así es como muero, pienso, mientras mi voz interior se vuelve distante. *Entregándome voluntariamente como alimento a un monstruo.*

Vagamente, creo sentir sus palmas en mi cara, sus pulgares acariciando mis mejillas. Algo en mi pecho vibra, cálido y agradable, como si el lugar donde se ha asentado el hechizo de vinculación estuviera ronroneando. Pero entonces sus manos vuelven a estar en mi garganta, y debo de haber imaginado ese momento que pareció casi ternura.

Ella se aparta con un jadeo, respirando con dificultad, con las pupilas dilatadas y los ojos oscuros en los bordes. Sus dedos están negros y la magia chisporrotea salvajemente entre ellos.

Cojo aire a bocanadas mientras la sensibilidad vuelve a mis extremidades. El cansancio remite y, en su lugar, estoy temblando de necesidad. Esto no puede ser todo. Tiene que seguir, tiene que seguir tomando de mí hasta que las dos estemos satisfechas.

El aire se ha vuelto tan denso que parece que estuviéramos dentro de un nubarrón, como si tocar algo pudiera electrocutarme.

—¿Ha funcionado? —pregunto temblorosa, obligándome a dar un paso atrás.

Parpadea como si saliera de un ensueño y luego se mira los dedos, donde esos oscuros hilos de magia están brillantes y vivos.

Sus labios se curvan. —Sí.

Esa sonrisa es la misma que vi cuando acorraló a Nick, al extraño en Fort Langley y a Maya. Me estoy poniendo en fila detrás de ellos, y lo peor es que estoy entrando en su red con los ojos bien abiertos.

—Dios, qué bien sienta esto —gime ella, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

Puedo sentirlo en el aire y verlo en su rostro: este es el mayor poder que ha ostentado en más de un siglo.

Y yo soy quien se lo ha dado. Mi voluntad, mi deseo, han alimentado su magia de una forma que una alimentación violenta nunca podría haberlo hecho.

¿Debería sentir alivio o miedo de que la infame Julia Moreau haya recuperado su poder?

Esa parte vergonzosa y oscura de mí está emocionada y fascinada por ello. Quiero ver qué es capaz de hacer. Quiero ver cómo el resto del mundo teme a esta mujer poderosa.

—No hagamos esperar a Elizabeth —ronronea ella, alisándose el pelo y colocándose la capa.

Mientras alargo la mano hacia el interfono con dedos temblorosos, me lamo los labios. Aún puedo saborearla. Puedo sentir el fantasma de su poder en mis venas, marcándome como suya. Y lo más confuso de todo es que siento una punzada entre las piernas; mi cuerpo claramente quiere más.

¿De verdad está pasando esto? ¿Me estoy sintiendo irresistiblemente atraída por ella, y no por un hechizo de vinculación? El ansia es real, alimentada por la forma en que me mira y la seguridad de su contacto.

Esto es peligroso, tanto para mi seguridad como para mi corazón. No se suponía que esto fuera a pasar. No se suponía que tuviera sentimientos por nadie, y menos por una mujer que ha matado a cientos sin remordimientos, que probablemente disfrutaría triturando mi corazón. Puede destruirme de todas las formas posibles, y probablemente lo hará.

Cuando esto termine y el vínculo se rompa, pienso desesperadamente, *no tendré que preocuparme más por mis sentimientos porque no volveré a verla nunca.*

Pero me cuesta imaginarme volviendo a la normalidad. Todo aquello de lo que Julia me advirtió ya se ha instalado en mi alma y me hace ansiarla. Me hace quererla con todo su poder para ver de qué es capaz. Me hace querer seguir alimentándola hasta descubrir cuán profundo puede ser el ritual, hasta que no quede ninguna parte de mí que ella no haya tocado, hasta que esté tan perdida que no pueda recordar quién era antes de ella.

14

Julia



LAS PUERTAS DE HIERRO se abren con un gemido y seguimos el serpenteante camino de adoquines hacia la mansión de Elizabeth.

La luna llena se burla de nosotros desde lo alto. Ya es medianoche. El tiempo se desangra como una herida que no cicatriza.

Aprieto los puños, preparada para lo que sea que aguarde. Mi renovado poder late caliente bajo mi piel, y el beso de Hannah sigue en mis labios, con sabor a pastel y vino blanco.

De los cientos de personas de las que me he alimentado, ninguna me ha hecho querer demorarme en el después como esta, saborear en lugar de simplemente tomar y seguir adelante. ¿Qué tiene ella de diferente?

Quiero creer que esta hambre por ella es solo mi naturaleza como bruja sanguínea, nada más. Pero una parte profunda de mí desea conocerla íntimamente. Hacer algo más que besarla, y no solo con el propósito de alimentarme.

El aire otoñal me muerde las mejillas y despeja parte de la bruma. Aparto mi atención del calor de Hannah a mi lado hacia el camino que tengo por delante, donde la casa se alza contra el cielo nocturno. Hace gala de un siglo y medio de riqueza acumulada que

hace que las cabañas de mi memoria resulten penosas en comparación. La luz brilla a través de los grandes ventanales y se derrama sobre los escalones de piedra grabados con runas de protección. No brillan con fuerza a mi paso, lo cual es buena señal.

Las puertas de roble se abren de par en par antes de que llamemos, y Hannah se queda paralizada en el umbral, como si el instinto le advirtiera que no entrara.

Le pongo la mano en la base de la espalda y la guío hacia el vestíbulo, donde una escalera se curva alrededor de una lámpara de araña de cristal. Gatos de mármol nos miran con severidad desde el perímetro.

—Pasad —llama Elizabeth desde el interior de la casa.

Mi alivio al oír por fin a una hermana del aquelarre se extingue rápidamente mientras un escalofrío me recorre la columna. Debo mantener la cautela. Cabe la posibilidad de que Rebecca no esté trabajando sola y de que nos esté conduciendo a una trampa.

Cierro los puños, lista para luchar si a eso se llega.

Seguimos la voz de Elizabeth hasta un salón, donde las sombras bailan sobre muebles mullidos, una enorme alfombra persa, candelabros ornamentados en las paredes y una gran librería junto a la chimenea. La decoración recuerda más a mi época, lo que me tranquiliza tras pasar toda la noche en un mundo desconocido.

Dos figuras están sentadas en sillones de orejas frente a las llamas, con tazas de porcelana fina que humean junto a ellas en las mesas auxiliares.

El corazón me da un vuelco cuando se giran.

Los rizos negros de Elizabeth son ahora de plata, y su piel de color marrón intenso está arrugada y manchada por la edad. Sus brillantes ojos verdes son aún más agudos y sabios de lo que recordaba. Lleva un vaporoso vestido verde que brilla como un estanque, y su magia es tan fuerte como siempre y me hace hormiguear la piel. Esboza una sonrisa, pero yo no puedo devolvérsela porque la mujer sentada a su lado me ha helado la sangre.

—¡Cómo… *te atreves!* —gruño, dando un paso al frente. Todo lo que quiero gritar se me agolpa en la garganta a la vez y me asfixia.

Rebecca sigue resultando devastadora después de todos estos años. Aquellos ojos oscuros que me miraron con deseo antes de maldecirme ahora brillan con frialdad. Su pelo rubio tiene vetas grises, y la edad ha esculpido en su rostro líneas que solo la hacen más hermosamente severa. Su vestido negro se ciñe a unas curvas que recuerdo demasiado bien, y cuando sonríe, su maldad me hace preguntarme cómo no vi venir su engaño.

—Julia —ronronea, cruzando las piernas—. Estás radiante. Aunque supongo que un siglo de sueño reparador produce ese efecto.

Mi magia se enrosca como una serpiente lista para atacar. —¿Y te lo tengo que agradecer a ti?

La mueca de desprecio que Rebecca me devuelve hace que una rabia ardiente burbujee en mi interior. *La mataré.*

La chimenea chisporrotea y envía chispas por el cañón. El calor debería resultar reconfortante tras el frío aire nocturno, pero en lugar de eso me recuerda a otro fuego, a otra casa, a la noche en que debió de susurrar una maldición contra mi piel mientras yo estaba demasiado borracha de placer como para darme cuenta.

—Dime cómo romperla —digo flexionando los dedos.

Rebecca canturrea, fingiendo que se lo piensa.

Me pregunto cuál será la mejor manera de obligarla a hablar. Qué método de tortura sería más efectivo con Rebecca Cooper…

—Es un placer verte después de tanto tiempo, Julia —interviene Elizabeth, llevándose la taza de té a los labios—. ¿Cómo nos has encontrado?

—Nigromancia. Una de las descendientes de Florence.

Elizabeth y Rebecca intercambian una mirada de complicidad. —Maya —dice Elizabeth—. Ha sido difícil de reclutar. Es más poderosa de lo que finge ser.

Examino la habitación, por lo demás vacía, preocupada por asuntos más urgentes que Maya. —¿Sois vosotras todo lo que queda?

—Las otras hermanas se han ido a casa por esta noche —da un sorbo Elizabeth y vuelve a dejar la taza en la mesa—. Nina se mudó a Portugal, y perdimos a Florence y a Patricia por un asunto feo, pero el resto se han quedado por aquí.

¿Me arriesgo a preguntar qué les pasó? Las muertes de las brujas rara vez son sencillas, y los detalles suelen ser truculentos. Abro la boca, pero me detengo, porque la mirada de Rebecca ha recaído sobre Hannah como una serpiente que avista a un ratón.

—Tú debes de ser la nueva prisionera de Julia —arquea Rebecca una ceja con picardía—. Es muy encantadora, Julia. Qué suerte tienes.

Algo candente ruge en mi interior, pero antes de que pueda responder, Hannah espeta: —Estoy aquí mismo. Y no soy prisionera de nadie.

Rebecca enarca las cejas. —¡Oh, tiene garras! —Se gira para dirigirse a Hannah—. A Julia le debe de *encantar* lo combativa que eres. ¿Cuántas veces se ha alimentado de ti?

—Basta, Rebecca. —Doy un paso hacia ella con la magia chispeando entre mis dedos.

Rebecca se pone de pie de un salto y levanta las manos en defensa, perdiendo toda la actitud juguetona.

—En mi casa, no —advierte Elizabeth, levantándose también.

Me detengo. Nos quedamos mirándonos, en un punto muerto, la habitación zumbando con una magia semejante a un rayo que se acumula para descargar. Rebecca mantiene la barbilla alta, con las aletas de la nariz dilatadas.

—Veo que sigues siendo la misma bruja que le lanzó un cuenco a Florence en su primer día en el aquelarre —dice Elizabeth, mirándome por encima de su nariz.

Bajo las manos, apretando los puños.

Resulta desorientador ver a mis hermanas envejecidas por un siglo mientras yo sigo congelada a los cuarenta. Mi mirada se detiene en los rasgos que delatan sus años: una arruga aquí, una mancha de la edad allá, una delgadez en sus mejillas que antes eran redondas y tersas. Incluso la forma en que hablan ha cambiado, como la forma en que habla Hannah. Han vivido un siglo de estaciones, de amor y de pérdida, y miles de puestas de sol. El tiempo ha esculpido líneas en sus rostros y sabiduría en sus ojos mientras llevaban vidas ricas y plenas. Yo, mientras tanto, no he tenido nada.

—Si yo fuera tú —le digo a Rebecca—, me habría matado en lugar de perder el tiempo sellándome dentro de un libro.

Rebecca hace un ruidito con la boca. —He hablado con la bruja responsable de dicha reliquia.

—Hablando de eso, hemos ganado algunos nuevos miembros en el aquelarre desde que nos dejaste —dice Elizabeth como si yo me hubiera ido de vacaciones—. Descendientes bendecidas con el oficio. Creo que tu prisionera conoce a una de ellas. —Alza la voz y llama —: Riley, cielo, ven a saludar.

¿Riley? ¿No era ese el nombre de…?

A mi lado, Hannah se pone rígida. Su brusca inspiración corta el aire de la sala. Mientras unos pasos suaves se aproximan por el vestíbulo, sus ojos se agrandan y su rostro palidece.

Entra una mujer joven que viste una capa carmesí con la capucha echada hacia atrás. Su poder es tangible bajo mi piel, caliente y punzante; una bruja formidable en ciernes.

Al principio, no veo relación alguna con Rebecca. Es solo una cervatilla, insegura y de ojos muy abiertos, con rizos oscuros, piel morena moteada de pecas y una complexión esbelta y fuerte. Pero cuanto más miro, más asoman los rasgos de Rebecca: pómulos marcados, nariz recta, ojos de color marrón claro que lo calculan todo a su alrededor.

La taza de Elizabeth tintinea contra su plato, el sonido resulta demasiado fuerte en el silencio. —Por cierto, el aquelarre me eligió como la nueva Suma Sacerdotisa. Así que ella y Rebecca se han estado quedando conmigo mientras completa su aprendizaje. Anoche fue su primer círculo del aquelarre.

Hannah solo tiene ojos para la chica que le rompió el corazón. —De verdad eres una bruja —dice entre dientes, con los ojos volviéndose vidriosos.

El fuego me invade mientras esta chica a la que Hannah amó una vez aparece entre nosotras. A la que probablemente Hannah *aún* ama. Mis dedos se curvan como garras, pero no digo nada, temerosa de los comentarios que provocaré si defiendo a Hannah delante de Rebecca.

Los ojos de Riley también se humedecen. —Lo siento. Tenía que hacerlo.

—¿Tenías que qué? —Hannah se limpia las mejillas húmedas con mano temblorosa—. ¿Fingir que me querías para poder colarme un diario maldito?

Riley sacude la cabeza, con las cejas fruncidas por la desesperación. —Cortar contigo. No sabía que yo era… Que yo iba a… —Su respiración se acelera y mira a Rebecca como buscando consuelo.

Rebecca se acerca y pone una mano en el hombro de Riley. —Cuando Riley manifestó su magia, su madre le entregó el diario con la intención de que lo mantuviera custodiado, como han hecho todas las mujeres de mi linaje desde que te maldije.

—Acabo de enterarme de que soy una bruja —suelta Riley.

Hannah la fulmina con la mirada; esta explicación evidentemente no es suficiente.

Antes de que estas amantes desventuradas puedan seguir lamentando su ruptura, resoplo, alisándome la capa. —Así que te vengaste sellándome dentro de un libro —le digo a Rebecca—. Lo pasaste de generación en generación para mantenerlo a salvo, pero esta chica se lo dio a alguien que me liberó por accidente.

Riley se remueve y lanza una mirada de culpabilidad a Rebecca antes de bajar la vista a sus pies. Se retuerce los dedos.

—¿Por qué no simplemente matarme? —espeto.

Rebecca inclina la cabeza. —¿Y dejar que te salieras con la tuya después de lo que hiciste? No, prefiero obligarte a comprender qué se siente al depender de alguien. Quiero que sientas la aterradora intimidad de dar a alguien poder sobre tu propia existencia.

Su mirada se dirige a Hannah, con una sonrisa de satisfacción curvando sus labios.

Una sensación gélida me invade. Debería haber sabido que su maldición tenía varios niveles. Fue una venganza cuidadosamente calculada que llevó meses planear y ejecutar.

—¿Todas sabíais esto y no la detuvisteis? —le pregunto a Elizabeth, odiando que me tiemble la voz.

Elizabeth levanta las manos. —Te lo juro por la Madre Tierra, no tenía ni idea. Pensé que habías vuelto a desaparecer por voluntad propia.

—Esto es entre tú y yo —dice Rebecca.

Hannah se mofa y señala a todos los presentes. —Quizá en algún momento lo fuera. Creo que se puede decir que la mierda ha saltado por los aires, señora.

Mis uñas se clavan en las palmas. Basta de esto. —Los hechizos pueden romperse. Dime cómo.

Rebecca camina hacia la chimenea y la contempla. La luz arranca destellos a la plata de su pelo.

Elizabeth se reclina en su sillón con un suspiro. —Rebecca, seguro que después de un siglo has tenido tiempo de calmarte. Al menos dale una oportunidad.

Cuando Rebecca se gira de nuevo para mirarnos, el brillo de sus ojos me produce un escalofrío. —Rendición total.

A mi lado, Hannah se pone tensa.

Entrecierro los ojos. —¿A qué te refieres?

—Un diseño ingenioso, ¿no crees? —Rebecca parece que apenas puede contener la sonrisa—. Después de todo, ¿por qué iba *alguien* a rendirse voluntariamente ante la infame Julia Moreau? Tu reputación te precede; yo me encargué de ello. Eres una leyenda por ser exactamente quien eres. Es decir, el tipo de persona a la que nadie se rendiría jamás. Así que supongo que, a menos que hayas logrado corromper a esta jovencita, podrías estar… atrapada para siempre. —Se encoge de hombros y asoma el labio inferior en un gesto de falsa compasión.

Se me cierra la garganta al comprender el alcance total de su venganza. No se trata solo de un castigo, sino de obligarme a cosechar las consecuencias de quién soy. Soy la depredadora que toma lo que necesita y desecha cáscaras vacías, que nunca ha tenido que depender de nadie para sobrevivir. Nunca he tenido que mostrar autocontrol ni ser vulnerable.

Pero hay algo más profundo acechando tras la expresión satisfecha de Rebecca.

Sé de qué se trata realmente, aunque ella no lo diga en voz alta.

Charlotte. Su hermana. La mujer a la que drené por completo después de que se enamorara de mí. La mujer que confió en que me alimentara de ella noche tras noche, hasta que… no sé qué pasó. Perdí el control.

Si me permito recordar, aún puedo sentir el momento en que su pulso se detuvo. La forma en que sus dedos perdieron fuerza en mi pelo. El sabor de su último aliento.

Con razón Rebecca me está obligando a crear un vínculo con la chica de la que me alimento. Después de lo que le hice a su hermana, quiere que sienta la amenaza de la pérdida, que sienta lo que es ser totalmente vulnerable.

El hechizo de vinculación asegura que no pueda simplemente drenar a Hannah y seguir adelante. Tengo que vivir con las consecuencias de nuestra intimidad. No tengo más remedio que protegerla y mantenerla con vida.

—Así que en los momentos antes de que me maldijeras para que durmiera… —digo, recordando el fuego en sus ojos, la forma en que mis dedos se deslizaban en ella, sus jadeos mientras se aferraba a mí con sus muslos.

Rebecca entorna los ojos y tuerce el labio. Sabe lo que intento preguntar. —Necesitaba hacerte vulnerable para poder lanzarte los hechizos. Es patético, de verdad, lo fácil que caíste en la seducción.

—Zorra —gruño. Por supuesto que no era real. Fui una estúpida al pensar que Rebecca podría quererme.

Hannah se aclara la garganta a mi lado, recuperando mi atención. —¿Qué quieres decir con *rendición*?

Rebecca agita la mano vagamente. —La palabra significa lo que quieras que signifique. Los miembros de la realeza han usado el hechizo para subyugar a la gente, para obligarla a obedecer. En el caso de Julia… —Me estudia, torciendo la boca mientras reflexiona —. Bueno, dada su naturaleza particular como bruja sanguínea, quizá la rendición definitiva sería ofrecer la vida por completo. Permitir que te drene.

—No. —La palabra surge desgarrada de mi garganta.

La habitación se queda en silencio, a excepción del crepitar del fuego. Todos los ojos se posan en mí, pero yo solo veo la ceja

arqueada de Rebecca, la sorpresa y la satisfacción asomando en sus facciones.

—¿La gran Julia Moreau rechazando la oportunidad perfecta para alimentarse?

—Si la dreno, moriremos las dos —espeto—. Así es como funciona un hechizo de vinculación.

—Cierto —Rebecca se encoge de hombros—. Bueno, no me corresponde a mí resolverlo. No me importa si lo rompes ni cómo. Pero querías saber cómo hacerlo y acabo de decírtelo. La rendición total es tu único camino hacia la libertad.

Aprieto la mandíbula. ¿Qué significa esto? ¿Debo reducir a Hannah a una cáscara hueca? ¿Esperar que me permita drenarla hasta casi la muerte?

—¿Y si me niego a rendirme? —pregunta Hannah.

—Entonces pasarás el resto de tu corta vida como prisionera de Julia —responde Rebecca—. Ligada por una magia de la que no puedes escapar. Ella seguirá alimentándose de ti para mantener su poder y tú te volverás más débil y dependiente con cada toma.

Una muerte lenta. Un final tortuoso que podría tardar años en llegar a su conclusión, dependiendo de cuánto control tenga yo. La imagino volviéndose pálida y apática, su cuerpo debilitándose, su pelo cayéndose mientras se aferra a la vida y me sigue suplicando que continúe alimentándome de ella.

¿Con qué frecuencia tendría que alimentarme de ella? ¿Cada pocos días? Cada vez, ella se debilitará. Cada vez, tendré que elegir entre mi supervivencia y la suya. Y Rebecca sabe exactamente qué elección he hecho siempre hasta ahora.

—Sigo pensando que podrías haberte vengado sin arrastrar a alguna pobre víctima a esto —dice Elizabeth, con un tono tan cansado como el de alguien que llevara un siglo entero oyendo hablar del rencor de Rebecca.

Rebecca le lanza una mirada furibunda antes de devolver su atención a Hannah. —Siempre podrías pedirle a Julia que acabe rápido cuando el sufrimiento se vuelva insoportable. Estoy segura de que accedería. Tiene *mucha* experiencia en asesinatos.

Hannah se amilana y la rabia hierve en mis venas. Rebecca está intentando que me tema aún más de lo que ya lo hace.

Y está funcionando. Puedo ver el horror creciente en los ojos de Hannah al darse cuenta de en qué clase de trampa se encuentra.

—Basta —dice Elizabeth, apenas audible—. Ya has dejado clara tu postura. No hay necesidad de aterrorizar más a la chica.

Rebecca abre la boca, pero la interrumpo antes de que pueda sacar a colación lo de Charlotte y causar más daño. Dios santo, *no puedo* dejar que Hannah descubra lo que le pasó a Charlotte. —Si esa es toda la información que tenéis, nos marchamos.

No tengo ni idea de adónde iremos, pero necesito salir de aquí y pensar. Mis entrañas parecen un fuego abrasador, el humo enturbia mis pensamientos.

Rebecca consulta el reloj de pie de la esquina. —Debería retirarme. Gracias por organizar un círculo tan encantador esta noche, Elizabeth. La velada ha resultado mejor de lo que jamás soñé.

Me lanza una última sonrisa gélida al pasar, y qué no daría por borrársela de la cara de un golpe de magia. Pero debo ser paciente. Ya tendré mi oportunidad de vengarme cuando sea libre de su hechizo.

Antes de salir del salón, se vuelve, con el rostro serio. —Intenta no dejarla seca de aquí a la mañana, Julia.

Flexiono los dedos y no digo nada, reacia a abrir esa caja de Pandora respondiendo.

Su perfume flota en el aire después de que se haya ido. Jazmín. Me revuelve el estómago.

Me giro para encontrar a Riley y Hannah mirándose fijamente, en una conversación silenciosa que transcurre entre ellas. Eso aumenta mi fastidio. No es el momento ni el lugar para historias de amor juveniles.

Los pasos pausados de Rebecca se alejan por la escalera curva. *Crujido, crujido, crujido.*

Solo cuando el sonido se ha desvanecido, Elizabeth dice en voz baja: —No deseo meterme en medio de los asuntos que Rebecca y tú tengáis entre manos, Julia. Ambas sois mis hermanas del

aquelarre y abro mis puertas a las dos. Quédate. Consultaré el grimorio y haré lo que pueda para ayudar.

El alivio se filtra en mi interior. Cualquier ayuda de una hermana del aquelarre es bienvenida en esta situación desesperada.

Hannah y yo cruzamos la mirada, de forma fugaz y tentativa.

En ese breve instante, veo tanta confusión como la que siento rugir dentro de mí. De alguna manera, ella va a tener que ofrecérmelo todo… y confiar en que yo no lo tome todo.

15

Hannah



¿RENDICIÓN TOTAL?

No puedo hacer esto. No puedo volverme tan vulnerable ante alguien, y mucho menos ante Julia.

El pánico me araña la garganta, asfixiándome.

¿Qué le hizo ella a Rebecca para que se cobrara una venganza tan complicada? ¿Acaso estoy al borde de la muerte cada segundo que paso con ella?

—Yo… necesito pensar —tartamudeo.

Salgo disparada hacia la puerta y mis pies me llevan a la fría noche de octubre antes de que mi cerebro reaccione. El viento me muerde los brazos y los hombros desnudos mientras bajo a trompicones los escalones de piedra de la casa de Elizabeth y me interno en la oscuridad, más allá de los cuidados jardines.

Quiero correr hasta la carretera y hacer autostop a cualquier parte, adonde sea, y fingir que nada de esto ha pasado. Pero el hechizo de vinculación tira con fuerza de mi pecho: esa correa mágica que no me permite alejarme demasiado de mi monstruo personal.

Aprieto los dientes para no gruñir de dolor. Luchando contra el tirón a cada paso, llego a un bosque denso junto a la propiedad de

Elizabeth. Los árboles de hoja perenne me rozan los brazos y las piernas como si intentaran ayudar al hechizo a arrastrarme de vuelta, pero sigo adelante.

Cuando el dolor se vuelve cegador, me apoyo en un árbol, apretándome el pecho. Cada célula de mi cuerpo me grita que regrese a la casa para calmar esta agonía. Jadeo a cada bocanada de aire, negándome a ceder.

Julia no me ha seguido. ¿Por qué iba a hacerlo? Sabe que no puedo escapar. Estoy atrapada en su órbita como un satélite, destinada a arder al reentrar en la atmósfera o a congelarme lentamente en la oscuridad.

Mi corazón tropieza, como si le costara seguir latiendo.

—Maldita sea —siseo.

Doy tres pasos cuidadosos hacia la mansión de Elizabeth, que no es más que un tenue resplandor asomando entre los huecos de los árboles. Mi corazón late con un poco más de facilidad, así que me detengo, respirando a través del sufrimiento.

Las ramas crujen. Las hojas muertas susurran. En algún lugar, un bicho chirría, haciéndome dar un respingo.

El sudor me escuece en el nacimiento del pelo, pero la noche es gélida. Tiemblo, todavía vestida con mi dichosa camiseta de tirantes y mallas.

Un roble se extiende a mi lado, con sus ramas alargadas ofreciendo un lugar donde sentarse. Me apoyo en él, sintiendo la corteza rugosa y el musgo suave bajo mis palmas sudorosas mientras me acomodo en una rama gruesa.

Saber que Julia debe de estar experimentando el mismo dolor hace que me resulte más fácil quedarme quieta. Se lo merece. No sé por qué Rebecca le hizo esto, pero en este momento la odio tanto como ella por someterme a esta tortura.

—¡Hannah!

La voz de Riley.

Su silueta aparece entre los troncos, persiguiéndome, con sus rizos oscuros alborotados por el viento. Una parte de mí quiere ponerse en pie y seguir corriendo, pero mi traicionero corazón se salta un latido al verla.

Se detiene a un paso de distancia, sin aliento. La luz de la luna capta las lágrimas en sus mejillas, haciéndolas parecer cicatrices de plata.

—Necesito que lo entiendas —dice entre jadeos.

—¿Entender qué? ¿Cómo me mentiste durante dos años? ¿Cómo me echaste una *maldición* y luego me abandonaste para que me apañara con las consecuencias?

—Me enteré de que era bruja hace solo tres semanas —su voz suena firme—. Un día era normal y, al siguiente, estaba prendiendo fuego a las cosas. Haciéndome daño a mí misma. Casi quemo la casa entera mientras dormía.

Eso explica las marcas de sus brazos.

Puedo sentir el calor antinatural que irradia de ella y, cuando la miro a los ojos, hay un matiz que no estaba antes. Rojo y dorado, como un fénix.

—La magia no siempre se manifiesta —continúa Riley—. Mi madre no es bruja y mi abuela tampoco lo era. Soy la primera desde Rebecca que tiene poder, y ella se presentó en mi puerta como si hubiera estado esperándolo. Me llevó a casa de Elizabeth para enseñarme a controlarlo antes de que… —se le quiebra la voz y toma aire de forma temblorosa—. Antes de que hiciera daño a la gente que quiero.

Trago saliva con dificultad. —Podrías habérmelo dicho.

Se acerca más y su familiar aroma a lila me envuelve. Al menos eso no ha cambiado. —¿Y decir qué, Han? ¿Que resulta que soy una bruja y que tengo que dejarte para unirme a un aquelarre y aprender a controlar mis poderes?

Frunzo el ceño ante el sarcasmo. —¿Por qué me diste ese diario?

Bajo la tenue luz de la luna, su expresión se desmorona. Se sienta a mi lado en la gran rama de roble, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su calor corporal. —No entendía lo que era. Solo sabía que era una reliquia que debía guardar y quería que tuvieras algo significativo. Pensé que era romántico darte poemas escritos en un libro que llevaba en mi familia más de un siglo.

Suelto un suspiro y mi ira se desinfla. —Y yo lo quemé.

—Es culpa mía. Yo te hice daño.

Hago una mueca al recordar la hoguera y la amarga satisfacción de ver nuestros recuerdos convertidos en cenizas. —Y yo… puede que haya actuado de forma un poco melodramática.

Esboza una sonrisa leve que no puedo evitar devolver. Por un momento, volvemos a ser nosotras: dos chicas que se enamoraron durante un caluroso verano, que pasaban las mañanas enredadas entre las sábanas, que planeaban un futuro que nunca existirá.

Pero la realidad regresa de golpe mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas. —Ahora estás atrapada en una guerra entre brujas ancestrales y es culpa mía. Nunca quise que esto pasara. Si no te hubiera dado ese diario…

—No sabías que estaba maldito —digo automáticamente. Suena a perdón, pero no sé por qué lo digo. No la perdono.

Riley estira el brazo y pone su mano sobre mi rodilla. Su contacto es cálido y suave. —Te he echado muchísimo de menos. He querido llamarte y explicártelo todo.

—Pero no lo hiciste.

—No podía. Esto es más grande que nosotras, más grande que lo que yo quería. Rebecca me lo dejó muy claro.

—Así que los elegiste a ellos antes que a mí.

—Elegí mantenerte a salvo antes que estar contigo. No puedo estar con alguien que no sea bruja —su mano se cierra sobre la mía y dejo que la tome a pesar de mi enfado—. Te sigo queriendo, Hannah.

Las palabras que estaba desesperada por oír me suenan vacías. —El amor no importa cuando no podemos estar juntas.

—Lo sé —se inclina más cerca y su mano libre sube para acariciar mi mejilla—. Pero quiero que sepas lo que siento.

La miro a los ojos. Es tan hermosa que duele. Su presencia es tan reconfortante y familiar que es como ponerse mi pijama favorito después de un día insoportablemente largo. Pero hay un dolor profundo tras las costillas, como si se hubiera llevado todo mi corazón cuando se fue y ahora estuviera aquí intentando encajarlo de nuevo en su sitio.

—Riley —susurro, sin saber qué decir ni cómo me siento siquiera.

Ella emite un sonido pequeño y suave.

Me muerdo el labio, estudiando los rasgos familiares de su rostro perfecto. Sus ojos, su nariz, sus labios.

Ella se inclina.

No me aparto.

La he echado demasiado de menos como para decir que no. Y necesito el consuelo de sus labios sobre los míos ahora mismo.

Así que me inclino a su encuentro.

Sus labios saben a té de menta y a tiempos más sencillos. Suspiro en su boca y me derrito con ella, deseando que pudiéramos volver a la normalidad. Sus manos suaves rozan mis moratones y rasguños con delicadeza y reverencia. Es el tipo de caricia que Julia nunca me ha ofrecido: una que cura en vez de herir.

¿Puedo fingir que lo de Julia nunca pasó? ¿Puedo olvidar su sabor, su magia, la forma en que se siente cuando toca mi piel?

Algo se retuerce en mi pecho. Sus ojos oscuros y su sonrisa depredadora brillan en mi mente. Y, de repente, el beso de Riley me parece demasiado suave, demasiado dulce, nada comparado con la forma en que Julia me besó, como si quisiera devorar mi alma.

¿Por qué deseo eso? ¿No debería *querer* la dulzura de Riley en su lugar? Se supone que no debo preferir al monstruo antes que a la chica dulce que está aquí asegurándose de que estoy bien.

Pero Julia es lo único que puedo imaginar. Sus manos y su boca son lo único que deseo. Por aterrador que sea, es la verdad.

Me aparto y me pongo de pie, sin aliento y mareada. —No puedo hacer esto.

Riley se levanta también y da un paso para acunar mis mejillas con ternura. —No espero que me perdonéis de inmediato…

—Esto no va de perdón —retrocedo, rodeándome con los brazos —. Hay un hechizo mágico literal que me conecta con otra persona.

—Ese hechizo no es amor, Hannah. Es dependencia sobrenatural —su tono es sorprendentemente cortante.

—¿Y lo nuestro? —le espeto—. ¿Era real o estabas interpretando un papel?

—Era real. Todavía lo es.

—Entonces, ¿por qué siento que no te conocía en absoluto?

El rostro de Riley se ensombrece. —Porque intentaba protegerte de este mundo. De brujas como… —se detiene, pero sé lo que iba a decir.

—¿Brujas como Julia?

—Es peligrosa, Han. Sea lo que sea que crees sentir por ella, no es real. Las brujas sanguíneas se alimentan de algo más que fuerza vital. Se alimentan del deseo. Probablemente ya ha empezado a cambiarte, a hacer que desees cosas que normalmente no querrías.

La certeza de sus palabras me golpea como agua fría. ¿Me he corrompido? ¿Es mi atracción por Julia solo otro síntoma de su influencia?

Es posible. Probable, incluso. ¿Qué otra cosa explicaría cuánto deseo que me marque, que me reclame y se alimente de mí hasta que me falte el aire?

Las advertencias de Riley deberían aterrorizarme. Lógicamente, lo sé.

Pero Julia es la persona más poderosa que he conocido jamás y, cuando me mira como si le perteneciera, nunca me he sentido más viva. Quiero saber más sobre quién es y quiero hacer algo más que besarla.

—Necesito tiempo para aclarar mis ideas —digo—. Todo esto es demasiado para procesarlo.

Riley asiente, aunque la decepción se refleja en sus rasgos. —Ten cuidado con ella, Han.

Asiento con firmeza y no digo nada más. Ella vacila, luego capta la indirecta y se marcha, dejándome sola con su advertencia suspendida en el aire.

Pero incluso sabiendo lo peligrosa que es Julia, incluso con el terror corriendo por mis venas, no puedo evitar mi atracción hacia ella. Verla ejercer su poder sobre otras personas, haciendo que hombres y otras brujas le teman, es más estimulante que cualquier otra cosa.

Momentos después de que los pasos de Riley desaparezcan bajo el susurro de las hojas, el hechizo de vinculación afloja repentinamente su agarre en mi pecho.

Se me corta la respiración. Julia debe de estar acercándose.

Debería retroceder. Mantener esta distancia entre nosotras. *Cualquier cosa* menos quedarme aquí esperándola como una presa que ya ha aceptado su destino.

Pero estoy cansada de protegerme tras muros que solo me dejan más sola. Estaba decidida a no volver a ser vulnerable jamás después de que Riley se marchara, ¿y adónde me ha llevado eso? Vinculada a una bruja ancestral por una magia que no entiendo, atrapada entre una mujer que me mintió para protegerme y otra que podría matarme.

Tengo que rendirme.

Probablemente haya varias formas de interpretar esa palabra, pero solo una da vueltas en mi mente como una polilla hacia la llama.

Si eso es lo que hace falta para ser libre, entonces lo haré. Es la única forma de librarme de la magia, de librarme de Julia, de volver a mi mundo seguro y corriente donde los monstruos no existen y las brujas ancestrales no te besan como si intentaran robarte el alma.

Eso es lo que me digo a mí misma, al menos.

Pero la verdad late con fuerza bajo la mentira: quiero esto. Quiero sus manos sobre mí, su boca reclamando la mía, la intimidad de dárselo todo bajo la luna llena. La libertad es la excusa que utilizo para justificar lo que he deseado desde que me tocó por primera vez. Tal vez me estoy rindiendo para romper el hechizo, o tal vez me rindo porque una parte de mí, temeraria, quiere ser suya, aunque solo sea por esta noche.

Cuando Julia emerge de las sombras entre los árboles, moviéndose con esa elegancia natural que hace que se me acelere el pulso, no retrocedo ni le digo que se vaya. He estado huyendo de la verdad toda la noche. Puede que el hechizo de vinculación nos haya unido, pero este anhelo en lo más profundo de mi vientre y la forma en que el corazón me late cuando me mira es cosa mía.

Así que me rendiré. Así es como tomo el control sobre una situación incontrolable y, si dejo de mentirme, esto es lo que deseo más que nada.

16

Julia



PODRÍA HABERME QUEDADO EN la casa y dejar que Hannah tuviera un momento con la chica que le rompió el corazón. Pero pensarla aquí fuera sin mí, sufriendo, eligiendo a otra, es insoportable. Es mía para proteger, mía para hacer sufrir, mía para sanar hasta que este hechizo se rompa. Y no comparto.

Avanzo sigilosa por el bosque oscuro, siguiendo el tirón del hechizo vinculante hacia Hannah. El viento de octubre gime entre las ramas esqueléticas de los árboles, llevando el olor a putrefacción y tierra húmeda mientras se acerca el invierno.

Rebecca cree que ha ganado. La satisfacción engreída que irradiaba en el salón, sin mencionar cómo saboreaba cada detalle de mi indefensión, confirma lo que ya sabía: cree que su hechizo vinculante me ha desarmado.

Está a punto de aprender una dura lección sobre lo equivocada que está.

En cuanto descubra cómo romper esta patética correa, descubrirá qué les pasa a quienes intentan enjaularme. Un siglo de planes, y cometió un error fatal: supuso que me ablandaría en mi cautiverio. Pensó que la culpa por Charlotte empañaría mi capacidad de venganza.

Si acaso, esta injusticia ha afilado mis bordes como una navaja.

Riley se acerca sigilosa en dirección contraria. Flexiono los dedos, la rabia hirviéndome en las venas. ¿Qué se cree que hace? Hannah ya no es suya.

La agarro del brazo al cruzarnos y ella me lanza una mirada fulminante, conteniendo la respiración.

—¿La tocó?

Se pone rígida. —Eso no es de su…

—*¿La… ha… tocado?* —pregunto de nuevo, cada palabra afilada.

Riley levanta la barbilla. —¿Y si lo hubiera hecho?

—No la merece —gruño—. Y si *vuelve* a hacerle daño, aprenderá por qué su antepasada me atrapó durante un siglo.

Se zafa de mi agarre. —De las dos, yo no soy de quien Hannah debe preocuparse.

La piel se me eriza al verla regresar a la casa. Debí de salir antes.

Continúo y encuentro a Hannah de pie ante la silueta de un roble antiguo, apenas visible en su sombra. La luna llena lo ha bañado todo de plata y negro. Su cabello claro le cae suelto sobre los hombros, y el blanco de sus ojos brilla. Su aliento forma vaho y tiembla, su ropa ajustada no abriga. Parece un duendecillo del bosque, bella, frágil y completamente fuera de lugar.

—No he venido hasta casa de Elizabeth para que te congeles —digo al acercarme—. Entremos y encontraremos una solución.

—¿Solucionar *qué*? Sabemos qué hacer. Rebecca nos lo dijo.

—Elizabeth consulta el grimorio. —Mi voz es plana, derrotada—. Una pesadez me envuelve, como si el estar a solas con ella en el bosque me permitiera sentir lo desesperanzador que es todo.

Hannah suelta una risa sin gracia. —¿Esperas que encuentre un resquicio?

No lo espero, pero me niego a admitirlo. Rebecca es una bruja hábil y teje cada hechizo con precisión.

—¿Qué hacías aquí con Riley? —pregunto, las palabras escapándose de mis labios.

Resopla, como si le resultara gracioso. —¿De verdad viniste a preguntarme por Riley?

Aprieto los dientes mientras la veo juguetear con el dobladillo de su minúscula camisa. Le tiemblan las manos.

—¿Por qué te importa lo que estábamos haciendo?

El calor me sube a las mejillas. —No quiero que nadie interfiera en lo necesario para romper el hechizo.

Una pausa. —Ya veo.

Sigue tocándose la camisa, mostrando destellos de piel tersa y pálida en sus caderas.

—Solo quiero que esto termine, Julia —dice, apenas audible.

Observo, paralizada, mientras se quita la delicada tela y la deja caer al suelo del bosque. No lleva nada debajo. Solo sus pechos redondos y perfectos, sus pezones erectos en el aire invernal. Su pecho sube y baja, cada aliento es una ráfaga de vaho.

La visión de su piel desnuda me roba el aire. Es luminosa bajo la luna, una diosa en la oscuridad implacable.

El viento arrecia, arrastrando hojas muertas por el suelo. Los árboles ancestrales parecen inclinarse, como atraídos por este momento. La antigua magia del lugar resuena bajo mi piel, respondiendo a mi hambre. Quizá intente advertirle.

—No —sale áspera la palabra—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Me rindo. —Sus manos van al pantalón, y soy impotente para apartar la mirada cuando lo desliza por sus largas piernas, revelando piel pálida centímetro a centímetro.

En el siguiente latido, está de pie ante mí, segura, completamente desnuda y vulnerable. Su cuerpo desnudo enciende una llama en mí que amenaza con consumirlo todo. Sigo la línea de su garganta a sus pechos, bajo el vientre hasta sus caderas y entre sus piernas.

—Si romper el hechizo requiere someterme a ti, aquí estoy —dice —. Tuya.

Mi corazón late más rápido. Oír a esta mujer pronunciar esas palabras despierta un hambre feroz acumulada desde que la toqué.

Pero bajo el deseo, algo más me atenaza. Lo he sentido antes. La última vez, terminó con Charlotte muerta bajo mí. Así empezó con ella: esa voluntad intoxicante, esa bella entrega. Y la destruí.

Con las manos a los costados, Hannah extiende los dedos como ofreciéndose. Tiembla, la piel de gallina cubriéndola.

—Hannah, hace mucho frío.

Da un paso. —Entonces caliéntame.

Me aproximo. —Podemos hallar otro modo de…

—Deseo esto, Julia. —Tiene las pupilas dilatadas y los ojos oscuros.

La temperatura cae. Nuestros vahos se mezclan. El bosque enmudece: ni hojas, ni búhos. Hasta la naturaleza contiene el aliento.

Mis pies no se mueven. ¿Quiero arruinarla como a Charlotte? Es demasiado buena, demasiado inocente para lo que soy.

Pero su mirada refleja mi hambre, y claramente lo desea tanto como yo.

Pasamos el punto de no retorno hace tiempo, lo admita o no.

—Hannah…

Sin saber lo que hago, la agarro y la aprisiono contra mí, besándola con fuerza.

Me devuelve el beso con hambre, deslizando las manos bajo mi capa y aferrando el corpiño. El poder me estalla en la piel como fuego. Los árboles crujen, como doblados por un viento invisible.

Su corazón late contra mi pecho, rápido y fuerte…, por ahora. *Qué rápido puede cambiar.* Ya tiembla en mis brazos, frágil en el aire gélido.

Pero apago las dudas, dejando que se disuelvan los deberes.

La conduzco hacia atrás hasta chocar contra el roble. Gime al contacto con la corteza rugosa, y me acerco más, atrapándola contra él.

Me aparto lo suficiente para un leve jadeo, saboreando sus labios llenos. Mi mente es una niebla, el deseo guía mis actos.

La agarro por las caderas y la giro. —Las manos en el árbol. Arquea la espalda para mí.

Apoya las manos sobre la corteza, respirando agitada. La luna pinta plateadas estrías en su espalda, cada curva y hendidura iluminadas.

Su perfecta obediencia me hace latir entre las piernas.

Deslizo mis manos hacia delante y le acaricio los pechos, sintiendo sus pezones. Suelta un suspiro dulce, necesitado.

Por fin. ¿Cuánto hace que ansiaba tocarla así? ¿Desde que la vi?

La llama en mí crece al pasar mis palmas por su cintura. Su piel está fría, erizada. Traslado los dedos por su columna y la veo estremecerse.

Con una mano en su cadera, la otra sube por su brazo hasta su hombro, rodea su cuello y aprieta hasta tensarla. —¿Sabes lo que haces? Podría agotarte.

—Pero no lo harás —dice, jadeando.

—¿Cómo lo sabes? —aprieto el agarre, su pulso aletea bajo mis dedos.

Pausa. —Confío en ti.

Chica tonta.

Besos y mordiscos en su cuello. Sabe divina, como todo lo que anhelé. Susurro el conjuro sobre su piel, las palabras latinas vibrando en ella. Cada sílaba espesa el aire, cargándolo de estática.

Su respiración se corta; tiembla con más fuerza. Gimiendo, se recuesta contra mí, la cabeza inclinada para exponer su cuello.

Me duele entre las piernas mientras beso su cuello y hombro, mi cuerpo y mi poder respondiendo a su sumisión con igual hambre.

Lentamente, muevo mi mano desde su cadera hacia adentro, rozando su piel suave.

—Quiero tus dedos dentro de mí, Julia —suplica, agarrándome la muñeca para guiar mi mano entre sus piernas.

Su deseo cubre mis dedos. Empapada, su cuerpo delata cuánto ansía esto.

—Tan lista para mí —ronroneo en su oído—. Qué buena cautiva.

Gime al deslizar dos dedos hacia sus pliegues; el sonido se eleva en el bosque silencioso.

—Sí —jadea—. Así, bien…

Libera mi muñeca para deslizar su mano tras mi cabeza, recostándose en mí mientras dibujo lentos círculos entre sus piernas.

Mi poder bebe ávido al susurrar el conjuro. Mi cabeza se nubla. Mi magia reconoce la voluntariedad con la que se ha ofrecido y ronronea en mí. Tanto tiempo sin alimentarme así, tantas privaciones que cualquier contención se disipa. El pensamiento me asustaría, pero su esencia me hace olvidar por qué importa.

Hora de llevarla a la rendición total. Tomaré lo que necesito y disfrutaré cada segundo.

Retiro mi mano de entre sus piernas, ignorando su gemido de protesta, enroscando los dedos en su nuca. La empujo para que se incline sobre la gran rama del árbol, con los pechos presionados contra la corteza.

—Ábrete de piernas. Muéstrame cuánto deseas esto.

Jadea, agarrándose a la rama. Su cabello, revuelto por mi tacto, cae hacia adelante. La postura la deja expuesta, vulnerable, *mía*.

—Hermosa… —mi mano libre recorre su espina dorsal—. Ni te imaginas lo irresistible que estás ahora.

La corteza rugosa roza su piel tierna, y quiero lamerla.

Con el pie, le aparto las piernas. Ella lo permite, abriéndose y dejando sus partes íntimas dispuestas.

—Quédate así. No te muevas hasta que te lo diga.

—S-sí.

Estoy humedecida, palpitando de necesidad mientras la anticipación arde en mí como metal fundido. Su aroma excitado me marea.

Introduzco dos dedos desde detrás. Tan húmeda y lista que entro con facilidad; me recibe con un lamento agónico.

Sentirla por dentro aviva la llama hasta convertirla en algo incontrolable.

El suelo palpita bajo nosotras. Las ramas desnudas se mecen, sus sombras danzan sobre la piel de Hannah. Tiras oscuras de magia brotan como dedos ávidos y le envuelven las caderas, sujetándola a mí.

Se le escapa un quejido, como si sofocara sus gemidos.

—No te contengas —digo—. Quiero oírte gritar.

Al curvar los dedos en sus paredes internas, obedece aullando a la noche. El sonido me provoca un espasmo placentero. Las tiras oscuras se tensan, marcando surcos rosados.

—Así es. Toma mis dedos. Fuiste hecha para ser mía.

Acaricio sus paredes una y otra vez, bebiéndome sus gemidos; su cuerpo entero vibra al ritmo. Se estrecha alrededor de mis dedos y cada movimiento le arranca sonidos nuevos.

El dolor entre mis piernas es insoportable.

Retiro los dedos, rozando el pequeño botón sensible que palpita. Temblando, grita, y las rodillas le ceden. Solo mi agarre en su cintura la sostiene.

—Julia… Dios… —su voz, destruida, apenas forma palabras.

Me inclino para morderle la espalda mientras la poseo, mis dientes hallando puntos que la hacen gimotear. Sabe exquisita. Siento cómo su éxtasis me alimenta e irradia por el bosque.

Profiere sonidos incoherentes: maldiciones, gemidos. Le flaquean las rodillas, todo su cuerpo tiembla mientras se hunde.

Le doy una palmada; un agudo chasquido que retumba en el bosque. —Dije que esperaras hasta que terminara.

—S-sí —tartamudea, enderezando las piernas. La sumisión en su voz, la obediencia inmediata pese a las protestas de su cuerpo, me causa otro flechazo de hambre.

La premio reinsertando los dedos. Los saco jugando, vuelvo a entrar y hallo un ritmo que la hace gemir mi nombre.

—Voy a correrme —jadea entre respiraciones rotas—. Julia…

Retiro los dedos, negándole el alivio. —Buena chica. Gírate.

La hago girar hacia mí: una visión de necesidad desesperada, con la cara enrojecida de sudor, el cabello alborotado y los labios hinchados. La empujo sobre el tapete de hojas y cubro su cuerpo con el mío.

El suelo frío le arranca un grito; arqueándose, se presiona contra mi cuerpo vestido.

Me aferro a sus caderas, mirando desde arriba a esta criatura que hoy se ha hecho mía. Sus pupilas dilatadas en sus ojos oscuros reflejan algo casi adorativo al mirarme.

Necesito asegurar que esto funcione. Que se someta plenamente.

—Eres mía, solo mía —le digo, con la voz cargada de deseo—. Dilo.

—Soy tuya —susurra.

Le agarro la cara, forzándola a mirarme. —Mía para tocarte. Mía para follarte. Mía para consumirte hasta que tiembles exhausta.

—Completamente tuya —jadea.

El hormigueo bajo mi piel despierta cual río crecido. Mi poder es voraz, y es hora de acabar con el mejor festín jamás probado.

Funcionará. Con cómo se entregó, *debe* funcionar.

Aparto sus muslos. La luz lunar acaricia la humedad entre sus piernas y la hace relucir. Es tan radiante, tan perfectly ofrecida, que por un momento solo puedo mirar.

—Ruega por ello —ordeno.

Su pecho se agita. Tiembla de frío. —Por favor. No puedo soportarlo más.

Me inclino, apoyando la mano en su centro, tentándola.

—Por favor —insiste, agitándose bajo mí—. He sido tan buena contigo.

Deslizo mi mano —empapada de su deseo— otra vez entre sus piernas. Sin contención, arrastro el dedo indiferente sobre su lugar más sensible.

—Di que no perteneces a nadie más.

—N-no pertenezco a nadie más. —Su voz suena forzada, desesperada.

—Di que existes para mi placer.

—Existo para tu placer.

—Buena chica. Ahora déjate ir. No contengas nada. Lo quiero todo.

Me inclino y capturo su boca con la mía, bebiendo sus jadeos. Las hojas bajo Hannah se enrollan, marchitas, y se vuelven polvo, como si mi magia acelerara su decadencia.

El conjuro fluye entre besos. Paso los dedos sobre su centro, veloz, más veloz; una pausa para penetrar antes de otro círculo.

Se arquea, y con las manos en mi capa se aferra a mí. El suelo está frío y húmedo, pero no importa.

Un escalofrío la sacude.

—Sí…, sí… —jadea, con las palabras ahogadas por mis labios.

Siento el momento en que estalla, convulsionada de placer.

Tiras oscuras de magia se lanzan cual dedos hambrientos, absorbiendo su fuerza vital. Giran y la enroscan, cerca. La temperatura se desploma. La escarcha se cristaliza en las hojas bajo Hannah y se extiende.

Me bebo su clímax, alimentándome voraz. Nunca he probado nada tan sublime. Jamás he sentido tal energía total inundando mis células cual fuego.

Gimo de placer mientras fluye. Sigo bebiendo, sorbiendo, tomándolo todo. Su esencia es embriagadora.

Y, diablos, qué bueno es. *Ella* es buena: la mejor en décadas de alimentarme.

Adictiva, pura conexión. La siento flotar en mí, cálida, voluntaria.

Mejor incluso que Charlotte.

El pensamiento me sacude como una alarma. Así fue entonces: el momento debía parar y no lo hice; el placer eclipsó la conciencia; el hambre venció.

Debería retroceder. *Necesito* retroceder.

Pero no. No puedo.

Todavía no.

No cuando sabe así. No cuando su esencia llena vacíos en mi alma.

Mientras remite su orgasmo, sigo bebiendo. Jadea, se agita bajo mí, y con los muslos aferra bien mis caderas. Sus uñas arañan mi espalda bajo la capa y dejan surcos de fuego.

Más. Necesito más. Mi poder lo exige, cantando de codicia ante algo que le fue negado un siglo. La energía de Hannah es el sol tras una oscuridad eterna y me ahoga en ella.

Entonces algo cambia en su respiración: menos placer, más desesperación. Las tiras entre nosotras se estremecen. Las ramas crujen, intentando alcanzarme. Sus dedos se clavan en mis hombros, no de pasión, sino quizás de pánico. Un cambio sutil, pero ya lo he sentido antes.

Detente. Es hora de parar.

Una vocecita lucha por ser escuchada.

Tras la niebla de poder, sigue suplicándome que cese. Esto es lo que Rebecca deseaba: probar que sigo siendo el monstruo que mató a Charlotte. Drenar a otra mujer inocente que se ofreció; demostrar que no he aprendido nada.

Pero la voz es baja, y su esencia, tan dulce, que no puedo detenerme. Llevo muriendo de hambre más de un siglo y se entrega

tan plenamente…

Los movimientos de Hannah se debilitan; sus jadeos son superficiales. El cálido flujo energético titubea.

Queda flácida bajo mí.

La quietud repentina rompe mi frenesí cual agua helada.

—Mierda. —Me aparto bruscamente, jadeando. Las tiras oscuras revientan con un eco profundo que retumba en el bosque.

La magia se corta cual puerta que se cierra. Un silencio espeso: sin viento, sin pulso de poder. Solo mis jadeos. La helada ha cubierto cada árbol, cada rama y hoja.

Su rostro es fantasmagórico bajo la luna. Tiene los ojos cerrados. La cabeza, ladeada, con los brazos caídos sobre hojas putrefactas.

Con manos temblorosas, pongo los mismos dedos empapados bajo su cuello, buscando el pulso. Venas oscuras se enredan bajo mi piel.

Monstruo, ruge una voz interna.

Pero el pulso late, débil pero firme, bajo mis yemas. Su pecho sube y baja de forma superficial, pero está inconsciente.

—¿Hannah? —le aparto el cabello de la cara.

Sin respuesta. Piel pálida, casi translúcida; ojeras antes inexistentes.

La escarcha se derrite; el suelo cruje; el agua rezuma por los troncos.

Me incorporo, jadeando. Noto lo mojadas que están mis enaguas. En otros momentos esto no terminaba con desmayos.

Mas este no es otro momento.

Me sujeto el pecho, buscando el hechizo vinculante. ¿Lo ha roto su entrega? ¿Cómo saberlo?

Estudio mis dedos ennegrecidos. La magia chisporrotea entre ellos; la siento moverse bien tras despertar. Fuerte. Quizá nunca lo ha sido tanto.

¿Lo he logrado? ¿Soy libre para abandonarla a ella, este lugar, este siglo de cárcel? ¿Soy libre para encontrar a Rebecca y mostrarle el poder verdadero?

La risa me burbujea y se escapa de mis labios. Llena el bosque y hace graznar a los cuervos cercanos.

Dios, qué bien sienta este poder.

En pie, con las piernas vacilantes, me arreglo los ropajes. Hannah, inmóvil en el suelo, y su respiración, como único signo vital. Se recuperará; he parado a tiempo sin drenarla por completo.

Doy un paso y luego pauso.

Podría no haberla agotado, pero qué desperdicio sería que muriera de frío después de todo.

Así, me quito la capa y la pongo en el suelo. La traslado encima y la envuelvo.

Con mi nuevo poder, conjuro un fuego a su lado.

Qué dulce es que la magia responda así.

Aparto la mirada de su forma inmóvil, con el corazón latiendo más fuerte que en un siglo.

En la gran casa está Rebecca, prepotente en su triunfo, ignorante de que su trampa perfecta se ha abierto.

Por fin llega la venganza.

17

Hannah



CALOR. HUMO.

Floto en ese espacio entre el sueño y la vigilia, como si ascendiera nadando desde las profundidades de un océano oscuro. Siento el cuerpo pesado y desconectado; incluso abrir los ojos me parece una tarea imposible.

Me llega un sonido crepitante. Una luz anaranjada se filtra a través de mis párpados cerrados.

Algo me envuelve. Una tela que huele a humo de leña y a manzana con canela.

Lentamente, recupero la sensibilidad. Ya no tengo los dedos de las manos y de los pies entumecidos. El suelo del bosque bajo mi cuerpo está húmedo y frío, pero lo que sea que me cubre ha retenido el calor suficiente para que deje de tiritar.

¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Me hormiguea toda la piel y siento una pulsación entre las piernas. Tengo los labios hinchados por los besos de Julia. El calor me inunda las mejillas al recordar con qué desesperación se lo supliqué, lo bien que me sentí al desmoronarme y dejar que ella tomara el control y con qué descaro me abrí bajo su cuerpo.

Nunca antes había experimentado nada tan intenso. Su poder parecía fluir entre nosotras, consumiéndome, conectándonos a un nivel que no sabía que fuera posible. Como si ella estuviera dentro de mi piel y de mi mente.

Mantengo los ojos cerrados un largo rato, reviviendo cada detalle. Su cuerpo inmovilizándome. La forma en que me arqueé hacia ella, entregándoselo todo, dejando que tomara y tomara hasta que…

Abro los ojos de golpe.

Me incorporo con un jadeo y lo que sea que me cubre se me resbala de los hombros.

Estoy completamente desnuda.

Una hoguera crepita a mi lado.

—¿Julia?

Mi voz se proyecta en la oscuridad, tragada por los árboles. No hay respuesta. Solo el restallido y el siseo de la madera ardiendo y el susurro del viento entre las ramas desnudas.

Miro hacia abajo, a lo que me cubría. Una tela negra se amontona alrededor de mis caderas. Su capa.

Algo se retuerce tras mis costillas. Me ha dejado su capa para que no pase frío. Me ha encendido un fuego. Eso ha sido… un detalle.

Pero ¿dónde *está* ella?

Cojo la tela y me la echo sobre los hombros, repentinamente desesperada por la ilusión de seguridad que me proporciona. Me tiemblan los dedos mientras la mantengo cerrada sobre el pecho.

Siento que el tórax se me oprime. Cada respiración superficial es más rápida que la anterior. Me presiono el esternón con la palma de la mano, intentando sentir, más allá del estruendo de los latidos, el hechizo de vinculación que hay debajo.

¿Sigue ahí? ¿Lo hemos roto?

No sabría decir si esta sensación de asfixia es magia o pánico.

Con dolor por todo el cuerpo, sedienta y aturdida por haberme desmayado, busco mi ropa por el pequeño claro. Está tirada justo donde la dejé cuando me desnudé para Julia.

¿O sea que ha encendido un fuego y me ha dejado su capa, pero no se ha molestado en recoger mi ropa mientras yo estaba inconsciente? ¿O en *quedarse* conmigo, maldita sea?

Me muerdo el labio para no gritar.

Se ha *marchado*.

En el momento en que se ha saciado de mi esencia y el hechizo supuestamente se ha roto, me ha abandonado, inconsciente, desnuda y todavía húmeda entre los muslos.

Una furia ardiente se revuelve en mi interior. No solo contra Julia, sino contra mí misma por estar tan desesperada. Por haberme sentido poderosa en mi rendición, por haberme sentido elegida, por haber confundido la magia con el deseo. Por haber pasado siquiera medio segundo pensando que lo ocurrido era significativo, a pesar de que *sabía* que solo lo hacíamos para romper un hechizo.

Me arden las mejillas de humillación. Nunca me he sentido tan utilizada. Independientemente de lo que ese sexo significara o dejara de significar, me merezco algo mejor que ser abandonada en el suelo del bosque.

Me tiemblan las manos mientras me pongo la ropa; la furia aumenta con cada movimiento brusco. La tela me resulta áspera contra la piel hipersensible. Cada músculo y cada centímetro de piel me duelen por lo que hemos hecho, por la forma tan absoluta en que me ha reclamado.

Dejo su capa en el suelo y atravieso los árboles en dirección a la casa de Elizabeth. Las ramas se me enganchan en el pelo y me arañan la piel, y agradezco el dolor porque al menos es real y es mío, no está enredado en su magia o en su tacto. Mi cuerpo todavía vibra con las réplicas de lo que hicimos, y lo odio. Odio lo bien que me hizo sentir.

Los árboles pasan borrosos a mi lado. Mis pies golpean con más fuerza el suelo escarchado. Mis respiraciones son tan ruidosas que no oigo nada más. Quiero encontrarla para gritarle, para obligarla a mirar lo que ha hecho y que me vea como algo más que un cuerpo conveniente del que alimentarse. Quiero que sienta aunque sea una pizca de remordimiento, si es que es capaz de sentir algo.

Por fin, entro de golpe por la puerta principal, con el pulso martilleándome en el cuello. Me detengo, escuchando.

Llega un golpe seco desde el piso de arriba. Luego, un sonido de asfixia.

Subo las escaleras de dos en dos.

La voz de Julia me llega a los oídos, pero no distingo lo que dice. Sigo el sonido a través de una puerta abierta hacia una habitación de invitados tenuemente iluminada.

Julia está de pie entre la cama con dosel y el baño, a un paso de Rebecca, con la mano extendida y crepitando con magia. Una fuerza invisible mantiene a Rebecca inmovilizada contra la librería sin necesidad de tocarla. A Rebecca le cuelgan los pies y se le salen los ojos de las órbitas mientras araña la soga invisible que la mantiene suspendida. No lleva más que una camiseta azul larga; está claro que la han sacado directamente de la cama.

—Última oportunidad para ayudarme —gruñe Julia.

Verla con el pelo impecable y el cuerpo vestido mientras yo estaba desnuda en el suelo hace un momento hace que mi rostro arda aún más.

—¡Julia! —grito, con la voz ronca de rabia.

Ella se gira. Su expresión es salvaje, tiene los ojos oscurecidos por los bordes. Su magia se intensifica al verme y ensombrece sus dedos antes de que logre controlarla. Entonces me dedica esa sonrisa perversa que empiezo a odiar.

—Estás despierta. —Su tono es exasperantemente casual, como si no me hubiera dejado por muerta en el bosque.

—La próxima vez que quieras abandonar a alguien después de follártelo hasta que pierda el sentido —gruño—, que sepas que envolverlo en tu capa no te hace menos monstruo.

Algo indescifrable brilla en sus ojos antes de que su expresión se endurezca. Libera su presión mágica sobre Rebecca, que se desploma en el suelo con una tos jadeante.

Mientras Rebecca respira con dificultad y se lleva la mano a la garganta, Julia me escanea de arriba abajo con las aletas de la nariz vibrando. Su mirada se detiene en mi cuello, mordido y magullado, y luego en mi pelo, enredado con hojas y ramitas, antes de fijarse en mis ojos. —Necesitaba confirmar que el hechizo de vinculación se había cortado.

—¿Marchándote? —Tengo los puños tan apretados que las uñas se me clavan en las palmas—. ¿Viendo cuánto podías alejarte de mí?

Su mirada se vuelve gélida. —¿Qué esperabas? ¿Que nos abrazáramos tiernamente después de que se rompiera el hechizo?

La vergüenza me invade con tal fuerza que me escuecen los ojos. Le ofrecí mi cuerpo, mi fuerza vital, mi sumisión, y ella lo tomó todo antes de abandonarme en el segundo en que pensó que era libre.

No es que quisiera despertarme en sus brazos. No realmente. Pero no esperaba que me abandonaran.

Tengo la garganta demasiado cerrada para decir nada de esto, así que me limito a mirarla fijamente, conteniendo el escozor de las lágrimas. Me niego a llorar y a dejar que vea lo profundo que me ha calado esto.

Ella baja la mirada y vuelve a dirigirse a la figura derrumbada de Rebecca. —De todos modos, no ha funcionado. Seguimos vinculadas.

Las palabras tardan un momento en calar. Una sensación de pesadez se instala en mi pecho y doy un paso atrás. —No puede ser. Yo…, yo me sometí como se suponía que debía hacerlo. Te lo di todo.

—No fue suficiente.

En el suelo, Rebecca levanta una mano hacia Julia, con la magia crepitando. Pero Julia es demasiado rápida y aparta la mano de Rebecca de un manotazo sin siquiera tocarla. Rebecca gruñe y vuelve a chocar contra la librería, con la sangre goteando de su nariz.

Se me encoge el estómago. Es evidente que ese festín ha hecho a Julia más fuerte. Demasiado fuerte.

Unos pasos retumban más cerca en el pasillo. Elizabeth y Riley irrumpen por el umbral, sin aliento. Elizabeth lleva un camisón negro con bordes de encaje y una bata de satén negra abierta. Riley todavía lleva los vaqueros y una camiseta blanca bajo esa capa carmesí, como si no hubiera estado ni de lejos lista para dormir a pesar de la hora.

—¡Basta! —ruge Elizabeth. Con un movimiento de sus brazos, separa a Julia y a Rebecca y las envía contra las paredes opuestas. Toda la habitación se estremece y los libros caen de los estantes.

—Hannah. —La voz de Riley se quiebra al pronunciar mi nombre, apenas un susurro.

Me giro.

Me mira como si yo fuera algo destrozado. Se tapa la boca con la mano y sus ojos abiertos y llorosos recorren cada marca visible que Julia ha dejado. Los moratones de sus dedos y dientes. Los arañazos de la corteza de los árboles. Las hojas enredadas en mi pelo de cuando estaba tendida bajo ella.

La cara me arde aún más.

Julia se pone en pie, respirando con dificultad mientras se arregla el pelo. Rebecca tarda más en levantarse y se limpia la sangre de la nariz. Las tres se enfrentan en un triángulo; la magia en la habitación es tan tensa que parece que el aire está cargado de electricidad estática.

El reloj de pie del piso de abajo da las campanadas y todos nos quedamos quietos. Las tres de la mañana. Faltan unas cuatro horas para que la luna se ponga y quede atrapada como cautiva de Julia para siempre. El hechizo de vinculación se aprieta como una mordaza alrededor de mis costillas, como si supiera que el tiempo se está agotando.

Me cruzo con la mirada de Julia y veo mis propias preguntas frenéticas reflejadas en ella.

¿Qué hemos hecho mal? ¿No me sometí lo suficiente? ¿Me estaba reprimiendo?

—¡Todos *fuera*! —ordena Elizabeth. Señala a Julia con los dedos encorvados como garras—. Menos usted.

Rebecca endereza los hombros y le lanza a Julia una mirada asesina antes de obedecer. Coge una bata de seda azul del respaldo de la puerta y guía a Riley para que salga delante de ella.

Cuando le doy la espalda a Julia, su voz me detiene.

—Mantente cerca, mi cautiva.

Resuello con desprecio y sigo caminando, con la espalda rígida por una furia apenas contenida.

No sabría decir si ha sido una amenaza o una broma. Con Julia, nada es sincero.

En el momento en que estamos abajo, donde la puerta principal sigue abierta desde que irrumpí por ella, Riley se gira hacia mí con los ojos llorosos.

—Te rendiste ante ella. —Es una acusación, no una pregunta. Su voz suena tan rota, tan dolida, que me invade una inesperada punzada de culpa.

Rebecca se anuda la bata con movimientos bruscos. Hace un gesto con la mano y la puerta principal se cierra de un portazo tan fuerte que la lámpara de araña vibra. Camina por el vestíbulo, apretando y aflojando los puños como si estuviera deseando fulminar algo con magia.

Miro más allá de Riley, donde cuelga un espejo ovalado detrás de una de las estatuas de gatos. La mujer que me devuelve la mirada resulta casi irreconocible.

Mi pelo es un caos de enredos, con hojas y ramitas atrapadas entre los mechones como si me hubieran arrastrado por el bosque. Los hematomas oscuros florecen en mi cuello con la forma clara de los dedos de Julia. Los arañazos me recorren la clavícula y los brazos. Tengo los labios hinchados.

Parezco *devastada*. Como alguien que suplicó a un monstruo que la devorara.

La humillación me quema con tal intensidad que tengo que apartar la vista.

Pero reprimo esos sentimientos, negándome a avergonzarme de que todos en esta casa sepan lo que hemos hecho. No es mi puta culpa estar vinculada a una bruja sanguínea.

—No me mires así, Riley. Tú rompiste conmigo. Y ni siquiera es eso. Hice lo que tenía que hacer para recuperar mi libertad.

—¿Ha funcionado? —pregunta, y su tono me indica que ya sabe la respuesta.

Se me tensa la mandíbula.

El silencio que sigue es asfixiante. Mi rabia sigue ahí, agazapada, pero choca con la realidad de que me estoy quedando sin tiempo y sin opciones. La furia no cambia el hecho de que sigo vinculada a Julia. Sigo atrapada.

Riley me coge las manos.

—Hannah, por favor, no vuelvas a intentarlo. Tiene que haber una forma de romper el vínculo que no implique que ella se alimente de ti. ¿Verdad, tía?

Rebecca la mira de reojo.

—La rendición es el único camino.

—Pero…

Me suelto de Riley.

—Esto no te incumbe.

No soporto la lástima en sus ojos. Es lo último que necesito ahora mismo.

—Sí me incumbe —insiste Riley—. Te quiero, y no voy a quedarme mirando cómo te conviertes en otra Charlotte.

Frunzo el ceño.

—¿En otra quién?

Rebecca deja de caminar. Riley se queda muy quieta. Incluso a través de mi rabia y mi agotamiento, puedo sentir el cambio. Un pavor punzante se instala en mi estómago como si fuera hielo.

—No se lo ha dicho —dice Rebecca, casi de forma inaudible.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Decirme el qué?

—Lo que le hizo a mi hermana.

Entre su tono lúgubre y la mirada de complicidad que intercambian, no estoy segura de querer oír esto.

Ella se acerca y yo lucho contra el impulso de retroceder. Tener a Riley a mi lado es un pequeño consuelo.

—Tía, no la asustes —dice Riley, pero Rebecca corta el aire con la mano para silenciarla.

—Se merece saberlo. —Los ojos de Rebecca se clavan en los míos —. *Charlotte* se merece que la gente lo sepa.

Riley se muerde el labio.

Rebecca se acerca aún más, con las manos brillando con una luz pálida. La habitación da vueltas a mi alrededor y me tambaleo.

—¿Qué está pasando? —pregunto, con la voz temblorosa.

—Tía… —dice Riley, sonando como si estuviera lejos.

Un fragmento de otra habitación aparece en mi visión, como si mirara a través de unas persianas. Marcos de fotos ornamentados y

porcelana fina en las paredes. Un papel pintado de color amarillo brillante.

Quiero retroceder y rechazar lo que sea que Rebecca esté a punto de enseñarme. Pero no puedo moverme. Necesito saber quién es Julia en realidad.

Así que dejo que Rebecca se acerque. Me quedo quieta y cierro los ojos con fuerza mientras ella me presiona las palmas brillantes contra las sienes.

El mundo se disuelve.

18

Hannah



VEO A TRAVÉS DE los ojos de Rebecca, mucho más joven, observando a mi hermana desde el marco de nuestra habitación.

Charlotte está sentada ante su tocador, cepillándose el largo cabello rubio con movimientos lentos. La luz de la lámpara atrapa sus mechones y los convierte en oro hilado. Con dieciocho años y plenamente mujer, posee esa belleza que hace que los hombres se detengan en la calle, que lleva a nuestros padres a mantener las cortinas corridas e insistir en que nunca camine sola.

Pero ahora mismo no mira su reflejo. Mira mi grimorio, que yace abierto en su cama.

—¿Becca? —llama suavemente—. Cuando lanzas hechizos, ¿qué se siente?

Me apoyo en el marco de la puerta y las tablas del suelo crujen bajo mis pies. En verdad, es como si hubiera vivido toda mi vida bajo el agua y el despertar de mi poder hubiera sido el primer aliento real que he tomado. Como ser la tormenta en lugar del mar, la llama en lugar de la polilla. Todo me responde, se pliega a mi voluntad, y cada día despierto ansiosa por descubrir de qué más soy capaz.

Pero no quiero que mi hermana se sienta peor de lo que ya está, así que busco palabras más mundanas:

—Es como si el mundo fuera un instrumento y yo estuviera aprendiendo a tocarlo.

Evidentemente, esto tampoco fue lo correcto. Su rostro se descompone, pero lo disimula rápido.

—Debe de ser maravilloso.

—Charlotte…

—Me alegro por ti —dice, dejando el cepillo y cerrando el grimorio con reverencia—. De verdad.

Pero lo veo en sus ojos: el hambre de algo más allá de estos muros, de ser decorativa, protegida e impotente. Quiere que la teman en lugar de desearla. Quiere magia en sus venas.



Charlotte está encorvada sobre mi grimorio en la cocina, rodeada de hierbas y velas. La casa duerme a nuestro alrededor, en silencio salvo por el tictac del reloj del salón y los ronquidos lejanos de padre. Debería detenerla, pero algo me hace esperar en las sombras, observando. Con ganas de ver qué ocurre.

Enciende las velas con dedos temblorosos. La cera gotea sobre la mesa de madera marcada donde madre amasa el pan cada mañana. Con cuidado, dispone el romero y la salvia en círculo, luego recita las palabras de un conjuro sencillo para apagar una llama, con voz apenas audible.

No ocurre nada.

Lo intenta de nuevo, esta vez más fuerte, y percibo la súplica desesperada en su tono. Mi corazón se agrieta un poco.

Las velas parpadean. Por un segundo brillante, pienso que quizá funcione.

Pero no es más que una corriente de aire de la ventana, y las llamas siguen ardiendo con fuerza.

Los hombros de Charlotte tiemblan. Se tapa la boca con las manos para ahogar sus sollozos, y yo me escabullo antes de que sepa que

la vi.



Charlotte está vomitando en una bacinilla, y todo su cuerpo se convulsiona. El olor acre del vómito se mezcla con las bolsitas de lavanda que madre guarda en la ropa blanca.

Madre le sostiene el pelo, lanzándome una mirada acusadora.

—¿Qué ha bebido, Rebecca?

Examino el frasco vacío en la mesilla de noche de Charlotte, y mis hombros se desploman.

—Una poción de coraje. Mal elaborada.

—Solo quería… —jadea entre arcadas— …sentirme valiente…

—Podrías haberte matado —digo, intentando sonar furiosa en lugar de aterrada.

—¿De qué sirve vivir si nunca puedo vivir de verdad? —susurra.

Madre niega con la cabeza, la mandíbula apretada.

—No digas tonterías.

Esa noche, escondo mi grimorio bajo una tabla suelta en el rincón. Pero eso no impide que espíe por la ventana cada vez que salgo para los círculos del aquelarre, con su rostro pegado al cristal como un niño mirando a adultos en un baile al que no puede asistir.



Ahora soy Charlotte, siguiendo a Rebecca por calles oscuras. Mi corazón late con rebeldía y emoción. No debería estar aquí, pero no puedo soportar una noche más en el asfixiante refugio de la casa.

Delante, Rebecca se desliza por un portón hacia un jardín amurallado. Me acerco sigilosamente, asomándome entre los barrotes de hierro.

Nueve mujeres rodean una hoguera. El jardín es salvaje y descontrolado, nada que ver con los huertos que cuidan nuestros vecinos. Sus voces suben y bajan en una lengua que no comprendo,

y las llamas bailan en tonos imposibles de verde, púrpura y plata. La energía crepita en el aire.

Y entonces la veo.

Es mayor que Rebecca, de unos treinta años, con pelo oscuro y grueso que le cae más allá de los hombros y ojos azul invernal que parecen verlo todo. Se mueve con una confianza jamás presenciada, como si el mundo se doblegara ante ella en lugar de adaptarse ella a él. Viste pantalones y blusa en lugar de vestido, libre de corsés o enaguas.

Debo saber su nombre. Debo saber más sobre ella.

Se ríe ante algo que dice otra bruja, y el sonido me produce un anhelo en el pecho. Es poderosa, libre y hermosa de un modo que los hombres temen, no de un modo que crean que pueden controlar.

La reunión termina. Debería correr a casa antes de que Rebecca me descubra.

Pero no puedo dejar de observar a esa mujer mientras se despide y parte hacia su hogar.

Antes de pensar lo que hago, la sigo.



Soy Julia y camino a casa desde el círculo del aquelarre. La calle está vacía; la niebla se extiende desde el río y se aferra a los adoquines. Las farolas de gas proyectan charcos de luz amarilla débil que apenas penetran la bruma.

Una joven aparece a mi lado como un fantasma, y me detengo en seco. Es impresionante: su cabello rubio atrapa la luz de la luna, un chal fino le cubre suavemente las curvas, sus ojos verdes muy abiertos. Su vestido tiene salpicaduras de barro en el dobladillo, como si hubiera estado escabulléndose por el bosque.

—Yo… —su voz tiembla—. Te vi. En la reunión. Soy Charlotte. La hermana de Rebecca.

Debería seguir caminando. Rebecca se enfurecería si supiera que hablo con su hermana pequeña. Pero hay algo en su mirada, como

si muriera de hambre por algo y yo fuera la única que puede ofrecérselo.

—¿Sabe Rebecca que estás aquí fuera? —pregunto, examinándola de arriba abajo—. ¿O tienes la costumbre de seguir a mujeres extrañas en la oscuridad?

Se sonroja, pero mantiene mi mirada.

—Solo a las que valen la pena. ¿Cómo te llamas?

—Julia Moreau. Y no deberías estar aquí sola.

Alza la barbilla.

—No estoy sola. Estoy contigo.

Es atrevida.

Suelto una risita.

—¿Crees que *yo* voy a mantenerte a salvo?

—Mis padres creen que necesito un marido para eso, pero los hombres son criaturas viles y frágiles que nunca me han interesado.

Fascinante. Esta mujer empieza a gustarme.

—¿Qué quieres, señorita Cooper?

—Quiero… —traga saliva con fuerza— sentir qué se siente. El poder. Ser libre. Ser tú.

Me acerco hasta que casi nos tocamos, curiosa por ver qué hará. Su respiración se entrecorta. Tiembla, pero no retrocede.

—¿Y qué te hace pensar que te lo mostraría?

—No lo sé —sus ojos encuentran los míos, con un hambre desesperada—. Pero espero que puedas encontrar en tu corazón el ayudarme. Ayudar a una mujer harta de ser pequeña, decorativa y segura.

Tiene razón. Solo de pensar en esta mujer desperdiciándose como esposa de algún hombre brutal me hace apretar la mandíbula.

—Vi cómo te miran las otras brujas —susurra—. Con respeto, no lástima. Nadie me ha mirado jamás así.

Alargo la mano y recorro la línea de su mandíbula con los dedos. Su pulso se acelera bajo mi tacto.

—Si quieres sentir poder, puedo mostrártelo. Pero la magia sanguínea tiene un precio.

—Lo pagaré —murmura.

No debería. Pero su disposición es embriagadora, y hace años que no tengo a alguien que se ofrezca libremente.

Sonrío, tendiéndole la mano para que la coja.

—Ven.



En mi cabaña, enciendo el fuego con un gesto de la mano, dejando que su calor inunde el pequeño espacio. Las llamas prenden ansiosas en la chimenea, iluminando estantes llenos de frascos y hierbas.

—Siéntate —ordeno.

Charlotte obedece, eligiendo mi cama en lugar de una silla. Tiembla de anticipación, mirándome desde debajo de las pestañas.

Me muevo para plantarme delante de ella, y tiene que alzar la cabeza para encontrarme la mirada.

—Esto podría asustarte —aviso.

—No les tengo miedo a las brujas ni a la magia.

Qué niña tonta.

Me siento junto a ella y me giro hacia su lado, tan cerca que nuestras rodillas se rozan.

Afuera, un búho ulula y el viento hace traquetear los cristales.

Pongo los dedos en sus sienes y empiezo a alimentarme lentamente. Su piel está febrilmente caliente. La invocación fluye de mis labios, y sus ojos se agrandan cuando siente el primer tirón de su esencia.

—Oh… —jadea—. Es…, se siente…

—¿Bien? —murmuro.

Su mano se posa en mi cintura, aferrando mi corpiño.

—Sí —gime. Su sonido me atraviesa, y debo obligarme a mantener el control y tomar solo lo que pretendo.

Pero alimentarme es tan bueno para mí como para ella, y cierro los ojos mientras bebo su esencia dulce y pura.

—Julia —lloriquea, y oír mi nombre en sus labios así casi me deshace.

Bebo solo un poco, lo suficiente para marearla, pero no para lastimarla. Cuando retrocedo, emite un sonido de protesta, sus dedos apretando mi cintura para mantenerme cerca.

—Hemos terminado —digo, desprendiéndome.

Gime y se deja caer hacia atrás en mi cama, inerte, con los labios entreabiertos mientras recupera el aliento. Me mira con estrellas en los ojos.

—Eso ha sido divino —susurra—. ¿Podemos continuar?

Y ahí está: esa pregunta peligrosa que debería hacerme rechazarla.

En su lugar, sonrío mirándola, esta mujer hermosa desplegada en mi cama con mirada aturdida.

—Mañana por la noche.



Soy Rebecca otra vez, enfrentándome a Charlotte en nuestro dormitorio.

—Te has estado escapando cada noche durante quince días —le agarro la muñeca al intentar marcharse—. ¿Adónde vas?

Su muñeca está tan delgada bajo mis dedos que me detengo a examinarla. Sus huesos sobresalen y su piel está tan pálida que se le ven las venas azules.

Charlotte nota mi mirada y se desprende con violencia.

—Eso no te incumbe.

—Eres mi hermana. Me incumbe mucho. Charlotte, tienes mala cara…

—Estoy perfectamente bien. —Pero tiene ojeras oscuras bajo los ojos, que están muy abiertos y febriles.

—Por favor. Sea lo que sea, te está haciendo daño.

—Tú no lo entiendes —aprieta los puños—. Por primera vez en mi vida, me siento realmente viva. Me siento poderosa. Siento que…

—… estás agotada —termino—. Y entonces las piezas encajan: sus ausencias nocturnas, su debilitamiento, ese leve olor a canela y… Dios mío. Magia sanguínea.

Su silencio es respuesta suficiente. La verdad me golpea como una bofetada, obligándome a retroceder un paso. Luego llega la furia, candente y feroz.

Julia. ¿Cómo se atreve?

—Charlotte, no. Las brujas sanguíneas se alimentan de la fuerza vital. No estás experimentando magia, le estás dando tu vida a Julia…

—¡Sé lo que estoy haciendo!

—¿De verdad? ¡Mírate! —La arrastro frente al espejo—. Te estás consumiendo. Apenas puedes mantenerte en pie…

—No me importa —enfrenta mi mirada en el reflejo, desafiante—. Estar con ella vale la pena.

—Te está matando.

—Me quiere.

—Te está *usando*…

Charlotte se gira y me golpea en la cara. El chasquido resuena en nuestra pequeña habitación.

—Estás celosa —sisea—. Tú posees magia y aun así me negarías esto. Pero no te lo permitiré. —Me empuja y avanza hacia la puerta —. Antes moriría que renunciar a ella.

Me llevo la mano a la mejilla ardiente y la veo irse, impotente para detenerla.



Soy Charlotte, sentada a la mesa de la cena mientras mis padres se ciernen sobre mí. El comedor es sofocante. Pesadas cortinas de terciopelo bloquean la luz vespertina, y el aire es denso con el olor a carne asada que no logro comer.

—Hemos hablado con el médico —dice mi madre, con la voz tensa de miedo—. Nos ha advertido de que si no te alimentas adecuadamente…

—Estoy bien.

Mi padre golpea la mesa con la mano, haciendo que los platos rechinen.

—¡No estás bien! Eres piel y huesos. No nos dices adónde vas por las noches. Pareces medio muerta…

—¡Mi vida no es asunto vuestro! —Me aparto bruscamente de la mesa y el esfuerzo me marea. Me agarro al borde para mantenerme erguida.

Las lágrimas resbalan por las mejillas de madre. —Por favor, Charlotte. Dinos qué te ocurre. Podemos ayudarte.

—No podéis ayudarme. Nunca me habéis ayudado. —Mi voz se quiebra—. Solo me habéis tenido encerrada como una muñeca en una caja, demasiado valiosa para tocarla, demasiado frágil para vivir. Ya no quiero ser vuestra hija perfecta y protegida. Ya no quiero ser impotente.

Salgo furiosamente, ignorando sus súplicas.

Esa noche, abro las piernas bajo Julia, cogiendo su mano con firmeza y guiando sus dedos adonde los deseo. Esta es *mi* elección, mi cuerpo, mi placer. *Ella* es a quien quiero, no un marido elegido por padre que me obligue a ser obediente y sumisa.

Julia obedece, sus ojos se oscurecen de deseo. Veo en su mirada que me necesita tanto como yo a ella.

—Dentro de mí —susurro.

Cuando desliza sus dedos en mí, la respiración se me corta y arqueo las caderas contra su mano.

—Sí. Así exactamente. —Me arqueo bajo su contacto, enredo las manos en su pelo oscuro, acercándola y reclamando sus labios.

Ella emite un leve gemido de placer, besándome con más fuerza.

La habitación da vueltas mientras su cuerpo presiona contra el mío, su piel ardiente a través de la fina tela de nuestras camisas. Su aliento acaricia mis labios mientras murmura el conjuro.

Se alimenta de mí durante más tiempo que nunca. La temperatura en la cabaña desciende, pero incluso tiritando en su cama, el sudor me perlaba la frente.

Esta es la única vez que he tenido control sobre mi vida. Elijo este placer, este propósito, y no permitiré que nadie me lo arrebate.



Soy Julia y observo a Charlotte deslizarse en mi cama. Está tan delgada que puedo verle cada costilla y vértebra. La lámpara proyecta sombras en las cavidades de sus clavículas y su piel es pálida como la leche. Su hermoso cabello rubio se desprende en mechones sobre mi almohada.

Debería echarla y decirle que no vuelva hasta que se recupere. —No deberías estar aquí esta noche. Necesitas…

Pero ya me está besando, presionándose contra mí, y mi hambre responde a su desesperación.

—Te necesito *a ti*. —Sus dedos esqueléticos forcejean con los botones de mi blusa—. Por favor, Julia. Necesito sentirlo otra vez. No soporto otra noche sin ello.

—Charlotte…

—¿Ya no me deseas? —Sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿Acaso soy demasiado fea ahora?

—No. —Acaricio su mejilla hundida—. Sigues siendo hermosa.

—Entonces aliméntate de mí. —Me atrae y me besa desesperadamente—. Hazme el amor. No puedo dormir sin ello. No puedo respirar sin ti. Por favor.

Debería negarme. Debería enviarla a casa antes de…

Pero suplica tan dulcemente, y yo tengo tanta hambre, y su esencia aún me llama como nada en este mundo.

Me coge la mano y la guía hacia sus pechos.

—Solo un poco —susurro, sonriendo contra sus labios.

Le levanto la falda y deslizo el algodón por sus muslos. Ella abre las piernas ansiosamente, gimiendo aliviada.

Cuando deslizo mis dedos entre sus piernas, ya está húmeda. Se aferra a mi cuello mientras empiezo a alimentarme, mi magia y mis caricias se combinan para darle placer en todas las formas posibles.

—Sí, sí… —jadea, arqueándose bajo mí con un quejido desgarrado.

La estimulo con dedos expertos, conociendo sus gustos tras todas estas semanas. Sus muslos tiemblan y bebo más profundo mientras su placer crece; ambas sensaciones se entrelazan hasta que no distingue dónde termina una y empieza la otra.

—Julia… —Gime mi nombre una y otra vez, suplicando que continúe.

Su cuerpo se tensa, apretándose alrededor de mis dedos, y cuando alcanza el clímax, es con un grito ahogado que sofoca contra mi hombro. La oleada de su orgasmo inunda nuestra conexión, su fuerza vital se vierte en mí en un torrente de pura dicha.

Solo un poco, me digo.

Pero nunca es solo un poco. Su esencia es demasiado dulce e intoxicante. Se debilita bajo mí, su latido se vuelve errático, y una parte distante de mí sabe que debería parar.

Solo un poco más. Sigue respirando. Sigue consciente.

Tomo y tomo hasta que se desploma en mis brazos, hasta que su respiración se vuelve superficial y su corazón palpita como el de un pájaro moribundo.

Cuando colapsa en éxtasis, me incorporo a su lado, acariciándole el pelo y besándola suavemente hasta que sus ojos vuelven a abrirse.

Vuelve la cabeza y me sonríe ebria. —Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Julia Moreau.



Soy Rebecca y avanzo hacia la cabaña de Julia con el pecho oprimido por el miedo.

Algo va mal.

Charlotte no volvió anoche y Julia faltó al círculo del aquelarre esta tarde.

Me abro paso entre los árboles y su cabaña aparece ante mí, invadida de zarzas espinosas y flores oscuras. La puerta está abierta.

Qué extraño. Julia nunca deja la puerta abierta, ni siquiera en pleno verano.

El aire nocturno es frío contra mi rostro, cargado del olor a leña quemada y algo más que hace que se me retuerza el estómago de pavor.

Empujo la puerta para abrirla más, escudriñando la oscuridad.

—¿Julia?

No hay respuesta. La casa está helada; el fuego se apagó hace horas. Las sombras se acumulan en las esquinas, densas y amenazantes.

Entro, y entonces la veo.

Charlotte yace en la cama de Julia, su cuerpo inerte y sin vida, con la falda arrugada. Su piel tiene el color de pergamino viejo, cerúlea y traslúcida en la penumbra. Sus labios están azules. Sus ojos verdes miran sin ver el techo.

—No. —La palabra sale en un susurro, luego más fuerte—. ¡No, no, no!

Corro hacia ella y presiono mis dedos en su cuello, aunque sé que es inútil. Está fría como el mármol bajo mi tacto. Lleva muerta horas. Un día entero. Mi hermosa hermana, que solo quería libertad, que anhelaba escapar de la jaula que el mundo construyó a su alrededor…

Muerta. Por culpa de Julia. Porque no lo detuve cuando debí hacerlo.

La verdad me deja sin aliento y caigo de rodillas, agarrándome a la cama. *Vi* a Charlotte consumirse. Vi la obsesión en sus ojos, cómo adelgazaba y palidecía desesperándose. Sabía lo que Julia le hacía, sabía que la alimentación había ido demasiado lejos.

Y no hice lo suficiente para evitarlo.

Me convencí de que era elección de Charlotte. De que ella estaba dispuesta. De que Julia, mi hermana de aquelarre, detendría las alimentaciones antes de que esto ocurriera.

Pero no lo hizo, y ahora mi hermana —mi valiente y necia hermana— está muerta.

La rabia surge en mí como una marea roja, ardiente, terrible y devoradora. Mis manos tiemblan de furia. El aire a mi alrededor chisporrotea de calor mientras mi magia responde a mi emoción, salvaje y descontrolada.

Julia hizo esto. Julia, a quien conozco desde hace décadas, cuya mano sostuve en incontables círculos del aquelarre. Julia, en quien confié para que conociera sus límites, para que controlara su hambre.

Julia, que huyó como una cobarde y dejó el cadáver de Charlotte en su cama como basura desechada.

Me pongo de pie, con la visión nublada. Esta cabaña está llena de los libros de Julia, sus tarros y hierbas, su ropa doblada en un baúl, sus platos en las estanterías. La prueba de una vida cómoda y poderosa mientras Charlotte se marchitaba para su placer.

Mis dedos se inflaman.

Las llamas son rojizas al principio, luego blancas e incandescentes mientras mi ira las alimenta. Saltan de mis manos a las sábanas, y observo con salvaje satisfacción cómo prenden y se propagan. El cuerpo de Charlotte también arderá, pero al menos tendrá una pira. Al menos no quedará nada a lo que Julia pueda regresar.

—Le robaste todo —digo a la habitación vacía, con voz temblorosa —. Así que yo te robaré todo a ti.

El fuego se extiende más rápido que cualquier llama natural, trepando por las paredes y avanzando por el suelo. Devora los muebles, la ropa y todo rastro de la vida que Julia construyó. El calor intenso me empuja hacia la puerta. El humo se eleva espeso y negro, llevando el olor a madera quemada, a tela y a hierbas secas fragantes.

Salgo y contemplo el incendio. Las llamas rugen a través del techo de paja, lanzando chispas al cielo nocturno como estrellas enfurecidas. Las ventanas estallan por el calor; los cristales explotan en fragmentos brillantes.

Retrocedo. Debo desaparecer antes de que alguien me relacione con esto.

Pero primero, presiono mi mano aún ardiente contra mi pecho, dejando que el dolor me atraviese y grabe este momento en mi memoria. —Haré que pagues por esto, Julia —susurro a las llamas rugientes—. No descansaré hasta que hayas sufrido.

El fuego me responde con un crujido rugiente, como sellando mi juramento.

Tendré venganza por Charlotte y por cada vida que Julia destruya jamás.

Me doy la vuelta y dejo la cabaña de Julia —ahora pira funeraria de Charlotte— ardiendo a mis espaldas.

La noche me traga entera, pero la rabia en mi corazón arde tan intensa como las llamas.



Vuelvo en mí con un jadeo, tambaleándome hacia atrás. Riley me sostiene antes de que caiga.

Aún siento el hambre de Julia y el sabor de la esencia de Charlotte. Aún siento la agonía en mi corazón cuando Rebecca encontró su cadáver.

Peor aún, la desesperación de Charlotte sigue ahí, oscura y asfixiante. Su hambre de magia, de libertad, de algo más allá de la jaula donde creció. Su disposición a morir antes que volver a ser impotente.

—He completado los huecos con el diario de Charlotte —dice Rebecca, bajando las manos. El resplandor se desvanece de sus palmas—. Ahora sabes qué es Julia.

Me tapo la boca, conteniendo las náuseas.

La forma en que Charlotte le suplicó ese momento de éxtasis me resulta demasiado familiar. Igual que yo supliqué en el bosque. Igual que abrí las piernas y le ofrecí todo, conociendo los peligros.

—Q-quizá fue un accidente —digo, con voz temblorosa.

—Quizá. Pero Charlotte murió creyendo que Julia la amaba, y Julia huyó. Desapareció tres años. Ni siquiera se quedó para cerrarle los ojos. Cuando finalmente regresó, jamás volvió a mencionar el nombre de Charlotte. Como si no hubiera ocurrido.

Mi pecho se oprime. —¿Crees que alguna vez le importó Charlotte?

—¿Importa? Lo que sintiera no fue suficiente para evitar vaciarla.

Mi respiración se acelera. La mujer que me tocó por todas partes anoche, que me hizo sentir querida y deseada, mató a alguien que la amaba y se marchó después.

Riley me coge las manos. —Vemos cómo la miras, Hannah. Si no te alejas pronto, te convertirás en otra Charlotte.

—Te lo hará a ti también —dice Rebecca—. Quizá no esta noche. Quizá no mañana. Pero, con el tiempo, no podrá contenerse. Es su naturaleza.

La vergüenza me quema. Tiene razón. Me ofrecí por completo a Julia anoche, le rogué que tomara lo que necesitaba, y casi me mata.

Arriba, una puerta cruje al abrirse.

Riley y yo nos estremecemos al oírlo. Rebecca sigue mirándome con esos ojos comprensivos e implacables mientras unos pasos retumban cerca, sobre nuestras cabezas.

Tengo la boca seca. Trago con dificultad. —No permitiré que eso ocurra —susurro.

Prefiero morir antes que rendirme a Julia otra vez. Prefiero que este hechizo nos mate a ambas antes que convertirme en otra de sus víctimas consumidas que creían que un monstruo se preocupaba por ellas.

La satisfacción brilla en el rostro de Rebecca. Riley se desploma, aliviada, y me aprieta la mano.

Pero la comprensión me golpea como una ola helada. Al mostrarme lo que le ocurrió a Charlotte, Rebecca se ha asegurado de que jamás me rendiré a Julia. Y sin rendirme, no podemos romper el hechizo vinculante.

Estamos atrapadas. Julia está vinculada a alguien que sabe exactamente de lo que es capaz y yo estoy vinculada a un monstruo que me drenará lentamente sin remordimientos. Ninguna cederá a la otra lo que necesita, pero tampoco podemos escapar.

Rebecca ha obtenido su venganza perfecta. Julia estará impotente, igual que Rebecca cuando encontró a Charlotte en la cama. Y yo soy el sacrificio atrapado en medio, destinada a consumirme sin importar lo que elija.

El hechizo vinculante pulsa tras mis costillas, acercándose al momento en que quede atrapada para siempre.

A menos que encuentre otra salida de esta pesadilla.

Tiene que haber una forma de romper este hechizo que no requiera confiar en una mujer que mata a quienes la aman. Tengo cuatro horas para descubrirla y no me rendiré hasta estar libre… o muerta.

19

Julia



EN EL MOMENTO EN que se cierra la puerta del cuarto de invitados, la magia de Elizabeth choca contra mí y me expulsa el aire de los pulmones. Mis muñecas se juntan de golpe como si estuvieran atadas por grilletes invisibles y me veo obligada a caer de rodillas sobre el suelo de madera. Mi magia arde bajo mi piel, buscando un punto débil en su ataque, pero por muy poderosa que me haya vuelto ese banquete, no soy rival para una bruja ancestral en su propio dominio.

—¿Te atreves a atacar a una invitada bajo mi techo? —dice Elizabeth con voz baja y peligrosa.

Lucho contra las ataduras, pero no hacen más que apretarse. ¡Qué humillante, estar de rodillas como una niña castigada! —Ella fue quien…

—No me importa lo que Rebecca te haya hecho. —Elizabeth camina a mi alrededor como un depredador, y de sus dedos brotan chispas verdes—. Hay leyes más antiguas que tu vendeta, Julia. Leyes de hospitalidad que incluso tú deberías respetar.

—Necesito que me digas cómo romper este hechizo. —Las palabras salen estranguladas—. Se me acaba el tiempo. *Y estar arrodillada en este maldito suelo no ayuda.*

—¿Crees que la tortura es la respuesta? —Elizabeth se detiene frente a mí, con sus ojos verdes llameantes—. ¿Crees que por hacerla sangrar vas a deshacer de algún modo lo que ha hecho?

—Vale la pena intentarlo.

—No, es desesperación disfrazada de estrategia. —Retrocede hacia un sillón orejero junto a la puerta y se deja caer en él—. ¿Quieres romper este hechizo? Muestra algo de remordimiento. Pídele perdón a Rebecca por lo que le hiciste a Charlotte e intenta encontrar alguna forma, en ese corazón negro que tienes, de compensarla. Quizá entonces tenga piedad de ti.

¿Remordimiento? Como si los sentimientos pudieran solucionar esto.

La miro con rabia. —Lo que pasó entre Charlotte y yo no es asunto tuyo.

—Se convirtió en asunto suyo cuando la vida de su hermana pequeña cayó en tus manos despiadadas —gruñe Elizabeth—. Ten algo de compasión, Julia.

Suelto una risa amarga. —Si tan solo eso fuera posible para alguien como yo.

Ella frunce el ceño, escrutando mi rostro. —¿De verdad crees eso de ti misma?

Enarco una ceja. ¿Me lo está preguntando en serio? He pasado mi vida alimentándome de otros, tomando lo que necesito para sobrevivir. He visto cuerpos desplomarse a mis pies y no he sentido más que satisfacción mientras su fuerza vital llenaba el vacío infinito de mi interior. —¿Qué otra cosa podría ser?

Elizabeth suspira, recostándose. Cruza las piernas bajo su elegante camisón negro y agita el pie calzado con una zapatilla. —Julia, este hechizo de vinculación está diseñado para obligarte a afrontar esa pregunta. Tienes que decidir qué eres.

—Las brujas sanguíneas no podemos decidir eso.

Ella me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada, forcejeando contra las ataduras invisibles. Mi magia pulsa de forma errática, intentando ayudarme a escapar, pero su maleficio es demasiado fuerte.

—Abandonaste a Hannah en cuanto creíste que eras libre. —Elizabeth inclina la cabeza—. ¿Por qué?

Me invade una oleada de náuseas, pero me las trago. No voy a sentirme culpable por elegir mi libertad. —Porque esa es mi naturaleza. Cojo lo que necesito y me marcho.

—¿Ah, sí? ¿O estabas huyendo de algo más? —Deja de agitar el pie—. ¿Quizá de lo que sentiste cuando ella se te entregó de forma tan absoluta?

El rostro me arde ante el recuerdo de Hannah tumbada bajo mi cuerpo, suplicándome, ofreciéndolo todo. Su forma de mirarme se parecía peligrosamente a la confianza. Abro la boca para defenderme, pero ¿qué puedo decir? ¿Que entré en pánico? ¿Que verla tan vulnerable, sabiendo que podría haberla matado, me aterrorizó?

En su lugar, digo con frialdad: —No sentí nada.

—¿De verdad? ¿Nada en absoluto cuando te ofreció su vida, su alma? —La voz de Elizabeth suena demasiado sapiente—. Por lo que intuyo sobre la naturaleza de estos banquetes, seguro que sentiste algo cuando ella se desmoronó bajo tu cuerpo…

Se me oprime el pecho. —Basta.

—Te importa.

Me mofo. —A una bruja sanguínea, por naturaleza, no le importa nada. De todos modos, Hannah no se entregará a un monstruo, lo que significa que romper este hechizo de vinculación es imposible a menos que encontremos un resquicio legal.

La risa de Elizabeth es suave y compasiva. —Realmente no entiendes tu propio poder, ¿verdad?

Flexiono los dedos, sintiendo una chispa de magia entre ellos. No tengo tiempo para esto. —Lo entiendo perfectamente. Dreno la vida para sobrevivir.

—¿Crees que la magia sanguínea consiste solo en quitar? —Elizabeth se inclina hacia delante—. Dime, Julia. En todos tus años alimentándote, ¿cuándo te has sentido más poderosa?

Me viene a la mente esta noche, después de alimentarme de Hannah. Y estaba Charlotte, por supuesto. Aquellos meses en los que nada podía detenerme.

Elizabeth parece saber lo que estoy pensando porque asiente. —¿Por qué persigues el poder entregado libremente cuando tienes la opción de robarlo?

Porque Hannah no me dejará matar, pienso, aunque sé que hay algo más. Alimentarme de Hannah es mucho más placentero en muchos sentidos.

—La magia sanguínea prospera gracias a la conexión —continúa Elizabeth—. En la intimidad genuina. La entrega voluntaria nacida de un sentimiento real es más poderosa que cualquier cosa que pudieras tomar por la fuerza.

—Eso no es…

—Charlotte no solo te ofreció su esencia. Te ofreció su corazón. Y tú también sentiste algo por ella, ¿verdad? Por eso era tan embriagadora.

El recuerdo amenaza con asfixiarme. El hermoso rostro de Charlotte mientras se desnudaba para mí por última vez.

Se suponía que ella sería diferente a todos los demás de quienes me había alimentado antes. Se ofreció voluntariamente, así que yo no *necesitaría* dejarla seca. Durante unos meses preciosos, pensé que podría ser algo más que un parásito. Quizá podría dar tanto como recibía.

—Estás tan segura de que no tienes redención.

—¿Acaso la tengo? —Intento reír, pero me sale un sonido estrangulado—. La maté, tal y como dijeron todos que haría.

—No todos.

—Los suficientes. No creas que he olvidado sus palabras. *Un fantasma hambriento, siempre alimentándose, nunca satisfecho. Un monstruo que destruye todo lo que toca.*

—Eras joven con Charlotte. Inexperta en asuntos del corazón y en tu oficio.

—Eso no excusa lo que hice.

Elizabeth arquea las cejas. —Así que sí sientes remordimiento.

No digo nada, reacia a ponerle nombre a este sentimiento.

Elizabeth agita la mano, liberándome de sus ataduras mágicas. Me froto las muñecas doloridas, aunque no tienen marcas.

—Dejarte sentir estas emociones te salvará de esta maldición, Julia.

Suspiro. —Si pretendes convencerme de que puedo superar mi naturaleza, te equivocas.

Elizabeth se pone en pie. —Entonces supongo que vas a darle la razón a Rebecca sobre ti.

—A menos que encontremos otra forma de romper el hechizo —la desafío, levantándome también—. ¿Seguro que has encontrado algo en el grimorio?

Me estudia durante un largo rato, con un ligero hundimiento de hombros, como si hubiera esperado que llegara a una conclusión diferente. —Recuerdo cuando te uniste a nosotras, Julia. 1866. Eras tan joven. Estabas tan furiosa.

—El mundo me dio motivos para estarlo. —Aún recuerdo la sensación de mi magia guiándome hacia el aquelarre tras la muerte de mi madre. Como si mi poder me protegiera llevándome ante las únicas mujeres que podrían mantenerme a salvo.

—A todas nos dio motivos. —La mirada de Elizabeth se vuelve distante—. No sé qué habría sido de mí si no os hubiera conocido a todas. Sola con mi poder, haciendo brotar las plantas, tachada de bicho raro.

Me mofo. —Sé exactamente lo que te habría pasado. Habrías tenido el mismo destino que mi madre.

—Ninguna de nosotras se arrepintió nunca de ayudarte a vengarte de aquellos hombres, Julia. Para eso están las hermanas.

Casi sonrío ante el recuerdo. Su miedo, sus gritos…, el primer indicio de que mi vida estaba a punto de cambiar ahora que había encontrado a mis hermanas.

—Las demás te han echado de menos —añade Elizabeth, observándome de cerca—. Sé que les encantará volver a verte, si decides quedarte por aquí.

Sé lo que está haciendo, intentando que recuerde los primeros días de nuestra hermandad antes de que surgiera esta brecha entre Rebecca y yo. Intentando que sienta algo. Pero eso no me ayudará a salir de este lío.

—¿Has encontrado algún hechizo de desvinculación o no? —pregunto bruscamente.

Me estudia un momento más y luego suspira. —Puede que sí. Dos caminos posibles, de hecho.

Su expresión seria no revela lo buenas o malas que son estas opciones.

El pecho se me oprime con una esperanza desesperada.

—¿Entonces por qué seguimos aquí paradas? —No puedo evitar el tono cortante en mi voz.

—Son peligrosos y no son las soluciones que quería encontrar. Es más seguro romper el hechizo de la forma en que Rebecca planeó en lugar de intentar buscar un resquicio, Julia.

—Intenté romper el hechizo como Rebecca había planeado y no funcionó —digo entre dientes—. Un resquicio es lo único que nos queda.

Me estudia, luego gira los hombros y se alisa el camisón como para recomponerse. —Reúnete conmigo en el salón. Iré a por el grimorio.

Abre la puerta y sale de la habitación, y yo me quedo allí parada un momento en el pesado silencio.

El cuarto de invitados se siente vacío. Mi reflejo me devuelve la mirada desde la ventana oscurecida: una mujer que no ha envejecido en un siglo, permanentemente inmutable.

Aparto la vista.

Las palabras de Elizabeth resuenan en mi cabeza. *Te importa.*

Ridículo. Incluso si pudiera importarme, no puedo permitírmelo. No después de haber demostrado de lo que soy capaz.

¿Cree que solo era joven e inexperta? Ja. Me había estado alimentando el tiempo suficiente como para saber qué hacía. Simplemente no pude parar. En aquel momento, con Charlotte entregándomelo todo, me sentí lo suficientemente poderosa como para trascender mi naturaleza.

Y luego ella se fue, y yo fui exactamente lo que todo el mundo siempre dijo que era. Exactamente lo que siempre he sabido que soy.

Cuadro los hombros y salgo de la habitación, siguiendo el murmullo de voces hacia el vestíbulo.

Bajo la escalera curva, donde las demás están amontonadas como conspiradoras. Hannah está de espaldas a mí, con la tensión marcada en su postura. Riley tiene una mano protectora sobre su brazo.

El impulso de separarlas es tan fuerte que me tiemblan los dedos. Hannah ya no es suya. Hannah me ha alimentado, se ha entregado a mí, se ha abierto para mí, ¿y qué ha hecho Riley? ¿Romperle el corazón?

Al acercarme, se ven hilos brillantes en las mejillas de Rebecca. Lágrimas. El estómago me da un vuelco nauseabundo.

—¿Una charla agradable? —pregunto.

Hannah se da la vuelta, y la mirada de sus ojos —miedo, asco, traición— me expulsa el aire de los pulmones.

He visto esa mirada en incontables rostros. Nunca me ha importado, y no debería importarme ahora.

Pero me importa. Ella sabe lo que hice.

Por supuesto que lo sabe. Rebecca nunca perdería una oportunidad de poner a Hannah en mi contra. De asegurarse de que Hannah nunca confíe en mí lo suficiente como para romper este hechizo.

Lo retorcido es que Rebecca no se equivoca. Hannah debería temerme. Debería odiarme.

Pero ahora que ve la verdad, soy incapaz de sostenerle la mirada.

—Hannah, sígueme —digo, con voz plana y sin emociones a pesar de la tormenta que ruge en mi interior.

Riley se coloca protectoramente delante de ella. —*No* voy a dejarte a solas con ella para que la dejes seca.

Ignoro la punzada en mi interior y suspiro. Más allá de ellas, a través de las puertas abiertas del salón, el reloj de pie marca más de las tres. Se nos acaba el tiempo.

—Riley —dice Hannah en voz baja—. No me matará. Estamos vinculadas.

—Eso no significa que no vaya a hacerte daño —gruñe Riley.

Qué valor tiene, actuando de forma protectora después de haberle destrozado el corazón a Hannah.

—No estoy aquí para hacerle daño —digo entre dientes—. Ahora quítate de en medio y deja de hacernos perder el tiempo.

Riley aprieta los puños, negándose a moverse.

—Yo estaré con ellas, querida —dice Elizabeth desde arriba, y todas nos giramos para verla bajar las escaleras con un gran grimorio encuadernado en cuero apoyado en la cadera—. Rebecca, Riley, dadnos espacio.

Riley se yergue más. —Pero…

Rebecca le toca el hombro y mantienen una conversación sin palabras llena de miradas duras y cejas arqueadas. Riley parece desesperada, sus ojos se empañan.

Elizabeth pasa por en medio de nosotras, obligándonos a todas a retroceder un paso, y entra en el salón. Les lanzo a Rebecca y Riley una última mirada de desprecio antes de seguirla.

Se escuchan siseos a mi espalda y, un momento después, Hannah entra apresuradamente, dejando a las otras dos fuera.

Muevo la mano para cerrar las puertas de golpe, encerrándome en el salón con Hannah y Elizabeth.

La frustración se enrosca en mi interior. No sé qué pensaba Elizabeth que estaba haciendo, intentando convencerme de que no soy un monstruo. El hecho no es discutible. Yo lo sé, ella lo sabe y Hannah lo sabe, y mientras eso sea cierto, Hannah nunca se va a entregar a mí tan plenamente como requiere el hechizo. Necesitamos un plan que no implique pedirle a nadie que confíe en mí.

Es hora de descubrir qué tiene que decir un grimorio ancestral sobre cómo romper maldiciones.

20

Hannah



ME QUEDO DE PIE junto a la puerta del salón, abrazándome a mí misma, incapaz de mirar a Julia. El hechizo de vinculación tira de mi pecho, exigiéndome que me acerque, pero me mantengo atrás.

El reloj de pie sigue con su tictac y el fuego agonizante chisporrotea, perdiendo su calor.

Elizabeth está sentada en un sillón orejero, y la habitación está tan silenciosa que el crujido de la tela bajo su peso suena con fuerza. Abre el grimorio y sus páginas antiguas crujen. —He encontrado dos posibles soluciones para su dilema que no implican la rendición total.

Mi corazón late más rápido. —¿De verdad?

—La primera es un ritual de separación —dijo, deslizando el dedo por la página—. Tendríamos que llevar a Hannah lo más lejos posible mientras realizamos hechizos de protección en ambas para ayudarlas a soportar la resistencia del vínculo. Si logran aguantar el dolor el tiempo suficiente, la atadura acabará rompiéndose por la tensión.

Una sensación gélida me recorre. —Oh. Eso suena…

Miro de reojo a Julia, recordando la agonía de estar separada de ella cuando fui al bosque. La idea de someternos deliberadamente a esa tortura —y a algo *peor*— hace que se me encoja el estómago.

—¿Cuánto tiempo tendríamos que estar separadas? —pregunta Julia.

—Para siempre. —El tono de Elizabeth sugiere que ella tampoco es muy optimista respecto a esta opción—. Necesitarán apoyo para los efectos secundarios durante varias semanas, así que ambas tendrán que vivir con brujas hasta que el dolor remita.

—¿Estaríamos sufriendo dolor durante *semanas*? —pregunto con voz chillona.

—Como he dicho… —Mira con severidad a Julia—. Estas soluciones son más complicadas que…

Gira bruscamente la mirada hacia la puerta del salón, con las aletas de la nariz dilatadas. Julia también mira, frunciendo el ceño.

Miro por encima del hombro hacia allí, pero no veo nada.

Elizabeth mueve la mano y la puerta se abre de par en par, revelando a Riley de pie, con los ojos muy abiertos y el aspecto inconfundible de alguien a quien han pillado escuchando a escondidas.

Mira por encima del hombro antes de entrar rápidamente y cerrar la puerta tras de sí. —Si intentáis el ritual de separación, me quedaré con Hannah para protegerla —dice sin pizca de vergüenza.

No me pasa desapercibido que Julia se pone rígida. Aprieta los puños y unos hilos de magia oscura serpentean desde sus dedos. —Eso no es necesario —dice entre dientes.

Riley levanta la barbilla con aire desafiante. —Hannah no debería pasar por eso sola.

—No estará sola. Tendrá la protección del aquelarre.

Mi mirada va de una a otra como en un partido de tenis. Esto se está caldeando por momentos. ¿A Julia no le gusta la idea de que Riley me proteja y me consuele o…?

—De todas formas, no quiero hacer eso. —Cruzo los brazos y desvío la mirada hacia el fuego mortecino—. Suena…

—Atroz —termina Julia.

Se produce un silencio. Ahora es el turno de Riley de mirarnos a ambas como si fuera un partido de tenis.

Riley se acerca a mí. —Pero si eso significa que serás libre de *ella*… —Lanza una mirada de desprecio a Julia—. Tienes que

intentarlo, ¿verdad?

Los dedos de Julia acarician el aire, como si estuviera lista para lanzar a Riley al otro lado de la habitación.

—Hay otra opción —interviene Elizabeth antes de que la situación escale. Su mirada de complicidad sugiere que es muy consciente de la tensión que chisporrotea entre nosotras—. Es más compleja, pero menos dolorosa.

—¿De qué se trata? —pregunto.

—Un ritual de redirección. Los hechizos siguen la Regla de Tres: pueden fortalecerse o debilitarse formando un triángulo mágico. —Elizabeth traza un triángulo en el aire con el dedo—. Si podemos vincularlas temporalmente a las dos con una tercera persona, el vínculo original se vuelve inestable. Piensen en ello como si distribuyéramos la carga mágica a través de múltiples puntos de conexión hasta que la tensión haga que todas las ataduras se rompan.

Julia abre mucho los ojos. —Claro —susurra.

—El ritual requeriría a alguien cercano a Hannah —explica Elizabeth—. Y esa persona tendría que entregarse a Julia de la misma manera que lo hizo Hannah.

Doy un paso atrás. —¿Que tienen que hacer *qué*?

Julia mira a Elizabeth en un silencio estupefacto.

Otro festín. Otra persona postrada bajo Julia, ofreciendo su esencia mientras yo me quedo mirando. Se me revuelve el estómago al imaginar lo que podría pasar si Julia no es capaz de dejar de alimentarse.

Gesticulo sin palabras durante un momento antes de lograr hablar. —Cuando dice *de la misma manera*, ¿se refiere a…?

—¡Yo lo haré! —dice Riley, y ya está dando un paso al frente.

—Riley, no. —Le agarro la muñeca—. No entiendes lo que estás aceptando.

Su piel está ardiendo por la fiebre y juraría que puedo sentir su magia zumbando bajo ella.

Aprieta la mandíbula, mostrándose tan fuerte y decidida como siempre. Esta es la Riley que nunca retrocede ante un desafío; la

Riley que en el campo de fútbol chuta a puerta y no teme lastimarse.

—Si significa salvarte de estar vinculada a una bruja de sangre para siempre, vale la pena.

Niego con la cabeza con vehemencia. No puedo permitir bajo ningún concepto que Riley se convierta en una de las víctimas de Julia.

—Estoy dispuesta a intentarlo si ella lo está —dice Julia con naturalidad, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones.

La miro bruscamente.

Hay un brillo de hambre en sus ojos que no me gusta. ¿Está deseando alimentarse de otra víctima o se trata de la posibilidad de alimentarse de la descendiente de Rebecca?

—Julia, si le haces daño… —gruño.

—Hacerle daño no ayudará —dice Elizabeth—. La necesita viva si quiere que el ritual funcione.

Se produce un silencio pesado. Se me acelera la respiración mientras el pecho se me oprime por el pánico.

—¿Estás segura de esto? —le pregunto a Riley—. Podemos buscar a otra persona. No tienes por qué ser tú.

La mirada de Riley recorre mi cuello y mis hombros, sin duda catalogando cada marca que Julia me ha dejado esta noche. El fuego de color rojizo dorado en sus ojos brilla con más intensidad que nunca. —No tenemos tiempo para buscar a otra persona. Además, puedo con esto. Te rompí el corazón por lo que soy, así que déjame hacer esta única cosa valiente por ti, Hannah.

Doy una pequeña vuelta, frotándome la cara como si pudiera asfixiarme y hacer que todo esto desapareciera.

¿Qué más se supone que debemos hacer? Rendirnos no funcionó, la tortura de la separación probablemente nos mataría… y tenemos a una voluntaria aquí mismo, lista para probar un ritual de redirección.

Elizabeth se levanta de su silla. —Al santuario.

Antes de que pueda protestar, hace un movimiento con la mano y la estantería retumba. Lentamente se desliza hacia un lado y revela un pasadizo de piedra arqueado. Ella cruza y desciende,

desapareciendo de la vista. Riley me hace señas para que pase delante y le lanza una mirada fulminante a Julia. Obedezco, apoyo una mano en la fría pared de piedra y bajo a una cámara húmeda que huele a salvia quemada. Ella y Julia me siguen.

El techo tiene forma de cúpula, como una cueva, y reluce con vetas verdes. Hay símbolos grabados en las paredes a la altura de los ojos por todo el perímetro y el fondo está lleno de estanterías de madera cubiertas de velas negras, piedras preciosas, libros encuadernados en cuero y frascos con ingredientes naturales como huesos y hierbas. Me froto los brazos; siento la piel erizada por una carga estática.

La estantería retumba al cerrarse sobre la salida y nos deja encerradas dentro. La tenue luz de las parpadeantes velas negras y las vetas verdes nos envuelve a todas en un resplandor inquietante.

—Riley, traiga las velas —dice Elizabeth, dejando el grimorio sobre una mesa de madera—. Julia, ayúdeme a dibujar el pentáculo.

Observo con el pulso acelerado cómo las brujas preparan el espacio: dibujan un pentáculo en el suelo de piedra con una especie de arena o ceniza y colocan velas en tres puntos. Sus llamas bailan con más fuerza y proyectan sombras retorcidas en las paredes.

Siguiendo las instrucciones de Elizabeth, me coloco junto a una vela, Riley junto a otra y Julia junto a la tercera, todas a una distancia de un brazo. Me sudan las palmas de las manos.

Así que voy a tener que ver cómo la mujer que me rompió el corazón se ofrece a la bruja que me ha hecho vivir los momentos más íntimos de mi vida. Y de alguna manera tengo que aceptarlo, a pesar de que sé de lo que esa bruja es capaz.

—Cada una debe hacer exactamente lo que yo ordene —Elizabeth consulta el grimorio—. Hannah, tiene que quedarse perfectamente quieta para anclar sus vínculos existentes con Julia y Riley. Julia…, tendrá que alimentarse de Riley mientras mantiene su vínculo con Hannah. El triángulo amplificará su poder, pero debe tener cuidado de no tomar demasiado.

Julia inclina la barbilla con un brillo perverso en los ojos.

Maldita sea, ¿*poder amplificado*?

Riley se encuentra con mi mirada a través del triángulo. —Todo va a salir bien. Puedo con esto.

Quizá, pienso, *pero no estoy segura de si yo podré.*

En primer lugar, no estoy convencida de que Julia no vaya a dejarla seca. Riley es descendiente de Rebecca, y todos sabemos lo que siente por ella. La pregunta es: ¿odia tanto a Rebecca como para sabotear este ritual y cobrarse su venganza? ¿O acatará las órdenes de Elizabeth y dejará de alimentarse antes de matar a Riley?

Y luego está lo otro: mientras estoy aquí de pie viendo cómo Julia se prepara para tocar a Riley de la misma manera que me tocó a mí, una furia ardiente surge en mi interior.

Aprieto la mandíbula al ver cómo la mirada de Julia recorre el cuerpo de Riley. Son los mismos ojos que me miraron con deseo en el bosque, y ahora están fijos en Riley como si yo ni siquiera existiera.

Y Riley… La piel que he besado por todas partes está a punto de ser reclamada por otra persona. Otra persona está a punto de tocarla, de desvestirla, de hacerla sentir placer.

Riley se yergue, desafiando a Julia con la mirada. —Mi palabra de seguridad es «veneno».

—¿Palabra de seguridad? —pregunta Julia.

—Sí. En cuanto oiga la palabra, se detiene de inmediato. ¿Entendido?

Julia se ríe entre dientes. —No querrá que me detenga, cielo.

—Si digo «veneno», se detiene —repite Riley con firmeza.

—Está bien, entonces.

Se produce una pausa.

—¿Alguna otra condición? —pregunta Elizabeth.

Riley niega con la cabeza.

—¿Está lista para rendirse? —pregunta Elizabeth.

Riley asiente. Ni siquiera duda.

—Julia, ¿está lista para alimentarse?

El labio de Julia se curva.

—Pueden empezar —dice Elizabeth—. Permanezcan dentro del pentáculo.

Se acercan la una a la otra.

Se me retuerce el estómago y tengo que bloquear las rodillas para no moverme. El hechizo de vinculación tira de mi pecho, queriendo estar más cerca.

La mirada de Julia recorre el cuerpo de Riley; es la misma evaluación hambrienta que me hizo en el bosque. Esos ojos penetrantes recorren la clavícula de Riley, la curva de su cuello, el rápido subir y bajar de su pecho.

Sé exactamente lo que Julia ve. He besado cada centímetro de esa piel en mi cama, en su coche, contra el mostrador de mi cocina… He saboreado el lugar donde el hombro de Riley se une a su garganta y he sentido su pulso acelerarse bajo mis labios.

Y ahora Julia va a poner su boca allí y a arrancarle sonidos que solo se supone que yo debo arrancarle.

Se me clavan las uñas en las palmas de las manos. La vela que tengo al lado arde con más fuerza, tal vez respondiendo a mi agitación.

—Hannah —la advertencia de Elizabeth es suave pero firme—. Quédese quieta. Cualquier interrupción podría desestabilizar el triángulo.

Me obligo a respirar. A mirar.

Julia alarga la mano lentamente —se está deleitando, la perra— y acuna la cara de Riley con ambas manos. Sus dedos parecen pálidos y fantasmales bajo la extraña iluminación.

A Riley se le corta la respiración, igual que me pasó a mí.

—Mírame —murmura Julia, y los ojos de Riley se clavan en los suyos.

He oído esa voz antes, aterciopelada y autoritaria. La voz que me hizo querer entregarlo todo.

Riley se inclina hacia delante, atraída por el magnetismo de Julia.

Algo ardiente y feroz se despliega en mi pecho.

Sabiendo lo que Julia le hizo a Charlotte y habiendo experimentado lo que Riley está a punto de sentir, no puedo soportar esto.

Pero, ¿es de Julia de quien tengo celos o de Riley? ¿En el lugar de quién quiero estar?

Julia sostiene el rostro de Riley, tal como hizo conmigo. Las pupilas de Riley se dilatan cuando Julia comienza el encantamiento.

—*Tua essentia mea fit…* —Las palabras en latín fluyen de sus labios, profundas y seductoras.

La espalda de Riley se arquea, sus labios se entreabren y un suave sonido escapa de su garganta, como un placer reacio. Es el mismo sonido que hice yo la primera vez que Julia se alimentó de mí. Sé precisamente lo que está sintiendo Riley mientras el primer roce del poder de Julia se desliza bajo su piel.

El calor me inunda las mejillas. Ese era el aspecto que yo tenía, ¿verdad? Desesperada y anhelante, completamente bajo el hechizo de Julia.

Los dedos de Julia se oscurecen mientras desabrocha la capa con capucha de Riley y deja que caiga al suelo. Debajo, el top sin mangas de Riley muestra los músculos fibrosos de sus hombros y brazos.

Brazos que he sujetado, hombros que he besado, piel que he lamido.

Tengo que mirar, inmóvil, cómo las manos de Julia recorren su piel desnuda, aumentando los puntos de contacto. Unos hilos oscuros de magia fluyen tras sus dedos y forman patrones arremolinados y fascinantes, algo que nunca noté cuando estaba perdida en las sensaciones.

—Oh —jadea Riley—. Esto es tan…

Echa la cabeza hacia atrás. Sus labios se separan. Sus pupilas se dilatan hasta que sus ojos son casi negros.

Este es el momento en que la magia de Julia deja de sentirse como una invasión y empieza a sentirse como lo único que has deseado en la vida.

Me tiemblan las manos. Quiero ser yo quien haga jadear así a Riley. O quiero ser Riley, sintiendo lo que ella siente. O quizá simplemente quiero que Julia deje de tocar a cualquier persona que no sea yo.

Dios, me estoy volviendo loca.

Las velas arden con más intensidad. Las vetas verdes del techo palpitan. En el santuario se acumula el poder como una tormenta

inminente. La parte de mí que está vinculada a Julia reconoce su magia, y esta se expande en mi interior.

Se me acelera el pulso. Ver a Julia alimentarse no debería hacer que mi centro se contrajera de deseo. No debería hacerme recordar cómo se sentían esas manos en mi cuerpo ni cómo sonaba su voz mientras ronroneaba en mi oído.

El pecho de Riley sube y baja con fuerza. Agarra las muñecas de Julia, no para apartarla, sino para acercarla más. Una magia naranja brilla bajo su piel, como fuego latiendo por sus venas.

Los dedos y los ojos de Julia se oscurecen, y Riley tiembla bajo su tacto.

Lo único que quiero es apartar a Riley y ocupar su lugar.

La comprensión me golpea como un puñetazo en el estómago y me deja sin aliento.

Es de Riley de quien tengo celos. Es a Julia a quien quiero.

¿Esa forma en que miraba a Riley? Esa es *mi* mirada. Sus dedos, su boca, su lengua… son todos míos.

Dios, ¿qué me está pasando? Julia me está convirtiendo en alguien a quien no reconozco. Alguien que ansía el peligro, que es adicta al borde entre el placer y la destrucción. ¿Es esto lo que le pasó a Charlotte? ¿Acaso mi vida está condenada a terminar de la misma manera?

Las manos de Julia buscan ahora el dobladillo de la camiseta de Riley.

No. No, no puede…

Tira hacia arriba y Riley levanta los brazos, dejando que Julia le quite la camiseta por la cabeza y la arroje a un lado.

Mi visión se tiñe de rojo en los bordes. Las náuseas suben por mi interior.

Riley lleva su sujetador de encaje blanco; el mismo que yo he acariciado, desabrochado y dejado amontonado en el suelo de mi habitación.

Le coge las manos a Julia y las guía por su abdomen desnudo, sus costillas, su pecho. Como si *quisiera* esto. Como si estuviera desafiando a Julia a seguir, a tomar más.

Julia sisea cuando el contacto aumenta. Desliza una mano por la nuca de Riley, inclinándose como para besarla…, pero no es un beso, y yo lo sé. Está arrebatándole el aliento, tal como hicimos en el balcón de Maya. Los ojos de Riley se cierran con algo que se parece demasiado al éxtasis.

Me arde el pecho. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que el dolor me recorre las sienes.

Esto no está bien. Soy la única a quien Julia debería tocar de esa manera.

El triángulo lo amplifica todo. Puedo sentir el placer de Riley en el bajo vientre, incluso noto que su fuerza vital fluye hacia Julia como una brisa que pasara sobre mi piel. Y bajo todo eso, el hambre de Julia se intensifica, un dolor profundo que se niega a ser satisfecho.

La habitación palpita, una onda que me atraviesa por completo. Las velas chisporrotean y arden salvajemente, y aparecen grietas en el pentáculo a nuestros pies.

Julia hace girar a Riley y presiona su pecho contra la espalda de ella. Sus manos vagan: una rodeando el pecho de Riley a través del encaje; la otra, deslizándose por su abdomen. La cabeza de Riley cae hacia atrás sobre el hombro de Julia, con respiraciones superficiales.

—Por favor —gime Riley, la misma súplica desesperada que yo hice en el bosque.

La boca de Julia busca la curva del cuello de Riley y roza con sus labios arriba y abajo por la piel sensible. —¿Qué es lo que quiere? —susurra.

—Tóqueme. La quiero dentro de mí.

No. Ni hablar.

—Julia —digo a modo de advertencia.

Pero su agarre sobre Riley se estrecha, y el encantamiento se vuelve brusco y desesperado. Las sombras en sus dedos se extienden, trepando por sus muñecas y antebrazos como la caída de la noche. La oscuridad alrededor de sus ojos se funde con el blanco como tinta derramada.

Algo va mal. Nunca la he visto así. El pentáculo, el ritual de redirección… está haciendo que el festín sea demasiado intenso.

Riley agarra la muñeca de Julia y guía su mano hacia la cintura de sus pantalones. —Por favor, necesito…

Se me detiene el corazón. Así es como empezó con Charlotte. La adicción, la necesidad desesperada de seguir alimentándose incluso cuando las cosas van mal. Y Julia, borracha de poder, no puede evitar tomar demasiado.

Los dedos de Julia se deslizan dentro de los vaqueros de Riley, haciendo que sus piernas tiemblen.

—Oh, Dios… —gime Riley, mientras se le doblan un poco las rodillas.

—Julia, ya es suficiente —digo en voz alta.

El rostro de Riley se vuelve ceniciento y la magia de fuego bajo su piel parpadea. Sus rodillas fallan, pero Julia la mantiene erguida, apretando sus cuerpos mientras continúa alimentándose. La cabeza de Riley cae hacia atrás y la boca de Julia se cierne sobre su cuello.

Miro desesperada a Elizabeth, que se levanta bruscamente de su silla, con la mirada fija en ellas. —Julia, para —dice.

Esto no me da buena espina. La magia es demasiado caótica, demasiado hambrienta. En lugar de debilitar nuestro vínculo, está haciendo que el poder de Julia se descontrole.

—¡Julia! —grito.

Ella me mira y se me corta la respiración. No hay reconocimiento en sus ojos. Solo el hambre vacía de un depredador que ha encontrado una presa.

Riley se queda lacia en sus brazos, con la piel grisácea y cerosa. Se está muriendo y Julia no puede parar.

—¡No! —La palabra sale de mí como un desgarro.

Me lanzo hacia delante, abandonando el plan, y el primer paso es suficiente para romper algo. La vela que tengo al lado explota en una lluvia de cera y llamas negras.

Elizabeth grita algo que no puedo oír debido al zumbido en mis oídos.

El hechizo grita en mi pecho, un espasmo que casi me hace caer de rodillas. Lo ignoro y me lanzo a través del pentáculo.

La magia me azota al cruzar las líneas dibujadas, como si corriera entre alambres de espino. Unas punzadas ardientes de dolor hacen

que me queme la piel y me duelan los huesos.

No me importa. No puedo ver morir a Riley y no puedo ver a Julia perderse en su hambre como hizo con Charlotte.

Y entre esas dos cosas se esconde la amarga verdad: no puedo ver a Julia tocar a otra persona de esa manera.

Ella es mía.

El pensamiento me atraviesa con absoluta certeza mientras agarro las muñecas de Julia e intento apartar sus manos.

En el momento en que la toco, su magia me golpea violentamente.

Si pensaba que el festín en el bosque había sido duro, no era nada comparado con esto. Una marea de poder y hambre se estrella contra mí, directo a mi centro, inundando mi sistema con una energía oscura y embriagadora.

Mi espalda se arquea. Mi visión se distorsiona. El placer y el dolor se vuelven indistinguibles mientras la magia de Julia se vierte en mí, amplificada por el ritual roto en algo catastrófico.

Estoy ardiendo. Congelándome. Desmoronándome.

—¡Hannah! —grita Elizabeth, con su voz lejana.

Me convulsiono y caigo de rodillas, pero me niego a soltar a Julia.

A través de la bruma, los ojos de Julia se clavan en los míos. Sigue aferrada a Riley, pero está congelada, respirando con dificultad. Las sombras alrededor de sus ojos se extienden como venas oscuras, como si el poder la estuviera consumiendo desde dentro.

—Julia —susurro—. Por favor, para.

21

Julia



EN CUANTO LOS DEDOS de Hannah se cierran alrededor de mis muñecas, la esencia de Riley se disuelve en mis venas. En su lugar irrumpe la familiar dulzura de Hannah, inundando mi sistema y llenando los huecos de mi alma que ni siquiera sabía que existían hasta que ella los talló. La diferencia hace que se me corte la respiración.

Mi magia ruge, cambiando de foco, exigiendo que siga tomando lo que es mío hasta que no quede nada.

Engullo su esencia, desesperada por ella.

—Julia —susurra ella, con la voz distante y distorsionada a través de la bruma—. Por favor, para.

La magia que se vierte a través de mí está lejos de estar controlada. El pentagrama la ha convertido en un torrente. El latido del corazón de Hannah ratea, su respiración sale en breves jadeos; su fuerza vital se drena demasiado rápido.

Un pensamiento diminuto y débil se forma en el fondo de mi mente: *La estoy matando.*

Con un jadeo que me hace sentir como si saliera a la superficie tras estar a punto de ahogarme, tiro hacia atrás con fuerza para romper el contacto tanto con ella como con Riley.

La pérdida es agonizante. Mi magia grita en señal de protesta, arañando mis entrañas, exigiendo que vuelva a buscarla. Unos zarcillos oscuros trepan por mis brazos, vivos y retorciéndose bajo mi piel, y aprieto los puños para sofocarlos.

Riley se desploma contra el suelo como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. El sonido de su cuerpo golpeando la piedra me hace estremecer.

El pentagrama se dispersa como si lo hubiera atrapado un viento violento. Las velas se apagan, sumiendo el santuario de nuevo en el inquietante resplandor verde del techo.

Alguien respira con jadeos roncos y desesperados. Tardo un momento en darme cuenta de que soy yo.

—Maldita sea —sisea Elizabeth, ya al lado de Riley. Su compostura se ha quebrado y hay miedo en sus ojos mientras cae de rodillas y pone a Riley boca arriba.

Y, a pesar de todo, el hechizo de vinculación pulsa tan fuerte como siempre. Sigue intacto. Sigue siendo inquebrantable.

Otro intento fallido.

Hannah gatea por el suelo hacia Riley, con las manos temblando tanto que apenas puede comprobar si tiene pulso. —Oh, Dios… Riley, ¿puedes oírme?

Se me cierra la garganta. Me doy la vuelta, tomando aire profundamente, intentando comprender lo que estoy sintiendo.

No esperaba que el sabor de Riley fuera tan agonizantemente familiar. Sabía que descendía de Rebecca, pero lo que no preví fue a *Charlotte*.

La conexión de sangre entre ellas era más de lo que estaba preparada para asimilar.

Durante un horrible y perfecto momento, recuperé a Charlotte. Y el hambre que surgió como respuesta fue algo que no pude controlar, ese monstruo interior que devora y nunca suelta.

Pensé que podría llevar a Riley al borde de la muerte para que Rebecca lamentara a qué nos llevó su hechizo, pero no esperaba que el sabor de Charlotte inundara mis venas después de todo este tiempo. No esperaba que su fantasma emergiera para arrastrarme al fondo.

Me yergo y me aliso el pelo, recobrando la compostura.

Pero ver el pánico de Hannah mientras acuna el rostro de Riley hace que me invada una intensa vergüenza.

¿En qué estaba pensando? Dios, si Hannah no hubiera…

Se me revuelve el estómago.

Habría matado a Riley para despechar a Rebecca y habría destruido mi única oportunidad de libertad. Hannah me habría visto demostrar cada cosa terrible que se ha dicho de mí, y yo quedaría ligada para siempre a alguien que me desprecia tanto como Rebecca.

Si es que no lo hace ya.

Estúpida. Casi lo sacrifico todo.

Los dedos de Hannah revolotean sobre el rostro y el cuello de Riley, buscando señales de vida con esa compasión inagotable que no ha dejado de mostrar en toda la noche.

Se me encoge el pecho.

Se merece algo mucho mejor que estar atada a mí.

—Está viva, pero por poco —dice Elizabeth, con la voz tensa de furia—. Quédense las dos aquí. Se la llevaré a Rebecca.

Se me da un vuelco el corazón. —¿A Rebecca?

Me lanza una mirada que podría marchitar un árbol. Se enterará de lo que ha hecho aquí tarde o temprano, y mejor que sea ahora, cuando Riley aún puede sobrevivir a esto.

Como de costumbre, me doy cuenta de las consecuencias de mis actos demasiado tarde. La idea de que Rebecca vea lo que he hecho me hiela la sangre. Esto sin duda la hará creer que un sueño maldito y un hechizo de vinculación son actos de misericordia comparados con lo que me merezco.

—¿Entonces…, entonces *vivirá*? —pregunta Hannah desde el suelo, sin aliento.

—Vivirá. Está en buenas manos —murmura Elizabeth antes de recitar un conjuro y hacer que la figura de Riley se eleve sobre una camilla invisible—. Guía a Riley fuera del santuario, no sin antes lanzarme una última mirada fulminante.

A lo lejos, la estantería retumba al apartarse, y las puertas del salón se abren y se cierran de golpe, dejándonos a Hannah y a mí

solas en el silencio asfixiante.

Hannah se pone en pie, con los puños cerrados y el pecho agitado. La furia en sus ojos arde con tal intensidad que duele mirarla.

—¿Qué… ha sido… eso? —pregunta entre dientes.

—Estaba intentando romper el hechizo de vinculación. No es culpa mía que el ritual requiriera que me alimentara de una Cooper.

—Sí, se ve que tienes debilidad por ellas —escupe Hannah. Le sube el color a las mejillas y aparta la mirada, parpadeando rápido.

Me quedo mirando su perfil y sus hombros rígidos. ¿Es eso lo que piensa? ¿Que Riley significaba algo para mí más allá del ritual? —Riley era *tu* amante, hasta donde yo sé.

Hannah suelta una carcajada histérica. —He salido con una Cooper, Julia, pero no he dejado seca a ninguna. No he dejado muerta a ninguna. Dios, de verdad eres…

Me acerco. —¿Soy *qué*?

Hannah cierra la boca y retrocede un paso, quedándose callada de repente.

—¿Un monstruo? —sugiero yo—. ¿Una abominación? Cualquier palabra que tengas, te aseguro que ya la he oído antes.

—Me dejaste inconsciente en el bosque —gruñe ella.

—Con mi capa para que no pasaras frío.

Ella pone los ojos en blanco. —Oh, bueno, eso lo arregla todo entonces. Una capa. Qué detalle.

—También te encendí un fuego.

—¿Quieres una medalla al honor por no haberme asesinado?

Aprieto los puños. —Sabes exactamente quién soy, señorita Schmidt. No te hagas la sorprendida.

—¿Ah, sí? —Su voz es de una calma mortal—. Háblame de Charlotte.

Se me aprieta la garganta. No deseo revivir ese recuerdo, y menos ahora mismo. —No es el momento…

—Cuéntamelo. —Sus manos también se cierran en puños—. Quiero oírtelo a ti.

Podría mentir. Inventar algún relato que me hiciera parecer menos terrible. Pero el hielo en sus ojos me dice que ya conoce cada detalle

agonizante. Y se merece la verdad, después de lo que ha presenciado.

Así que doy un paso hacia ella, invocando mi magia para dejar que lo vea por sí misma.

Recurrir a ese recuerdo es físicamente doloroso. Aprieto los dientes para resistirlo, con los ojos escociéndome y la garganta cerrándose.

Nunca le he mostrado a nadie lo que pasó. Ese momento solo ha vivido en mis pesadillas.

La mirada de Hannah baja a mis palmas brillantes. El reconocimiento cruza sus ojos y aprieta la mandíbula antes de dar un paso para encontrarse conmigo.

Le pongo las manos en las sienes y se lo muestro.

22

Hannah



VEO A TRAVÉS DE los ojos de Julia, con un desenfreno en el corazón, ebria de un poder que aún aprendo a controlar. Y debajo de mí, retorciéndose en mi cama, está mi bella Charlotte.

Han sido seis meses alimentándome de ella, y conozco su esencia como sé mi propio nombre. Conozco el sabor a miel de su piel, el tono de sus gritos cuando la toco justo así, cómo tiembla al borde del éxtasis, el destello en sus ojos cuando me mira como si fuera divina en lugar de maldita.

—Por favor —jadea, arqueándose bajo mi contacto. Sus faldas están arremangadas hasta la cintura, dejando al descubierto sus pálidos muslos. Tengo los dedos húmedos de darle placer, y ella se abre más para mí con necesidad desvergonzada. Su fino cabello rubio, apelmazado de sudor, se esparce sobre la almohada como un halo.

Pero hoy su piel tiene algo raro. Está demasiado pálida, casi translúcida, con venas azules visibles. Sus caderas sobresalen marcadamente y puedo contarle cada costilla. Las ojeras son demasiado profundas, sombreadas como cardenales. Pero reconocerlo significaría detener estos éxtasis alimenticios.

Su pulso vacila bajo mis labios al besar su garganta. Una advertencia susurra en mi mente. *Hoy hay algo distinto. Algo va mal*.

Pero su esencia me llama como un canto de sirena y acallo la duda.

—Te quiero —susurra, y su devoción absoluta hace que mi magia arda con hambre posesiva—. Tómalo todo. Soy enteramente tuya.

Las palabras encienden en mí algo voraz. *Mía. Sí. Toda mía.*

Mis dedos se oscurecen al comenzar el conjuro, con mi otra mano aún entre sus piernas, el pulgar rozando aquella perla sensible mientras dos dedos se curvan dentro de ella. Arquea la espalda y se le escapa un gemido mientras su cuerpo se debilita. Enreda sus dedos esqueléticos en mi pelo, acercándome. —¿Sí? Oh, Dios, Julia…

Más. Necesito más.

La magia y el placer crecen, alimentándose mutuamente. Susurro las palabras contra sus labios, bebiendo sus jadeos, y mis dedos se mueven más rápido, más hondo. Se contrae alrededor de mí, cerca del límite, su esencia elevándose como la marea.

—Dame todo lo que tienes —ordeno con voz ronca de deseo.

Zarcillos oscuros serpentean desde mis dedos y la envuelven. Ella tiembla bajo mí, el orgasmo la sacude mientras extraigo su fuerza vital de su mente y cuerpo. Las sensaciones le arrancan un grito de la garganta.

El poder inunda mi ser. Cada célula se enciende. Mi visión se vuelve de un blanco incandescente. Canta en mis venas como nunca antes. Soy invencible. Estoy completa. Soy…

Estoy tomando demasiado.

El pensamiento emerge tenuemente bajo la euforia, pero no puedo parar. Su esencia es un torrente que se vierte en mí más rápido de lo que puedo controlar. Me quedo helada, los dedos aún dentro de ella, frunciendo el rostro ante deseos enfrentados.

Intento retroceder, pero los zarcillos oscuros la oprimen más fuerte, reteniéndome.

Sigue temblando, pero son convulsiones desesperadas.

Sus uñas se clavan en mis hombros, ya no por pasión. Su boca se abre, pero solo sale un leve silbido.

Retiro mis dedos de su cuerpo, contemplándola desde arriba.

—¿Charlotte? —mi voz suena lejana, ahogada por el rugido en mis oídos.

Retrocedo de golpe, intentando detener la absorción, pero la magia ha cobrado vida propia. La devora a grandes tragos y no puedo…, no puedo…

—Para —susurro, como si pudiera dominar la magia con una palabra—. ¡Para!

Se pone rígida bajo mí. Esos hermosos ojos verdes me miran con confusión, miedo y algo que quizás aún sea amor. Sus labios forman mi nombre, pero ni un aliento lo sostiene.

El silencio repentino ensordece. El flujo entre nosotras se corta como si se tapara un desagüe, dejándome jadear. La habitación da vueltas.

La comprensión me golpea como agua helada. La bilis me sube a la garganta al contemplar su cuerpo inmóvil. Sus ojos están abiertos pero vacíos, esa mirada adoradora congelada. Sus labios están azules. Su pecho no se eleva.

—¡Charlotte!

Sin respuesta. Sin aliento. Sin latido.

Aprieto los dedos contra su garganta, buscando un pulso que sé que no hallaré. Su piel ya se enfría bajo mi tacto. El calor de nuestra pasión se desvanece, reemplazado por la fría verdad de la muerte.

—No, no, no… —la sacudo, suave al principio, luego más fuerte—. Charlotte, despierta.

Pero su cabeza cae ladeada, su pelo rubio deslizándose sobre la almohada.

Me aparto de la cama a trompicones, temblándome las manos. Mis dedos siguen húmedos por haber estado dentro de ella. Las sábanas, empapadas de sudor y otras señales de nuestro encuentro. La habitación apesta a sexo, magia y muerte. ¿Qué he hecho? ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo he…?

Pero sí me di cuenta. Una parte de mí siempre supo que estaba tomando demasiado. Noté su cuerpo debilitarse, su pulso flaquear, la desesperación en su tacto. Y seguí porque me sentía demasiado bien para parar.

Eso es lo que realmente me hizo un monstruo. No un momento de violencia, sino mil decisiones pequeñas de tomar un poco más. Solo otro sorbo. Solo hasta quedar satisfecha…, cuando, en el fondo, sabía que jamás estaría satisfecha.

Un sollozo emerge y me tapo la boca para forzarlo a bajar.

Retrocedo hacia la puerta, incapaz de apartar la vista de su cadáver. Parece casi en paz. Sus faldas siguen subidas hasta la cintura, exponiéndola en muerte como en vida: vulnerable, confiada, mía.

¿Qué he hecho?

Me obligo a acercarme y le arreglo las faldas, temblándome las manos violentamente al tocar su cuerpo inerte.

—Lo siento —susurro una y otra vez, pero las palabras no significan nada. Ya no puede oírme. Nunca oirá nada más.

Luego echo a correr.



Doy un jadeo, la cabaña oscura se desvanece y el santuario de Elizabeth vuelve en un torbellino vertiginoso.

Ay, Dios. Ay, Charlotte…

Me tambaleo. Tirito. Suelto sudor. No logro meter suficiente aire en los pulmones.

Lo peor ni siquiera fue matarla. Fue lo bien que se sintió y cómo mi magia —la magia de *Julia*— se descontroló por completo cuando absorbía la esencia de Charlotte. La dominó. No me dejó parar de alimentarme. El poder tenía su propia hambre, su propia voluntad, y Julia era el recipiente por el que fluía.

El placer de Charlotte amplificaba el poder de Julia, que a su vez intensificaba el éxtasis de Charlotte. Una y otra vez hasta no quedar nada.

Encuentro la mirada de Julia. La tiene vidriosa, ausente y vulnerable. Nunca la había visto mostrarse tan avergonzada y asustada.

Mi corazón se quiebra. Intento hablar, pero la garganta se me cierra. Trago fuerte y lo intento otra vez.

—¿De verdad fue un accidente?

23

Julia



EL CORAZÓN ME DA un vuelco cuando Hannah formula la pregunta que no he sabido cómo responder desde que ocurrió.

Pero mientras me mira con esos ojos desoladores, sé lo que deseo creer desesperadamente. Así que me permito asentir con la cabeza. —Nunca fue mi intención que nuestras tomas de sangre…, que terminaran en su muerte.

Hannah inclina la barbilla, estudiándome de cerca. —¿La amabas?

La pregunta me pilla desprevenida. Abro la boca, pero no sale nada.

¿Era amor lo que sentía por Charlotte? ¿O era lujuria y obsesión?

Me importaba, ciertamente. Disfrutaba de su devoción y de la forma en que me hacía sentir necesaria, deseada y menos sola. Pero ¿estaba realmente enamorada? ¿Soy capaz de algo así?

—Creía que sí —admito—. Pero quizá amaba más lo que ella me daba que lo que ella era.

Hannah se estremece como si le hubiera dado un golpe. —¿Y soy yo otra Charlotte para ti?

La pregunta me golpea como una estaca entre las costillas.

Ella no tiene nada que ver con Charlotte. Charlotte era dócil y estaba ansiosa por darme todo lo que yo quisiera. Hannah me planta

cara a cada paso y ve a través de cada mentira que digo. Ella representa una amenaza mucho más peligrosa que la obsesión.

Pero ¿cómo puedo expresar todo esto? ¿Será suficiente?

Niego con la cabeza y me acerco, pero ella retrocede y mantiene la distancia entre nosotras. Y, por una vez, verla alejarse de mí no me produce una descarga de emoción en el pecho, sino algo un poco doloroso.

—¿Todavía no confías en mí? —mi voz suena afilada y enfadada—. ¿Después de haberme pasado toda la noche manteniéndote con vida?

—Solo porque tienes que hacerlo. Nuestras vidas están unidas por un hechizo. Si no fuera por eso, me habrías matado en el momento en que me viste, porque eso es lo que mejor se te da.

Aprieto los dientes. No le falta razón. Sin el hechizo de vinculación para contenerme, la habría desangrado en su jardín y habría dejado su cadáver entre las cenizas de su hoguera.

—Rebecca solo te ha hablado de Charlotte para envenenarte contra mí —digo.

—Me ha dado información que merecía saber. Y todo encaja. ¿No intentaste abandonarme en el bosque en cuanto creíste que eras libre?

Abro la boca para discutir, pero luego la cierro. No puedo negarlo.

Me acerco de nuevo y acorralo a Hannah contra los estantes para que se vea obligada a mirarme a los ojos. —Rebecca te ha dicho todo esto porque nos está tendiendo una trampa para que nos quedemos aquí atrapadas para siempre. Ambas somos sus víctimas y no podemos permitir que gane.

—Lo que sea que Rebecca nos esté haciendo no cambia lo que le hiciste a Charlotte.

Flexiono los dedos, luchando contra una sensación de opresión alrededor de las costillas. Tiene razón, pero no voy a admitirlo.

Hannah se apoya contra los estantes y cierra los ojos. La luz verde de las vetas del techo se desplaza sobre su rostro pálido y exhausto. Las ojeras están más marcadas, prueba de lo larga que ha sido la noche y de cuánta energía le he arrebatado.

Una horrible certeza se asienta en mis entrañas: si no rompemos este hechizo, estar vinculada a mí va a matarla.

—Hannah, necesito que confíes en mí. Si no lo haces, nos quedaremos atrapadas así para siempre.

Ella abre los ojos de golpe. —¿Cómo se supone que voy a confiar en ti, Julia?

Tomo aire, intentando pensar en alguna forma de demostrarle que no quiero hacerle daño. —Tienes mi palabra de que lo que pasó con Charlotte no pasará contigo.

—¿Pero cómo puedes prometer eso? Intentaste dejarme inconsciente…

—Solo pensaba en el hechizo de vinculación.

—Y hace un momento, con Riley…

—¡He dejado de alimentarme de ella por ti! —Las palabras salen desgarradas de mi interior—. Eres la única persona que ha sido capaz de hacerme parar, Hannah.

Hannah me mira fijamente, con los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos.

Mis palabras quedan suspendidas entre nosotras y me doy cuenta de lo que he revelado. No solo que ella me afecta, sino cuánto. En toda una vida tomando lo que quiero, ella es la primera persona que me ha hecho querer detenerme.

Si antes no sabía lo que me provoca, ahora ya lo sabe. Sabe cuánto poder tiene sobre mí.

Cambio el peso de mi cuerpo, desesperada por retirar las palabras. Maldita sea. No debería haber admitido eso.

El hechizo de vinculación que ha estado echando raíces tras mis costillas toda la noche palpita, apretándose y aflojándose. Me froto el pecho como si eso pudiera calmarlo.

Finalmente, ella baja la mirada y traga saliva con dificultad. —Pero una vez que el hechizo se rompa, habrás terminado conmigo, ¿verdad? No importará lo que me pase.

He estado tan concentrada en cómo romper el vínculo que no me he detenido a considerar qué pasará después. Cuando ya no estemos obligadas a formar parte de la vida de la otra,

¿simplemente desapareceré de nuevo en las sombras y buscaré una nueva presa como hacía antes?

La idea debería resultarme atractiva. Libertad, independencia, que no haya más hechizos de vinculación que me obliguen a preocuparme por el bienestar de otra persona.

¿Entonces por qué la idea me deja el pecho vacío? ¿Por qué la idea de no volver a ver a Hannah, de no tocar nunca más su piel y de no probar nunca la dulzura particular que solo le pertenece a ella, se siente menos como libertad y más como una pérdida?

Alejo el pensamiento. Estoy confundiendo el vínculo con un sentimiento genuino. Una vez que seamos libres la una de la otra, lo que sea que es esto se desvanecerá.

Tiene que ser así.

—No sé qué pasará después de que la vinculación se rompa —digo, y me inquieta lo mucho que me molesta la incertidumbre—. Pero no tendremos que preocuparnos por eso si para empezar no rompemos el hechizo. Cosa que parece cada vez más probable, con las interferencias de Rebecca.

Hannah estudia mi rostro y, por un momento, creo ver que algo se suaviza en su expresión. Pero luego aparta la mirada.

Un silencio largo e insoportable se extiende entre nosotras.

Me he quedado sin ideas. ¿Cómo se convence a alguien para que confíe en un monstruo?

Incluso yo tengo que admirar la brillantez de Rebecca. Se ha asegurado de que romper el hechizo requiera lo único que Hannah nunca me daría voluntariamente.

Una pesadez se asienta sobre mí. Rebecca ha ganado. Al hablarle de Charlotte, ha puesto el último clavo en el ataúd.

—Necesito estar sola ahora mismo —dice Hannah, y antes de que pueda decirle que espere, sale huyendo del santuario, subiendo a toda prisa los escalones de piedra hacia la estantería cerrada.

El hechizo de vinculación tira dolorosamente de mi pecho, exigiendo que la mantenga cerca.

Mía para protegerla.

Pero el tirón se siente diferente ahora, como si algo más estuviera enterrado bajo la compulsión mágica. Quiero detenerla y pedirle que

vuelva, y no solo por el tirón en mi pecho que palpita tan fuerte que duele.

En su lugar, muevo la mano para abrir la estantería y dejarla pasar. No deseo atraparla aquí conmigo. Supongo que en algún momento entre el bosque y el santuario, Hannah Schmidt ha dejado de ser una presa.

Sus pasos se alejan por el salón y cruzan el vestíbulo.

Me estremezco cuando la puerta principal de Elizabeth se cierra de golpe y el sonido resuena por toda la casa.

Estoy sola de nuevo, tal como lo he estado durante más de un siglo.

Excepto que ahora, por primera vez, falta algo.

24

Hannah



LA ESCARCHA CRISTALIZA EN el césped mientras regreso a la carretera; mis jadeos forman nubes que se disuelven en la oscuridad. El frío me muerde la piel, pero apenas lo siento por encima del ardor en mi pecho: mitad el dolor del hechizo de vinculación, mitad algo que me niego a nombrar.

Llego a las puertas de hierro y entrelazo los dedos en los barrotes helados, usando el contacto del metal gélido para distraerme de la atracción que me exige volver.

¿Me creo la promesa de Julia de mantenerme a salvo o solo está diciendo lo que sea necesario para romper el hechizo?

Quiero creerla. Quiero pensar que soy diferente a los demás, que ella se preocupa por mí en secreto, que soy la única persona de la que puede alimentarse sin matarme y que esta chispa irresistible entre nosotras es real.

Pero sería una estúpida si confiara en una bruja de sangre.

Joder, necesito hablar con alguien.

Me tiemblan las manos mientras saco el móvil; tengo los dedos tan fríos que casi se me cae. El brillo de la pantalla me escuece en los ojos y me hace entrecerrarlos.

Son las cinco de la mañana. Una hora intempestiva para llamar. Pero Dean me ha ayudado a superar grandes crisis vitales antes, y si consiguió guiarme el día que mis padres se marcharon dejándome sola, puede ayudarme con cualquier cosa.

Mi pulgar se cierne sobre su nombre durante varias respiraciones antes de que me arme de valor para pulsar.

Dean responde al tercer tono, con la voz ronca por haber sido despertado. —¿Han? ¿Estás bien?

—Sí. Bueno, en realidad no. —Sé que no puede hacer nada para ayudarme, y si le cuento lo que ha pasado desde que se fue de mi jardín, va a pensar que he perdido la cabeza, pero…—. Solo necesito tu consejo.

—Claro. ¿Qué pasa? —Ahora suena más despierto, quizá por detectar la angustia en mi tono.

—He… pasado toda la noche con una mujer —digo, esperando que esto sea una metáfora lo suficientemente buena como para estar mágicamente vinculada a ella.

—¿Esta noche? —Una pausa. Deja escapar un gruñido sordo, como si se estuviera frotando la cara—. ¿Te fuiste de fiesta después de que me marchara o algo?

Dudo, mientras mi aliento forma vaho en el aire previo al amanecer. Es la explicación más plausible que no abre todo un nido de problemas. —Sí.

—Vaya. Me ofende que no me invitaras, pero sigue.

—Lo siento. Bueno, nos hemos acostado, pero me cuesta… Es decir, me está costando mucho entregarme a ella —me estremezco al pronunciar las palabras.

—¿Entregarte? Es una forma poética de decirlo. O morbosa, tal vez. No estoy seguro de cuál de las dos.

A pesar de todo, suelto una risa. —Confiar en ella, quiero decir.

—Te acaban de romper el corazón *hace nada*, Han. Date tiempo.

Echo la cabeza hacia atrás. El cielo sigue tan oscuro y las estrellas brillan tanto que contradicen lo poco que nos queda de tiempo. —Cierto. Ya.

¿Cómo explico que *no tengo* tiempo? ¿Que necesito entregarme en las próximas dos horas si no quiero estar atada a una bruja de

sangre por el resto de mi vida?

—¿Cómo es ella? —pregunta Dean.

Me doy la vuelta. Al final del largo camino de entrada, la casa de Elizabeth se alza como una sombra gótica contra el cielo nocturno. ¿Qué estará haciendo Julia ahora mismo? ¿Le dolerá tanto como a mí?

Su rostro aparece en mi mente, con su sonrisa maliciosa, su pelo alborotado y esos ojos azules penetrantes que me hacen olvidar cómo era la vida antes de que ella apareciera.

—Misteriosa. Inteligente. Impresionante. Mayor. Con más seguridad en sí misma que nadie que haya conocido. Yo solo… no logro averiguar si de verdad le importo o si me está manipulando para conseguir lo que quiere.

Dean se queda callado un momento. —¿Cuánto más mayor?

—¿Acaso importa?

—Depende. ¿Estamos hablando de una «madurita» o de una depredadora?

Si supiera la verdad, le explotaría la cabeza. —Tiene experiencia y sabe quién es.

—Pero tienes miedo de que te abandone —dice con suavidad.

La palabra «abandone» me hace estremecer. Se me ha cerrado la garganta y no puedo responder, así que no digo nada.

En el silencio, un pájaro canta desde el bosque, y el sonido es tan normal que casi podría convencerme de que las últimas horas solo han sido una pesadilla.

—Sigo pensando que necesitas darte tiempo para sanar después de que te rompieran el corazón —dice Dean—, pero también creo que tienes tanto miedo de que te abandonen de nuevo que buscas razones para alejar a la gente antes de que pueda herirte.

—¿Puedes culparme? Mis propios padres no veían la hora de deshacerse de mí en cuanto cumplí los dieciocho. Y no hablemos de Riley —me estremezco mientras los dedos, la nariz y las orejas se me quedan entumecidos.

—Lo sé. Te mereces algo mejor que toda esa mierda.

—Entonces, ¿cómo se supone que voy a saber quién me va a hacer daño y quién ha venido para quedarse? —se me quiebra la voz

—. ¿Y si decido confiar en ella y desaparece como todos los demás en mi vida?

—No todo el mundo ha desaparecido.

—Tú eres diferente.

Al verbalizar este miedo, algo se retuerce en mi pecho. ¿Por qué me importa si Julia se va de mi vida? ¿De verdad quiero que se quede?

Claro que quieres, dice una vocecita en mi cabeza. *Te gusta, y no solo porque se siente bien cuando se alimenta de ti.*

—Sé que es difícil, pero intenta no dejar que Riley o tus padres influyan en tus relaciones —dice Dean—. Perdieron el derecho a tener cualquier tipo de influencia en tu vida en el momento en que decidieron marcharse.

Tiene razón. He estado dejando que las viejas heridas dicten mis elecciones, usando sus traiciones como excusa para no volver a ser vulnerable jamás.

—Eres alguien por quien vale la pena quedarse —añade—, y el hecho de que tus padres y Riley no pudieran verlo es problema suyo. Si esta mujer es tan madura y segura de sí misma como dices, apuesto a que ella también lo ve.

Las lágrimas me queman los ojos. —¿Y si no es así?

—Entonces sobrevivirás, igual que sobreviviste a Riley e igual que sobreviviste a tus padres. Pero, Han, ¿y si *no lo intentas* y pasas el resto de tu vida huyendo de cualquiera que quiera quedarse?

Una ráfaga de viento sacude las puertas y me estremezco con más fuerza. Arrastro los pies para intentar entrar en calor. Ojalá pudiera decirle que esto no se trata solo de si me romperán el corazón o no. Estando Julia de por medio, mi propia vida corre peligro.

—De todos modos, estás cargando con todo el peso de la vulnerabilidad tú sola —dice Dean—. ¿Qué pasa con ella?

Frunzo el ceño. —¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, ¿sientes que ella está siendo totalmente vulnerable y confiada *contigo*? La confianza es cosa de dos, Han. O la entrega, si es así como quieres llamarlo.

—Yo… supongo que ella también tiene sus propios problemas. —Me muerdo el labio. ¿Qué estoy diciendo? Tiene *muchísimos*

problemas propios—. De hecho, estuvo a punto de dejarme después de lo nuestro.

—¿Ves? No tienes que desnudar tu alma sin recibir vulnerabilidad a cambio. La confianza que buscas surgirá cuando ambos estéis listos, si eso es lo que quieres.

—Dudo que ella vaya a… —Dejo de arrastrar los pies y me quedo inmóvil—. *Espera.* ¿Y si tiene razón en que esto es recíproco?

Rebecca nunca dijo que *yo* tuviera que ser la única en entregarme. Solo dijo que la entrega total era la salida.

¿Y si no soy la única que necesita entregarse para romper el hechizo de vinculación?

—¿Han? ¿Sigues ahí?

El corazón me late más rápido. Me llevo la mano al pecho, recordando aquel cálido ronroneo cuando nos besamos por primera vez y Julia me acarició las mejillas con los pulgares en un fugaz momento de ternura. ¿Fue esa sensación el hechizo agrietándose? ¿Estaba ella ya empezando a entregar su corazón en ese breve segundo? Y todos esos otros momentos en los que me miró con una suavidad inesperada… el calor tras mis costillas, como si el hechizo se apretara y se soltara…

Madre mía. Esta podría ser la respuesta. Tiene un sentido terrible y perfecto a la vez. Por supuesto que Rebecca diseñaría un hechizo que requiriera que Julia…

Mi entusiasmo se desploma. —¿Y si ella es incapaz de ser vulnerable? —pregunto, casi en un susurro.

—Eso no te corresponde a ti arreglarlo. —La voz de Dean se vuelve seria—. De todos modos, si tiene sus propios traumas y ya casi te deja colgada esta noche, quizá sea mejor que te vayas a casa y lo consideres una aventura de una noche para olvidar el desamor.

Reprimo una carcajada histérica. Si tan solo fuera así de sencillo. Si tan solo pudiera irme a casa, ducharme para quitarme la noche de encima y no volver a pensar en Julia Moreau nunca más.

En cualquier otra circunstancia, estaría de acuerdo con él. Pero no tengo tiempo para esperar a que Julia vaya a terapia o haga un examen de conciencia, y no tengo tiempo para asimilar mi ruptura.

Tenemos que romper este hechizo en las próximas dos horas… y puede que por fin sepa cómo hacerlo.

—Puedes dar un salto de fe con esa mujer si quieres —dice Dean en medio del silencio—. Pero no puedes ser la única que salte.

Tiene razón.

Trago saliva con dificultad. Si romper el hechizo de vinculación requiere que ambas seamos vulnerables, entonces sé lo que tengo que hacer. Tengo que conseguir que ella se entregue a mí. Hacer que abra su corazón lo suficiente como para dejarme entrar. Si puede hacer eso, no solo romperemos el hechizo, sino que sabré que esta conexión entre nosotras es real.

Relajo los hombros y suelto un suspiro lento. —Te quiero, Dean. Gracias.

—Yo también te quiero. ¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Estoy bien. Me encargo yo.

Nos despedimos y empiezo a caminar de vuelta por el césped; mis zapatos crujen sobre la hierba rígida por la escarcha. El hechizo de vinculación se afloja con cada paso que me acerca, como si mi cuerpo suspirara de alivio.

En el bosque, los pájaros comienzan su coro del amanecer y sus cantos atraviesan el silencio. El mundo se despierta, ajeno a la tarea imposible que tengo por delante.

Una cosa que he aprendido esta noche es que una bruja de sangre siempre toma lo que quiere. No pide permiso. No cede. Ahora, de algún modo, tengo que darle la vuelta a eso. Tengo que convencer a Julia Moreau, una mujer que se cree un monstruo incapaz de amar, de que se entregue a mí de la misma manera que yo me entregué a ella.

De alguna manera, necesito que me deje tomar el control.

25

Julia



SOLA EN EL SANTUARIO, agarro el grimorio que Elizabeth ha dejado y caigo de rodillas, pasando las páginas con frenesí. Estoy dispuesta a intentar cualquier cosa a estas alturas: magia de sangre, nigromancia… Nada está fuera de los límites.

He echado un vistazo a unas cuantas páginas cuando una explosión sacude la escalera; jadeo y me pongo en pie de un salto. La madera se astilla y los libros caen por los peldaños de piedra en una nube de polvo.

—Simplemente no podía *esperar* para arrebatar otra vida inocente —Rebecca entra a grandes zancadas en la cámara, con las manos brillando con una magia incandescente—. ¿Es eso lo único que sabe hacer? ¿Coger y coger hasta que no queda nada?

Levanto las manos a la defensiva. —Ella se ofreció voluntaria…

La mano de Rebecca corta el aire y una fuerza invisible me golpea el pecho con todo el peso de un siglo de dolor tras de sí. Salgo volando hacia atrás contra las estanterías de madera con un golpe seco que me estremece los huesos. La madera cruje y los frascos se rompen, dejando caer una lluvia de cristal por todo el suelo.

Tosiendo, me incorporo, saboreando el gusto a sangre donde me he mordido la lengua. —Se ofreció a sí misma para romper su

maldito hechizo —digo entre dientes.

—¡Mentirosa! —gruñe Rebecca—. Riley nunca se sometería a una bruja de sangre. Sabe lo que es usted.

Me limpio la sangre de los labios, sonriendo a pesar del dolor. —Subestimó hasta dónde llegaría ella para proteger al amor de su vida. Cuando me maldijo, supongo que no tuvo en cuenta cómo afectaría su maldición a su propia descendiente.

En el momento de conmoción de Rebecca, arremeto con mi propio poder, lanzando los fragmentos de cristal que me rodean hacia ella como si fuesen balas.

Ella levanta las manos y desvía la mayoría, pero sisea cuando unos cortes rojos se abren en sus palmas. —¡Que alguien se le ofrezca no le da derecho a matarlo!

Se me eriza el vello mientras la magia llena el santuario, atrapada y amplificada por las paredes de piedra y las runas. El aire chisporrotea con nuestra furia combinada y me pica en la piel como insectos.

—Charlotte conocía los riesgos…

—¡No se atreva a pronunciar su nombre! —La voz de Rebecca se quiebra mientras invoca la arena del pentagrama disperso—. No puede justificar lo que le hizo.

Me lanza la arena. Me escuece en la cara y me quema en los ojos, llenándome la boca hasta que toso y escupo.

—Debería haberla matado —sisea Rebecca, ahora solo una voz—. Debería haberla reducido a cenizas en lugar de atraparla en ese diario.

Fuerzo la apertura de mis ojos y lanzo la mesa de madera contra ella; el recuerdo de Charlotte me desequilibra y vuelve mi ataque torpe. Ella la aparta de un manotazo y la mesa se hace añicos contra la pared.

Todo está borroso. Me escuece la piel y me lloran los ojos. Veo lo suficiente para saber que cada vela encendida, hueso dentado y fragmento de cristal se ha elevado en el aire por orden suya.

—Pero no me mató —digo, con la voz ronca por la arena y por algo más que no pienso reconocer—. Póngame a prueba. Déjeme que le demuestre que la merecía.

Hay una pausa. Todo en la habitación queda suspendido.

—Gilipolleces —gruñe Rebecca—. Demostró lo que es usted la noche que mató a Charlotte, y ahora va a hacerle lo mismo a Hannah.

El hechizo de vinculación se aprieta alrededor de mi pecho ante la ausencia de Hannah, y de repente me cuesta respirar. Rebecca tiene razón. La historia se está repitiendo y yo estoy dejando que ocurra.

Se me nubla la vista; si es por la arena o por otra cosa, no sabría decirlo. —¿Cree que no lo sé? ¿Cree que no pasé años llorándola, despertándome empapada en sudor, viéndola cada vez que cerraba los ojos?

Rebecca se queda helada, con las manos en alto y el pecho agitado. Todo a nuestro alrededor tiembla en el aire, con la magia saltando entre los escombros como relámpagos.

Levanto las manos, lista para el ataque. Dios, esto va a doler. Pero me merezco cada corte y cada moratón que me caiga.

—¡Basta! —La voz de Elizabeth corta el caos.

Una luz verde explota entre nosotras y nos obliga a separarnos con tal violencia que me estrello contra la pared. El impacto me saca el aire de los pulmones. Rebecca golpea la pared opuesta con la misma fuerza, y todas sus armas suspendidas caen estrepitosamente al suelo.

—¡Ya es suficiente! —Elizabeth está en el último escalón de piedra, con el cabello plateado alborotado y la magia irradiando de ella en oleadas—. Rebecca, vuelve al lado de Riley, por el amor de Dios. Julia, quiero hablar con usted.

Me pongo en pie con esfuerzo, tratando de calmar mi respiración entrecortada. Mi magia chisporrotea erráticamente a mi alrededor, descontrolada.

Rebecca me fulmina con la mirada mientras sube los escalones y yo le devuelvo el gesto, limpiándome la sangre de la nariz.

Una vez que se ha ido, Elizabeth se encara conmigo, con las aletas de la nariz vibrando. —¿Ha perdido el juicio?

—¡Ha venido ella a por mí!

—¡Después de que la viera casi dejar seca a otra persona que le importa! —Los ojos de Elizabeth brillan peligrosamente—. ¿Es ese su

gran plan? ¿Matar a todos los que Rebecca ama?

Camino en un pequeño círculo entre los escombros, con los dedos chisporroteando con magia sin usar. —Nada funciona. Lo hemos intentado todo y el hechizo de vinculación es irrompible. La luna se pondrá pronto y entonces… —hago un movimiento con la mano y un cristal se estrella contra la pared, donde explota en una lluvia de fragmentos púrpuras relucientes—. Entonces estaré atrapada para siempre con alguien que me desprecia.

—Hannah no la desprecia.

Suelto una risa amarga. —Rebecca le contó lo de Charlotte. Claro que me desprecia.

—No creo que sea tan sencillo.

Tengo la garganta tan apretada que me duele. Aprieto los dientes, mirando el cristal roto, las astillas de madera y las hierbas esparcidas a mi alrededor.

Elizabeth suspira. —Julia, está tan decidida a ser el monstruo que no puede ver lo que tiene justo delante.

Aprieto los puños y los escombros tiemblan. —Maté a Charlotte, intenté matar a Riley y habría matado a Hannah hace mucho tiempo si no fuera por este maldito hechizo de vinculación. Esa es mi naturaleza: destruyo todo lo que toco.

Elizabeth se cruza de brazos y tamborilea con los dedos. —Esta noche ha dejado de alimentarse de Riley.

—¿Y qué?

—¿Desearía no haber parado? ¿Desearía que Hannah la hubiera dejado desangrarla?

Hago una pausa. ¿Cómo quería *yo* que terminara aquello? Desde luego, no con otra mujer muerta, especialmente con Hannah mirando. —No.

Elizabeth abre las manos. —Ahí lo tiene. Los monstruos no se sienten agradecidos cuando su presa escapa.

Suelto una risotada sin gracia.

—Sabe que tengo razón —dice—. No quería matar a Riley y no quería matar a Charlotte. Hay dos mitades en usted, Julia.

Parpadeo para eliminar el escozor de mis ojos. —Cada vez que me alimentaba de Charlotte, una parte de mí quería parar, pero… el

poder era demasiado embriagador. Fue en su momento final, cuando maté a una mujer que me importaba, cuando me di cuenta de que matar está en mi naturaleza. Que no tengo elección.

—Pero esta noche ha tenido una elección y ha elegido dejar vivir a Riley.

—Paré por instinto de supervivencia. Si hubiera matado a Riley, Hannah nunca… —Hago un gesto con la mano, sin saber cómo terminar esa frase.

—¿Nunca confiaría en usted? ¿Nunca se rendiría ante usted? —Elizabeth se acerca y su voz se suaviza—. ¿O nunca volvería a mirarla como lo hace cuando le da la espalda?

El calor me inunda la cara. —La forma en que me mira es solo embriaguez. Las alimentaciones, el hechizo de vinculación y…

—No sea tonta. Sabe tan bien como yo que el hechizo de vinculación no crea afecto, y las alimentaciones no son más que placer físico. Ninguna magia hizo que se interpusiera entre usted y Riley para salvaros a las dos.

Suelto un bufido. Cuando Hannah irrumpió en el pentagrama, solo tenía ojos para Riley, y yo no era más que el demonio que le hacía daño. —Estaba salvando a Riley, no a mí.

—La estaba salvando a usted de convertirse en el monstruo que está tan convencida de ser. —Elizabeth mueve la mano y los fragmentos por la habitación empiezan a derivar hacia un montón como si una ráfaga de viento los empujara—. Esa chica ve algo en usted que vale la pena salvar, Julia. La pregunta es si dejará que lo haga.

—No hay nada que ver. Soy lo que soy.

—Su naturaleza no es su destino.

—Palabras fáciles de decir para una bruja verde. Su magia no requiere que haga daño a la gente. —Me tiemblan las manos. Aprieto los puños, luchando contra el impulso de hundirme en el suelo y cerrar los ojos—. No tiene que vivir cada día sabiendo que alguien tiene que sufrir para que usted sobreviva hasta el próximo ciclo lunar.

—No, pero he vivido lo suficiente para saber que lo que somos y lo que elegimos ser son dos cosas diferentes.

—¿Y si elegir no es suficiente? ¿Y si vuelvo a perder el control?

—Entonces al menos habrá intentado ser algo más de lo que cree que es.

Me miro las manos, que se han cobrado tantas vidas. Quiero estar de acuerdo con ella, pero no sé si puedo. —No importa. Hannah nunca confiará en mí ahora. Rebecca se aseguró de eso.

—Rebecca le contó la verdad. Lo que Hannah haga con ella es elección suya.

—Su elección será mantenerse tan lejos de mí como el hechizo de vinculación lo permita.

Elizabeth suspira, dirigiéndose hacia la puerta. —Quizás. O quizás la sorprenda.

Niego con la cabeza.

—Julia… Hannah la ha afectado más que nadie desde Charlotte, y está decidida a no verlo. Charlotte la amaba y confiaba en usted, y…

—No lo haga —digo, y la palabra apenas sale de mi boca.

—¿Cree que se equivocó al amarla?

—Por supuesto que sí.

Elizabeth frunce el ceño. —Es una lástima, porque creo que ella vio una parte de usted que ni siquiera usted sabe que existe. Y creo que Hannah podría estar dispuesta a ver esa parte de usted también.

Hay una pausa. En algún lugar más allá del pasadizo de piedra, el reloj de pie sigue marcando el tiempo.

—Son las seis menos cuarto —dice Elizabeth—. Si quiere romper este hechizo antes de que se le acabe el tiempo, va a tener que convencer a una mujer que actualmente está aterrorizada de usted de que puede confiar en usted. Es la única manera.

La miro fijamente. ¿Es consciente de lo imposible que suena eso?

Saber que Rebecca debe de estar mirando la hora y sonriendo hace que flexione los dedos, con ganas de reducir algo a polvo.

Elizabeth se da la vuelta para irse.

—¿Cómo demonios se supone que voy a hacer eso? —suelto de repente, y no hay forma de ocultar el pánico en mi tono—. ¿Cómo puedo convencer a Hannah de que confíe en mí cuando ni siquiera yo puedo confiar en mí misma?

Ella mira hacia atrás por encima del hombro, con un pliegue entre las cejas mientras me estudia. —La rendición requiere vulnerabilidad. Si quiere que Hannah rinda su corazón, puede que primero tenga que rendir el suyo.

Suelto un bufido. Ese consejo es lo menos útil que podría haber recibido. Yo nunca le pedí el corazón a Hannah.

—Y limpie esta habitación —dice ella mientras sube los escalones de piedra—. Lo quiero todo de nuevo en su sitio.

La miro con resentimiento mientras se aleja.

Elizabeth siempre ha sido justa y confiada con todas las brujas que se unen a nuestro aquelarre. Intenta encontrar la bondad en todos, incluso en los más crueles de nosotros. Pero ella no entiende lo que es tener la oscuridad grabada en el alma. Saber que cada relación, cada conexión, cada momento de ternura es un preludio a la destrucción.

Pronto, Hannah estará atrapada conmigo para siempre; una sentencia de muerte lenta para una chica cuyo único crimen fue quemar el libro equivocado.

Rebecca ha creado la prisión perfecta, una en la que me veo obligada a ver cómo otra mujer que… sí, una mujer que me importa… se consume, sabiendo que yo soy la causa pero siendo incapaz de detenerlo.

Intento imaginar un futuro en el que Hannah y yo pudiéramos coexistir. ¿Es posible? ¿Hay alguna forma de que ella pueda permanecer en mi vida sin consumirse?

Pero todo lo que veo es el cadáver de Charlotte y, de repente, son los ojos vacíos y la piel gris de Hannah los que ocupan su lugar. La visión es tan vívida que puedo sentirla: Hannah quedándose fría bajo mis labios, su pulso debilitándose hasta detenerse, ese terrible momento de comprensión que llega demasiado tarde.

Se me revuelven las entrañas. Apoyo la mano contra la pared para estabilizarme.

No puedo sobrevivir viendo morir a otra mujer porque fue lo suficientemente tonta como para confiar en mí.

Tal vez esa sea mi verdadera maldición. No el hechizo de vinculación, sino la certeza de que destruiré a cualquiera que se

acerque demasiado. Y tal vez Rebecca comprendió eso desde el principio.

Agarro el grimorio una vez más, decidida a encontrar una salida. Tengo que seguir intentándolo hasta que se acabe nuestro tiempo. No porque crea en las perogrulladas de Elizabeth sobre la elección y el destino, sino porque ver a otra mujer consumirse en mis manos es un tormento que no sobreviviré dos veces.

26

Hannah



EL RELOJ DE PIE da las seis para cuando reúno el valor necesario para entrar de nuevo en el salón. Solo queda una hora hasta que se ponga la luna. Una hora para convencer a Julia de que se rinda, algo que estoy dispuesta a apostar que no ha hecho jamás.

Julia está en uno de los sillones de orejas, con una pila de libros antiguos a su lado; tiene uno abierto en el regazo, con páginas llenas de símbolos. Está tan concentrada que no me ve, así que me apoyo en el marco de la puerta para observarla un momento.

Su perfil resulta impactante a la luz del fuego: los ángulos marcados de sus pómulos y su mandíbula, su cuello, la línea recta de su nariz. Tiene la espesa melena recogida tras la oreja y los tobillos cruzados, lo que le da un aspecto muy normal. Desliza un dedo elegante por la página, moviendo los labios en silencio mientras se concentra. Me pican los dedos por tocarla y suavizar el ceño fruncido entre sus cejas.

La habitación está en calma, solo ella y el crepitar del fuego, que ha sido reavivado con más leña. Me imagino sentada a su lado, cogiendo mi propio libro, las dos leyendo bajo el cálido resplandor mientras la escarcha se acumula fuera, cruzando miradas y sonriendo.

Toda una vida distinta que nunca sucederá.

¿Por qué me ha venido esa imagen a la cabeza, de todos modos? Julia no es ese tipo de persona. Ella y yo nunca podríamos estar en esos términos.

Observo cómo sus dedos se mueven por las páginas con una delicadeza sorprendente para alguien tan letal; esos dedos que estaban dentro de mí hace un rato. Mis muslos se tensan ante el recuerdo. Todavía siento un hormigueo entre las piernas, quiero más.

Bajo la mirada por la curva de sus pechos y el contorno de su cintura. ¿Habrá alguien más hermosa en el mundo entero?

Se me entrecorta la respiración mientras intento mantener la compostura. Poco a poco, a lo largo de la noche, me he vuelto insaciable de ella. Incluso el simple movimiento de su antebrazo al pasar la página me deja la boca seca.

Cierro las puertas del salón y echo la llave; el clic hace que levante la vista.

Nuestras miradas se encuentran al otro lado de la estancia y el aire cambia; parece que la temperatura sube varios grados.

La luz del fuego proyecta sombras en su rostro. Sus ojos gélidos me clavan en el sitio, y sus labios entreabiertos me recuerdan sus besos feroces. Se me pone la piel de gallina al recordar lo que hicimos en el bosque.

Si no me equivoco, hay un destello de esa misma expresión en su cara ahora. Como si el recuerdo también la estuviera atormentando a ella.

Bien. Que me desee hasta que no pueda aguantar más.

El aire es denso. Siento como si una pared invisible me empujara la espalda, obligándome a acercarme.

Puedo ver que ella también lucha contra la atracción del hechizo de vinculación, aferrándose a los bordes del libro en su regazo con los nudillos blancos.

—¿Has encontrado algo? —mi voz suena tensa.

Parpadea y baja la vista al libro.—Rebecca fue minuciosa.

La derrota en su tono hace que se me encoja el pecho. Nunca la había oído sonar tan humana.

Me acerco; mis pies descalzos no hacen ruido sobre la alfombra persa y el corazón me late con fuerza.

Riley se horrorizaría ante lo que estoy a punto de hacer. Dean me sacaría de aquí a rastras. Pero ellos no son los que están vinculados a ella. No entienden esta atracción en mi interior. Estar cerca de ella es lo único que mi cuerpo desea, y es la única salida a esto.

Así que sigo acercándome. —Julia.

Me sostiene la mirada, y la vulnerabilidad en sus ojos me pilla desprevenida. Por una vez, no hay una confianza depredadora, solo una mujer que se enfrenta a la posibilidad de perderlo todo.

Trago saliva, armándome de valor. —Estoy lista para intentarlo de nuevo. Para confiar plenamente en ti esta vez.

Sus ojos se abren con sorpresa. Luego frunce el ceño y me escudriña el rostro. —¿Después de lo que te ha dicho Rebecca?

—*Por* lo que me ha dicho —me acerco lo suficiente para percibir su aroma, que envía un rastro reconfortante por mis venas—, entiendo lo que estoy arriesgando ahora y, aun así, lo elijo.

—Entonces eres increíblemente valiente o increíblemente estúpida.

—Quizá sea ambas cosas. Pero… también estoy increíblemente cansada de tener miedo —me doy cuenta de que ya no te tengo miedo, lo cual no tiene sentido, dado todo lo que he aprendido. Por otra parte, quizá tenga todo el sentido del mundo—. —De todas las personas de mi vida, eres la única que ha sido sincera sobre quién es. Riley mintió. Mis padres fingieron que les importaba cuando no era así. Al menos tú fuiste sincera desde el momento en que nos conocimos.

Julia cierra el libro y lo deja sobre la pila; sus movimientos son lentos. —La sinceridad no es motivo para confiar en mí. Si intentamos esto de nuevo y fallamos…

—Lo estoy. Pero necesito algo de ti —mi pulso se acelera—. Esta es la apuesta. Necesito algo real.

Se queda muy quieta.

Tomo aire para serenarme. —Quiero que tengamos sexo, y no solo para alimentarte. Puedes alimentarte de mí al final, pero necesito esto si voy a confiar en ti plenamente.

No estoy siendo del todo sincera sobre mi revelación, pero esto es necesario. Tiene que pensar que se trata de que yo me rindo y confío en ella lo suficiente como para dejarme llevar. Si sabe que estoy intentando que ella también se rinda, se pondrá más en guardia de lo que ya está.

—Eso no es lo que soy, Hannah —su voz vacila y rompe nuestro contacto visual.

Tiene miedo de lo que siente. Lo que significa que siente algo. Si consigo que me desee tanto que me deje tomar el control…

—No te estoy pidiendo que cambies quién eres —acorto la distancia entre nosotras, quedando de pie frente a ella. Tenerla así sentada, mirándome hacia arriba, se siente como una inversión de cómo han sido las cosas toda la noche. Se me revuelve el estómago cuando mi cuerpo reconoce lo que podría pasar si acepta.

—¿Qué quieres, entonces? —murmura.

Paso mis dedos por su pelo, jugando con los mechones enredados. Se queda inmóvil bajo mi tacto.

Su cabello es más suave de lo que parece: espeso y sedoso, con un leve olor a humo y ese aroma a manzana y canela que he empezado a ansiar.

Dejo que los mechones se deslicen entre mis dedos lentamente, observando cómo se le corta la respiración. El sonido es casi imperceptible, pequeño e involuntario, pero está ahí.

Lo hago de nuevo, esta vez dejando que mis uñas rocen suavemente su cuero cabelludo. —En el bosque, no pude rendirme del todo porque solo se trataba de alimentarse. De que tú tomaras mi fuerza vital. Seguías vestida y… necesito más que eso.

Su pecho sube y baja más rápido mientras estoy de pie sobre ella, peinando su cabello con los dedos. Un paso más y estaría justo en su regazo.

Me escudriña el rostro. Su lengua asoma para humedecer sus labios y reprimo el deseo de inclinarme.

—No puedo rendirme ante una bruja sanguina —digo—, pero puedo rendirme a ti.

Frunce el ceño hacia el fuego y un músculo de su mandíbula da un salto. —Eres una estúpida si crees que hay alguna diferencia.

Estiro la mano y recorro su mandíbula, inclinando su rostro hacia mí. No se aparta. —Dime que no me deseas, Julia. Dime que cuando me tocaste en el bosque, solo se trataba de alimentarte.

Sus pupilas se dilatan. —Está bien. Pero yo… no sé qué querrías que hiciera si no es para alimentarme.

Mi pulso se acelera hasta que lo siento en la garganta. ¿Es que Julia nunca ha tenido sexo si no es para alimentarse?

Toda esa experiencia de vida y nunca ha tenido un encuentro íntimo que no fuera por su magia. Nunca ha seducido por pura pasión ni ha tocado a alguien solo para sentirlo. Nunca ha hecho que alguien le dé placer porque la deseen a *ella* en lugar de a su magia. Nunca ha sido simplemente una mujer deseando a otra mujer.

La comprensión me produce un dolor repentino en el pecho. No solo le pido que se rinda; le pido que sea vulnerable de una forma en que nunca lo ha sido. Que me deje verla como algo más que una bruja sanguina.

Pensaba que la inexperta era yo, pero en esto, ella es más inocente que yo.

No me extraña que parezca tener miedo.

—Deja que te enseñe —mi voz suena entrecortada, delatando cuánto la deseo.

Antes de perder el valor, me siento a horcajadas sobre su regazo: una rodilla a cada lado de sus muslos, mis brazos enmarcando su cabeza mientras me agarro al respaldo de la silla.

Se le corta la respiración al mirarme. Juro que puedo sentir los latidos de su corazón desde aquí, tan acelerados como los míos.

Ver el ansia en su rostro y saber que puedo afectarla así me marea de deseo.

Sus ojos bajan a mi boca y sus labios se entreabren.

Me inclino y junto mis labios con los suyos, saboreando su dulce sabor.

Su boca se abre para recibirme y sus manos se deslizan por mi cintura para sujetarme.

Se inclina hacia delante como para levantarse, pero me presiono contra ella con más fuerza, inmovilizándola con mi cuerpo. Recorro

su labio inferior con la lengua y ella deja escapar un suave sonido que envía calor directo a mi vientre.

Interrumpo el beso y me retiro lo suficiente para mirarla. —Dime que quieres esto —susurro.

Su pecho se agita contra el mío. Tiene los ojos muy abiertos, los labios carnosos con ese aspecto de haber sido besados hace un momento.

Baja la barbilla en un leve asentimiento.

Puede que me lo esté imaginando, pero juraría que ya está empezando a rendirse.

Y una vez que lo haga —una vez que se rompa por mí—, ambas seremos libres.

O eso espero.

27

Julia



EL PESO DE HANNAH sobre mis piernas me está volviendo loca. Cuesta creer que esta mujer que antes me miraba con miedo ahora se retuerza encima de mí, reclamando mi boca como si intentara devorarme. Su lengua roza la mía, y cuando frota sus caderas contra las mías, es todo un esfuerzo no romper mi promesa y empezar el conjuro de alimentación.

Mi magia se revuelve inquieta bajo mi piel, confundida por el placer sin propósito, el contacto sin tomar.

En todos mis años, en todas mis alimentaciones, nadie me había pedido jamás estar con ella sin mi magia. Querían el poder, la intoxicación, la oscura emoción de ser consumidos. Pero Hannah quiere… ¿qué? No entiendo por qué insiste en esto. ¿De qué sirve esta intimidad si no voy a llenar mi magia en el proceso?

Pero si así consigo que se rinda lo suficiente para romper el hechizo, que así sea.

La agarro por la cintura y la beso con fuerza, pasando mi lengua por sus labios. En algún momento de la noche, mi deseo por ella se ha convertido en algo doloroso. Cada roce de sus labios enciende fuego en mis venas, y cada sonido que emite profundiza el anhelo entre mis piernas hasta dejarme sin pensamientos.

Sus manos se enredan en mi pelo y tiran con tanta fuerza que me cortan la respiración. Traga mi gemido con otro beso más profundo, y no puedo evitar que mi espalda se arquee hacia ella.

¿Qué me está haciendo? Hace que mi cuerpo se mueva sin mi permiso, que me falte el aliento y que mi interior arda de deseo. Soy Julia Moreau. No pierdo el control. No permito que nadie me reduzca a un temblor de necesidad, por hermosa que sea. Pero sus manos en mi pelo, su lengua en mi boca…

Esto es peligroso. Una parte traidora de mí anhela que me toquen sin la excusa del hambre y ser importante para alguien más allá de lo que mi magia puede hacer por ella.

—Estás pensando demasiado —murmura Hannah contra mi boca, con un aliento caliente—. Déjate llevar.

Se frota contra mí, y la fricción a través de la ropa dispersa mis pensamientos como polvo. Mientras desciende con sus labios por mi cuello, mordisqueando puntos que me hacen estremecer, la confusión que rugía dentro de mí desaparece. Solo importan sus labios y sus manos.

Se aparta para mirarme, con los ojos desorbitados y salvajes, los labios hinchados por nuestros besos. Nadie me ha mirado jamás como ella, con un hambre que iguala al mío.

—Así está mejor —susurra.

Antes de que pueda negar lo que ella cree que siento, se balancea hacia atrás y agarra el dobladillo de su diminuta camisa. Se la quita por la cabeza, dejando al descubierto sus pechos perfectos y sus pezones duros. Su piel suave y pálida ya no está erizada, pero lleva las marcas de mis dedos y de la corteza rugosa del árbol de antes. Estas huellas de lo que hicimos, de cómo suplicó y gimió por mí en el bosque, hacen que algo desesperado vuelva a rugir en mi interior. Quiero marcarla de nuevo. Quiero morder su piel perfecta hasta que jadee mi nombre.

Sin apartar la mirada de ella, extiendo la mano hacia las puertas del salón y las sello con una runa. Claro, nada impedirá realmente que Elizabeth entre en una habitación de su propia casa, pero bastará para disuadirla y evitar que los demás entren.

Hannah mira hacia la puerta, con el pecho palpitante mientras observa cómo unas marcas rojas nos encierran como si hubieran sido grabadas al rojo vivo.

—Desnúdate para mí —ordeno—. Quiero saborear esto, ver cada centímetro de piel que me revela.

Vacila un instante, luego se levanta y se quita la parte inferior, quedando desnuda frente a mí otra vez.

—Ahora tú —susurra.

Alarga la mano hacia mi corpiño, y yo le agarro las muñecas, deteniéndola. Fue un movimiento instintivo, una reacción de mi cuerpo antes de pensar lo que hacía.

Hannah se queda quieta y me sostiene la mirada. —Confía en mí —murmura.

La palabra me escuece en los oídos. *Confiar.* Jamás he concedido a nadie semejante poder.

Todos mis instintos me gritan que me ponga de pie y la empuje contra la pared, que le sujete las muñecas sobre la cabeza y le muestre quién manda. Podría tumbarla en segundos, con las piernas abiertas y atadas por magia, esos labios perfectos suplicando. La necesidad de dominarla es tan fuerte que la magia chisporrotea entre mis nudillos.

Pero algo desafiante en su mirada me hace permanecer sentada. Me reta a dejar que esto ocurra… y odio cuánto lo deseo.

Lentamente, obligo a mis dedos a soltarse y liberar sus muñecas.

El pulso se me acelera. Este simple acto de soltar se siente como saltar al vacío. Cada segundo que le permito continuar es un segundo en el que no decido qué pasa después, sin la armadura del dominio.

Pero cuando sonríe —no con aire triunfante, sino con más dulzura —, la inquietud en mí se disipa, y la dejo avanzar de nuevo. Sus manos son suaves al encontrar los pequeños ganchos del corpiño. Uno a uno, los va soltando hasta que la prenda cede.

Lo abre con cuidado, deslizando sus manos por mi cintura mientras aparta la tela.

Con solo mi blusa y la camisa entre su piel y la mía, su tacto es fuego, haciendo que me consuma y me duela por todas partes.

Me besa, lenta y profundamente, y luego se retira para desabrocharme la blusa. Cuando el aire fresco toca mi piel, la desliza por mis hombros, acompañando el movimiento con las manos. Solo queda mi camisa interior.

Recorre las curvas y planos de mi cuerpo como si me memorizara. Me estremezco.

Nadie me había tocado jamás así. Charlotte veneraba mi poder, pero Hannah me toca como…

No lo sé.

No la entiendo.

Mi corazón palpita cuando ella coge mi camisa interior y tira hacia arriba.

Levanto los brazos, dejando que me la quite, anhelando sentir su suave tacto en mi piel desnuda.

Estoy más expuesta que nunca. No solo la piel, sino algo más profundo que he mantenido oculto desde que el cuerpo de Charlotte se enfrió bajo mí.

Dios, no merezco las manos suaves de Hannah, sus ojos anhelantes ni la forma en que me acaricia. ¿Y si termina igual? ¿Y si dejo que Hannah me toque, no para alimentarme sino por placer, y aun así la destruyo? Ella es la única que se ha atrevido a verme como una mujer en vez de como una bruja de sangre, y no sé si puedo serlo para ella.

—¡Qué hermosa! —jadea Hannah y, antes de que yo pueda procesar el cumplido, baja la boca hasta mi pecho.

El calor húmedo de su lengua sobre mi pecho hace que me arquee, emitiendo un sonido irreconocible entre mis labios. Se toma su tiempo, prodigando atenciones a mis pechos hasta quedarme jadeando, con los dedos enredados en su pelo. Cuando sus dientes rozan mis sensibles pezones, una oleada de calor me recorre. Estoy tan preparada para ella que cada roce de su lengua es una tortura.

¿Cuándo me he permitido recibir placer en vez de solo tomarlo?

—Hannah…

Ella se incorpora y vuelve a capturar mi boca, tragándose mi protesta. Su mano se desliza entre mis piernas y me frota a través del pantalón; el placer fluye por mí a su tacto.

Tengo la cara ardiendo. El sudor me eriza la nuca. Esto es humillante. Yo no reacciono así. Soy la que hace retorcerse y suplicar a los demás. Tiene que ser magia manipuladora, que me despoja de mis defensas y me convierte en un ser desesperado.

O quizá no es magia. Quizá es solo Hannah, susurra una voz molesta en mi mente.

Necesito recuperar el control. Le masajeo un pecho, pellizcando su pezón hasta que jadea. Paso la otra mano por su muslo y entre sus piernas, y la humedad que encuentro nos hace gemir a las dos. Trazo círculos que la hacen temblar y luego deslizo los dedos en su interior, sintiendo cómo se contrae a mi alrededor.

—Julia —jadea, echando la cabeza hacia atrás.

Se balancea contra mi mano, hipnótica en sus movimientos y sonidos. Cuando froto mi pulgar sobre su clítoris, grita, sus uñas clavándose en mis hombros.

Sus pechos rebotan mientras cabalga sobre mis dedos, sus muslos calientes a través de la tela.

Pero la fachada de control dura poco y demasiado pronto se desliza de mis piernas. La agarro para atraerla, pero se resiste. En lugar de eso, se arrodilla entre mis piernas y me mira con ojos codiciosos.

Desliza sus manos por mis muslos y empieza a desabrocharme el pantalón.

La observo, mareada, respirando agitadamente. No la detengo.

Cuando tira del pantalón, arqueo las caderas para facilitárselo y, cuando me doy cuenta, estoy completamente desnuda.

—Ábreme las piernas —dice, devolviéndome mis propias palabras del bosque.

Abro la boca para ordenarle que se retracte. Yo soy la que consume, no la consumida. Pero cuando me mira con esos ojos devastadores, solo puedo rendirme.

La sonrisa que curva sus labios es absolutamente perversa. ¿Cuándo aprendió a mirarme así? ¿Cuándo se convirtió la chica inocente del jardín en esta criatura que me hace arder antes siquiera de tocarme?

Se inclina, su aliento rozando donde más la anhelo, y me agarro a la silla para no cogerle la cabeza y dirigir su boca adonde la quiero.

Un sonido desesperado escapa de mi garganta, y solo pienso «sí». Necesito su boca sobre mí más que la siguiente bocanada de aire.

Me mira una vez más, manteniendo el contacto visual mientras se inclina.

¿La detengo? Si dejo que me dé placer así, ya no podré fingir que esto es solo romper el hechizo. Debo recuperar el control antes de que sea tarde, antes de que me reduzca a algo débil y desesperado, y…

Su lengua se desliza por mi centro, y el pensamiento coherente me abandona por completo.

28

Hannah



DESLIZO MIS PALMAS POR la cintura de Julia y hacia la cara interna de sus muslos, saboreando la textura sedosa de su piel. La visión de su cuerpo desnudo es más de lo que puedo soportar: sus pechos generosos, la curva de su cintura, el cálido resplandor de su piel a la luz del fuego.

Le abro más las piernas y deslizo mi lengua por su centro, lenta y firme.

Ella emite el sonido más dulce, con los muslos temblando. Sus dedos se enredan en mi pelo y su contacto me provoca un escalofrío.

Su sabor y aroma me enloquecen. Quiero devorarla como si fuera la primera comida en meses. Pero me contengo, tomándomelo con calma.

—Llevo toda la noche deseando saborearte —susurro contra la cara interna de su muslo. Paso mi aliento sobre su centro, provocándola, alargando este momento.

Sus dedos se aprietan en mi pelo y gime de manera incoherente.

Le separo más las piernas y coloco una sobre el brazo del sillón. Su respiración se corta y por un momento se tensa. Pero cuando le

separo los pliegues con ambas manos y la lamo de nuevo, echa la cabeza hacia atrás y gime más fuerte esta vez.

Hago girar mi lengua, explorándola, probando qué hace que sus muslos tiemblen y qué sonidos involuntarios broten de sus labios.

Sabe tan dulce que no lo soporto.

Me arrimo más, enterrando la cara entre sus piernas y cerrando la boca alrededor de ella. Lamo y chupo hasta que no puedo evitar los sonidos hambrientos y desesperados que salen de mí. Estoy siendo desordenada y torpe, pero estoy demasiado ebria de su sabor como para que me importe.

Ella jadea y se retuerce, y yo le agarro los muslos con más fuerza para mantenerla quieta.

—Oh, oh, eso es… —balbucea, con el pecho palpitante.

Aprieta los puños, como si intentara dejar de temblar. Cierra la mandíbula como si se forzara a guardar silencio.

Me está entregando su cuerpo, permitiéndome tocarla y saborearla, pero está luchando contra el placer. O quizá contra la vulnerabilidad.

Cada movimiento de mi lengua hace que luche con más fuerza. Su pecho sube y baja rápidamente, y un brillo de sudor reluce en su piel.

Le provoco la entrada con dos dedos. —¿Quieres que esté dentro de ti? —le susurro.

Ella asiente, y cuando me deslizo dentro, el gemido que brota de sus labios es tan sexi que hace que mi centro se contraiga.

Nunca pensé que vería a Julia Moreau así, deshecha. Está a mi merced, jadeando fuerte, con las piernas temblando. Acaricio sus paredes internas mientras muevo la lengua sin descanso.

Se le pone la piel de gallina en las piernas. Gime suavemente.

Empujo dentro de ella con más fuerza y aumento la presión de mi lengua, saboreando cómo su respiración se vuelve entrecortada.

Su agarre en mi pelo se intensifica. Sus gemidos se vuelven sofocados. —Hannah…

Le observo el rostro, deleitándome en estos preciosos minutos en los que la máscara que muestra al mundo empieza a resquebrajarse.

Sus ojos están fuertemente cerrados mientras mueve las caderas contra mi mano y mi boca. Sus labios están apretados, sus fosas nasales dilatándose al acelerarse su respiración. Hay un pliegue entre sus cejas.

Está luchando con fuerza. Me permite darle placer, pero el placer no basta. La atadura no se romperá si su rendición es solo física.

Y *yo* no quiero que su rendición sea puramente física. Después de todo lo vivido, no quiero que esto sea algo que haga solo para romper un hechizo.

Me retiro.

Los párpados de Julia se abren de golpe. —No —jadea—. Sigue. —Sus caderas buscan mi boca.

Le beso la cara interna del muslo. —Julia…

Su ceño se frunce.

Fijo mi mirada en la suya. —Quiero que te sueltes por completo. No solo tu cuerpo. Toda tú.

Ella me mira fijamente, respirando con dificultad, con un pánico que titila tras la bruma del deseo. —Me estoy soltando.

—No, no lo estás —la beso en el muslo—. Todavía te estás conteniendo. Te escondes tras las sensaciones.

—No me estoy… —Su voz se quiebra.

Le acaricio la piel suave, manteniendo mi voz firme aunque temo presionarla demasiado. —Sigues intentando controlar lo que sientes. Lo que me permites ver.

Su mandíbula se tensa. —¿Qué quieres de mí?

—Que dejes de temer quererme sin que ninguna magia o maldición te obligue.

—Hannah… —Es mitad súplica, mitad advertencia.

Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo respirar. Sé que nadie le ha sacado una rendición total a Julia Moreau antes, pero lo necesitamos para desatar el hechizo. Yo lo necesito. Necesito saber que no soy solo alguien de quien alimentarse.

Se me cierra la garganta, pero me obligo a decir lo que más me aterra. —Me importas, Julia. Me has cambiado y me has hecho más valiente. Me has mostrado una parte de mí que no sabía que existía. —Sostengo su mirada, dejando que vea mi deseo, mi miedo y mi

esperanza—. Dime que tú también quieres esto. No porque debas romper un hechizo. Dime que me quieres porque me quieres a mí.

29

Julia



CUANDO HANNAH SE RETIRA, me entran ganas de gritar.

Pero sus palabras me dejan helada y una sensación de frío me recorre las venas.

Me importas, Julia.

El pecho me sube y baja mientras la miro, con todo el cuerpo doliéndome por la necesidad de liberación. Ella me devuelve la mirada con esos ojos de un azul profundo.

¿Qué demonios se cree que está haciendo?

Lame un círculo lento y tortuoso, manteniéndome al límite. Saca los dedos y luego los vuelve a introducir. Un calor fundido arde en mi interior. El placer es enloquecedor, pero ella no piensa terminar.

—Dime qué sientes —susurra.

Estoy temblando. Enredo los dedos en su pelo, intentando guiar su boca, pero ella se resiste.

Maldita sea. Va a mantenerme aquí, tambaleándome al borde del abismo, hasta que yo…

La comprensión me golpea como un jarro de agua fría.

Rendición.

Esto no es un juego de tortura. Está intentando que me rinda a su manera.

¿Acaso el hechizo de vinculación requiere que *yo* me entregue por completo? ¿Quizá ambas?

Se me para el corazón mientras las piezas encajan. El hechizo se ha estado comportando de forma extraña estas últimas horas, tensándose y relajándose en respuesta a algo que yo no lograba identificar. Era *yo*. *Mi* rendición. Cada vez que me ablandaba con Hannah, el hechizo vibraba, a punto de romperse.

Está intentando guiarme de vuelta a ese lugar. Esta mujer astuta e irritante ha descifrado lo que necesita el hechizo de Rebecca y está haciendo todo lo posible para llevarme hasta allí.

Debería estar furiosa. Debería apartarla de un empujón, recuperar el control, recordarle quién tiene el poder aquí.

Pero sus palabras resuenan en mi cabeza: «Dime que me quieres porque me quieres a mí».

Se me encoge el corazón. ¿Teme no ser más que un cuerpo que alimenta mi magia? ¿Es eso lo que le he hecho creer?

Por supuesto que sí. He dejado claro que tomo lo que necesito y que desecho a la gente cuando he terminado con ella. No tiene motivos para pensar que es diferente.

Pero lo es. Esta mujer con el pelo del color del otoño y un corazón exasperantemente terco es distinta a cualquier persona que haya conocido, y quiero conservarla. La quiero a ella, no por un hechizo o por mi magia, sino porque me ha hecho sentir algo que creía haber enterrado hace un siglo.

Una verdad aterradora se asienta en mí: quiero decírselo. Quiero admitir que este momento con ella entre mis piernas no va de usar su cuerpo para nutrir mi magia ni de romper hechizos. Esto está pasando porque nos deseamos.

Me mojo los labios, con las palabras atascadas en la garganta. ¿Puedo admitir que lo que siento por ella ha crecido más allá de la necesidad? Si me rindo ante ella y le hago saber que ha llegado a importarme, le estaré dando el poder de hacerme daño.

Podría detener esto y apartarla. Podría protegerme como siempre lo he hecho, negándome a que nadie me importe.

Pero mientras la miro, con el pelo revuelto, los labios hinchados y esos ojos hermosos que ven demasiado, mi corazón tropieza consigo

mismo.

No deseo protegerme de ella. Estoy cansada de estar sola, a salvo y de ser temida. Por una vez, quiero que alguien vea una parte diferente de mí.

—Soy tuya, Hannah —susurro.

Es todo lo que tengo. Todo lo que soy capaz de decir. Y espero que sea suficiente.

Las palabras quedan flotando en el aire entre nosotras. El pecho me sube y baja mientras la verdad se asienta: me doy cuenta de que lo digo en serio.

Sus ojos se iluminan con un destello de triunfo y ternura.

El corazón me late más deprisa. Quizá no debería haber dicho eso. Me hace débil y…

Su boca encuentra mi centro de nuevo, su lengua marca un ritmo implacable y mis dudas se dispersan.

Jadeo, hundiéndome más en la silla. Esta vez mantengo los ojos abiertos, observando cómo me da placer.

Su lengua se mueve rápido, suave pero firme, y luego desaparece cuando cierra los labios sobre mí. Sus dedos brillan cuando los saca, y cuando los introduce de nuevo, los curva, acariciando mis paredes internas. Su otra mano sube para juguetear con mis pezones, y el conjunto de sensaciones es casi demasiado.

—Oh, Dios… Hannah… yo…

Suelto su pelo y me agarro a los reposabrazos, necesitando algo en lo que anclarme porque estoy a punto de desmoronarme. Todo mi cuerpo tiembla, el calor asciende en espiral desde donde su boca trabaja contra mí, extendiéndose por mis extremidades como un incendio forestal.

He obtenido placer innumerables veces a través de alimentaciones y rituales íntimos, pero esto es muy diferente.

Se me pone la piel de gallina en los muslos. Saca los dedos y, en su lugar, introduce la lengua en mi interior, haciéndome jadear. Cierra los labios sobre mí y el gemido que vibra a través de ella me hace perder el sentido.

Arqueo la espalda. Me cubro la cara con ambas manos, incapaz de repente de soportar que me vea tan deshecha y vulnerable.

El placer me atraviesa como algo que se libera tras haber estado enjaulado. Suelto un grito que llena la habitación y no puedo detener las olas que rompen sobre mí mientras su lengua me acompaña en cada estremecimiento.

Cuando finalmente se detiene, estoy jadeando, todavía con la cara cubierta porque no sé cómo mirarla ahora. No sé cómo afrontar lo que acaba de pasar entre nosotras.

Le he dado palabras que nunca le he dado a nadie. Soy totalmente suya y no puedo retirarlo. ¿Qué pasará ahora? ¿Tengo que seguir con mi vida sabiendo que esta mujer tiene poder sobre mí? La vulnerabilidad es asombrosa y todos mis instintos me gritan que recupere el control.

Cuando por fin abro los ojos y bajo las manos, la encuentro sentada sobre sus talones, observándome. Tiene la boca húmeda y la expresión suave.

El hechizo de vinculación todavía nos retiene, lo que significa que no hemos terminado. Debe de ser el turno de Hannah de rendirse ante mí.

Bien. Necesito recordarle —y recordarme a mí misma— que no soy una tonta enamorada que ha perdido toda su fiereza.

El hambre surge con fuerza en mi interior. Es la necesidad familiar de alimentarme, sí, pero también algo más. Quiero desarmarla de la misma forma que ella me ha desarmado a mí. Quiero verla desmoronarse como lo hice yo. Quiero que entienda exactamente lo que significa abrirse a mí.

—Mi turno —gruño.

30

Hannah



JULIA ME AGARRA POR los hombros y me empuja hacia atrás. Me dejo caer sobre la alfombra frente a la chimenea, con ella encima, y por un momento me limito a mirarla, asimilando lo increíblemente hermosa que es.

Algo cambió entre nosotras cuando se rindió. Pude ver en sus ojos que no solo estaba diciendo las palabras. Lo decía en serio.

Pero ahora, mientras me inmoviliza con esa mirada hambrienta, está claro que mi momento de pedirle que se rindiera ante mí ha terminado. Solo puedo esperar que haya sido suficiente. Que después de que beba de mí hasta saciarse, el hechizo de vinculación quede satisfecho.

—Debes de sentirte muy satisfecha por haberme hecho decir esas palabras —me dice. Julia me inmoviliza las muñecas por encima de la cabeza con una mano, mientras su pelo cae formando una cortina alrededor de nuestros rostros. Su voz es baja—. Pero no olvides cuál es tu sitio, mi cautiva. Extendida bajo mi cuerpo, a mi merced. Has conseguido lo que querías, y ahora me toca a mí recibir mi parte del trato. Vas a dejar que tome de ti hasta que esté satisfecha.

La luz del fuego danza en su rostro, resaltando el brillo salvaje de sus ojos. Esta es la Julia que conocí en mi jardín: peligrosa,

poderosa, indómita. Hay algo aún más intenso ahora, como si todo este tiempo que hemos pasado juntas solo la hubiera vuelto más famélica.

Aquello enciende un fuego ardiente en lo más profundo de mi ser.

¿Cuándo empecé a encontrar las amenazas de Julia seductoras en lugar de terroríficas? ¿Cuándo empezó la idea de su poder a hacerme sentir un doloroso deseo en lugar de miedo? Debería estar huyendo, horrorizada por aquello en lo que me estoy convirtiendo. Pero mientras los ojos de Julia se clavan en los míos, depredadores y posesivos, lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que deseo que me mire así para siempre.

—Tómame —susurro, y estoy segura de que mi tono delata que nunca he deseado nada tanto como esto.

—Voy a *devorarte* —dice mientras engancha dos dedos bajo mi barbilla como si fueran garras—. Cada gota de placer, cada jadeo, cada temblor. Te entregaste a mí de forma tan hermosa en el bosque, y ahora voy a tomarlo todo… despacio, a fondo, hasta que tiembles por lo bien que se siente alimentarme.

El pulso se me acelera, y esa embriagadora mezcla de miedo y excitación hace que me dé vueltas la cabeza. En algún punto entre el bosque y este momento, se ha convertido en lo único que deseo.

Me besa el cuello con brusquedad, bajando poco a poco. Al llegar a mis pechos, succiona y muerde hasta que me arqueo bajo ella.

Con su mano libre, me acaricia entre las piernas. Me tienta, trazando círculos pero sin llegar a tocar donde más la necesito. Muevo las caderas, intentando guiarla, pero ella se limita a mostrar esa sonrisa maliciosa que he empezado a anhelar.

—Qué impaciente —ronronea—. Me hiciste esperar. Ahora te toca a ti.

—Julia… —su nombre sale de mis labios con voz quebrada.

—Suplícame. —La orden es más suave de lo habitual. Sus ojos buscan los míos, como si necesitara oírlo. Necesita saber que lo que dije era cierto: que la quiero por quien es ella.

Tiro de las muñecas, tratando de liberarme de su agarre, con todo el cuerpo dolorido por ella. —Por favor, tócame. Te necesito, Julia.

Solo entonces desliza sus dedos entre mis pliegues, y el alivio es tan intenso que dejo escapar un grito. Ya estoy empapada; mi deseo se ha ido acumulando allí mientras le daba placer. La evidencia de mi excitación hace que sus ojos brillen.

—Prácticamente goteas solo por haberme probado —ronronea, deslizando sus dedos de arriba abajo—. ¿Te gustó arrodillarte entre mis piernas? ¿Meter la lengua dentro de mí?

Asiento.

—Bien. Porque espero que lo hagas por mí una y otra vez.

Mi corazón da un vuelco. Habla como si fuera a haber más ocasiones como esta. Como si esta noche no fuera todo el tiempo que tenemos juntas.

Juguetea conmigo con dedos expertos, llevándome cada vez más alto mientras empieza a murmurar el encantamiento de alimentación. Cada célula de mi cuerpo hormiguea a medida que su poder se filtra en mis venas.

Gimo, moviendo las caderas, desesperada por una liberación.

Retira los dedos para examinarlos. Se han vuelto tan oscuros como las sombras por la alimentación y brillan con mi excitación.

Me los mete en la boca, obligándome a saborearlos. Succiono sus dedos, pasando la lengua alrededor y entre ellos. La forma en que le brillan los ojos hace que me arda todo el cuerpo.

Cuando vuelve a bajar la mano y sus dedos entran en mí, puedo sentir cómo mi fuerza vital empieza a fluir hacia ella. Esta vez es diferente: más profundo, más íntimo. El placer y la alimentación se entrelazan hasta que no puedo distinguir dónde termina uno y empieza la otra. Cada deslizamiento de sus dedos me envía oleadas de placer mientras alimenta su magia en un ciclo continuo de dar y recibir.

El encantamiento se vuelve más fuerte en los labios de Julia mientras mueve los dedos, y estoy subiendo más y más, el placer aumentando hasta un pico insoportable. La visión se me nubla por los bordes, con esa oscuridad familiar que amenaza con colarse a medida que mi fuerza vital se drena.

Pero entonces…

Los movimientos de Julia flaquean. Sus dedos siguen dentro de mí, pero el encantamiento muere en sus labios. Respira con dificultad, mirándome con algo nuevo en los ojos: miedo.

—Hannah, voy a hacerte daño.

Me suelta las muñecas e intenta apartarse, pero envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, manteniéndola cerca. La alimentación se ha detenido, dejándome con un dolor punzante, pero este momento parece más importante que cualquier liberación física.

—Julia. —Subo ambas manos para acunar su rostro, obligándola a mirarme. Sus ojos azul invernal están brillantes y vulnerables de una forma que hace que me duela el pecho—. Yo no soy Charlotte. Y tú no eres la misma persona que eras entonces.

—No lo entiendes. Cuando alimentarse se siente así de bien, pierdo el control. No puedo evitar tomarlo todo.

—Confío en ti, Julia. Sé que puedes parar, porque ya lo has hecho antes.

—Solo he podido parar porque tenía que hacerlo. Por el hechizo de vinculación.

—El hechizo sigue ahí. Estás a salvo. Pero creo que puedes parar porque quieres hacerlo, no porque te obliguen.

Algo cambia en su expresión. Frunce el ceño ligeramente, como si se permitiera tener esperanza.

—Sigue —susurro, moviendo las caderas contra su mano—. No tengo miedo.

Me escudriña el rostro durante un largo momento y luego empieza a acariciarme de nuevo, más despacio y con más dulzura. El encantamiento fluye de sus labios como una oración en lugar de una exigencia.

Unos zarcillos oscuros brotan de su piel y serpentean hacia mí, envolviéndome y manteniéndome unida a ella.

Mantengo mis manos en su rostro, sosteniéndole la mirada mientras el placer aumenta. La alimentación se reanuda, pero es más tranquila, más controlada, más cuidadosa.

—Así —jadeo, con cada músculo cobrando vida—. No pares.

Me besa profundamente, dejando escapar un suspiro en mi boca.

La lentitud despierta algo nuevo en mi interior. El deseo es igual de feroz, pero es muy diferente a lo de antes. Los zarcillos de magia se aprietan a mi alrededor, despertando cada célula de mi cuerpo. Un aleteo aumenta en mi pecho, y luego en mi vientre, hasta que alcanzo la cima y no queda nada más que dejarse caer al vacío.

Da una última y lenta caricia, y mi orgasmo me golpea como una ola. Suelto un grito. Julia deja de besarme para observar mi rostro, y le sostengo la mirada mientras mi cuerpo se convulsiona de éxtasis. Mi esencia fluye hacia ella, y el alivio inunda sus facciones al darse cuenta de que tiene el control y no me está destruyendo.

El aire vibra, como el calor que emana del asfalto en verano. El fuego arde con más fuerza. Las sombras se retuercen en las paredes. Siento calor en el pecho, algo en mi interior late como un segundo corazón.

Julia abre mucho los ojos.

—¿Tú también lo sientes? —susurro.

Ella asiente.

Los latidos de mi corazón se aceleran. —¿Es el hechizo de vinculación?

—Yo… creo que sí.

El calor se expande, irradiando desde el lugar donde la vinculación ha residido toda la noche.

—Bésame —susurro, atrayendo su rostro hacia el mío.

Las palabras brotan casi frenéticas. Solo quiero sus labios sobre los míos una última vez antes de que el hechizo que nos ha mantenido unidas se rompa.

Ella lo hace.

El beso es desesperado, pero ya no siento que mi esencia se esté drenando. Solo me está besando por el simple hecho de besarme.

La habitación se caldea, como si estuviera saliendo el sol. Cada célula de mi cuerpo vibra con energía. El hechizo se tensa en mi interior.

—¿Qué me has hecho? —susurra Julia contra mis labios, con las palabras tan rotas y vulnerables que apenas puedo soportarlo.

Abro la boca e intensifico el beso, sosteniendo su rostro suavemente entre mis palmas.

Desliza su mano por mi cintura, mi pecho y mi cuello, deteniéndose para acunarme la mejilla. Por una vez, su tacto no es brusco ni posesivo, sino cuidadoso.

El calor se intensifica hasta volverse insoportable. Una luz estalla tras mis párpados cerrados. El hechizo tira de mi pecho, queriendo que esté pegada a ella. Me atrae más y más, hasta que no puedo estar más cerca sin estar *dentro* de ella. Y entonces…

¡CRAC!

El sonido resuena en la habitación como un trueno. La vinculación se rompe en mi pecho como una cuerda que cede ante demasiada tensión. La fuerza del impacto hace que me arquee, gritando contra la boca de Julia.

Ella también reprime un grito y me agarra el hombro con tanta fuerza que duele.

Las ventanas vibran. El fuego aumenta de golpe y amenaza con salirse del hogar y quemar la casa.

Abruptamente, la habitación se queda en silencio.

Me quedo lacia, demasiado agotada para moverme. Solo puedo yacer ahí mientras Julia se desploma a mi lado, con su cuerpo cálido y reconfortante contra el mío.

Nos miramos conmocionadas, respirando con dificultad.

El fuego ha vuelto a la normalidad, chisporroteando suavemente. Las sombras en las paredes se quedan quietas de nuevo. Todo parece demasiado silencioso tras la explosión de magia.

—Hemos roto la vinculación —susurra Julia finalmente.

—Sí. —La palabra apenas sale.

Espero que el alivio me inunde. Sentir la alegría de ser libre.

En cambio, solo hay… vacío. Es como si me hubieran extirpado quirúrgicamente algo del pecho, dejando un hueco donde antes habitaba.

Lo cual es ridículo. Hemos cortado una maldición que nos habría atado hasta la muerte.

Entonces, para mi sorpresa, Julia sonríe. No es su habitual mueca burlona o de desprecio, sino una sonrisa genuina y pura que transforma todo su rostro. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Se inclina y me besa.

Es diferente a lo de antes, suave y sin prisas. Sin dientes, sin una presión que deje marca. Ladea la cabeza para encajar mejor, y su mano sube para acunarme la mejilla con una ternura que no sabía que poseía, mientras su pulgar acaricia mi pómulo. Le devuelvo el beso con el mismo cuidado, sin atreverme casi a moverme para no romper el momento.

Cuando se aparta, ambas nos quedamos congeladas.

Sus ojos se agrandan al darse cuenta de lo que ha hecho.

Nos acabamos de besar. Sin ningún hechizo que nos obligara. Simplemente, sus labios sobre los míos porque ella quería que estuvieran allí.

Busco en su rostro algún rastro de arrepentimiento o de horror, pero todo lo que veo es la misma confusión que siento yo.

¿Deberíamos estar apartándonos la una de la otra, avergonzadas por lo que el hechizo nos hizo hacer? Porque, en cambio, ese beso se siente como lo más real que ha pasado en toda la noche.

Espero que diga algo. Que reconozca lo que ha pasado entre nosotras y reafirme que lo que dijo iba en serio.

Pero se limita a tumbarse de nuevo a mi lado y se queda mirando al techo, con la mandíbula tensa.

De repente soy hiperconsciente de nuestra desnudez, de las marcas que cubren nuestros cuerpos, del sabor persistente de ella en mi lengua. El hechizo ha desaparecido, pero sigo queriendo estar cerca de ella.

—Bueno. —Mi voz suena demasiado aguda—. Pues ya está. Somos libres.

—Sí. —Localiza su ropa desechada y la atrae con magia—. Libres.

La palabra queda suspendida entre nosotras como una pregunta que ninguna sabe responder. Sin el hechizo de vinculación, ¿qué somos? ¿Qué queremos ser?

Julia se pone la camisa, todavía sin mirarme. —Supongo que no fui la única que necesitó rendirse.

Se me calienta la cara. Por supuesto que se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

No dice nada más, y el silencio se siente peor que una discusión. ¿Está enfadada? ¿Se arrepiente de lo que dijo?

A través de la ventana, el cielo se aclara, pasando del negro al púrpura intenso. El amanecer se acerca. Hemos roto el hechizo justo a tiempo.

Entonces, ¿por qué la idea de salir de esta habitación hace que me duela el pecho más de lo que el hechizo de vinculación lo ha hecho jamás?

31

Julia



ENCUENTRO A REBECCA DE pie en la terraza de Elizabeth mientras rompe el alba, bañando los jardines cubiertos de escarcha en tonos dorados y rosados. Está envuelta en un chal granate, sosteniendo una taza de té humeante entre sus pálidas manos, aparentando cada uno de sus ciento cuarenta años.

No se gira cuando salgo, aunque sé que me siente. El aire matinal me muerde la piel, que sigue sensible por el tacto de Hannah. Aún puedo sentir el rastro de sus dedos en mi pelo y su aliento en mi cuello.

Nos separamos en el salón, pues cada una necesitaba resolver sus asuntos pendientes: yo con Rebecca, ella con Riley.

Así que aquí estoy, sabiendo qué hay que decir pero sin estar segura de cómo expresarlo.

—El vínculo se rompió —dice Rebecca al amanecer—. No es una pregunta.

—Así es.

—Y, sin embargo, sigue usted aquí en lugar de desaparecer en la naturaleza —sorbe su té—. ¿Sigue viva la chica?

Me erizo ante la insinuación, pero me lo merezco.

—Sí.

—Sorprendente. —Es lo más parecido a la aprobación que jamás obtendré de ella—. Esperaba encontrar su cadáver por la mañana.

—Yo también —admito.

Me acerco para ponerme a su lado junto a la barandilla de piedra, dejando una distancia prudencial entre nosotras. Abajo, los jardines de Elizabeth se extienden en patrones geométricos; todo está controlado y contenido.

—Le arrebaté a su hermana. —Mis palabras salen firmes, aunque se me cierra la garganta al pronunciarlas—. No puedo deshacer eso.

Rebecca me mira bruscamente. Veo a Charlotte en la forma de sus ojos y en la curva de su boca, y es un golpe en el estómago para el que no estaba preparada.

Me obligo a sostenerle la mirada.

—Ahora comprendo lo que le robé. Su vida, su futuro, *su* futuro. Y yo… —Trago saliva, con la voz temblorosa—. Lo lamento profundamente.

A Rebecca le tiembla la mano y los nudillos se le vuelven blancos alrededor de la taza. Por un momento, pienso que podría lanzarme el té a la cara. No la culparía.

—¿Sabe qué es lo que más me ha atormentado? No fue encontrar su cuerpo, frío y solo, ni rebuscar entre sus pertenencias, ni pasar años aprendiendo magia oscura mientras la venganza me corroía las entrañas. —Rebecca posa la taza con tanta fuerza que se agrieta, y el té se derrama sobre la piedra—. Murió pensando que la amaba tanto como ella a usted, y he tenido que vivir sabiendo que no era cierto. —Se le quiebra la voz—. Se le iluminaban los ojos cada vez que hablaba de usted, Julia. Estaba encandilada con su poder. Pensaba que lo vuestro sería para siempre.

Las palabras me atraviesan como dagas. Tengo la garganta demasiado cerrada para hablar.

—Escribía poemas sobre usted —continúa Rebecca—. Sobre el amor que compartían y lo afortunada que era de que la hubiera elegido. El último fue de dos días antes de morir. Decía que nunca había sido tan feliz. ¿Lo sabía?

Señor mío. Me agarro a la barandilla para mantenerme en pie. No tenía ni idea de que Charlotte idealizaba nuestras sesiones de

alimentación de esa manera. La parte de mí que todavía tiene veintitrés años y es arrogante quiere argumentar que ella sabía en lo que se metía y que se ofreció voluntariamente. Pero esa es una mentira que me he estado contando desde que ocurrió, y he terminado con ella.

—Los quemé todos —susurra Rebecca—. No soportaba leer su alegría sabiendo lo que le había hecho.

Bien. Deberían estar quemados. Esos poemas fueron escritos por una chica demasiado embelesada para ver que estaba siendo consumida.

Me limpio los ojos, que me escuecen. Dios, fui tan ingenua e imprudente. Me merecía cada pizca de venganza que Rebecca lanzó contra mí.

—Y después de todo —gruñe ella—, huyó.

—No podía afrontar lo que había hecho —digo con la voz rota—. Huí de usted, de la verdad de lo que soy, de todo aquello que pudiera recordármela.

Rebecca suelta un resoplido de desprecio.

—Sí que la quería —digo, aunque las palabras me parecen insuficientes—. De la manera en que era capaz entonces. No fue suficiente, pero fue real.

—¿Real? —Rebecca suelta una carcajada amarga—. Se alimentó de ella durante meses, Julia. Vio cómo se consumía y siguió tomando.

—Era inmadura y estaba borracha de poder. Pensé que podría controlarlo. Yo… —Niego con la cabeza—. No importa lo que pensara. Me equivoqué.

Me lanza una mirada gélida.

—Ha ganado, Rebecca. —La confesión me quema la garganta—. El hechizo vinculante me obligó a enfrentarme a lo que soy y a lo que soy capaz de hacer, y odié cada momento. Tuve que ver cómo el mismo patrón amenazaba con repetirse.

Se encara conmigo, enarcando una ceja.

—¿Ha empezado a preocuparse por la chica?

Pienso en la confianza de Hannah y en la forma en que me miró incluso después de enterarse de lo que le hice a Charlotte.

Cuando se me ofreció por primera vez en su casa, temí que corriera el mismo destino. Parecía el único final posible. Pero Charlotte solo amaba mi poder. Amaba lo que yo podía darle, y lo que teníamos nunca fue más allá de eso. Pero Hannah…

Freno ese pensamiento antes de que se complete. No le admitiré esto a Rebecca. Lo que haya pasado entre Hannah y yo no es asunto suyo.

En su lugar, digo: —No puedo traer de vuelta a Charlotte y no puedo deshacer el dolor que le causé. Pero quiero que sepa que su muerte me cambió, aunque hiciera falta su maldición para hacérmelo entender.

El agotamiento de Rebecca es evidente en cada línea de su rostro. No es solo cansancio, sino la fatiga que cala hasta los huesos por haber cargado con el odio durante más de un siglo.

—No la perdono —dice finalmente—. Puede que nunca lo haga. Charlotte era mi hermana y mi mejor amiga, y me la arrebató.

—Lo sé. —No espero perdón y no voy a pedirlo.

—Pero estoy malditamente harta de odiarla, Julia. Estoy cansada de dejar que lo que hizo me consuma de la misma forma que usted la consumió a ella. —Se ríe con amargura—. ¿Ve la ironía? He pasado cien años dejando que se alimentara de mí de una forma diferente: mi rabia, mi duelo, mi *vida* entera ha girado en torno a usted.

Aprieta el puño como si estuviera a punto de golpearme con magia.

—Dediqué mi vida a planear mi venganza, a perfeccionar el hechizo vinculante y a asegurar que ese diario nunca se perdiera, sabiendo que, si alguna vez despertaba, me encargaría de que sufriera. Y ahora que ha sucedido… —Mira las hojas de té en su taza agrietada con el ceño fruncido, como si leyera el futuro.

—Eso no la trae de vuelta —termino yo.

Hace girar la taza examinando el daño. —La venganza no ha llenado el vacío que dejó Charlotte. Solo lo ha hecho más profundo. Pensé que verla destrozada curaría algo en mí. Pero usted está aquí de pie, y Charlotte sigue sin estar, y yo sigo siendo la bruja que desperdició un siglo en el odio. Así que elijo parar. No porque se lo

merezca, ni porque la perdone, sino porque me niego a dejar que destruya el resto de mi vida como destruyó la suya.

Asiento, sin saber qué más decir.

Suspira pesadamente. —Quizás pueda descansar sabiendo que ahora comprende lo que significa arriesgarse a perder a alguien que le… —Hace una pausa y me lanza una mirada significativa—. Alguien que importa.

Un calor me sube por el cuello, pero no lo niego.

Permanecemos en silencio mientras el sol asciende, evaporando la escarcha. La luz resulta casi dolorosa tras la larga noche.

—Supongo que nos veremos en los círculos del aquelarre —dice Rebecca.

—Si me aceptáis.

—Eso no depende de mí. —Retrocede un paso y me mira de arriba abajo con ojos calculadores—. No espere que nos llevemos bien. Si vuelve, lo mejor que puedo ofrecerle es neutralidad.

—Es más de lo que merezco.

—Sí. Lo es. Pero no lo hago por usted. Lo hago por mí misma y por lo que queda de mi vida. —Pasa por mi lado para volver a entrar, pero entonces se detiene—. Charlotte amaba con facilidad. Era dulce y confiada, y la habría perdonado incluso mientras moría, porque así era ella.

Las palabras quedan flotando en el aire frío.

—Pero esta chica no es así, ¿verdad? Hannah ve exactamente lo que es usted: el monstruo, la asesina, la criatura que no puede evitar consumir todo lo que toca. Y, aun así, la está eligiendo.

Se me cierra la garganta. En efecto, Hannah no se parece en nada a Charlotte. Charlotte me hacía sentir poderosa. Hannah me hace sentir humana.

—Me pregunto si es mejor o peor que Hannah vea a través de usted —reflexiona Rebecca—. Charlotte murió creyendo la mentira de que la amaba y que era digna de su devoción. Al menos tuvo ese consuelo. Pero Hannah sabe la verdad. Sabe lo que le hizo a mi hermana y sabe que podría hacérselo a ella. Y es lo bastante insensata como para seguir queriéndola. —Niega con la cabeza lentamente, apretándose el chal—. Quizá eso la hace más valiente

que a Charlotte. O quizá la hace estar más rota. De cualquier forma, espero que vea lo que ha pasado aquí, Julia. No se ha convertido en mejor persona. Simplemente, por fin la han pillado y la han obligado a afrontar las consecuencias.

Las palabras son una bofetada, afilada y punzante, porque son ciertas.

La puerta se cierra tras ella con un clic, dejándome a solas con el amanecer. Una sensación extraña y vacía perdura en el aire mientras nuestra enemistad termina, no con violencia, sino con una aceptación agotada.

Rebecca tiene razón en que Charlotte era dulce y confiada. Creía lo mejor de todo el mundo y merecía algo mucho mejor.

Ahora está Hannah, que se ha mostrado cautelosa desde que nos conocimos, reacia a ser vulnerable. Ve exactamente lo que soy y me ha visto en mi peor momento. Y aun así me abrió su alma. ¿Es eso valor o autodestrucción?

Miro más allá del jardín, hacia donde el bosque conduce a un mundo inmenso que aún me queda por explorar.

El vínculo se ha roto. Nada me retiene aquí salvo mi propia elección. Es hora de hacer lo correcto y dejar que Hannah siga adelante. Hora de dejar que encuentre a alguien que no beba su esencia ni la lleve al borde de la muerte con cada toma.

32

Hannah



RILEY ESTÁ EN LA cocina de Elizabeth, lavando tazas de té como si fuera una mañana cualquiera y no hubiera estado a punto de morir en un ritual de alimentación hace unas horas. Frota cada taza con una fuerza innecesaria y el sonido de la porcelana castañetea contra el fregadero.

—¿No puedes usar la magia para hacer eso? —le pregunto desde el umbral.

No se da la vuelta. —La tía Rebecca dice que hacerlo a mano forja el carácter.

Entro en la cocina, plenamente consciente de lo distinto que se siente todo sin el hechizo de vinculación. Siento el pecho vacío y, después de lo que hicimos, mi cuerpo es un mapa de evidencias. Los mordiscos, los moratones y los rasguños bien podrían ser fluorescentes.

Estoy marcada, por dentro y por fuera.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Me sentiría mejor si pudiera achicharrar a esa zorra con un chorro de fuego, pero Elizabeth no me dejaría… —Riley se gira y sus palabras mueren al ver mi estado.

La taza que tiene en la mano se hace añicos.

Pequeñas llamaradas chisporrotean alrededor de sus dedos mientras los fragmentos de porcelana se esparcen por el suelo.

Se mira las manos como si la hubieran traicionado, luego resopla y aprieta los puños, levantando la vista hacia mí. —¿Hannah, qué te ha hecho?

—Lo que yo quería que hiciera —digo, con voz firme y segura.

Riley se estremece como si le hubiera dado una bofetada. —No hablas en serio. Es el hechizo de vinculación el que habla, o la magia sanguínea…

—El hechizo se rompió al amanecer. —Me acerco, caminando sobre la porcelana rota—. Estoy aquí porque quiero estarlo. Todo lo que pasó entre Julia y yo lo elegí yo.

Estoy lo bastante cerca como para percibir su familiar aroma a lilas bajo el jabón de platos. Huele a algo de un pasado lejano, que ya no es mi fuente de consuelo, sino un recuerdo de la vida que solía tener.

Los ojos de Riley escudriñan los míos, probablemente buscando a la chica que conocía, la que leía poesía, se sonrojaba con los cumplidos y lloraba con las películas. Esa chica nunca le habría suplicado a una bruja peligrosa que la reclamara en el suelo de un bosque y nunca habría ofrecido su fuerza vital una y otra vez.

Pero esa chica también fue abandonada una y otra vez, y siempre se preguntó qué le pasaba para que la gente se marchara.

—Has cambiado —susurra Riley, y no es exactamente una acusación, pero se le parece.

—Sí. ¿Acaso tú no?

Se mira las manos, donde pequeñas llamas bailan entre sus dedos y que ostentan las cicatrices de su despertar mágico. —Pasé veinte años intentando ser normal. Buena en los deportes, buenas notas, buena hija. Pero estaba tan desesperada por encajar que nunca me pregunté si lo normal era lo que quería. Entonces desperté y mi vida estaba literalmente en llamas, y tuve que elegir entre intentar suprimirlo o aceptar que soy diferente y que ser diferente es lo que me hace especial.

Me escuecen los ojos y tengo la garganta demasiado cerrada para hablar, así que me limito a asentir.

—Elegí el fuego, Hannah. Elegí el poder, el peligro y un linaje de mujeres que no piden perdón. Y eso significó perderte, pero… —su voz finalmente se quiebra—. Pero no me arrepiento de haberme convertido en quien debía ser. Solo lamento no haber podido traerte conmigo.

—Ni siquiera lo intentaste —digo, apenas en un susurro.

—Porque traerte habría significado verte arder. —Levanta las manos y las llamas brillan con más fuerza; el calor me escuece en la cara incluso a distancia—. No puedo protegerte de esto.

—Sé que no entiendo lo que se siente al descubrir que eres una bruja —digo—, pero sé lo que es que todo cambie de la noche a la mañana y darte cuenta de que el mundo es completamente distinto a lo que pensabas. Sé lo que se siente cuando todo lo que creías real resulta ser una mentira.

Riley aparta la mirada, conteniendo las lágrimas. —Nunca quise mentirte.

—Lo que tuvimos fue precioso. —Alargo la mano y le cojo la suya, sintiendo el hormigueo de la magia bajo su piel, algo que nunca estuvo allí antes—. Siempre te querré. Pero las cosas han cambiado y ninguna de las dos puede volver a ser quien era.

—Ella acabará destruyéndote —dice Riley en voz baja.

—Esto no tiene que ver con ella.

Suelta una risa fría y retira la mano. —Sigue diciéndote eso.

Me muerdo el labio. Lo cierto es que no sé en qué punto estamos Julia y yo. Quizá no volvamos a vernos después de esto. O quizá…

Bueno, este no es el momento para esperanzas ni deseos. No tengo por qué explicárselo a Riley.

Así que retrocedo, lista para irme. —Adiós, Riley. Quiero que seas feliz. Con tu magia, con tu aquelarre, con quienquiera que llegues a ser. Te lo mereces.

—Tú también —dice ella suavemente—. Aunque tu felicidad se parezca a algo que yo no entiendo.

Asiento. Este adiós es a la vez mejor y peor que su mensaje de texto. A la vez más fácil y más difícil.

Al volver al vestíbulo, me veo reflejada en uno de los espejos. Soy un desastre de pelo enredado y moratones, con ojeras que no

estaban allí antes. Pero en lugar de derrota, veo valor. Veo una nueva versión de mí misma, audaz y sin miedo.

Rebecca pasa a mi lado en dirección contraria y me examina de arriba abajo con una mirada fría y desconfiada. Yo le devuelvo la mirada fijamente.

Cuando entra en la cocina, oigo que Riley le dice: —Enséñeme el hechizo de vinculación. Quiero saber cómo atrapar monstruos.

Rebecca ríe. —La mejor forma de atrapar a un monstruo es convertirte en uno al que teman.

Las dejo atrás para ir a buscar a Julia, con el estómago encogido ante la idea de que mi ex aprenda hechizos de una mujer que mantuvo a alguien prisionero en un diario durante ciento dieciocho años.

Pero eso no es asunto mío.

Sea lo que sea lo que le depare el futuro a Riley en el aquelarre, sé que se le dará bien. Siempre se le dio bien todo lo que intentaba: estrella del fútbol, alumna de honor, novia.

Ahora también se le dará bien la magia.

Solo que yo no estaré allí para verlo.



Julia se ha ido.

Me doy cuenta mientras recorro una habitación tras otra; el vacío de la casa se va asentando sobre mí poco a poco. El aire ya no vibra con su presencia.

Pero la llamo de todos modos. —¿Julia?

Mi voz resuena por toda la vasta mansión, rebota en los techos altos y los muebles antiguos y es engullida por las cortinas de terciopelo y las alfombras persas. El silencio que obtengo por respuesta se burla de mí.

—¡Julia! —grito más fuerte esta vez, con más desesperación.

Nada.

Me muevo por las estancias como si buscara a un fantasma: el salón, el santuario, los dormitorios de la planta de arriba.

Esa sensación de vacío se expande en mi pecho hasta que siento que podría colapsar hacia adentro.

Por fin, Elizabeth asoma la cabeza por la puerta de su dormitorio, vestida para pasar el día con vaqueros y camiseta. —Se ha marchado, querida.

Las palabras caen como un puñetazo.

—¿Cuándo? —Mi voz suena fina y frágil, nada que ver con la persona que hace un momento le decía a Riley en la cocina que había tomado una decisión.

—Hace unos minutos. La he visto por la ventana, cruzando el jardín.

El aire abandona mis pulmones de golpe.

Doy media vuelta, bajo las escaleras a toda prisa y salgo por la puerta principal.

—¡Julia!

El aire de la mañana está frío contra mi piel y me eriza el vello de los brazos desnudos.

Me dirijo al bosque donde me entregué a ella. Allí es donde dejé su capa, así que quizá fue a buscarla. Las ramas se enganchan en mi ropa y en mi pelo mientras corro, pero no me importa. Necesito encontrarla. Necesito verla una vez más y…

¿Qué? ¿Qué necesito?

No lo sé. Pero este dolor en el pecho es insoportable.

El roble se alza ante mí, antiguo e indiferente a mi dolor. El recuerdo de lo que hicimos aquí me golpea: sus dedos dentro de mí, su cuerpo presionándome contra el árbol y contra la tierra, ese exquisito límite entre el placer, el dolor y algo más oscuro.

Su capa ya no está. La ha recogido y se ha ido.

—¡Julia! —grito esta vez, con la voz desgarrada.

Los árboles absorben el sonido, sin devolver nada. Incluso los pájaros están en silencio.

Realmente se ha ido.

Me caigo de rodillas. El suelo aún está removido por lo que hicimos aquí.

Presiono las manos contra la tierra fría, buscando algún rastro de su magia, algún calor persistente, alguna prueba de que lo de

anoche fue real.

No hay nada.

Mi pecho se agita. ¿Qué esperaba? ¿Un adiós formal? ¿Una tierna mañana después? ¿Un intercambio de números de teléfono como si esto hubiera sido un ligue normal?

La risa que se me escapa es medio histérica. Julia no hace cosas normales. Julia es una bruja de un siglo de antigüedad que acaba de librarse de una maldición que la ataba a mí y, por supuesto, ha huido.

Que mostrara vulnerabilidad no significa que haya cambiado su naturaleza fundamental, y que me hiciera sentir vista no significa que quisiera seguir mirando.

Debería sentir alivio. Esto es lo mejor, y en el fondo lo sé. Ahora tengo que volver a la vida real: ir a trabajar, donde colocaré libros y recomendaré misterios acogedores a clientes alegres; pagar facturas que apenas puedo cubrir, y quedar para tomar café con amigos que seguramente notarán que he cambiado. Con el tiempo, mi cuerpo se recuperará y las marcas se desvanecerán, y…

Bueno, sé que su recuerdo nunca lo hará. La sensación de rendirme ante ella, de ansiar ese peligroso límite entre el placer y la destrucción, está grabada en mi alma para siempre.

Toco los tiernos moratones de mi garganta, donde me agarró al principio de la noche. Más allá de estas marcas, ella ha cambiado algo en mí que no puedo revertir.

Y entonces se marchó.

Como parece que hace todo el mundo en mi vida.

Es hora de aceptar que esta breve e intensa parte de mi vida ha terminado. Julia se ha ido y tengo que vivir con ello.

Es hora de volver a casa.



Mi casa tiene el mismo aspecto que cuando me fui. El mismo césped descuidado, la misma entrada vacía, el mismo brasero con ceniza

esparcida por el patio trasero. Pero no soy la misma persona que encendió esa hoguera ayer.

Dios, ¿de verdad fue solo ayer?

Entro por la puerta trasera y me quito los zapatos de una patada. La casa está en un silencio ensordecedor. No hay televisión encendida, ni signos de vida, solo un vacío esperando para tragarme entera.

Las tablas del suelo crujen bajo mis pies mientras me arrastro como una zombi hacia el sofá, donde reúno mi última gota de energía para llamar y decir que estoy enferma y que no iré a mi turno de las diez en el Book Nook.

Me quedo frita antes incluso de soltar el teléfono.

Ya es media tarde cuando me despierto, aturdida y dolorida, e intento seguir los pasos de una vida normal. Me quito en la ducha la suciedad, el sudor y las evidencias de la noche, evitando mirar las marcas por todo mi cuerpo. Preparo café con manos temblorosas. Me siento a la mesa de la cocina y me quedo mirando a la nada.

No hay ningún hechizo de vinculación oprimiéndome el pecho ni ninguna presencia mágica electrizando el aire. Solo yo y el silencio.

Esto es lo que quería, ¿verdad? Libertad. Recuperar mi vida. La universidad el año que viene, una oportunidad de empezar mi vida de verdad.

¿Entonces por qué me siento tan mal?

Intento comer una tostada y casi me atraganto. Intento ver la televisión, pero no puedo concentrarme. Me meto en la cama para intentar dormir más, pero cada vez que cierro los ojos, veo su cara cuando admitió que tenía miedo de hacerme daño.

Esto es lo mejor. Somos demasiado diferentes. Ella es una bruja sanguínea centenaria que se alimenta de la vida para sobrevivir; yo soy una chica corriente de veinte años que solo quería superar una ruptura y empezar una carrera. No tenemos ningún sentido.

Pero mis dedos siguen recorriendo las marcas que me dejó. Mi cuerpo sigue recordando su peso sobre mí, el sonido de cuando se desmoronaba y la forma en que me miró cuando se rompió el vínculo: sorprendida, insegura, casi esperanzada.

Entonces, ¿por qué se fue?

Sigo recordándome que estoy mejor sin ella, pero cada vez me cuesta más convencerme de que lo que tuvimos fue forzado por la magia y los hechizos.

Si eso fuera cierto, ¿no deberían haber desaparecido estos sentimientos? ¿Por qué la echo tanto de menos?

Quizá ya no quiera ser normal. Quizá me gustaba el peligro, la oscuridad y la terrible y perversa belleza de Julia.

La temperatura baja a medida que el sol empieza a ponerse, lo que baña la casa de ámbar y sombras.

Debería comer, llamar a Dean y hacer *cualquier cosa* excepto quedarme aquí sentada deseando que la noche pasada hubiera terminado de otra forma.

Me obligo a ponerme de pie, con las piernas rígidas de llevar tanto tiempo sentada. La casa está helada porque olvidé subir la calefacción al llegar.

Me arrodillo ante el hogar para encender el fuego, lo que también me la recuerda, ya que este es el primer lugar donde se alimentó de mí. *Maldita sea.*

Cuando voy a coger la leña menuda, algo se mueve en mi visión periférica.

Me da un vuelco el corazón.

Me levanto de un salto y miro por la ventana hacia el patio trasero.

Más allá del césped muerto, más allá de la ceniza y los restos esparcidos por el jardín desde anoche, una sombra se mueve en el bosque.

Y allí, de pie entre los árboles esqueléticos y el manto de hojas anaranjadas, está Julia.

33

Julia



ME DIJE A MÍ misma que la dejaría en paz.

No aguanté más de una hora lejos de casa de Elizabeth antes de que el hambre me arrastrara de vuelta; esta vez no era el hechizo de vinculación, ni la típica sed de fuerza vital, sino algo distinto para lo que no tengo nombre.

Un hechizo de rastreo resultó sencillo en esta ocasión, ahora que su esencia fluye por mis venas.

El bosque tras su casa me recibe como a una vieja amiga mientras acecho entre las sombras. Hay un sendero aquí, resbaladizo y muy transitado por personas y animales. Un hombre pasa corriendo a escasa distancia; su fuerza vital es cálida y tentadora. La antigua Julia lo habría tomado sin dudarlo. Pero resulta tan insípido y falto de sabor comparado con lo que ansío.

Puedo ver a Hannah a través de sus ventanas. Se mueve por la casa con una energía solemne y apática. Se queda sentada durante una hora a la mesa, sin moverse, sin comer. Las luces se encienden y apagan mientras va de una habitación a otra. Una y otra vez, se toca las marcas que dejé en su piel y las examina en su reflejo.

Se está esforzando tanto por volver a la normalidad. Pobre y dulce Hannah. ¿Acaso comprende que la he arruinado? ¿Que ahora

pertenece a algo más oscuro de lo que su mundo ordinario puede ofrecerle? Todo lo que desperté, cada límite que traspasé, cada momento en que suplicó por más la ha cambiado de forma irrevocable.

Debería sentirme culpable. Elizabeth diría que debería. Rebecca, desde luego, lo haría.

Pero sé qué es lo que siente. Esa lucha entre lo que deberíamos querer y lo que realmente ansiamos.

Podría ayudarla con un encantamiento de memoria. Podría hacer que se olvidara de mí y de todo lo que ha pasado.

¿Pero por qué se le debería permitir olvidar mientras yo tengo que vivir con el recuerdo de lo que hemos hecho?

No. No puedo dejarla marchar. Esta mujer miró mi oscuridad y me quiso de todos modos. Vio cómo me ganaba enemigos por dondequiera que íbamos, desde Rebecca hasta Maya o Riley, y no huyó. Me mostró un placer que nunca creí posible e incluso logró que me entregara.

El corazón me late más rápido mientras me deslizo entre los árboles, acercándome a la valla que separa su jardín del bosque.

Pensé que una vez se rompiera el hechizo, esta obsesión por ella se desvanecería. Pero no es solo una fuente de alimento, suave, flexible y suplicando ser consumida. Me planta cara incluso cuando se somete. Hace que me trabaje cada rendición. Y, de algún modo, hace que quiera ser algo más que un parásito.

Por fin, Hannah levanta la cabeza de golpe y nuestros ojos se encuentran a través del cristal.

Ninguna de las dos se mueve.

El hambre de una bruja de sangre nunca desaparece. Solo encuentra nuevas formas, nuevos deseos. Sigo necesitando alimentarme y, sin la protección del hechizo de vinculación, tomar de Hannah sería más peligroso que nunca.

Pero he llegado a ansiar algo más que su fuerza vital. Quiero saber qué sonidos emitirá cuando me alimente de ella sin un hechizo que nos obligue. Quiero saber qué me permitirá hacerle y qué me hará ella a mí. Quiero ver cuánto más podemos sumergirnos juntas en la oscuridad.

De repente, desaparece de mi vista.

¿Va a fingir que no me ha visto? ¿Va a pedir ayuda? ¿A correr?

Quizá ya no quiera saber nada de mí ahora que no estamos vinculadas. Quizá no quiera correr el riesgo de alimentarme sin el hechizo de vinculación para protegerla.

Pero entonces, la puerta se abre.

Se queda allí, recortada contra el umbral, envuelta en la cálida luz que sale de la casa. Lleva ropa cómoda, el pelo suelto, y esas marcas que le dejé aún son visibles en su cuello.

No parece tener miedo.

También de Tiana Warner

Cómo conquistar a una bruja
Caza de sirenas
Bosque de pumas



Recibe un correo cuando Tiana Warner publique un nuevo libro suscribiéndote en:
tianawarner.com/newsletter



Sobre la autora

Tiana Warner es una galardonada autora de romance sáfico y entusiasta de las actividades al aire libre de Columbia Británica, Canadá Es una apasionada del bienestar animal y colabora activamente como voluntaria en organizaciones locales de rescate canino A menudo se la puede encontrar mimando a un perro en acogida, montando a su caballo Flynn o explorando la naturaleza.

tianawarner.com
Instagram @tianawarner
TikTok @tiana_warner